STAR WARS



ECOS DE LIBERTAD

Luis Vargas

Fan Fiction

Los separatistas han tomado el control del sistema corelliano. En respuesta, el ejército de la República envía una flota al mando del maestro jedi Deneastor Adatorn, y su antiguo aprendiz Robert Van Phiney.

STAR WARS

Ecos de libertad

Luis Roberto Vargas



Autor: Luis Roberto Vargas

Publicado originalmente en www.loresdelsith.net

Publicación del original: 2007-2009



21 años antes de la batalla de Yavin



Esta historia es fan fiction, no forma parte oficial de la continuidad

Revisión: ...

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

14.04.18

Base LSW v2.22

Declaración

STAR
WARS
ECOS DE LIBERTAD

Luego de un año de hostilidades ininterrumpidas, la galaxia ha comenzado a sucumbir ante la inefable vileza de la causa separatista, mientras en el Senado galáctico la burocracia entorpece los esfuerzos de liberación generando descontento entre la población que ha comenzado a cuestionar su lealtad a la República.

Tras un infructuoso ataque a las instalaciones de clonación de Kamino, la malévola máquina de guerra separatista ha reconfigurado sus estrategias bajo la supervisión directa de Darth Sidious, quien ha dispuesto una nueva oleada de asaltos sobre un objetivo de vital importancia, los mundos del núcleo, en espera de asestar un golpe mortal que ni siquiera los grandes protectores Jedi puedan contener.

Con la caída de Corellia a manos del siniestro Conde Dooku, un mensaje claro se ha hecho llegar a todos los oídos de la galaxia de que la Confederación de Sistemas Independientes merece ser tomada en cuenta como una fuerza capaz de hacer temblar hasta sus cimientos a las corruptas instituciones republicanas…

I
Mis ilusiones infructuosas

La nave no parecía tener rumbo fijo, estaba siendo ciegamente escoltada por varios cazas y ni su masivo tamaño era perceptible para los radares de los cruceros que había el frente, que pese a su rápido avance, seguían estáticos. El *Mano invisible*, soberbiamente a la deriva entre aquél grupo de cruceros lucía abandonado. Las luces interiores que normalmente emitía estaban apagadas y las grandes puertas de su hangar habían sido cerradas, parecía auténticamente desierto. El *Siervo del libertador*, una escueta fragata del clan bancario, también parecía estar en la misma situación que el *Mano invisible*, otras nueve fragatas, sin embargo, se veían en buen estado aunque también flotaban a la deriva, pero tanto sus luces como motores habían sido encendidos.

El enorme carguero de rumbo incierto se detuvo muy cerca de la flotilla separatista, desplegando una minúscula lanzadera dorada en forma de escarabajo de la también masiva esfera central. Varios cazas pasaron zumbando brindando protección a la pequeña lanzadera que volaba aceleradamente hacia el Mano invisible, que mejor visto de cerca lucía verdaderamente maltrecho y algo bombardeado. El convoy de naves del clan bancario no abrió fuego ni siquiera cuando la navecilla dorada se detuvo ante las escotillas de acoplamiento de la nave insignia bombardeada.

Al otro lado de la escotilla, el pasillo del puente, sucio y marcado por los disparos de una batalla anterior, ostentaba orgullosamente una serie de lámparas que brillaban intermitentemente. A la derecha, los ascensores sacados de sus rieles, a la izquierda, el puente de mando. Un hombre alto y encapuchado entró por la escotilla de acoplamiento mirando con desdén el pasillo en el que yacían los cuerpos inertes tanto de droides como de clones, algunos aún empuñando el arma con la que habían caído. Detrás del hombre misterioso, cinco neimoideanos hicieron su aparición; cuatro de ellos vistiendo lujosas túnicas negras, uno más vistiendo una de color carmesí y con un extraño tocado en forma de tridente sobre la cabeza. Los seis personajes se pusieron en marcha hacia el puente apenas resguardado por las puertas vencidas que daban acceso a él. Los cadáveres tendidos en el suelo eran en su mayoría de muuns y neimoideanos, todos pilotos, que lograron despertar una sensación de asco en el alienígena de la túnica carmesí.

El fétido olor de los cadáveres sin duda era prueba de que lo que hubiese ocurrido ahí ya llevaba un tiempo considerable de haber acontecido. En efecto, la bitácora de navegación había registrado una entrada por última vez hace seis días y un droide astro mecánico descompuesto aún guardaba en su núcleo de memoria un mensaje de rescate fechado el mismo día. El último registro del sistema de seguridad interna corroboraba que en los pasillos de la nave se había llevado a cabo una batalla entre las fuerzas separatistas y las republicanas en las que al parecer incluso el General Grievous había tomado parte, sin embargo, los registros de los radares no mostraban señales de ninguna otra nave en las cercanías y mucho menos de algún cuerpo lo suficientemente grande como para sacar a un crucero de batalla de más de un kilómetro de largo del hiperespacio, por lo tanto, saber

de dónde pudo haber salido una legión de asalto de clones de la nada era un misterio. Un par de neimoideanos cayeron inconscientes ante la repugnante escena de cadáveres regados por doquier mientras el humano encapuchado seguía revisando los instrumentos del puente de mando. Estaba verificando el mapa de astro navegación cuando de pronto, una tenue luz roja comenzó a parpadear del otro lado de la cabina de mando, cerca de la silla del capitán; la luz provenía de un holoproyector con aspecto dañado pero por lo visto aún funcional. El hombre encapuchado se acercó a él con desconfianza y luego, después de algunos titubeos, accionó el comunicador.

El holograma azulado de una figura delgada y oscura se materializó de pronto, cubierto con una túnica más espesa que la del sujeto que accionó el comunicador, el hombrecillo del holograma se erguía imponentemente pese al pequeño tamaño de su imagen, con sus manos arrugadas juntas a la altura de la cintura y su rostro blanco, sólo visible de la nariz al mentón; murmuró de pronto: “Y bien”

—Mi Lord —Contestó el encapuchado de la nave postrándose ante el holograma—, lamento tener que decir que hay peculiares noticias en torno al asalto del Mano invisible. Según parece, la república los emboscó, tal como se sospechaba, pero usaron algún nuevo tipo de dispositivo para sacar a las naves del hiperespacio.

—¿Atacaron también a la escolta? —Interrogó fría y parsimoniosamente el hombre en el holograma.

—Me temo que sí, mi Lord.

La figura en el comunicador no emitió expresión alguna durante unos segundos, luego, tan flemáticamente como siempre sentenció:

—El senado intenta actuar a nuestras espaldas. Parece que el canciller ha vuelto a tener un momento de lucidez, esta vez más acertado.

—¿Cree que sospechen de la invasión? —preguntó ahora el hombre encapuchado, quien se descubrió la cabeza ante la imagen de su señor.

—No, Darth Tyranus —musitó el holograma—, no intente ofenderme con trivialidades. Quiero hablar con el virrey Gunray.

Tyranus se apartó con actitud servil indicando al neimoideano con tocado de tridente que se acercara. Más temeroso que nada, Nute Gunray se postró de pie ante la imagen de Darte Sidious.

—Oh, mi señor Sidious —comenzó Gunray afligido—, no, no tengo palabras para disculparme lo suficiente, no puedo expresar…

—Ahorre su saliva, virrey —Interrumpió Sidious con molestia—. Naturalmente comprenderá que no estoy satisfecho con sus recientes idioteces. Ha llegado el momento de que lo haga redefinir su concepto de lealtad.

—Por favor, piedad mi Lord, le prometo que haré que el responsable pague por su falta —La voz entrecortada y suplicante del virrey sonaba más resuelta a cada palabra que emitía, aunque tartamudeaba en ocasiones y le costaba componer frases en su mente que difícilmente disuadieran al maestro Sith de torturarlo o imponerle algún otro

castigo—. Tenga en cuenta usted que Grievous fue el que aceptó tomar esa ruta después de todo… Hill dijo que era segura.

—Tal vez piense que inculpando a Hill logrará salvar su inmundo pellejo, o tal vez piense que con ese vacío argumento logrará disuadirme de que lo reprima —Gunray enmudeció víctima de pánico mientras Sidious pronunciaba con despectiva frialdad las maneras que se le ocurrían para sancionarlo—. Pero no creo que sea tan tonto como para pensar así, por otro lado, soy un hombre abierto de mente.

—Nada de eso mi Lord Sidious —continuo Gunray con esfuerzo—, en todo caso es a Hill a quién debe cuestionar su lealtad, fue él, no yo, quien sugirió usar esa deshabilitada ruta.

—¿Sugiere que debo aceptar sugerencias de un subproducto duro parasitario como usted? Darth Tyranus, tal parece que el virrey no extrañará más su cabeza ya que no la usa. Un tajo bastará.

—¡NO! —Rogó el virrey arrodillándose ante Sidious— Ordéneme usted simplemente —chilló—, ordene que su voluntad será cumplida, sin titubeos ni reservas, mi señor, por favor.

—Mi aprendiz lo escoltará de regreso a Serenno. Mientras tanto, me encargaré de que el canciller supremo revele si ha estado desarrollando mejoras para el ejército de la república.

—¿Qué pasará si sólo son falsas alarmas? —Preguntó Tyranus.

—No, no lo son. —La imagen de Sidious se desvaneció del holoproyector oscureciendo parcialmente el entorno del puente de mando.

—Corrió con suerte esta vez, pero no se confíe, Lord Sidious es un hombre que no conoce el significado del perdón tan bien como yo. —Confirmó Darth Tyranus alejándose de Gunray, quien permaneció unos momentos más arrodillado en el piso.

Mientras tanto, a cientos de pársecs de distancia…

Era la época festiva en Coruscant, la única época del año en la que el pueblo de la capital parecía olvidarse de la guerra y la política, cuando los precios en los insumos bajaban anticipándose a la resaca económica que seguiría después, la temporada de mayor actividad en el distrito de entretenimiento, los únicos días en los que el rostro de Palpatine aparecía a cada momento en todas las pantallas deseando sus buenos deseos en esa tan bien recibida época de verbena popular.

Son los días en los que el Polo Sur se vuelve de cabeza, cuando los distritos del norte del planeta se vacían de ciudadanos que asisten con emoción a ver los carnavales en el parque monumento, o los fuegos de artificio en la explanada del Senado. Miles de ojos de todas las especies de la galaxia contemplando complacientes las danzas públicas y los desfiles, donde los veteranos de las Guerras de Stark pasaban en sus naves saludando al compás de los himnos compuestos en su honor.

También era la temporada en la que los venerados Jedi gozaban de lo más cercano que conocían a unas vacaciones. Los miembros del alto consejo que tenían familia se paseaban con sus esposas e hijos por la capital como las familias normales, otros más,

solitarios, gozaban del ocio que ofrecía la gigantesca urbe planetaria. Sin embargo, debido al conflicto bélico, aquél año los monacales miembros de la Orden Jedi difícilmente gozaban de las fiestas. Con una buena parte de los residentes del Templo en campaña a lo largo y ancho de la galaxia, aquellos que se quedaban intentaban pasar el tiempo de la mejor manera, algunos meditando, otros paseándose por los pasillos del enorme recinto en el que vivían, o simplemente recorriendo la ciudad.

La mañana de aquél día, calurosa y despejada, el tren aéreo que debía hacer escala en la estación de Banjoph-14 se había demorado misteriosamente, y aunque la estación parecía virtualmente desierta, había allí un hombre, esperando de pie junto al andén por donde el aerotrén debía arribar. Vestía el humano un pantalón gris fajado en unas botas negras y sujetado a un cinturón de cuero también negro, con una camisa de color cenizo debajo de una ligera casaca ocre. Su estatura, más que mediana pero tampoco alta, proyectaba una sombra que se difuminaba en el piso detrás de él conforme el sol iba en asenso hacia el cenit mientras el viento jugueteaba con su espesa melena, lacia y negra. Precedido por una larga espera, el tren repulsor hizo su aparición en la estación, con sus siete vagones llenos a reventar, una gran cantidad de gente bajó de él apurada y algunos cargando bultos y cajas que seguro eran regalos para amigos o familiares; no mucha gente quedó dentro de los vagones, la mayoría de ellos eran humanos distraídos con las pantallas publicitarias del interior de los carros o enfrascados en la lectura de algún libro o publicación. El hombre de la estación subió en cuanto pudo cerrándose inmediatamente las puertas detrás de él, y tras hallar un lugar vacío entre dos twi’leks ancianos procedió a tomar asiento. El tren se puso de inmediato en movimiento, volando plácidamente sobre las amplias e interminables praderas metálicas de Coruscant. Los edificios que pasaban por el exterior de las ventanas reflejaban la luz solar que incidía sobre las caprichosas formas arquitectónicas deslumbrando en ocasiones a los pasajeros. Unos cuantos minutos más tarde, los dos ancianos twi’lek se quedaron profundamente dormidos recargándose sobre los tentáculos arrugados que emanaban de sus cabezas usándolos como almohadas, al tiempo que una niña le sonreía al hombre que se había sentado entre ellos.

—Eres un extraño muy simpático. —Señaló la niña.

—Pues gracias —dijo el hombre—, a mí me parece que eres una jovencita muy coqueta, ¿sabes?

—Me llamo Ela, tengo doce, y tú, ¿quién eres?

—¿Yo?, pues resulta que soy un Jedi.

—Sí, pero, ¿cuál es tu nombre?

—Tengo un nombre muy raro y largo, pero me siento orgulloso de llevarlo, claro que tú puedes llamarme Rob. —Dijo el Jedi emitiendo una risita que sonrojó a la niña.

—Bien Rob, me da gusto conocerte, y dime ¿eres un Maestro? ¿Cuántos años tienes? ¿Es cierto que los Jedi no tienen padres?

—Oh, pero son demasiadas preguntas. ¡Qué rayos!, mereces tu respuesta.

—¿Yyyyyyy?

—No soy ningún Maestro aún, sólo un simple Caballero, mi edad es de veinticinco y claro que tengo padres, si no, ¿de dónde crees que vengo?

—¿Y dónde están?

—En un mundo muy lejano y algo primitivo llamado Budabel, fuera del espacio de la República.

—¿Es un mundo separatista?

—No, nunca podrían, apenas conocen lo que hay fuera de su sistema.

El aerotrén se detuvo al llegar a la siguiente estación, en la que la niña y sus padres bajaron. El Jedi se despidió cordialmente de la niña quien le devolvió la despedida afectuosamente, luego entró más gente y las puertas se volvieron a cerrar reanudando el transporte su marcha en el acto. Una hora después, el jedi seguía sentado en su asiento contemplando el luminoso día y el buen clima, de pronto, el aerotrén se internó en una zona densamente ocupada por negocios simples y pequeños, discretas residencias, además de algunos parques decorados por los vecinos con motivos de las fiestas de la temporada y una gran cantidad de gente que caminaba por ahí. Los siete carros del tren de repulsión hicieron alto en una abarrotada estación de la misma zona, donde muchos seres de diversas especies aguardaban con sendos paquetes y cajas en mano, tal vez preguntándose si les sería posible abordar siendo evidente que los pasajeros también cargaban con bultos y cajas voluminosas similares. Fue finalmente ahí donde el Caballero decidió bajar entre empujones y evitando a las personas que meticulosamente trataban de abrirse paso a los vagones sin derribar en el intento las montañas de objetos que cargaban consigo.

A pocos pasos de ahí, bajando por las escaleras que conducían a la estación, había una avenida transitada que terminaba súbitamente a unos metros cayendo en picada hacia la selva metálica de la ciudad planetaria; a ambos lados de tal avenida había una gran cantidad de establecimientos de comida, de entre los cuales sin duda el más solicitado era el “Comedor de Dexter”, tan famoso después de que su propietario patentara un muy delicioso y singular platillo.

No era ahí, sin embargo, a donde el apurado Caballero Jedi se dirigía, pues a unos sesenta metros de distancia había otro comedor conocido a secas como “El Restaurante”, menos solicitado y más pequeño que el prestigiado recinto culinario que estaba unos metros más atrás. Al entrar se percató de que el lugar no tenía tanta clientela como esperaba, sólo muchas mesas vacías y unos cuantos comensales desperdigados por el lugar. El Caballero, empero, situó su atención en un hombre anciano, de prominente barba y pelo cano que comía tranquilo junto a una ventana, y que a juzgar por el estilo de su pulcra y blanca vestimenta, debía ser también un Jedi. El joven que recién había entrado se acercó a él tomando asiento enfrente de aquel peculiar comensal, quien indudablemente logró notar la presencia del recién llegado, y lo manifestó dejando en paz por un momento el platillo que hasta entonces degustaba.

—Este cocinero tiene muy buena mano para el Samalac —dijo el anciano con la boca llena de comida—, no había probado algo tan exquisito desde hace mucho, te lo aseguro. Y bien, veo que por fin llegaste, ¿no podrías haber tardado más, o sí?

—El tren no llegaba, me demoré esperándolo. —Se disculpó el joven Jedi.

—Ya. Bueno, me parece que no pude haber elegido mejor lugar, y si no lo hice entonces mi nombre no es Deneastor Adatorn. —El anciano continuó con su comida mientras el otro hombre lo veía retacarse la boca con cada cucharada.

—Espero que me explique por qué el alto consejo ya no delega las misiones personalmente.

—Oh no, Robert, no —señaló Adatorn escupiendo algo de comida—, disculpa. Ejem, claro que insistieron en convocarnos a la cámara para decírnoslo personalmente, sólo que ayer, caminando por aquí encontré algo muy curioso en una tienda y quise pasar a comprarlo hoy, de hecho, lo tengo en aquella caja.

—¿Ah sí? Bueno, pues entonces me irá diciendo de qué se trata.

—Es un móvil de esferas de cristal lleno con gases luminiscentes, una hermosa baratija por sólo cincuenta créditos.

—Con todo respeto, yo me refiero a la misión.

Adatorn no respondió de inmediato, esta vez tragó antes de poder articular la respuesta evitando así otra desagradable escena para su invitado. “¡Válgame, por supuesto!”, continuó, “sucede que hubo un problema en el sistema corelliano, debiste saberlo ya que eres columnista de la holored, pero de todas formas, justo ahora se discute en el senado si sería prudente enviar una fuerza de ayuda luego de que Corellia se declarara independiente hace unos meses, en todo caso, el maestro Yoda desea enviar una misión a sacar a los separatistas de ese cráter humeante, inicialmente propuso a Kenobi mas no está disponible por el momento, así que después de que otros se negaran la bolita pasó a nosotros. ¡Anímate! Tal vez no sea nuestra única misión.”

—Siendo sincero, no me parece correcto que el consejo actúe a espaldas del senado, deberían esperar a que los representantes voten la decisión de enviar una flota a Corellia.

—Créeme que no sería esta la primera vez que pasa. Hace unas semanas, un representante del sistema llegó con el maestro Rancisis a rogarle apoyo cuando los separatistas tomaron Drall, Rancisis aceptó y convenció al maestro Windu de despachar una ligera fuerza de reacción al sistema, que insiste en ser independiente. Para tal efecto fueron designados el maestro Jerdan Radilla y su padawan de diez años, un zabrak cuyo nombre no conozco. En cierta forma, nos toca tener que rescatarlos, y de paso liberar al sistema y a su capital que apenas hace dos días fue tomada por el Conde Dooku en persona, aunque sabemos que se fue después de conquistar al “hermano mayor”.

—No es posible —se indignó Robert—, no es correcto allanar de esta manera la milenaria democracia de la República Galáctica, esto es una ofensa directa al senado y a todos los pueblos representados en él.

—Sí, tenías que ser tú y tu amada política. Te recuerdo que ya que eres un Jedi, estás demasiado alejado de las posibilidades de ser político, además, no tienes a quien representar.

—Le juro que si pudiera elegir un sistema elegiría precisamente a Coruscant. Pero una vez más, reconozco que ser Senador es otra de mis ilusiones infructuosas. —Se calmó el Caballero.

—Tal como hasta ahora había sucedido con tus deseos de ir a la guerra. Te recuerdo que La Fuerza atrae lo que deseas siempre que lo requieres.

Ambos permanecieron en silencio durante unos momentos. Adatorn continuó comiendo degustando tanto cada bocado, mientras su antiguo aprendiz, aquel joven Caballero de la Orden llamado Robert Van Phiney, lo miraba con un casi imperceptible dejo de ira.

—La ira, sí, otra vez en ti. Ah, entiende que ya no depende de nosotros, el Consejo tomó su decisión y por lo que sé incluso Palpatine lo sabe, si no nos habrían delegado la flota que llevaremos a la campaña.

—Entonces es definitivo, ¿cuándo salimos?

Mañana mismo, antes del amanecer. Nos fueron delegados seis "aclamadores" y poco más de diez mil hombres.

—¿Puedo saber cuáles son los cruceros que nos asignaron? —Preguntó Van Phiney.

—De momento sé que los primeros cuatro son el *Fiscal*[1], el *Vengador Massassi*, el *Aclamador* y el *Interdicción*, mañana sabremos cuáles son los otros dos.

El Caballero no supo de qué manera reaccionar a la idea de que había sido enviado a su primera misión en esta guerra, debatiendo entre las posibilidades de poder comandar al fin una fuerza de tarea en una campaña militar y la de ser parte de una traición al senado y la República misma. Sumergido en sus propias tribulaciones, se levantó y se marchó, dejando a su antiguo maestro terminando el suculento platillo con el que Van Phiney lo había encontrado.

Un sueño reparador de apenas cinco horas envolvía a Robert dentro de su cama en el dormitorio que ocupaba en el octavo piso del templo de la Orden Jedi. Estaba soñando con inmensas bolas metálicas que destruían a cuanto planeta se les pusiera en frente, sin ser perturbado salvo por el despertador que había sido ajustado para despertarlo antes del amanecer, pero ya que Robert no deseaba apartarse de su sueño reparador, simplemente ignoró a la máquina que seguía sonando cada vez más intensamente. Pasados un par de minutos el aparato se calló para beneplácito del durmiente que seguía sumido en sus visiones letárgicas sobre armas formidables. Cada diez minutos se repetía el asunto: el despertador comenzaba a chillar, Robert lo ignoraba y luego de dos minutos exactos se callaba; el ciclo se repitió seis meses hasta que algo diferente sucedió. Recién se hubo

---

[1] En referencia a la traducción de *Prosecutor*. Me he tomado la libertad de incluir en la historia a este crucero, escenario de una de las campañas en el videojuego Republic Commando, la razón es que en el juego se menciona que esta nave había estado patrullando al sector corelliano antes de aparecer en la misteriosa locación en donde la escuadra Delta lo encontró. También se indica que lo comandaba el Capitán Martz, posteriormente mencionado en esta obra.

silenciado el aparatillo tan ignorado por Van Phiney cuando la puerta de su dormitorio se abrió dejando entrar la luz de las lámparas del pasillo exterior hacia el interior. Una figura femenina se acercó hacia la cama donde el joven Caballero yacía con los ojos cerrados e inmóvil, dando ocasionalmente una que otra señal de vida. La mujer se sentó junto a él sigilosamente mirándolo dormir durante un rato; luego de unos segundos colocó su mano sobre los ojos cerrados del durmiente generando una pequeña esfera de luz sumamente resplandeciente que por sí sola devolvió la iluminación a la habitación entera, huelga decir que eso debería haber despertado al hombre que sólo reaccionó volteándose para evitar la luz. Viendo que no había dado resultado, la damisela se inclinó del oído de Robert susurrando algo ininteligible que tampoco logró ningún efecto sobre el Jedi dormilón.

Justo entonces la puerta del dormitorio se abrió de nuevo, el maestro Mace Windu se había tomado la molestia de solucionar el pequeño problema que aquél soñoliento estaba provocando. Tras compartir unas preguntas con la bella dama que habiendo agotado sus intentos aceptó dejar que el líder del alto Consejo despertara al durmiente, Windu canceló el dispositivo de polarización que oscurecía las ventanas dejando entrar la intensa iluminación matutina al dormitorio, posteriormente, con la ayuda de La Fuerza, sacó a Van Phiney de la cama, quien no se despertó sino hasta que calló de cabeza sobre el suelo. Entonces por fin abrió los ojos adolorido por el golpe en la cabeza. Sobándosela intentó calmar el ardor mirando a los dos Jedi que tenía enfrente de pie sin poder dar crédito a sus ojos, o más bien sin querer hacerlo. Depa Billaba y Mace Windu lo veían retorcerse en el piso con ambas manos sobre la cabeza.

—Me decepcionas hijo —comenzó Windu—, el maestro Adatorn salió hace unas dos horas y a nosotros nos toca levantarte porque has estado ignorando tu despertador.

—Salir, ¿a dónde? —Preguntó Van Phiney aún con las dos manos sobre la cabeza inflamada por el chichón que hubo provocado su caída minutos antes.

—Tú y Adatorn fueron despachados hacia Corellia, por si ya lo has olvidado. —Recalcó la maestra Billaba

—Esperen, ¿qué rango militar me han dado? —quiso saber Van Phiney una vez que el dolor quedó apaciguado.

—Por tu desempeño en Rodia hace dos años te concedimos el rango de General. —Respondió el maestro Windu poniendo de pie al Caballero que debido a su sorpresa no se había levantado.

—Entonces no hay tiempo que perder. —Terminó Van Phiney. Ya con cierto grado de lucidez, pidió amablemente a los maestros que lo esperaran mientras terminaba de vestirse, para luego de unos pocos segundos ponerse en marcha hacia la zona de despegue.

El trayecto fue tranquilo, aunque para los tres fue evidente que los rayos del sol develaban cruelmente que la hora del despegue ya se había pospuesto demasiado. Cosa de veinte minutos después, el trío finalmente llegó al inmenso puerto militar donde docenas de naves de asalto estaban en posición listas para partir.

Naturalmente, Adatorn no recibió calurosamente a su antiguo aprendiz, la tardanza de más de dos horas había impacientado tanto al Maestro como a ciertos miembros de la tripulación de la flota que partía en curso hacia su misión en Corellia.

Sin perder más tiempo, los recién llegados fueron conducidos a la sala de estrategias contigua a las rampas que conducían al interior de los “aclamadores”. Era un salón espacioso, bien iluminado y tan pulcro como todas las instalaciones del ejército. Al centro de la misma existía una mesa redonda de color gris con un holoproyector en el centro, en la cual ya estaban sentados y con semblante de impaciencia algunos de los comandantes que asistirían a la compaña. Cada uno de los seis capitanes que comandarían sendas naves más el vicealmirante Brezan llevaban esperando durante un largo tiempo a la llegada de Van Phiney, quien disculpándose discretamente pasó a tomar su lugar en la mesa.

—Se que ha sido poco el tiempo que hemos tenido para planificar esto —comenzó el maestro Windu—, pero habría tardado más de dejarlo en manos del senado. Además tenemos la suerte de contar con la aprobación misma del Canciller Palpatine.

”Como saben, hace más de un año que el sistema corelliano retiró su representación del congreso separándose virtualmente de la República, con ello renunciaron a cualquier garantía que eso pudiera otorgarles: protección, una voz para exponer soluciones a esta guerra y no menos importante, la oportunidad de contribuir a ganarla. Ahora lamentamos decir que después de la batalla de Kamino el Conde Dooku fijó su mirada hacia aquel sistema para intentar remendar el fracaso del asalto a las instalaciones de clonación, inicialmente la barbarie comenzó en Drall, con el exterminio de la capital planetaria, para posteriormente expandirse hacia Selonia, donde la población se rindió sin luchar pese a la gran cantidad de elementos militares que el planeta posee, y terminar reclamando el botín más preciado, me refiero a Corellia. Ahora les voy a pedir que centren su atención al holoproyector, estas son imágenes de la destrucción que las fuerzas de Dooku inflingieron primero en os astilleros orbitales de la Compañía de Ingeniería Corelliana, y estas son las de la destrucción perpetrada a Coronet, la capital y algunas ciudades aledañas.

”Esperando que pudiéramos ayudar en algo, un representante del gobierno del sistema vino a Coruscant reuniéndose con el maestro Oppo Rancisis, quien me puso al tanto de la situación convenciéndome de enviar la ayuda requerida. En su momento también al Canciller se le informó sobre la operación pero por motivos de discreción decidió no informar al senado. Inicialmente se delegó al maestro Jerdan Radilla la responsabilidad de comandar la campaña, sin embargo, han pasado dos días desde que perdimos contacto con él y su flota. Esta vez ha sucedido algo similar, sólo que después de que el Canciller lo sometiera a votación el senado aceptó enviar la ayuda. De hecho, los senadores piensan que esta es la primera vez que se intenta sacar a los separatistas de ahí.

”También siento tener que decir que ése no es el único de nuestros problemas, pues hace unos días hubo un enfrentamiento cerca de Nueva Plympto con el General Grievous. Su nave se dirigía junto con un convoy de invasión hacia Devaron, pero fueron

interceptados por el capitán Gillad Raziel quien abordó la nave insignia de Grievous dejándola casi en ruinas. Aunque no logró detener al convoy, consiguió asegurar una serie de códigos de estrategias para invadir los mundos del núcleo comenzando por Corellia, mismos que el capitán transmitió al Consejo Jedi antes de morir. Sabemos que Grievous consiguió escapar y pensamos que se refugia en Corellia porque hacia allá debía trasladarse el convoy de asalto.

”Ahora es en ustedes sobre quienes cae la responsabilidad de restaurar la libertad del sistema corellian. Maestro Adatorn.

Adatorn se puso en pie observando detenidamente al holoproyector antes de comenzar a hablar, lo que no sucedió hasta que un mapa holográfico se dibujó en el holograma.

—El primer paso que debemos dar es infiltrarnos en la ciudad capital de Coronet para encontrar a un hombre en especial, Trajan Solo, secretario particular del depuesto diktat corelliano y vicepresidente de la Compañía de Ingeniería Corelliana, para esto antes hay que lograr evadir al bloqueo de naves de la Federación de Comercio que orbita el planeta y desactivar los cañones antiaéreos para que nuestras naves puedan aterrizar, tenemos suerte de que el bloqueo sólo consista de tres naves, así podremos evadirlos fácilmente. Ahora, el capitán Tarkin, que tan amablemente se ha ofrecido a comandar la siguiente parte de la operación, les explicará en qué consiste.

—Gracias —musitó un hombre alto, de cabello rubio y rostro enjuto, de pómulos pronunciados y mejillas hundidas que se levantó lentamente de su asiento al tiempo que iniciaba con su ponencia—. Me he asegurado de que el objetivo de encontrar al maestro Redilla sea también una propiedad. Tomé la precaución de encomendarle tal tarea al general Van Phiney quien según lo planeado romperá el sitio de Coronet. Mientras tanto, yo, acompañado de un limitado número de tropas dirigiré un asalto sobre Caroget, la ciudad que sirve como hangar a la Compañía de Ingeniería de Corellia, sirviéndome de la información que el señor Solo nos proporcione, una vez ahí, reactivaremos la flota oculta de naves de batalla que habían sido dispuestas para defender al sistema en caso de una, eventualidad. Desde Caroget se coordinará un ataque en el espacio y en tierra para aplastar de una vez por todas a cuanto confederado se resista a abandonar el planeta. Cuando hayamos finalmente expulsado a esos cerebros de tuercas, serán solicitadas otras dos flotas para limpiar Drall y Selonia.

—¿Hay algo más que deba acotarse en esta reunión? —Interrogó el maestro Windu, quien al ver que nadie decía nada concluyó la sesión, deseando suerte a la tripulación y a los Jedi encargados de la liberación de la más reciente adquisición del Conde Dooku. —Que la fuerza los acompañe. —Concluyó antes de retirarse.

Robert marchaba ahora hacia un nuevo sistema desconocido para él, con órdenes que le parecían confusas y sin saber aún de qué manera había terminado siendo parte de aquella locura. Mas partió con la conciencia tranquila y con su corazón emocionado: al fin, después de tanto tiempo, comandaría a una fuerza de asalto, en vez de pertenecer a ella. Finalmente se volvía realidad una de sus tantas ilusiones infructuosas.

II
Corellia: El corazón de la resistencia

—Recibí confirmación, ya vienen. —Susurró una voz a los ocupantes del búnker

—¿Cuándo llegarán? —Intervino una suave voz femenina.

—El contacto dice que están todavía a una hora de distancia o tal vez un poco más.

—Bien, Emil, que se alisten para salir, hay que ser cuidadosos. Beran, necesito que escanees el área y nos digas dónde están los droides —Ordenó la voz femenina a dos individuos que se pusieron en marcha inmediatamente— Ahora, ¿dónde estás?, ¡ah!, aquí. —La dama logró dar con un interruptor con el que encendió una serie de tenues luces que iluminaron el improvisado búnker dentro los restos de una nave de desembarco derribada de la Federación de Comercio. Estaban en las bodegas de carga de una de las alas de estribor, hacinados entre droides destruidos o desactivados y tanques de batalla averiados e inutilizados. La luz que se esparció por toda el ala iluminó a los treinta y dos ocupantes de ésta; hombres y mujeres, todos armados, era un grupo compuesto por civiles, políticos, militares corellianos y apenas media docena de clones de la república, el último grupo de resistencia en todo el planeta.

El líder del grupo era la alcaldesa de Coronet, Djueh Rendil, una joven mujer de apenas veinticuatro años, tez morena, cabello completamente blanco y ojos azules, de estatura alta y cuerpo esbelto y bien formado, llevaba algunos días vistiendo una incompleta armadura de soldado clon, con un arma blaster y un cilindro metálico sujetos a un cinturón delgado de cuero.

—Djueh —informaba el teniente Beran jadeando—, no hay droides en toda esta zona —Beran Araxus, de complexión robusta, cara redonda y barba de color castaño, ostentaba el rango de Teniente en el ejército de Corellia; durante la invasión del planeta por parte del Conde Dooku, su sección fue la última en caer ante el avance de las máquinas de guerra enemigas, sólo él y otros dos compañeros lograron salir con vida, tras lo cuál se unieron al movimiento de resistencia de Djueh—, pero hay que ser cuidadosos, los sensores indican que la costa sur sigue repleta y que hay un destacamento cerca del parque del malecón y en todo alrededor de la zona de impacto.

—¿Alguna buena noticia? —Preguntó la alcaldesa.

—Seis Cinco Dos dice que puede hacer volar este carguero, al parecer los motores no fueron dañados durante el ataque. También dice que es posible reactivar el sistema de armas.

—¿Cuánto tardaría?

—Tres horas.

—Que lo intente entonces, dile a Emil que recuerde dejar un grupo que proteja a Seis Cinco Dos, pero que los otros cinco clones vienen con nosotros. —Dicho lo cual, Beran se puso una vez más en marcha.

Diez minutos después, Emil Teras, un veterano de la Guerra Hiperespacial Stark, antiguo Coronel del ejército de Corellia y segundo al mando después de Djueh, se

presentó ante ella para comunicarle que todos estaban listos para salir, así como para informarle quienes serían las cuatro personas que se quedarían con Seis Cinco Dos mientras él reparaba la nave de desembarco que de momento les servía de búnker. Sin perder más tiempo, el improvisado pelotón se puso en marcha con rumbo a la asediada zona de batalla en la que se había convertido la ciudad de Coronet para intentar abrir el camino hacia la casa de los Gallia, la residencia en la que los separatistas tenían a Trajan Solo capturado como rehén.

El camino habría de ser accidentado y peligroso, nadie le aseguraba el éxito a ninguno de los veintisiete miembros de la expedición que tendría que liberar al secretario personal del Diktat corelliano. Salieron con la luz del día aún, momento idóneo, ya que al parecer las fuerzas de ocupación redoblaban la vigilancia de la ciudad y sus alrededores durante la noche, convirtiendo a la gran urbe en un fuerte inexpugnable. Nubes esponjadas y grises, aunque aisladas, sugerían la posibilidad de que una inminente lluvia se desatara en las montañas en algunas horas, pero lo suficientemente lejos como para no regar a Coronet.

Si deseaban lograr ingresar al primer punto que debía ser despejado, había que caminar un buen trecho, librar los campos minados junto a los canales que rodean Coronet y luego cruzarlos a nado cargando cada quien el arma y pertrechos que tuviera que llevar.

Salir a tales horas suponía una circunstancia arriesgada, ya que aunque no tan presente, la vigilancia que los droides habían establecido no era inexistente a plena luz del día, además, tanta iluminación restaba al grupo la ventaja de no poder ser vistos mientras se movían.

La nave que les había estado sirviendo como cuartel general por los últimos tres días fue derribada a poco más de un kilómetro al sur de la capital planetaria, en las extensas planicies de un valle aledaño al canal meridional que enclaustraba a Coronet en su pequeña isla. Aquellos lomeríos, cubiertos de pasto verde y corto, carecían de árboles o arbustos altos que les pudieran brindar cualquier tipo de escondite, más aun, la enorme estructura del carguero derribado hacía que la zona fuera más visible y atractiva para aquellos ojos que no deberían mirar. La expedición, muy ingeniosamente, logró compensar estas desventajas moviéndose discretamente y usando un MTT que pareciendo dañado e inservible, no daba la impresión de estar apto para que alguien lo pilotara.

Desgraciadamente para ellos, era la primera vez que empleaban este vehículo roído y defectuoso, con los depósitos de combustible perforados, los elevadores de gas averiados y el engranaje de las puertas delanteras atascado; el aparato podría fallar en cualquier momento y pese a su lamentable aspecto y rapidez casi imperceptible, no estaban exentos sus ocupantes de ser descubiertos, teniendo que salir a defenderse o ser destruidos adentro. Quiso la suerte que nada malo les pasara durante el breve recorrido que terminó al llegar a los campos minados.

Los explosivos fueron enterrados cautelosamente aunque no de manera muy profunda. Algunos eran todavía visibles por los inconfundibles agujeros descubiertos en donde habían sido enterrados o inducidos a la explosión. Ciertamente eran pocas las minas que permanecían sin detonar, ya que después de que el ejército local las plantara como una especie de barrera defensiva, los separatistas consiguieron hacer que innumerables cantidades de gente, en su desesperación por alejarse de la batalla, las pisara por accidente falleciendo en el instante. Cuando el ejército confederado penetró por tierra a la capital, lo hizo por las zonas donde las minas explotaron, los únicos pasos seguros hacia el interior de la metrópoli y naturalmente los más vigilados.

Sin embargo, tales trampas no habían sido pensadas para servir como obstáculo para los soldados corellianos, por lo que a cada oficial, comandante y general se le había proporcionado un dispositivo que controlaba las minas desde lejos, permitiéndoles de esta manera moverse libremente por entre los terrenos peligrosos con sus tropas sin temor de que se desvanecieran en mil pedazos al dar un paso en falso. Beran llevaba consigo uno de esos controles, gracias al cual, el grupo pudo acceder hasta la ribera del canal sin percances. Los márgenes de éste, extrañamente labrados por la erosión del discreto brazo de mar, se caracterizaban por los blancos acantilados de apenas cuatro metros de alto que bordeaban la ribera a lo largo de varios kilómetros.

El tan dichoso canal, pese a ser un simple brazo de mar, poseía una baja corriente que complicaba el hecho de tener que cruzarlo a nado, mas no fallaba la suerte que los acompañaba, la Fuerza les daba paso libre para cumplir con su cometido. A unos pasos del acantilado por el que bajaron, yacía encallada en la playa del canal una embarcación lo suficientemente grande como para llevar sin problema al pelotón hasta el otro lado; las propelas estaban sumergidas bajo el agua facilitando al grupo la tarea de desencallar la nave, que a juzgar por su aspecto debió pertenecerle a algún pescador.

—Ya está —declaró Beran triunfante—, ahora sólo debemos encenderla y…

Se hizo el silencio entre los compañeros, encenderla, ¿cómo?, cuando vieron la ranura de ignición vacía, se percataron de que después de todo tendrían que cruzar a nado. Y así fue; cada quien, cargando más de seis kilos de munición y pertrechos, luchó contra la profundidad y la corriente durante casi una hora, hasta que todos lograron pasar. Empapados y cansados, no les quedaban ganas para continuar, ni siquiera a Djueh, quien optó por ordenar un descanso de treinta minutos. No fue necesario tener que ocupar la media hora, ya que el grupo decidió continuar al poco rato.

Habían conseguido llegar a Coronet en una sola pieza, sin ningún percance mayor y tras un recorrido tranquilo y despejado.

La ciudad estaba desierta, incluso la tan transitada Vía Dorada, que circunvalaba la ciudad, se encontraba completamente solitaria. Pero había que continuar, aunque no se percibía la presencia de ningún droide en las cercanías, el grupo se movía furtivamente entrando a los semidestruidos edificios, de vez en vez asegurándose cierto resguardo de la furtiva vigilancia de la ciudad.

—Beran, ¿qué tan lejos estamos? —quiso saber Djueh.

—Desgraciadamente todavía falta un buen tramo, nosotros estamos justo aquí —dijo señalando un mapa que había extendido sobre el piso—, al extremo sureste, la casa de los Gallia se ubica todavía a seis kilómetros de nuestra posición.

—¿Entramos por el sitio correcto? —Preguntó un soldado clon.

—Creo que no, debimos haber entrado más al norte, pero la corriente del canal nos desvió aproximadamente a unos ciento cincuenta metros de nuestro objetivo, no importa, de todas formas la casa queda a la misma distancia.

Súbitamente, Emil entró al vestíbulo del edificio donde se guarnecían, jadeando y evidentemente apresurado, sosteniendo su rifle con la mano izquierda y un sensor en la derecha. —Hay, problemas —balbuceó entre jadeos—, droides, aparecieron, en la calzada Yrenni.

—¿Eso es bueno? —interrogó Beran.

—Ya quisieras, vienen cuatro tanques y como un batallón entero de SDCs[2], sin olvidar a nuestros amigos los droidekas.

—Entonces hay que moverse, ¿recomiendas salir del edificio? —terció Djueh.

—Negativo, yo sugeriría subir a la azotea y encontrar un camino seguro hacia los otros edificios, tal vez podamos pasar de uno a otro hasta llegar a la Plaza de La Hermandad, a cuatro kilómetros de nuestro objetivo —aclaró el veterano Emil.

—En marcha pues, en silencio, subamos. —Dispuso Djueh

La resistencia se puso entonces en camino hacia la azotea del edificio en el que se encontraban, un pesado trayecto de casi ochenta pisos de escaleras los separaban de ella, una cantidad justa y suficiente para desanimarlos un poco durante la escalada. En cosa de algunos pocos minutos, el equipo logró alcanzar el piso veintitrés, ocupado antiguamente por lo que parecía haber sido un complejo de oficinas de una compañía de alimentos, tenía un enorme boquete cerca del cubo de las escalinatas desde donde alcanzaron a ver sin detenerse la no tan insignificante fuerza droide que habían mandado a por ellos. De milagro alcanzaron el piso cuarenta.

La condición que suponía la no tan joven edad de Emil y los achaques físicos que trae consigo la ancianidad aún incipiente, la mala condición física de los más jóvenes, la herida en la pierna con la que caminaba uno de los clones, el pie torcido de uno de los miembros, la hipertensión arterial de otro, el peso de los pertrechos en la espalda, las ropas mojadas y pesadas, más el cansancio de todos, dificultaron considerablemente la llegada a la azotea. Pero no bastó más que un “no podemos parar, si nos detenemos se acaba nuestra esperanza” de Djueh para que las otras veintiséis personas recobraran los ánimos y continuaran trepando las escaleras.

Piso cuatro, muchos droides; piso ocho, más droides; piso quince vacío, pero en la mira de los cañones de los tanques de batalla más abajo; piso dieciséis, en las mismas condiciones; nivel veintitrés, con el mismo boquete cerca de las escaleras; planta número cuarenta y dos, Djueh y su improvisada fuerza liberadora abriéndose paso por los

[2] Designación abreviada para Súper Droides de Combate, tomado de la versión en inglés, SBDs (es-bee-dees) que significa respectivamente Super Battle Droids.

escombros sobre los escalones. “¡Continúen, ya falta menos”!, jadeaba Emil para animar a los otros, quienes casi desfalleciendo lograron seguir hasta el piso cincuenta y dos, cuando uno de los integrantes se sentó irritado sobre unos escalones.

—Ya no continúo, esas chatarras pueden abrirme el cráneo si quieren, yo ya no sigo subiendo —se quejó un hombre barbado y con un medallón dorado pendiendo al cuello.

—¡No te vas a quedar aquí, maldito! —le respondió Emil sumamente irritado levantándolo con su poderosa mano del piso— Si ya se te olvidó, todo esto es tu jodida culpa, así que de hecho, tú deberías ser el único que debiera participar en esta misión. ¡Bah!, para qué me canso discutiendo contigo, como te vuelvas a quejar le voy a ahorrar a esos sacos de tuercas el placer de acabar contigo, hijo de…

—Tranquilo —dijo la líder para pacificar al hombre—. Garm, si Emil quiere matarte no lo voy a volver a detener, a no ser que prefieras terminar esto por ti solo, después de todo usted fue el que nos separo de la República, Senador Bel Iblis.

El aludido se quedó en silencio levantándose adolorido ante la mirada hiriente del coronel Teras reanudando en el acto la marcha hacia a la azotea. Nueve plantas más arriba, uno de los más jóvenes se derrumbó desmayado por el cansancio, provocando que tanto su novia como su mejor amigo se quedaran atrás unos momentos hasta que lograron reanimarlo.

—¡Nivel setenta y ocho, dos pisos más y llegamos! —avisó el teniente Beran tan pronto como vio la placa que indicaba su progreso, ya que era él quien iba a la cabeza de la marcha tortuosa hacia la cúspide del edificio.

El grupo estaba apunto de alcanzar su meta cuando el comunicador de Emil comenzó a sonar, sin vacilar lo encendió proyectando una pequeña figura holográfica, traslúcida y azulada de un hombre ataviado con uniforme republicano recitando el siguiente mensaje: “Flota de ayuda de la República ha arribado al sistema, soy el capitán Martz, de la nave de asalto *Fiscal,* en representación del Vicealmirante Jorus Brezan, ¿quién allá?”

—¡Ya era hora! —exclamó Djueh— Aquí la alcaldesa de Coronet, Djueh Rendil, en representación y comandancia de la última fuerza de resistencia del planeta principal. No nos vendría mal algo de ayuda, estamos bajo presión aquí.

—¿Despejado el objetivo primario? —preguntó el hombre del holograma.

—Negativo, operación en proceso.

—Entiendo. Bien, enviaremos un pelotón a que los asista, sólo… Oh, qué en el nombre de… ¡Agáchense!

La comunicación se interrumpió en ese momento, habiendo brindado felicidad y esperanzas a los compañeros de la alcaldesa, Emil comenzó a gritar de la emoción, por otro lado, un dejo de consternación invadió a uno de los miembros de la débil resistencia.

—No quiero interrumpir el momento, pero esto puede ser una mala señal —dijó él con voz entrecortada.

—De acuerdo, no podemos quedarnos, Djueh, hay que seguir —concluyó Emil.

El hombre apesadumbrado no estuvo seguro sobre si Emil había interpretado bien o no su preocupación, aunque de momento no le importo, pues al igual que los demás continuó hasta llegar a la azotea.

Un inquietante estremecimiento se dejó sentir bajo los pies del equipo, los vidrios de los tragaluces cercanos empezaron también a vibrar y no falto uno que otro que al no resistir se reventara de facto. Al primero siguió otra vibración, ahora más fuerte y así hasta sumar cinco.

—Bevel, ¿quieres ir a ver qué pasa? —ordenó Emil a un hombre de tez morena y pelo cano aunque de semblante rudo y complexión gruesa, quien asintiendo con la cabeza recogió su fusil y a cubierto se deslizó hasta la cornisa más cercana, pecho a tierra se fue acercando hasta que al llegar a una distancia considerablemente segura, cargó su arma y la apunto hacia abajo sobre el borde de la cornisa. Apenas logró avistar lo que acontecía en el suelo, un rayo de color rojo paso peligrosamente próximo a su cabeza, haciendo que el hombre cayera de espaldas debido a la impresión. Un exaltado "¡No!" fue proferido por algunos de los demás pensando en que el rayo había logrado atravesar el cráneo de Bevel, mas cuando éste se movió la angustia de los demás quedó apaciguada. Bevel se levantó tan rápido como pudo para correr hacia el grupo agitando los brazos frenéticamente.

—¡Hay que salir de aquí! ¡Están derribando el edificio! ¡Vámonos! —Gritó.

—Beran, ¿ahora qué? —Preguntó Djueh angustiada.

—Al lado sur —Musitó casi en silencio.

—¡¿Qué?!

—¡Al lado sur! ¡Ya!

Comenzaron todos a correr sin más vacilaciones, no habían avanzado mucho cuando otras dos siniestras vibraciones se presentaron, separadas apenas por un intervalo de unos cuantos segundos. Para cuando llegó la tercera, el grupo no había aún alcanzado el borde de la azotea que comunicaba con el otro edificio en el lado sur; pero esta tercer vibración fue diferente, no cesó, continuó indefinidamente y poco a poco la altura que había entre las azoteas de los dos edificios fue disminuyendo, algunas partes del techo del primer edificio se desmoronaban de la estructura pisándole los talones a los más rezagados miembros de la resistencia, mas quiso la Fuerza que todos lograran aterrizar a salvo en la cúspide del otro inmueble aunque fuera por los pelos.

La estructura de ochenta pisos que habían dejado atrás desapareció cubierta por una de polvo que se elevó hacia ellos entorpeciendo un poco su visión, lo que no significó que dejaran que correr. Bajo la dirección de Beran se movían lo más rápida y cuidadosamente que podían por los tejados, evadiendo a los separatistas que demolían a todo edificio que les hubiese servido como pasaje hacia uno nuevo continuamente. Naturalmente que la dotación de tejados no era infinita, y habiéndose desviado una distancia considerable de su objetivo principal, fue cuando experimentaron aquella terrible verdad. Beran, al notar que junto al inmueble en cuya azotea estaban no colindaba con más que un parque a casi cien pisos por debajo de ellos, se detuvo en seco frente a la

cornisa, los suficientemente rápido como para que los demás no lo notaran, provocando que Djueh, Emil, Bevel y todos los demás chocaran entre sí derribándose accidentalmente hacia el vacío. Veintisiete personas se precipitaban en caída libre hacia el no tan acolchonado suelo cubierto de césped a decenas de metros más abajo. Aquellos que portaban consigo alguna clase de gancho trataron de usarlo para aferrarse a cualquier punto que les sirviera de apoyo para quedar colgados de algún muro, los pocos que lo consiguieron encontraron rápidamente la forma de ayudar a sus compañeros, ora lanzándoles la cuerda del gancho para que se sujetaran de ella, ora sujetándolos mientras se columpiaban rumbo a un lugar seguro. Quienes no pudieron ponerse a salvo en el aire cayeron dentro las heladas aguas del lago artificial en el centro del parque del abismo, que al no ser muy profundo, provocó dolorosos golpes a todos los que cayeron en él. Djueh sintió de repente una presión incómoda en su pecho que no la dejaba respirar, en su desesperación, abría la boca buscando inspirar alguna bocanada de aire, pero de en vez de eso, tragaba agua que se iba directamente a sus pulmones, se estaba ahogando. Con una reacción instantánea y resuelta, Beran consiguió nadar hacia ella y tomándola por la cintura la elevó rápidamente a la superficie; Djueh yacía inconciente pese a que su cuerpo temblaba, tal vez de frío, la armadura incompleta de soldado clon que ésta vestía la hacía muy pesada para que Beran resistiera su peso mientras la llevaba hasta la orilla de lago, por lo que tomó la decisión de despojarla de ella dejando sólo el cinturón, las botas cafés que había estado usando todo ese tiempo, sus pantalones y su túnica de color azul. El cuerpo de Djueh comezó a temblar con más fuerza haciendo que un sentimiento incómodo se apoderase de la mente de su rescatador, que sin embargo, no se acobardó y sin importarle el estado de los demás llevó a su líder fuera del agua comprimiendo su pecho sin vacilar a intervalos continuos para intentar sacar el agua de sus pulmones. Luego de algunos intentos desesperados, el cuerpo de la alcaldesa comenzó a responder, escupiendo el agua forzadamente, abrió sus ojos azules que pese a ser tan claros y relucientes, tenían una extraña mirada perdida.

“¡Médico!”, gritó Beran asustado. A su llamado acudió presto un joven cabo de la armada clon, quien estando algo maltrecho y con un gran cardenal de sangre fluyendo por su cabeza, realizó algunas maniobras sobre la mujer de cabello blanco, estabilizándola exitosamente. Djueh enfocó su vista en sus salvadores, para luego toser bruscamente y cerrar de nuevo sus cansados párpados; así, sin más, inclinó su cabeza hacia su lado derecho y relajó alarmantemente todos los músculos de su cuerpo.

—No, vamos, no me hagas esto —Chilló Beran contrayendo contra su pecho la cabeza de su líder. A su alrededor, sus compañeros de equipo bajaban de los altos muros del edificio deslizándose por cuerdas, unos más se sacudían instintivamente luego de salir empapados del lago, mientras tanto, otros gritaban de dolor al notar que estaban malheridos o que la persona que tenían a su lado no había resistido a la caída.

Al mismo tiempo, un demacrado Garm Bel Iblis se ponía de pie después de tomar un respiro a la orilla del lago, clavó su vista en las nubes habiendo notado algo raro tras

ellas, algo similar a un grupo de meteoritos ingresando en la atmósfera, lo que sólo podía significar una cosa…

—¡Emil! ¡El comunicador! —Solicitó Bel Iblis sin apartar la mirada del cielo. A unos metros de ahí, Emil trataba de consolar a Beran, quien se mostraba sumamente perturbado ante la posibilidad de que Djueh hubiese muerto, aunque el cabo clon que anteriormente la había estabilizado descartara por completo esa terrible posibilidad— ¡Emil! ¡El comunicador, ya! —Requirió enérgico una vez más, pero Emil no lo escuchó— ¡Con un demonio, Emil! ¡¿Quieres darme el maldito comunicador?! —Pidió por última vez, esta ocasión con voz más fuerte y hablando justo detrás del Coronel.

Emil reaccionó bruscamente, conteniendo sus deseos de golpear a Bel Iblis en el rostro. Ambos se miraron duramente, Emil sacó con violencia el comunicador de uno de sus empapados bolsillos, mas el contacto visual no se desvaneció hasta que Garm lo tuvo en su mano. Colocó el aparato en la palma de su mano pulsando algunos botones para luego esperar a que algo pasara. Transcurridos unos pocos minutos, el holograma de la reducida cabeza de un soldado clon apareció en el comunicador.

—¿Qué sucede? —Preguntó la cabeza.

—Escuche con atención, necesitamos que contacte de inmediato a la flota de la República (que por lo que veo está ingresando a nuestra atmósfera) y les dé nuestra posición, estamos en el parque de la Reconciliación y necesitamos apoyo médico y refuerzos de inmediato, los droides no tardarán en encontrarnos si no se dan prisa.

—No se preocupe, enseguida iremos a ayudar, justo ahora procederemos a elevar esta nave.

—¡No! Debe contactar a la República primero ¡A prisa! ¡Ya mismo!

—Entendido, Cinco Seis Dos, corto.

—Bien, gracias a… estamos salvados. ¡Emil! —Dijo para sí, lanzando después el comunicador de regreso a las manos del veterano Coronel.

Irónicamente, casi en el instante en el que Emil tuvo el aparatillo en sus manos, éste comenzó a sonar, cesando sólo para mostrar la efigie proyectada del capitán de la República Wilhuff Tarkin.

—Espero que tengan una buena razón para justificar el fracaso de su operación —sentenció Tarkin agresivamente.

—De hecho, perdimos a siete personas, once están heridas y nuestra líder está inconciente, gracias por preocuparse —contestó Emil en tono descontento.

—Ahorre sus palabras —prosiguió Tarkin— y comuníqueme con su superior de inmediato.

—Ante la incapacidad de nuestra líder, me temo que yo estoy a cargo ahora, soy el Coronel retirado Emil Teras, al servicio de su excelencia el Diktat de Corellia.

—Muy interesante, Coronel, pero le informo que desde ahora usted está bajo las órdenes del vicealmirante Brezan y de los Generales Deneastor Adatorn y Robert Van Phiney. Ahora deje que le ponga al tanto de la situación desde aquí arriba, hemos logrado exterminar a la tripulación entera de dos cargueros de la Federación de Comercio que

justo ahora están ingresando en pedazos a su atmósfera y hay otros cuatro en estado inoperante, a parte del problema que supone la esfera central que ha descendido y que controla a los droides, tenemos paso libre a la superficie del planeta. Hay cuatro legiones disponibles que irán a apoyarlos dentro de poco. ¡Ah! Y ya que no fueron capaces de rescatar al señor Solo, cualquier ayuda que nos pudieran proporcionar ya no será necesaria. ¡Corten! —Dicho lo cual la imagen desapareció.

Un incipiente tono rojizo, característico del atardecer, se dispuso a teñir el cielo azul. A lo lejos en las montañas, una enorme columna de humo negro se elevó hacia el cielo mientras muchas otras bolas de fuego lo cruzaban a gran velocidad, apenas cubierto por una escasa capa de nubes blancas y voluminosas, en sustitución a los nubarrones grises que hacía una pocas horas amenazaban con hacer llover.

III
Corellia: La conquista del espacio.

—Vicealmirante Brezan, están informados, señor.

—Gracias Teniente, ¡ah!, por cierto, ¿se les dijo sobre su misión?

—Sí señor, el capitán Kagi se encargó personalmente hace una hora.

—¿Y con quién contactó?

—¿Perdón Señor?

—¿Con quién hizo contacto Kagi?

—Oh, me temo que con una célula de resistencia comandada por algún político, no tengo muchos datos al respecto, pero el Capitán me dio las especificaciones necesarias para volver a contactarlos, y eso hice recién, señor, les dije que estamos a una hora aproximadamente del sistema y que sería bueno que comenzaran con su misión.

—¿Habló usted con su líder?

—No, a diferencia del capitán Kagi, yo hablé con uno de los nuestros que se encuentra dentro de la célula.

—¿Puedo saber qué hace ahí?

—Supongo que fue uno de los sobrevivientes de la campaña del maestro Radilla.

—Ya veo. Bien soldado, puede retirarse.

—Señor —concluyó el clon saludando a su superior.

La asombrosa vista del hiperespacio dejó atónito, como de costumbre, al vicealmirante Brezan. Absorto en sus pensamientos contemplaba con estupefacción las ventanas frontales del puente de mando del *Aclamador*, la famosísima nave insignia de la República y ahora de la flota en camino hacia Corellia.

Apenas habían pasado poco más de tres horas de que los cruceros de asalto —el *Vengador Massassi*, el *Fiscal*, el *Interdicción*, el *Inquisidor*, el *Aclamador* y el *Destructor Estelar*— zarparan cuando se hallaron a menos de sesenta minutos de llegar a su destino.

Ante tal proximidad, lo común sería que las dotaciones de los cruceros se alistaran para el combate, pero por alguna extraña razón, dentro de las naves reinaba una inusual calma. El capitán Odessa, oriundo de Alderaan, mandó poner en los altavoces del *Inquisidor* las antiguas grabaciones de música de su mundo natal que siempre portaba consigo. La acción que quizá estuvo más cerca de cualquier tipo de preparación para el combate, fue la que el capitán Tarkin del *Aclamador* tomó, en vez de música, hizo que los altavoces resonaran con odas y poemas épicos mandaloreanos que incluso el vicealmirante Brezan declamó a voz en cuello, despertando un sentimiento extraño entre la tripulación, mezcla de agresividad, valentía y patriotismo.

—Como desearía que se callaran —Suplicó el maestro Adatorn mientras conversaba con Robert, quien se ocupaba en esos momentos en calibrar las armas de su caza.

—Venga, no sea tan aguafiestas —replicó Van Phiney—, tenemos tan poco tiempo para divertirnos en esta guerra que podemos olvidar fácilmente las causas por las que luchamos, así que recite conmigo y con el altavoz de paso:

Gloria al guerrero en las alturas,
gloria a la sangre de tus venas,
gloria a tu ser en las victorias
gloria a tu casta en las derrotas.

—Vaya —carcajeó Adatorn—, apenas te hacen General y en unas horas te crees mandaloreano.

—A fe mía que ninguna ventura por caridad a mis deseos la luz de la claridad conceda, no más que la voluntad de la Fuerza sea sobre mis designios lo que mi conciencia sobre mi destino. —Contestó Robert desde debajo de su caza.

—Me pregunto si es que no te hemos perdido, amigo mío.

—¡De ninguna manera! —Afirmó Robert desocupándose momentáneamente— No me explico por qué me hicieron General cuando Skywalker es apenas Coronel, o por qué me dieron esta preciosidad —señalando a su Eta-2 Actis— cuando el maestro Tiin continúa volando en un Delta-7, pero debe ser una buena razón, muy buena, sin duda.

—Eres una buena opción, no me queda duda, debo decir que yo nunca habría sido tan creativo como para decidir asaltar aquella torre en Ando desde un volcán aprovechando su erupción, además presiento que tu rivalidad con Anakin Skywalker tuvo algo que ver con que te dieran el nuevo caza. Yo diría que haces las cosas sin pensar nunca en los beneficios que logran traerte.

—Y yo pienso que sólo es suerte, de cualquier manera, los aqualish son torpes y Skywalker un patán soberbio.

—Sabes que es imprudente hacer comparaciones, y dime, ¿ya sabes en que consiste tu parte del plan? No podemos darnos el lujo de perder el tiempo.

—Sí, demonios —murmuró tallándose el ojo derecho luego de que una gota de aceite cayera cerca de él—. Son muchas palabras y mucha acción. Me voy a divertir. Tanta consideración me tiene Brezan que me ha asignado la supervisión táctica y operativa de una escuadra ARC, los comandos Alpha, ¿puede creerlo?

—¡Bien!, finalmente tu espera obtiene recompensas.

—Lógicamente —hizo una pausa para ponerse en pie, Robert se veía satisfecho por lo que fuera que hubiese hecho con su caza—. Ya está.

Ambos se quedaron en silencio durante unos instantes, Van Phiney admirando su nueva nave de combate y Adatorn sumido en sus pensamientos. Mas de improviso, las repeticiones de los altavoces de la nave cesaron, siendo sustituidos por alarmas y órdenes que daban a la tripulación instrucciones de ponerse listos para trabar combate, faltaban veinte minutos solamente para arribar a Corellia y ya se había desperdiciado demasiado tiempo. Los tranquilos pasillos del *Aclamador* perdieron su serenidad cuando enormes contingentes de clones desfilaron por ellos presurosos en camino hacia sus estaciones de

combate. Inmediatamente, Adatorn atendió las indicaciones de los altavoces y sin esperar a que se lo ordenasen, dejó a Robert en el hangar con su caza para dirigirse al puente de mando y apoyar con la estrategia; pero pocos segundos después, Robert lo emuló siguiendo sus pasos por entre los laberínticos andadores de la nave. Abordaron sendos ascensores para terminar reuniéndose en la parte más alta del crucero, los albinos corredores de los alrededores del puente se abarrotaron de droides de mantenimiento y astro mecánicos que zumbaban sin cesar, algunos clones y oficiales deambulaban de un lugar a otro con cierto nerviosismo al tiempo que una suave voz femenina en los altavoces contaba en reversa hacia el momento en el que arribaran al sistema de objetivo.

Finalmente, los dos generales Jedi ingresaron a la sala de control de la nave. De diseño extraño, pues al igual que en el *Fiscal* y muy pocos otros cruceros de asalto reservados sólo a las operaciones de suma prioridad, poseía dos niveles, no faltando, sin embargo, las características más básicas de construcción de la compañía Rothana, como las dos trincheras en el piso con estaciones de mando para el gobierno de la embarcación o las ventanas triangulares, en cuyo exterior se vislumbraba el extraño fenómeno luminoso que provoca el hiperespacio.

También el bullicio que se sentía en el resto de la nave estaba presente en el puente de la misma, nerviosos tripulantes verificaban una y otra vez los datos que aparecían en las pantallas de los ordenadores, el capitán Tarkin y el vicealmirante Brezan estaban esperando contemplando el exterior de la nave, Robert y su antiguo mentor se acercaron hacia ellos sin vacilación alguna ante la mirada de admiración de algunos soldados que se encontraban en el recinto. “Tiempo estimado de llegada al sistema de Corellia: ocho minutos y treinta y siete segundos; a todo el personal, prepararse para código de prioridad beta; General Van Phiney, repórtese en el puente; General Adatorn, repórtese en el puente. Tiempo estimado de llegada al sistema Corelliano: siete minutos, cincuenta y nueve segundos.” Repitió la voz femenina de los altavoces.

—Parece que nos hemos adelantado —señaló el viejo Maestro.

—A mi me parece redundante tener que repasar nuestros objetivos primarios —dijo el vicealmirante—, pero temo que por cuestiones estratégicas, el general Deneastor tendrá que asistirnos en la batalla espacial. Sé que los cazas no son su fuerte, pero hay un Delta-7 disponible en el hangar D, por si lo desea.

—Ponerme en la cabina de una de ésas cosas puede ser una locura, desgraciadamente para ambos, soy asiduo a las locuras —Aclaró Adatorn.

—En cuanto usted, general Van Phiney, espero que esté complacido con su regalo, cortesía del maestro Jorus C’baoth —Intervino Tarkin.

—El maestro C’baoth, nunca creí que se interesara en alguien más que no fuese él o su amado Canciller —Admitió Van Phiney.

—Será mejor que midas tus palabras —reprobó el maestro Adatorn, aunque con un semblante muy alejado del regaño—, joven Rob.

—Lo siento, ahora, ¿en qué podemos ayudar?

Las cejas del vicealmirante se arquearon ligeramente, permaneció en silencio el tiempo suficiente como para que el capitán Tarkin tomara la palabra:

—La incursión al sistema no será tan fácil como se pensaba, hemos sido informados por Inteligencia Central de que el general Grievous arribó hace unos días a Corellia para supervisar el bloqueo y recuperarse del asalto de Nueva Plympto, y trajo consigo otro carguero de la Federación. Por si fuera poco, hemos detectado extraños movimientos en las agrupaciones de bloqueo de Selonia y Drall, al parecer una nave de combate de cada flota ha sido reasignada a proteger el planeta principal, con esto parece que nuestra superioridad numérica se ha desvanecido, virtualmente. Desgraciadamente para nosotros, no es posible a estas alturas solicitar ayuda a Coruscant, por asuntos de tiempo, así que tendremos que encargarnos por nuestra propia cuenta.

—Modificamos nuestra estrategia —continuó el vicealmirante— para lograr obtener valioso tiempo durante el ataque, mientras ustedes dos se entretienen con las hordas de cazas droides que se les echarán encima, cada crucero de batalla se concentrará en destruir a dos cargueros enemigos, haciendo énfasis en derribar a toda costa la nave insignia del bloqueo, el carguero *RM-1821*.

—El objetivo es distraer su fuerza de ataque mientras nos abrimos paso a la superficie del planeta, una vez que los ARC desactiven los cañones antiaéreos, por supuesto —aclaró el Capitán.

Habiendo esperado más detalles que les permitieran confirmar la conveniencia del plan, los dos jedi dieron por entendidas las nuevas órdenes. Se retiraron hacia el hangar desde donde en menos de tres minutos tendrían que comandar alas enteras de cazas en contra de los droides que obstaculizaban la liberación de uno de los sistemas más importantes del núcleo. Dos minutos después, ambos generales ya se encontraban en el tan famoso hangar D, cada uno abordando sus cazas preguntándose hacia sus adentros sobre si su misión no implicaba un suicidio colectivo. Pero ya era muy tarde para dudar, en plena situación, que, huelga decir, no parecía muy convincente, más aún, complaciente para nadie.

—Imaginaré que saben lo que hacen —Murmuró Robert.

—Déjalo pasar, sabemos lo que hay que hacer —Contestó Adatorn con un dejo de decepción.

La voz femenina de los altavoces dejó de repetir el tiempo treinta segundos antes de que la flota llegara a su destino, el impactante fenómeno visual del hiperespacio cesó para las seis naves de asalto que disminuyeron su marcha muy cerca de su destino. No muy lejos de ellos y a simple vista desde los hangares, era posible contemplar el bloqueo de cargueros separatistas que, listos para trabar combate, se habían distribuido de tal manera que no les fuera posible dejar escapar a ninguna nave contraria. “Atención a todos los pilotos”, dijo una voz masculina en los altavoces del *Aclamador* “prepárense para despegar sus cazas y asuman puestos de combate; a todo el personal de mantenimiento se le solicita reportarse en los hangares; unidades de asalto, a sus cañoneras, preparados para

desembarcar en cualquier momento; ¡esto no es un simulacro, repito, no es un simulacro! Tiempo estimado para comenzar operaciones, dos minutos y contando”.

—Parece que ha iniciado ya, Maestro.

—Es lo que a ti te gusta, Rob, ahora veremos si realmente estas a la altura. Que la fuerza te acompañe.

—Que la fuerza le acompañe. Oh, descuide, le guardaré un par de cazas para que no se aburra.

—Gracias Robert, que considerado.

—Maestro Adatorn.

Las escotillas de sendos cazas se cerraron casi al mismo tiempo, los jedi despegaron seguidos de un escuadrón de cazas de la República al mando de Robert, quien más emocionado que otra cosa, fanfarroneaba con su caza dando piruetas y moviéndose errática y estilizadamente. Lo mismo ocurría en las demás naves, enjambres de cazas blancos emanaban de los hangares de los cruceros de asalto configurando una imagen impresionante.

—Escuadrón dorado —ordeno Robert desde su cabina— alinéense a mi espalda; escuadrones verde y rojo, formación tres-cero-uno-tres en posición cuatro-ocho-uno; líder Alpha Dos Seis, ¿me recibe?

—Afirmativo señor —contestó una voz clon por el intercomunicador—, escuadra Alpha lista y en espera de sus órdenes señor.

—Eso quería escuchar, ahora, ustedes van primero, bajen en cuanto los cruceros abran fuego, el escuadrón dorado los escoltará hasta el punto ciego cuando nos deshagamos del problema de los droides voladores, una vez en el planeta, activen la baliza de rastreo para probar si sirve; si los droides se acercan a su posición ocúltense, no queremos héroes el día de hoy y concéntrese en la desactivación de las torretas; Estaré a su lado en cuanto pueda. ¿Alguna duda?

—Todo claro señor —afirmó la voz clónica.

—Supervisor táctico Van Phiney, corto. Todas las alas y escuadrones asuman formación defensiva FDB-4 en posición cuatro-ocho-cuatro. Se van a divertir, se los prometo.

Tras esta orden, una barrera se levantó entre las naves de la República y la Confederación, soberbiamente, como la que pretende nunca ser atravesada, y claramente visible desde el puente del carguero insignia de la flota bloqueadora, donde el virrey de la Federación de Comercio miraba asustado, tratando de ocultar esa incomoda sensación al general Grievous que tenía a su lado.

—Deben sa…salir ¿ya? —Titubeó Gunray.

—¡No! Los dejaremos esperar hasta que se cansen de hacerlo —Resolvió firmemente el general droide.

—Tal vez debamos contactar a Lord Sidious —Sugirió Gunray aterrorizado.

—Espero que no sugiera fastidiarlo para algo de tan poca importancia.

—¡¿De poca importancia?! General, perdone, usted subestima la capacidad de la República y al hacerlo nos pone en riesgo a todos.

Grievous no necesitó pensarlo, ése último comentario lo enfureció tanto que tomó a un piloto nemoidiano y haciendo uso de sus cuatro brazos, lo desmembró y decapitó frente a la mirada atónita de toda la tripulación que se encontraba en la sala. —Esa escoria republicana y sus asesinos jedi no son más que basura, y ahora la galaxia contemplará cómo se hace justicia destruyéndolos a ellos y a sus partidarios, y yo, el general Grievous, seré quien tenga el honor de esparcir esa justicia. Y no me sorprendería que tuviera que considerarlo a usted como traidor. Si se atreve a defender una vez más a la República, me regocijaré haciendo que termine como él —sentenció señalando el cuerpo desmembrado y ensangrentado que algunos droides de mantenimiento estaban limpiando.

—Temo que eso no será necesario —terció un alto holograma de Darth Sidious—, pero agradezco el gesto, General, hace mucho que el virrey ha puesto en duda su lealtad a nuestra causa.

—Mi Lord —saludó Grievous arrodillándose, acción que Gunray no imitó, sustituyendo el hecho por una reverencia.

—Virrey Gunray —continuó Sidious—, el Senado ha informado de la llegada de una flota republicana de seis naves al sistema corelliano, contacté para confirmarlo pero veo que ya no será necesario.

—Los muy malditos se han plantado frente a nosotros, esperando el momento de su muerte. —Intervino el General.

—Tienen órdenes de no atacar hasta que ustedes lo hagan, así que no abran fuego hasta que se los indique, iniciar las hostilidades inclinaría de su lado la balanza, lo que de momento, no es conveniente.

—¿Qué ha acontecido, mi Lord? —quiso saber Gunray.

—Sistemas de Ingeniería Kuat se ha manifestado en contra de la Tecno Unión, sus representantes en la Cámara Comercial de la República han declarado sus intenciones de separarse del organismo de Tambor si no nos retiramos pacíficamente de Corellia, ello ha desatado un movimiento pro-republicano en el Senado que Palpatine ha usado bien. Acepto que no creí nunca que tuviera tal capacidad de manejar ése tipo de situaciones, como si las hubiese planeado de antemano.

—Eso es inconcebible, demuestra que Wat Tambor ha perdido el control sobre la Tecno Unión, y peor aún, esta manifestación de la que habla, mi Lord, podría acarrearnos fuertes inconvenientes.

—General, retire a éste incompetente de mi vista —Ordenó Sidious al general droide que sacó a Gunray del puente con la ayuda de uno de sus guardaespaldas—. No debemos confiarle el éxito de nuestro proyecto a cobardes como Gunray… ni a ineptos como San Hill. Así que depositaré esa responsabilidad sobre el Conde Dooku y usted.

—Mi señor, sabe que mi fidelidad sólo se perderá con mi existencia, pero, ¿hay algún ojo sobre nosotros? ¿Alguien se interesa por lo que pasa en Corellia?

—No, pero eso no quiere decir que no deban ser cautelosos con lo que tengan que hacer el día de hoy; a bordo de la nave insignia con la que se enfrentarán está el capitán y antiguo senador Willhuf Tarkin, un hombre al que el Canciller le tiene muy alta estima y también posee una notable influencia entre las élites burocráticas del congreso, si sale de esto vivo podría darnos más problemas que el mismo escándalo de Kuat.

—Si debo asesinarlo, será un placer.

—Sí. Extermínelo, también a los demás.

—Le prometo que no será complicado, ya puedo sentir el olor de su sangre… ¿Tengo su permiso para proceder?

—No, espere. Tarkin es un hombre de iniciativas, no le costará trabajo posicionar su nave para atacar, tan sólo espere a que inicie las hostilidades. Políticamente hay mucho en juego, si algo inconveniente ocurriera, la CSI perdería credibilidad y tal vez el apoyo de algunos, claro que me aseguraré de que eso no ocurra.

—No creí que fuera necesario el apoyo de nadie, la Confederación puede sostenerse por sí sola.

—No cuestione mis métodos, General, no es prudente; el apoyo que pueda aportar el Senado sólo es para guardar ciertas apariencias, apariencias que no tiene interés en conocer. La flota que tienen frente a ustedes está bajo la responsabilidad directa del maestro jedi Deneastor Adatorn.

—El carnicero de Ando. —concluyó Grievous invadiéndose de ira.

—Con ese mote le conocen a su antiguo aprendiz, no a él.

—¿Quién más es digno de merecer muerte por mis manos?

—Su excitación es normal, General, pero no permita que la impaciencia nuble su visión. El segundo al mando es el General Robert Van Phiney, el auténtico carnicero. Debajo de él se encuentra el vicealmirante Jorus Brezan, un hombre condecorado por sus logros tácticos contra la delincuencia organizada en su natal Coruscant, realmente nunca ha visto una batalla real, pero sus dotes bélicos indican que debería hacer un buen trabajo de todas formas. Luego están los capitanes, de los cuales ya sabe quien es el más importante.

El consejo de Sidious sobre Grievous continuaba dentro del carguero separatista, mientras que fuera de él, cientos de cazas, respaldados por seis naves de asalto de la república, aguardaban el inicio de la batalla.

—Algo extraño está pasando —pensó Rob al notar la inactividad separatista desde la cabina de su Eta-2—. Aquí general Van Phiney contactando al comando estratégico de la flota NAR-5082C, ¿me recibe alguien?

—Vicealmirante Brezan al habla, ¿qué sucede?

—Sería bueno que dejaran de ocultarme lo que sea que estén escondiendo, ¿por qué los separatistas no atacan?

—No le ocultamos nada. La estrategia no es de usted, pero por lo que entiendo la tiene bien entendida, ¿no es así?, así que apéguese al plan y no me importa si esos cargueros están vacíos, no iniciaremos las hostilidades hasta que ellos las provoquen.

—Entonces hay que obligarlos a que ataquen. Que baje la escuadra ARC.

—¿No pensará arriesgarlos, o sí?

—Despertaremos al monstruo, a ver que pasa, descuide, estarán bien.

—De acuerdo, ahora salen.

—Atención líder dorado, prepárense para maniobras de escolta, escuadrones ocho y dieciséis, a mi espalda. Maestro, ¿puedo encargarle el negocio?

—Naturalmente —contestó Adatorn por el intercomunicador.

La nave de Van Phiney se separó del grupo principal que componía la barrera defensiva junto una gran cantidad de cazas aliados que rompieron su formación en el centro y extremos de la misma, retrocediendo hacia el *Fiscal*, donde esperaron a que saliera la cañonera azul de los comandos ARC. Dentro del *RM-1821*, Grievous veía nervioso este caprichoso movimiento de la República, tras lo cual se alarmó notablemente.

—¡Se mueven! —Exclamó el general droide, ansioso— ¡Lord Sidious, necesitamos proceder, no podrán contra nuestras baterías! Derribaremos esa barrera fácilmente, ¡prepárense para el ataque!

—Lamentaría tanto tener que destituirlo, General, permanentemente. Las distancias astronómicas no son obstáculo para el poder del reverso tenebroso.

—¡¿Los dejaremos pasar?!

—Ya que no han emitido ningún ataque hasta ahora, es evidente que esperan a que nosotros iniciemos el fuego. Mande a una patrulla de cazas a que realicen maniobras agresivas cuando estén cerca de ellos, pero que no disparen, eso deberá obligarlos a tacar y entonces tendrán una excusa para derribarlos.

—Así será, mi señor.

Finalmente la inconfundible cañonera azul abandonó el hangar donde estaba estacionado, volaba en medio de una numerosa escolta en cuya cabeza estaba el Eta-2 de van Phiney. A bordo de la lanzadera viajaban cuatro soldados de vital importancia en el ejército de la República, la escuadra Alpha, tan reconocida por sus anteriores misiones exitosas en diversos puntos de la galaxia, era parte de las notables y reducidas fuerzas de élite con las que contaba el arsenal humano clon; perderlos en la arriesgada maniobra de Van Phiney tendría un costo incalculable en la batalla por el planeta que se iba a desatar en cualquier momento.

El grupo cruzó la barrera defensiva y se dirigía hacia el bloqueo enemigo sin dar ninguna señal de intentar detenerse. Los radares del *RM-1821* detectaron la escolta vigilando cuidadosamente todos sus movimientos. A unos kilómetros del convoy republicano, un escuadrón entero de droides buitre salió a gran velocidad de de los hangares del carguero insignia separatista, abriendo de manera intimidante sus alas y mostrando el armamento que ocultaban debajo de ellas, bien calibrado y presto para disparar. “Eso es, vengan y ataquen”, murmuró Robert al ver el despliegue enemigo dirigiéndose hacia ellos. La tensión aumentó de los dos lados, la osada estrategia de Van Phiney sin duda desataría el conflicto entre las dos facciones.

Ante tal maniobra, proyecciones holográficas de los otros cinco capitanes de la flota de la República aparecieron en el puente del Aclamador, claramente asustados y nerviosos, cada uno de los oficiales pedía al Vicealmirante una explicación que justificase adecuadamente el proceder del General Jedi.

—Intenta obligar a los confederados a iniciar el ataque —explicó Brezan.

—¡Intenta sabotear la misión! Vicealmirante, si no regresa esos cazas a nuestro rango, me veré obligado a abrir fuego contra Van Phiney —amenazó enérgicamente el capitán Zaarin, del *Interdicción*.

—Eso sería traición, Demetrius —le espetó el capitán Kagi, a cargo del *Vengador Massasi*—, y si traicionas a mi República, me traicionas a mí y no querrás que aplique sobre ti la orden sesenta y se…

—¡Tranquilos todos! —Interrumpió Tarkin— tampoco a mí me agrada lo que hace aquél Jedi, pero empezar a atacarnos entre nosotros provocará que seamos débiles ante los separatistas, nos derrotarían fácilmente.

—Pues con todo respeto —dijo el capitán Odessa—, sugiero que adoptemos formación de ataque, por si Van Phiney los hace enojar.

—De acuerdo. Señores, formación delta, C-4. —dispuso el vicealmirante. Los capitanes no cuestionaron la decisión, los hologramas se desvanecieron y tan pronto como lo hicieron las seis naves modificaron su posición detrás de la barricada defensiva de los cazas, al tiempo que el convoy que escoltaba a la cañonera de los ARC efectuaba contacto con los droides buitre, que salvajemente acometían contra la formación cual suicidas desesperados. En el puente del *RM-1821*, el general Grievous se mostraba cada vez más alterado; aún con la mirada siniestra de Darth Sidious sobre él, se negaba a tranquilizarse, finalmente aflorando su bestial naturaleza, atacó a cuanto droide se le acercaba, esperando que la pequeña y ficticia escaramuza que se registraba en las pantallas del radar le proporcionara la razón que requería para abrir fuego en contra de los cruceros que ahora se estaban moviendo frente a él.

Robert decidió seguirles el juego a los separatistas: sus escuadrones tampoco dispararían a las naves enemigas mientras los droides no abriesen fuego primero, aunque no entendía por qué se abstenían de atacar siendo el anzuelo tan jugoso como el que ahora estaba bajo su resguardo. De cualquier forma, el intercambio de amenazas físicas seguía con cautela, ninguno de los bandos se atrevía a efectuar maniobras muy elaboradas para no terminar carbonizados en una explosión causada por el impacto entre dos cazas.

Una vez que la flota republicana estuvo lo suficientemente cerca de la barrera defensiva, los cazas que la formaban se movieron hacia delante, parapetando las naves capitales que se acercaban al bloqueo. En una movida extraña, Van Phiney ordenó a su escolta retroceder hacia las naves de asalto en movimiento, sin dejar por ello de proteger a la cañonera LAAT/I que transportaba a los comandos Alpha, que también retrocedió.

—¡¿Qué hacen ahora?! —chilló Grievous— ¿Por qué se alejan? Mi Lord… —retrocedió hasta el holograma del Lord Sith en espera de alguna respuesta, en actitud

suplicante y reservada, a lo que el señor oscuro respondió fríamente con otra pregunta: "¿Es que acaso no se siente capaz de manejar una situación así?"

Pudieron existir cientos de formas de entenderlo para el General droide, pero se decidió por la más peligrosa. "¡Fuego!" ordenó el General, desafiando a Sidious en persona y haciendo gala de un inmaduro arranque de impaciencia. Las órdenes de Grievous fueron acatadas al instante por sus cazas en el espacio, los cuáles abrieron fuego contra la escolta en retirada.

—¡Señor! ¡Nos atacan! —informó un piloto clon que se separó del grupo de Van Phiney para hacer frente al ataque, al igual que muchos otros cazas.

Desde las salas de control de los cruceros de ataque del vicealmirante Brezan, sendos capitanes veían complacientes el inicio de la batalla, por cortesía de la CSI. Adatorn optó por deshacer el muro defensivo y formar a las alas que lo conformaban en posición para apoyar a los cazas que más adelante abatían a los droides buitre, al tiempo que en el puente de su nave, Grievous se carcajeaba frenéticamente y Darth Sidious cortaba su contacto con el General.

Multitudes de droides buitre y otros cazas confederados dejaban bravías los hangares de los cargueros de la Federación de Comercio para entablar el combate.

—La hora de la verdad llegó —una sonrisa de emoción llenaba la cara de Robert y una serie de intrincadas instrucciones cruzaba rápidamente por su cabeza, estaba tan excitado que gritaba las órdenes a sus escuadrones en un tono amenazador y desquiciado—. ¡No estoy para nadie que no esté en la cabina de un caza! Capitán Martz, si me está escuchando, lo dejo a cargo de las comunicaciones con la resistencia en el planeta, a los demás les digo que quiero… ¡Una victoria memorable!

El fuego cruzado entre las dos facciones no se hizo esperar, rayos de energía verdes, rojos y azules cruzaban el espacio a gran velocidad, los cruceros de asalto aceleraron su movimiento hacia las pesadas naves bloqueadoras, que permanecían estáticas

—Rob —llamaba Adatorn desde su caza—, no sabes cómo desearía una corveta corelliana en estos momentos.

—No creo que le sirva de mucho, después de todo, los corellianos están atrapados en su mundo todavía. Pero no la necesita, ¡hoy haremos historia!

A apenas un par de kilómetros de distancia de los navíos enemigos, las torretas de las naves de asalto republicanas comenzaron a emitir disparos, de cada lado de los cruceros se desataba una lluvia de detonaciones verdes formidable, concentradas a dos cargueros diferentes de manera simultánea. Naturalmente los separatistas contestaron la agresión, descubriendo sus enormes cañones cuádruples que pusieron en marcha lo más rápido que les fue posible.

El fuego concentrado de dos naves de asalto sobre un solo carguero de la Federación abrumó claramente los intentos de la confederación por defenderse, la estrategia de Brezan daba buenos resultados.

La fingida escaramuza de hacía unos pocos minutos se convirtió en una auténtica lucha de perros cuando el combate se formalizó, hordas de droides buitre parecían

infinitas cuando se las veía salir de los hangares, aunque por suerte, muchos eran exterminados al momento de abandonar la seguridad de los mismos, mas de todas formas, seguían siendo demasiados.

—¡Ayuda! —Suplicó un piloto clon— Escuadrón azul ha perdido a su líder y a la mitad del grupo, necesitamos asistencia inmediata… Son demasiados… No, no puedo contenerlos, están sobre mí… ¡Argh!

—Maestro, ¿qué le parece si voy a ayudarlos?

—Prudente, Rob, por cierto, estás volando de cabeza.

—Claro que no, desde donde estoy yo, usted es quien vuela al revés.

Van Phiney forzó su caza a dar una vuelta sobre sí mismo para ponerse en dirección al escuadrón azul, que era notablemente inferior al grupo de buitres que tenían encima. Robert pasó por en medio, disparando sus lásers y algunos torpedos, con lo que consiguió derribar una gran cantidad de cazas, los que no fueron destruidos se pegaron a él como la cola de un animal y aunque el joven Caballero maniobró para perderlos, optó por conducirlos hacia algún lugar inseguro donde el fuego cruzado se encargara de ellos, así que aceleró su nave y los buitres lo imitaron, voló directamente en dirección a un carguero separatista en pugna contra el *Inquisidor* y el *Vengador Massassi*, atrayendo la atención de algunas baterías que se distrajeron de su propósito principal. Tal como lo supuso, el fuego cruzado debería convertirse en fuego amigo, y esquivando los disparos, logró que un par de droides buitre cayera ante las descargas de las baterías del carguero. Pero todavía tenía a tres en cola, se puso en marcha hacia la esfera central de la nave en ruta de colisión contra el casco de la misma, los droides lo seguían disparándole sin cesar hasta que cambió drásticamente su dirección, logrando que los tres cazas que tenía atrás se impactaran contra la esfera.

El General de la armada droide contemplaba en su nave con impaciencia la batalla que sin duda perdería. "¡Panda de inútiles!", rugió, "yo mismo me encargaré de esta escoria". Grievous salió del puente y pocos minutos después de la esfera central también, llevaba su caza, escoltado por un reducido grupo de naves geonosianas, consigo a la batalla.

El *Interdicción* y el *Aclamador* lograron ganar su pelea en contra de uno de los navíos separatistas, cuya estructura colapsó bajo la presión de los disparos, alterando el núcleo de energía de la esfera central, que explotó junto con el resto del carguero, milagrosamente, la explosión no alcanzó a ninguno de los cruceros de la República que seguían disparando en contra de la *RM-1821*, misma que teniendo el casco dañado y algo perforado, optó por descender su esfera central a la superficie del planeta. Las dos naves de asalto intensificaron su fuego sobre ésta, la cual no tardó en quedar fuera de alcance cuando consiguió ingresar a la atmósfera.

La maestría con la que se desempeñaban Grievous y sus guardaespaldas en el espacio era comparable a la de los más experimentados pilotos de la Orden Jedi, pues al igual que sus contrapartes republicanas, lograron derribar una cantidad considerable de cazas

enemigos en muy poco tiempo, pese a que la ventaja numérica había dejado de existir hace largo tiempo para la facción confederada.

Varios líderes de escuadrón intentaban derribar al limitado número de cazas alineados al General separatista, arremetiendo contra él con toda la fuerza de la que disponían, sólo lograron destruir a un par de cazas geonosianos pilotados por sendos guardaespaldas. Siendo decadentes sus progresos, el maestro Adatorn se ofreció a ayudar a los pilotos con el ligero percance que suponía la presencia de Grievous, al tiempo que Van Phiney contactaba con el escuadrón ARC concediéndoles autorización para bajar al planeta y comenzar a lidiar con sus objetivos.

—General Van Phiney —dijo la voz de un piloto clon—, agradeceríamos una mano por aquí, el general Adatorn hace lo que puede contra tres cazas enemigos que nos están haciendo mella, pero no nos vendrían mal un par de alas extras.

La petición no fue ignorada, modificando súbitamente Robert su trayectoria para brindar el apoyo requerido. Sin problema detectó el objetivo por la vistosa explosión de un caza a su lado, sin duda geonosiano, con lo que sólo quedaban dos naves enemigas; mas la geonosiana restante retrocedió brindando cobertura en la retaguardia al tiempo que Adatorn y dos pilotos más daban caza al escurridizo General.

—Capitán Martz —informó Robert al acercarse a la carcasa inservible de los brazos del *RM-1821*— contacte a la resistencia y confirme el cumplimiento de los objetivos asignados, luego déme una respuesta.

—Afirmativo, estoy en eso.

El Caballero logró fijar el blanco sobre la última nave geonosiana que quedaba, provocando su destrucción al disparar sus lásers contra el motor y la cabina, ahora sólo quedaba uno más por destruir. El misterioso y robusto caza, muy maniobrable pese a su gran tamaño y velocidad, escapó de las miras de sus perseguidores al elevarse rumbo al *Fiscal*, que en combinación con las armas del *Destructor Estelar*, daba los tiros de gracia a un carguero partido en cuatro partes y que se precipitaba lentamente hacia Corellia.

—Teniente, deseo un canal abierto con los miembros de la resistencia en Coronet —requirió el capitán Martz en la sala de mando del *Fiscal*.

—Enseguida —respondió un oficial clon—, ah, señor, los radares indican una nave enemiga que se aproxima a nosotros por debajo, parece ser grande.

—Imposible, encárguese con las torretas —el clon asintió ajustando algunos datos en la pantalla de su ordenador—. Soldado, ¿qué pasa con mi canal?

—Un segundo señor. Ahí está. Contactando.

La imagen de un hombre anciano, empapado y jadeante apareció de pronto, llevaba colgando un fúsil al hombro y varias cajas de municiones le pendían de su chaleco. Ante él y presuroso, el capitán Martz comenzó con su mensaje.

—Flota de ayuda de la República ha arribado al sistema, soy el capitán Martz, de la nave de asalto *Fiscal,* en representación del Vicealmirante Jorus Brezan, ¿quién allá?

La proyección holográfica del hombre desapareció, siendo sustituida por la de una mujer joven ataviada con una armadura de soldado clon incompleta. —¡Ya era hora!

Aquí la alcaldesa de Coronet Djueh Rendil en representación y comandancia de la última fuerza de resistencia del planeta principal. No nos vendría mal algo ayuda, estamos bajo presión aquí.

—¿Despejado el objetivo primario? —preguntó el Capitán.

—Negativo, operación en proceso.

—Entiendo. Bien, enviaremos un pelotón a que los asista, sólo… Oh, qué en el nombre de… ¡Agáchense!

Martz se aventó contra el piso al igual que la dotación entera en la sala de control al ver por las ventanas como un caza robusto, gris y de diseño extraño, se dirigía a toda velocidad contra ellos, y de hecho se habría estrellado de no ser por los disparos de un Eta-2 Actis rojo que, al impactar en la parte inferior de la nave en ruta de colisión, la desviaron a noventa grados. La comunicación se cortó durante esos escasos segundos de temor y, por alguna extraña razón, ya no les fue posible reestablecerla, por lo que la dotación siguió concentrada en su ataque a los navíos separatistas.

Fuera de los cruceros, el general Grievous hacía verdaderos esfuerzos para quitarse de encima a sus perseguidores, apenas logrando abatir a media docena. No tardó mucho antes de que el líder droide se percatara de que estaba sólo frente a cientos de naves de ataque enemigas; cada vez que acababa con una (y de milagro), dos más aparecían en su búsqueda, resultando imposible para él evadir el fuego enemigo, por lo que sin más preámbulos, aceleró su nave hacia el espacio profundo, dejando atrás a las alas republicanas de ataque que lo perseguían.

—¡No! —gritó fúrico Van Phiney— ¿Tiene alguien sus coordenadas?

—Yo, General —manifestó un piloto.

—¡Entonces sígalo con su escuadrón!

—Desobedezca esa orden, piloto —terció el maestro Adatorn—. Rob, ni siquiera sabemos quién es, es posible que no sea Grievous, puede ser nada más que un señuelo.

—¡Usted vio a los guardaespaldas! Además, ningún droide común vuela tan bien, tuvo que ser él. —Insistió el joven Jedi.

—Negativo, no lo es. Oye, no quiero quitarte tu autoridad sobre los escuadrones, pero es momento de que regresemos a las naves de asalto, recuerda que tienes un desembarco que comandar.

Robert aceptó de mala gana regresar al hangar del *Aclamador*, el cual, junto con las otras seis naves de asalto, pausó sus disparos y se alejó de los cargueros enemigos para permitir la entrada a los cazas. Una vez se hallaron todas las naves dentro del crucero, éste continuó su bombardeo sobre las esferas centrales de cuanto carguero se cruzara en su camino.

—Lo mismo podríamos considerar ya ganada esta batalla —presumía el capitán Tarkin al vicealmirante Brezan, quien al escucharlo movió la cabeza a manera de negación para luego responder:

—No se enorgullezca del terror bélico que ha infundido el día de hoy. No es prudente confiarse, no somos nada comparados con el poder de la Fuerza.

—Respetuosamente, no me imaginaba que tuviera esas creencias.

—¿A caso no debería, Capitán?

Tarkin hizo una mueca de asco sin dejar de contemplar como los cruceros de asalto de Brezan machacaban a los ya maltrechos navíos de carga de la Federación de Comercio. —No es que no deba —señaló—, es que me parece una religión patética.

—Pero yo nunca hablé de religión, Willhuf.

—Mas lo es. Además, ¿qué saben estos Jedi sobre estrategia militar si toda su vida la pasan predicando la paz y sus ideas de armonía? No, Vicealmirante, no existe poder más grande en el universo que el del ser humano, destinado a gobernar el orbe infinito y a las demás especies, nacidas para servirnos. Los cuentos de hadas no salvan a nadie.

—Si usted lo dice.

—Vicealmirante —reportó un oficial encargado de las comunicaciones desde una de las trincheras en el suelo del puente—, nos llegan transmisiones de los capitanes Zaarin, Lemelisk y Martz, también un código encriptado separatista que estamos tratando de descifrar.

—Póngame con los capitanes.

—Sólo dejaron mensaje, no están conectados.

—Entonces dígame qué quieren.

—El capitán Zaarin dice que sus baterías se están calentando, solicita permiso para detener ataque; Lemelisk tiene una fuga de combustible y no podrá efectuar maniobras de entrada hasta que el problema se solucione, tiempo estimado para que terminen las reparaciones, cincuenta y dos minutos y contando; finalmente, Martz necesita que sepan que el movimiento de resistencia fracasó en su misión, no tenemos zona de aterrizaje ni a Solo.

—¿Lo sabe Van Phiney?

—Justo ahora le voy a informar.

—Déjelo, iré yo —Brezan caminó unos pasos hacia el pasillo exterior de la sala de mando, deteniéndose en seco al recordar tener que responder las peticiones de Zaarin y Lemelisk—. Por cierto, informe a Demetrius que deje de disparar, también a los demás, esas naves no funcionarán nunca más de todos modos, y en cuanto a Lemelisk, tiene tantos minutos como necesite para solucionar su falla. Los cazas bajarán primero.

Tarkin se limitó a ver en silencio como el vicealmirante abandonaba el lugar, esperando a que se alejara lo necesario para poder establecer comunicación con la célula insurgente corelliana.

De nuevo la llamada fue contestada por el mismo hombre viejo que había recibido la del capitán Martz.

—Espero que tengan una buena razón para justificar el fracaso de su operación —sentenció Tarkin agresivamente.

—De hecho, perdimos a siete personas, once están heridas y nuestra líder está inconciente, gracias por preocuparse —contestó el viejo al otro lado del comunicador de holografías en tono descontento.

—Ahorre sus palabras —prosiguió Tarkin— y comuníqueme con su superior de inmediato.

—Ante la incapacidad de nuestra líder, me temo que yo estoy a cargo ahora, soy el Coronel retirado Emil Teras, al servicio de su excelencia el Diktat de Corellia.

—Muy interesante, Coronel, pero le informo que desde ahora usted está bajo las órdenes del vicealmirante Brezan y de los Generales Deneastor Adatorn y Robert Van Phiney. Ahora deje que le ponga al tanto de la situación desde aquí arriba; hemos logrado exterminar a la tripulación entera de dos cargueros de la Federación de Comercio que justo ahora están ingresando en pedazos a su atmósfera y hay otros cuatro en estado inoperante, a parte del problema que supone la esfera central que ha descendido y que controla a los droides, tenemos paso libre a la superficie del planeta. Hay cuatro legiones disponibles que irán a apoyarlos dentro de poco. ¡Ah! Y ya que no fueron capaces de rescatar al señor Solo, cualquier ayuda que nos pudieran proporcionar ya no será necesaria. ¡Corten! —Ordenó el Capitán terminando su mensaje.

Transcurrieron más de dos horas desde que las dos flotas antagónicas comenzaran su batalla en el espacio corelliano, resultando finalmente victoriosas las fuerzas de liberación. El saldo de la batalla implicó un golpe duro para los separatistas, significando para ellos la destrucción de cientos de cazas y cinco cargueros de batalla bien armados y retacados con arsenal y material de guerra que nunca más podría ser utilizado, una terrible desventaja que no saldarían en poco tiempo.

Aquellos neimoideanos que no perecieron en combate prefirieron claudicar y entregarse antes que fallecer, pactando la rendición del bloqueo a bordo del *Aclamador*, a excepción de los que se pusieron a salvo en la esfera de control del ruinoso *RM-1821*, con suficiente poder para controlar a la armada mecánica que permanecía en la superficie del hermano mayor.

La República conquistó el espacio y seguía de pie, lista para obliterar lo que se le opusiera en el logro de su objetivo primordial: hacerle recordar a Corellia el hermoso canto de la libertad y la seguridad de estar siempre bajo protección ante futuros ataques.

Luego se prosiguió con las órdenes, y la primera oleada de asalto bajó a la superficie del planeta.

IV
Buscar y destruir.

Las alocadas estrategias de Van Phiney para inducir a los separatistas al ataque pusieron en riesgo la vida de los comandos Alpha, por eso cuando en plena batalla espacial el General Jedi ordenó el despliegue de los ARC, los soldados élite lo pensaron dos veces antes de aceptar la orden. Tras un breve debate, aceptaron obedecer sintiendo seguridad cuando el escuadrón dorado se reunió con ellos para brindarles cierta protección durante el trayecto hacia la atmósfera planetaria.

La cañonera crepitaba críticamente y giraba de manera violenta desorientando a sus ocupantes. Más que perceptibles eran las ocasiones en que el transporte disparaba alguno de sus misiles, pues toda la estructura se movía tanto que daba la impresión de que se haría añicos en cualquier momento.

Por fin, luego de algunos minutos de incomodidad, el transporte de asalto de baja altitud para infantería se rodeó de luces rojas y llamaradas que la envolvieron mientras ingresaba a Corellia.

"Desde aquí siguen por su cuenta", les hizo saber el líder del escuadrón dorado, "nosotros todavía tenemos trabajo pendiente".

"Recibido", dijo el piloto de la cañonera.

Un resplandor mucho más claro y fuerte remplazó a las rojas auroras características de la fricción producida entre la nave y la capa de gases alrededor del "hermano mayor". Ligeras turbulencias intentaron desestabilizar el aparato, poniéndolo de nuevo en estado vibratorio.

—Recuérdenme sugerir a los ingenieros que pongan algún medicamento contra mareos en estos trajes —se quejó Alpha Dieciséis, especialista demoliciones, quien se sentía orgulloso de llevar el sobrenombre de "Blast"[3].

—Jefe, me voy a poner 'sentimental' si este aparato no se calma —advertía Alpha Noventa y dos, cuya habilidad para las comunicaciones y sistemas electrónicos le valían el mote de "Array"[4].

—Piloto, estabilícenos de inmediato. —ordenó Alpha Veintiséis, el líder de la escuadra, un soldado recio y temerario, destacado por ser uno de los primeros en enfrentarse a Asajj Ventress y vivir para contarlo, aunque con una cicatriz característica en el rostro, razón por la cual en ocasiones le llamaban "Scar"[5].

El único que hasta entonces había permanecido en silencio era "Whisper"[6], o Alpha Once, lo que no era extraño pues rara vez hablaba y las veces que lo hacía no pronunciaba muchas frases, sino sólo las imprescindibles. Su reclusión en sí mismo era compensada por su maestría con las armas de todo tipo, sus compañeros lo llamaban

---

[3] De la palabra inglesa cuyo significado es "explosión".
[4] Vocablo del idioma inglés que quiere decir "grupo de antenas".
[5] Palabra en inglés para "Cicatriz".
[6] "Susurro" en inglés.

Whisper debido a que el silencio y la cautela eran sus mayores cualidades, operaba precisamente como un susurro, sin ser tomado en serio hasta que perpetraba su letal ataque; gran improvisador y un clon muy inteligente, rivalizaba en capacidad con Scar por el liderazgo del grupo, aunque la competencia por ese honor era nula, pues Whisper gozaba haciendo su trabajo más de lo que pudiera disfrutar dirigiendo la escuadra.

La cañonera descendía disminuyendo proporcionalmente las sacudidas de la turbulencia, hasta que entraron en un banco de nubes bajo la influencia de vientos más fuertes y el temblor no se hizo esperar. Blast resoplaba impaciente y Array, claramente molesto, pedía a los pilotos que solucionaran el problema. Scar, con algo de ayuda de Alpha Dieciséis, intentaba calmar a su camarada sin mucho éxito, pues éste seguía vociferando; Whisper entre tanto se veía ocupado en pulir su rifle.

—Algo me decía que terminarían peleando alguna vez, pero por el amor de Toph, no la tomen contra los pobres pilotos —Interrumpió el general Van Phiney, cuya cabeza se había manifestado por la vía holográfica en el interior del transporte.

—Mis disculpas —se excusó Noventa y dos—, es que no me es posible concentrarme cuando estoy mareado.

—Los envidio por estar allá abajo, aquí ya casi no quedan cazas, pero hay un desgraciado que no se deja atrapar, ¡no lo centro!

—¿General Van Phiney? —Preguntó Scar.

—No pasa nada, ¿a dónde va este desgraciado? —El general frunció el seño al mismo tiempo que el sonido de unos disparos provenientes de la transmisión pudieron escucharse entre los miembros de la escuadra— Es increíble, ¡éste maldito se quería impactar contra el puente del *Fiscal*! Lo que se ve en estos días. Creo que no es bueno contactarlos mientras lucho, no-me-pue-do-con-cen-¡trar!, pero aún así, repasemos sus tareas. Los hemos enviado primero porque necesitamos que saquen del servicio a cuatro cañones antiaéreos colocados en los alrededores de Coronet, el primero de ellos está justo a las afueras de la ciudad en un conjunto industrial; luego tenemos el que emplazaron a diez kilómetros al noreste de la capital; uno más a seis al norte y el restante a la misma distancia pero hacia el sur. Cada cañón está alimentado por seis generadores de energía, pero si desconectan cuatro los inhabilitaran momentáneamente. Su objetivo principal es desactivar al menos cuatro generadores por cada cañón lo más rápido posible.

—Parece demasiado fácil —replicó Scar.

—Si fuera tan fácil no los habríamos seleccionado para esto, además, no tenemos mucho tiempo, la flota debe descender en cuanto se disipen las chatarras del espacio, así que les voy a rogar que los desconecten todos de una sola vez.

—¿Algún ordenador que sabotear? —Preguntó Array.

—Temo que no solamente uno; los ordenadores de acceso a la red que controla los cañones y sus núcleos de energía se encuentran (y vean por favor el diagrama, que me costó subirlo al transmisor) dentro de el edificio en ruinas a un lado del cañón de la zona industrial. —Agregó Robert lamentándose por no haber podido derribar a su blanco.

—Muy bien, general, ¿entonces lo único que tenemos que hacer es entrar y desconectar esa red? —quiso saber el comando Blast.

—Negativo, también necesitamos todos los datos disponibles sobre la invasión que puedan exprimir de la red antes de desconectarla. El lugar estará bien vigilado, no esperen una bienvenida.

—Jamás nos la han dado, pero ya nos acostumbramos —aclaró el líder de la escuadra.

—Por su bien espero que así sea. Van Phiney fuera. —se despidió el general finalizando su transmisión.

Finalmente el transporte pudo salir del banco de nubes volando sigilosamente sobre los valles surcados por ríos y canales, la altitud de la cañonera disminuía conforme se acercaba a una inmensa urbe en ruinas, cubierta de polvo y desde la cual emanaban algunas estelas de humo negro elevándose hacia el cielo. El par de puertas laterales del vehículo clon se abrieron, invitando a la luz del atardecer a entrar en el área de carga.

Contra todo pronóstico, la escuadra notó que la presencia droide era mínima, casi imperceptible, los largos cañones de las cuatro estaciones antiaéreas reposaban sospechosamente sin la menor intención de abrir fuego, mas por el flanco izquierdo de la nave de despliegue, no muy lejos de su posición, una nave de desembarco de la Confederación, algo maltrecha, flotaba a baja altura moviéndose hacia la mancha urbana. Cuestión de algunos minutos después, el piloto informaba a la escuadra lo siguiente: “Será difícil acercarnos sin ser vistos, puedo interferir en los radares separatistas, pero eso no quiere decir que no sepan que estamos entrando. Descenderé en aquellas bodegas, tendrán que caminar un poco.” Nadie repuso la iniciativa, con lo que la cañonera maniobró entre varias estructuras altas de metal corroído que antiguamente fueron parte de un conjunto fabril. A pocas decenas de metros de su posición se encontraba la plataforma defensiva enemiga y junto a ella el edificio de control central a donde debían infiltrarse. Con la ayuda de sendas sogas, la escuadra abandonó la seguridad de su transporte de asalto en busca de algún pasaje seguro que les evitara la molestia de ser avistados por algún autómata o sistema de seguridad.

La cañonera se alejó dejando a los comandos en solitario. Antes que cualquier otra cosa sucediera, Array sacó de entre sus pertrechos una caja gris, compacta y con una pequeña antena parabólica que se desplegó en cuanto la baliza quedó adherida en un lugar donde, pensaron, los droides no la encontrarían. Esperaron algunos segundos hasta que una diminuta luz tintineante en la baliza dejó de parpadear y pasó de roja a verde.

—¡Hecho!, a moverse —declaró Array, con lo que inmediatamente los cuatro soldados se pusieron en marcha.

Habían sido desplegados a un costado de las bodegas principales, justo donde no había mucha vigilancia ni modo de entrar, salvo por un boquete de unos tres metros de diámetro producto de una explosión. El lugar estaba húmedo y oscuro, aunque la poca luz que entraba por algunas ventanas y huecos les permitía ver por dónde iban. Moverse en aquel sitio no era para nada sencillo: los separatistas colocaron arbitrariamente muchas minas de proximidad por todo el piso y habían bloqueado los accesos con enormes cajas

metálicas y explosivos, independientemente del gran número de sensores de movimiento desperdigados en cada esquina del almacén.

—Array, ¿qué tanto tardarías en desactivar esos sensores? —preguntó Scar.

El experto en sistemas tomó de su cinturón una pequeña granada azul y cilíndrica que lanzó contra los sensores, luego repitió la operación otras tres veces en diversas direcciones, viendo satisfecho cómo éstas explotaban antes de llegar al suelo despidiendo un poderoso pulso electromagnético que desactivó los sensores sin activarlos, aunque en el intento fueron derribadas algunas cajas de metal estrepitosamente. —Creo que nada —presumió Array.

—Atención comandos de reconocimiento avanzado Alpha, éste es LG 01/2095, ¿me recibe alguien? —interrogó la voz de un clon.

—Aquí escuadra Alpha, en espera de instrucciones —contestó Blast.

—El general Van Phiney estará indispuesto durante un rato, y mientras lo esté yo seré su asesor táctico y de operaciones. Es bueno saber que enviaron a alguien capacitado para desactivar esos cañones, así que hay que darse prisa. Estoy cargando a los visores de sus cascos las coordenadas hacia diversos puntos clave en su recorrido, el primero se encuentra muy cerca de su posición, es una trampilla que lleva a un pasaje desconocido por las chatarras que los conducirá justo a la boca del lobo. Buena suerte —aclaró el asesor.

—Esas minas van a ser un problema, esperen aquí hasta que les haga la señal —dispuso Alpha Veintiséis. Tan sigilosamente como le fue posible, el líder de la escuadra procedió a poner en inactividad, una por una, a las doce minas que obstruían la senda hacia la trampilla que les servía como objetivo. Una vez logró apagar la última, hizo a sus compañeros la señal para que se acercasen, acudiendo a reunirse con él. Levantaron la portilla que ocultaba el pasaje secreto introduciéndose de un salto en él.

—¿Qué clase de escoria es esto? —exclamó Whisper, con su ronca y generalmente inaudible voz, al notar que habían caído en alguna clase de canal del desagüe.

—Es el drenaje, Alpha Once, pasa por debajo de la sala de control de tiro y es lo que usaran para llegar a ella —dijo la voz del asesor.

—¿Qué a caso quieres encerrarnos con algún dianoga? ¿En qué estas pensando? —repuso Blast muy molesto.

—Dieciséis, cálmate —ordenó Scar a su compañero—. Muy bien, muy bien, ¿ahora a dónde vamos?

—Sigan caminando en la misma dirección hasta que les indique otra cosa; esto es un auténtico laberinto —les indicó el asesor.

Cada quien alistó su rifle antes de proseguir en aquel detestable ambiente; conforme avanzaban, el escenario se volvía cada vez peor hasta el punto en el que casi tuvieron que nadar entre los desechos cuando la fétida mezcla de líquido y otras muy repugnantes cosas les llegó hasta el pecho. El asesor les indicaba constantemente que cambiaran de dirección cada vez a lugares más repugnantes, eventualmente caminaron entre droides desactivados, cadáveres de gente desmembrada y selonianos putrefactos flotando en

líquidos espesos y tan malolientes que los filtros de sus cascos no alcanzaban a retener el nauseabundo hedor a peste.

—Alto —dijo Alpha veintiséis tras sentir algo extraño a su alrededor—, silencio.

Los compañeros acataron su orden evitando generar ruido alguno para escuchar con claridad lo que sea que su líder hubiese detectado. Muy débilmente y desde algún punto en torno a ellos, un incómodo eco de metal girando fue percibido brevemente, sucedido por una marcha resonante sobre sus cabezas.

—¿Cree que nos han encontrado, líder de escuadra? —quiso saber Blast.

Scar lo negó en silencio, aguzando su oído en busca de algún otro ruido que tuviera una buena razón para retenerlos en ese muladar. Por fortuna no lo encontró, permitiéndole al grupo seguir con el desempeño de su tarea.

Algo explotó sin más frente a ellos, la fuerza de la detonación resultó lo suficientemente fuerte como para hacerlos perder equilibrio y sumergirlos dentro de la inmundicia en la que llevaban algún tiempo. Más asqueados que nunca, sacaron sus cabezas al mismo tiempo para apenas notar que les disparaban. Estaban rodeados, su única salvación era quedarse dentro de la inmundicia mientras encontraban el modo de sorprender a los súper droides de combate que se les acercaban desde cada flanco disparando sus cohetes sobre aquel caldo de porquería intentando matar a alguno de los ARCs. De dos en dos los comandos se separaron en direcciones opuestas, conteniendo la respiración mientras buceaban sin que los droides, quienes no dejaban de disparar, los notasen. Muy ingeniosamente y apelando a la falta de sensaciones organolépticas de las máquinas, Whisper plantó un detonador térmico en la pierna de una máquina alejándose lo más rápido que le fue posible para no ser alcanzado por las llamas cuando el artefacto hiciese lo suyo. Del lado opuesto del canal, Array se escabulló por entre los pies de los androides saliendo detrás de ellos para dispararles por la espalda y usarlos como parapetos cuando los mecanos del lado opuesto abrieron fuego contra Array segundos antes de explotar todos juntos. El único rastro que éstos últimos dejaron de la posición donde habían estado antes de desintegrarse fue un amplísimo boquete en el techo de la alcantarilla por el que decidieron salir de las cloacas brincando hacia el exterior del agujero.

—¡Lama Su! Debimos quedarnos allá abajo —reflexionó Blast.

—¿Tú crees? —se burló Array.

Ciertamente habrían estado mejor en las cloacas oscuras y malolientes, dado que el boquete les había ahorrado varios metros de trayecto hacia el interior del edificio de control, pero también los introdujo en una sala repleta de androides B-1 con sus armas apuntando contra ellos.

—Arriba las manos —ordenó uno de los droides, seguido por un “entendido” de todos los demás, que en el acto soltaron sus rifles elevando sus brazos metálicos hacia el techo, provocando que aquél que había dirigido la orden a los clones fuera el único que continuara apuntando—. ¡Pero no ustedes! Yo me refería a ellos, hay que matarlos —le espetó a sus compañeros tan pronto se dio cuenta de el error de las otras unidades,

quienes se apresuraron a recoger del suelo sus rifles para volverlos a apuntar contra los clones—. Ahora, nuevamente orgánicos. Ah, arriba las manos —Nuevamente las otras unidades de combate confederadas cometieron el error de obedecer una orden que fue dada a los clones, tirando al piso sus armas— ¡No, no, no! Dispárenles a ellos, ¿por qué no suben las manos? —ordenó el droide por última vez, tras lo cual, los autómatas comenzaron a repetir "inconmutable" antes de desactivarse por sobrecarga de información.

—Estos droides baratos de la Federación —exclamó el líder clon al volar la cabeza del único droide que no se desactivó.

—¿Quiere alguien decirme dónde estamos? —preguntó Blast.

El sitio al que por accidente habían llegado era bastante amplio, lo suficiente para albergar a los monumentales tanques, posiblemente de combustible, adheridos a los muros en grupos de tres. Al fondo de la sala, una puerta grisácea yacía abierta. Posiblemente el pasillo detrás de ella conducía a la sala de control, posiblemente no, pero finalmente la respuesta a sus interrogantes llegó de su asesor:

—Parece ser que se infiltraron dentro del salón de munición, si los escáneres muestran la información correcta, ahí es donde los separatistas almacenan los proyectiles de los cañones antiaéreos, de hecho, cada uno de los cilindros a su alrededor contiene seis proyectiles que se activan con el calor y lo peor de todo es que incluso en esos contenedores ya son sensibles a él, por lo que les sugiero que no intenten destruirlos, o volarán junto con ellos.

—No si controlamos su destrucción —sugirió Blast.

—Lo siento soldado, sus órdenes son dejar en paz esas municiones, además, lo primero es cumplir con sus objetivos principales: necesitamos esas defensas desactivadas todas de una vez.

—¿Y por dónde se supone que llegaremos a la sala de control?

—Hay un pasillo de acceso a la sala de municiones, es la única forma de entrar o salir de ahí, el único problema es que del otro lado hay severa vigilancia, no les resultará fácil avanzar.

—¿Y la buena noticia? —interrogó Scar.

—Si pasan a los droides al otro lado del pasillo llegarán a la sala de control.

—Escuadra Alpha, buscar y destruir —ordenó el líder a sus camaradas.

Muy sigilosamente, los comandos cruzaron la sala de uno en uno hacia el pasillo, ocultándose de las cámaras de seguridad que sin saberlo ya habían registrado su curiosa entrada alertando a los elementos de seguridad de la instalación que sin embargo, jamás activaron las alarmas.

—¿No siente alguien más que esto puede ser una trampa? —murmuró Array.

—Ciertamente, Nueve Dos, ahora tenemos que activarla —dijo Scar.

Las puertas del pasillo se cerraron detrás de ellos, haciendo un silencio incómodo en el lugar, lo único que se interponía entre la escuadra y los controles del cañón eran unos cuantos metros, ¿qué podría salir mal?

—Comiencen maniobra de apertura sobre esa puerta, comandos. —les ordenó Scar.

El equipo se colocó en posición frente a la puerta, Blast colocó los explosivos mientras Array se disponía a hacer las veces de granadero junto a Scar, dejando a Whisper como refuerzo en la retaguardia.

—Carga lista, ¡a cubierto! —informó Blast luego de colocar los explosivos sobre la puerta; la carga explotó sonoramente abriendo las compuertas que resguardaban la tierra prometida; Array lanzó al otro lado del umbral una eco-granada como precaución en caso de que alguien los esperara del otro lado, sin embargo, no había ni una señal de vida, y efectivamente, cuando la nube de humo se despejó, había nadie del otro lado, salvo un par de torretas defensivas apuntando hacia los clones. Whisper envió sendos disparos hacia las torretas que estallaron en el acto liberándoles el paso.

—Asesor, ¿qué sucede aquí?, no tenemos resistencia, ¿dónde está la sala de control?— preguntó Alpha Veintiséis al descubrir las escaleras metálicas detrás de la puerta volada.

—El mapa no especifica ninguna escalera cerca de su posición, comandos, sugiero que rectifiquen su locación.

—No hay tiempo asesor, hemos caído en una trampa.

—Vamos para allá, les daremos cobertura.

—Negativo, no hace falta, no estamos bajo ninguna situación justo ahora, salvo que no sabemos dónde estamos.

—Bien, prosigan por las escaleras, tal vez mis registros estén mal.

—Si me permite —intervino Array— yo puedo actualizárselos, después de muerto, claro.

—No necesitamos discutir soldado, concéntrese en la misión —respondió el asesor.

—Como usted diga. —se burló Noventa y Dos.

Silenciosamente ascendieron las escaleras metálicas, prestando atención a sus alrededores para no ser sorprendidos. Debieron subir cuatro niveles antes de detenerse frente a otra puerta en la parte más alta de la escalinata en caracol, virtualmente bloqueada por un protocolo de seguridad fácil de desactivar, los comandos la atravesaron sin la menor dificultad. Ante ellos tenían un salón amplio y lleno de ordenadores, que, según su asesor, era la tan ansiada sala de control, dominada por un alargado ventanal con vista a la ciudad. El personal en el puesto se reducía simplemente a media decena de droides B-1 que, al estar operando sus respectivos ordenadores, no se dieron cuenta de la entrada de los soldados republicanos, los cuales aprovecharon la oportunidad para abatir a las máquinas antes de que se percataran de su llegada.

—Debe ser una broma, entramos tan fácil —pensó Scar en voz alta—, como sea, Array, extrae esos códigos y sabotea la red por mí, ¿quieres?

—A la orden, líder de escuadra.

El experto en sistemas y comunicaciones se puso a introducir ciertas instrucciones en la computadora, luchando contra las barreras informáticas y de seguridad que le

presentaba, mientras sus camaradas protegían los accesos a la sala, que súbitamente se cerraron en su totalidad.

—Entonces, la República ha mandado a su avanzada a intentar derrotarnos. Tonto, pero típico. —dijo la grave voz sin cuerpo de un hombre.

Los clones se alertaron ante la grabación sujetando sus armas en posición de ataque, apuntando repentinamente a todos los rincones del salón. Aunque Array no interrumpió su tarea, él también aguzó sus sentidos en busca de la procedencia de aquella voz, que continuó hablando:

"Sería una pena regresar un par de cadáveres al Alto Mando de la República, ¿qué diría el Senado?, ¿Qué pensaría la opinión pública si comenzamos a mostrar piedad?"

—¡No se oculte! —Ordenó Blast— ¡En nombre del Senado de la República Galáctica, lo cul…!

"¡Yo no obedezco al Senado! No hay pandemónium más corrupto que aquella nefasta e hipócrita asamblea. Pero descuiden, caerá, y se hará justicia. ¡Los pueblos libres de la galaxia se liberarán al fin de la opresión de la República y de sus corruptas instituciones!"

—¿Por qué mejor no se muestra y nos habla sobre sus ideas separatistas de frente? Tal vez llegue a convencernos —habló Array, sumido en la infiltración a los códigos informáticos de la Confederación.

"Parece justo, lo haré y se convencerán amablemente si es posible, o por la fuerza si es debido."

—Lo esperamos —sentenció desafiante el líder de la escuadra.

El acceso diestro al de las escaleras fue despejado de ipso facto, apareciendo tras el umbral un hombre anciano pero fuerte, de barbas y pelos canosos y cortos, ataviado con vestimenta negra y capa café, el mismo Conde Dooku en persona.

—Será mejor que canceles tu orden, Array —dijo Scar.

—Conozco bien lo que para un guerrero mandaloreano representa ser muerto sin honor, así que procuraré concederles un final enorgullecedor —declaró Dooku desenvainando su sable de haz rojo y agitándolo amenazante contra sus oponentes.

—¡Ja! Que mal concepto nos tiene, nacimos para morir, y al morir nos llevaremos todo con nosotros. —le hizo saber Scar al ufano Conde.

—Así sea —Dooku corrió con el sable en ristre hacia los clones, su primer objetivo fue el experto en balística y demoliciones, a quien evitó por muy poco. Agitó su sable en el aire antes de intentar atestar su implacable estocada en otro cuerpo, mas su intento fue inútil. Whisper soltó una granada eléctrica junto al villano que la repelió contra su agresor para luego concentrarse en asesinar al altanero líder clon, en ese momento, Blast comenzó a disparar a las espaldas del Conde, quien empleó su maestría en esgrima para devolver los disparos, logrando injuriar a Blast en ambos brazos.

Array tomó las armas de su compañero herido para cubrir a Whisper, que gracias a la descarga eléctrica provocada por su propia granada yacía en estado de inconciencia.

—El hecho de que sólo seamos dos no significa que la tiene más fácil —gruñó Array tras modificar un rifle en un mortero y dispararlo erradamente contra Dooku.

—El hecho de que sean dos no les dará ninguna ventaja —informó el Lord Sith viendo como la munición de mortero iba a parar contra unos ordenadores.

Scar intentó sorprender al Conde por la espalda utilizando una bayoneta en su arma, pero fue sorprendido y levantado en el aire por la acción de la fuerza para ser estrangulado; Array volvió a disparar, de nuevo sin éxito, pues el blanco cambió la trayectoria del proyectil redirigiéndolo al convaleciente Blast, quien rodó por el piso intentando alejarse del rango de explosión de la munición que sin embargo lo alcanzó, lastimando severamente la integridad de su armadura. El experto en comunicaciones arremetió contra las piernas del Señor oscuro con la intención de derribarlo, siendo herido por la hoja carmesí del sable enemigo en la base de la espalda, cayendo sin remedio al piso y sin moverse más, mientras el líder de su escuadra ansiaba tanto el respirar, que sólo para eso se quitó el casco intentando aspirar con la boca plenamente abierta.

—¿Cuándo aprenderá la República que no pueden contra nosotros? —preguntó el Conde, preparándose para ensartar al clon en su arma, cuando de pronto, el sonido del cristal rompiéndose distrajo al cazador que dejó caer a su presa sobre el suelo. Un peculiar objeto era el responsable del estropicio en el cristal, más parecido a una lámpara sorda, el cilindro metálico aterrizó casi en las manos del líder de escuadra.

Tomó Scar el objeto cayendo en la cuenta de que lo que tenía en las manos era un sable de luz, un arma digna para un enfrentamiento a la altura del Sith. Se puso el clon de pie accionando el artefacto, de cuya empuñadura emanó un rayo de luz verde y de un metro de longitud.

—Jovencillo —observó Dooku—, no parece que puedas manejar un arma así, no lo hagas más difícil o mayor será tu sufrimiento.

No dijo nada el soldado clon, en vez de desperdiciar saliva, uso todas sus fuerzas para confrontar al enemigo usando sólo el formidable instrumento entre sus manos. Con una habilidad inusitada, Scar blandió la espada como todo un esgrimista digno de la Orden Jedi, sus reflejos eran más que ágiles y su vista lo suficientemente precisa como para esquivar a tiempo las elaboradas técnicas de su oponente.

—¡Líder Alpha, no recibo señales de vida de sus compañeros! —Exclamó la voz del asesor— ¿Qué pasa?

—DOOKU —vociferó Scar con cansancio.

—No puede ser, resista Veintiséis, la ayuda va en camino, asesor Alpha, fuera.

El combate entre los dos continuaba, un ligero descuido y Dooku lograría echar por tierra la misión en la que tres hombres habían dado la vida. “No hay de otra, Dooku debe morir, aunque tenga que morir yo también”, pensó Scar.

—De no ser porque sé que eres un clon —dijo el Conde—, te tomaría por un esgrimista Jedi.

Scar no bajó la guardia frente a las palabras de su oponente, pero el cansancio hizo mella en sus reflejos, impidiéndole reaccionar en el instante cuando el líder separatista blandió su sable hacia abajo, cercenando el brazo y la pierna izquierdos de Alpha Veintiséis.

Se dejó caer en el piso y se resignó a recibir su muerte. En su rostro, sin embargo, no había expresión alguna de pánico, sino la que es producto de una dulce victoria. El Conde se acercó a él apuntando con su sable a la cabeza del comando, viendo el sufrimiento de éste con rostro inexpresivo por unos cuantos segundos previos al envaine de la hoja resplandeciente de su sable de luz.

—Creo que los he convencido por la fuerza —mencionó sarcásticamente el anciano, retirándose en silencio de la sala.

Con sus últimas fuerzas, el antiguo líder de la escuadra de reconocimiento avanzado Alpha, se arrastró en dirección a la consola que Array estaba saboteando; casi había terminado, el muy ingenioso había introducido a la red un virus que le ahorraría el trabajo de inutilizar a los cañones desde más de una computadora, lo único que hacía falta era enviar ese virus a las otras estaciones para terminar el trabajo y desconectar todos los reactores de energía que alimentaban a las defensas antiaéreas. Con la mano que le quedaba, Scar tecleó las instrucciones necesarias con éxito, luego habilitó el conteo regresivo de una secuencia de autodestrucción efectiva dentro de tres minutos para todos los cañones, estaba hecho.

—Asesor —gruñó el moribundo soldado con sus últimos alientos—, aquí teniente RA 00/0326, líder de escuadra Alpha del Ejército de la República Galáctica. Le ordeno cancelar el envío de refuerzos. No estoy en condiciones de continuar en esta guerra. Operación concluida con éxito, informe al general Van Phiney que ya pueden descender sus fuerzas, secuencia de autodestrucción activada en todas las instalaciones enemigas.

—Muy bien Alpha Dos Seis —contestó el asesor—. La galaxia les debe mucho.

—Sólo ganen esta mierda.

—Despreocúpese, los Jedi saben lo que hacen. Cancelando envío de cañonera LAAT/I para maniobra de rescate. Cambio y fuera.

Scar percibió como la sangre que corría en sus venas se calentaba más y más, su adrenalina se disparó cuando un destacamento de droides entró para intentar desbloquear la red informática. Dos ingenieros neimoideanos se pusieron a trabajar sobre el ordenador al lado de Veintiséis, no sin antes hacerlo víctima del fuego de un trío súper droides de combate, que pusieron fin a la valiente vida del capitán Scar.

Pero ya era muy tarde: cinco… cuatro… tres… dos… uno…

El estallido lanzó por los aires una enorme cantidad de escombros que fueron a parar incluso a kilómetros de ahí, entre ellos se encontraba un sable de luz, que cierto soldado empleó para defenderse todo lo que pudo antes de morir.

“Siempre regresas”, musitó una mujer de pelo blanco que encontró el sable junto a ella cuando éste tocó el suelo.

V
La tragedia de Darth Tyranus.

Pocos minutos de luz solar quedaban por delante; infinidad de humaredas se esparcían por toda la ciudad, pero interesaban más cuatro destacadas en las afueras de Coronet.

De un lado el mar resplandeciente, del otro los terrenos calcinados por la acción de las armas.

Viajando por aire desde las montañas del norte, un Eta-2 Actis encabezaba un auténtico enjambre de cazas ARC-170, V-19 Torrent y cañoneras de asalto que se dirigían por completo a la misma dirección: el centro de la ciudad capital. Escoltadas por cinco cruceros de asalto clase Aclamador, las naves se internaban ferozmente a la mancha urbana, enormemente dañada y bien resguardada por el ejército de androides de batalla dispuestos en cada rincón de aquellas ruinas.

Desde la tierra, toda la artillería separatista se concentraba en derribar el mayor número posible de naves enemigas valiéndose de droides lanzacohetes, tanques de batalla y demás artillería; jamás acertaron tiro alguno, al contrario de la República que desde las alturas bombardeó los patéticos intentos contrarios por infligir cualquier daño.

—General Van Phiney, escuadrones listos para dispersarse, solicitamos autorización para ejecutar maniobra —comunicó un Comandante republicano.

—Concedida, escuadrones de reconocimiento vienen conmigo —especificó el General.

El grupo se separó en todas las direcciones para cubrir la mayor cantidad de puestos de ataque antes de poder aterrizar las naves capitales, justo a tiempo para no resultar sorprendidos por los cazas buitre que aparecieron de la nada detrás de ellos.

—Que alguien se encargue de ellos, los demás sigan hacia su objetivo —mandó Van Phiney.

Aproximadamente cuatro cazas por cada escuadrón se ocuparon de abatir a los buitres mientras el resto, al verse eximido de la escaramuza, prosiguió a sus respectivos objetivos. Con prontitud y la luz del sol casi extinta, el despliegue de soldados y vehículos dio inicio mucho antes de que las naves de asalto aterrizaran, las agitadas movilizaciones se centraron en puntos abiertos de la ciudad como parques y plazas aptos para albergar en su superficie a cuando menos un crucero de la clase Aclamador.

Deneastor Adatorn se posó junto con la legión 201 en el jardín Berethron e Solo, ubicado al oriente de la ciudad; rápidamente la masiva unidad de combate se formó frente a su comandante, el General Jedi, declarando con ello su presteza para recibir instrucciones.

—¡Legionarios de la 201! Hace tres días, Trajan Solo, junto con la diktat de Corellia, Shyla Merricope y otros altos funcionarios tanto del gobierno del sistema como de las diferentes compañías que operan en Corellia, fueron secuestrados por un comando armado separatista y llevados a diferentes puntos para su reclusión. Gracias a los últimos informes de Seguridad Corelliana, Solo, quien fungía como secretario particular de

Merricope y vicepresidente de la Compañía de Ingeniería Corelliana (CIC), está retenido en la residencia de la familia Gallia, cuyo patriarca, Barandonan Gallia, fue presidente de la CIC hasta que el General Grievous lo asesinó. Nuestro objetivo es retomar el centro de la ciudad, rescatar a Solo y ponerlo a salvo. Después de Gallia, Solo es el único que conoce los códigos para reabrir las instalaciones de Caroget, en cuyo interior descansa la flota de ataque completamente operacional, la cual usaremos para expulsar a la CSI de este sistema de una vez por todas. Son la mejor arma con la que contamos, no me defrauden.

La legión asintió con un gruñido estrepitoso, luego tomó cada quien sus respectivos puestos de batalla antes de movilizarse al centro de la ciudad.

—¿Deseaba verme, general? —preguntó un mayor.

—Sí, gracias. Antes de que llegáramos al sistema, hicimos contacto con una fuerza local que también intenta expulsar a los separatistas de este planeta —Dijo Adatorn parsimoniosamente.

—Entonces no estamos solos, ¿cuántos son, general?

—No lo sé, pero no son muchos. El punto es que aceptaron liberar a Solo en nuestro nombre, supuestamente debían ponerlo a salvo para cuando llegáramos y así poder iniciar nuestra campaña en Caroget, pero algo salió mal.

—¡Señor! La compañía Omicrón está lista para salir, esperamos sus ordenes —terció un soldado clon.

—Gracias —continuó Adatorn—, como decía, algo salió mal y la fuerza de resistencia civil fue sorprendida y apresada por los separatistas; necesito únicamente dos compañías para, ah, he usado mucho esta palabra últimamente porque no encuentro un sinónimo, liberarlos, darles libertad, etcétera.

—Por supuesto —dijo el mayor—, tendré lista la mía en unos minutos y entonces podremos partir.

—Lo curioso —proseguía Adatorn— es que no se los llevaron a ningún centro de detención, más bien los arraigaron dentro de una nave de desembarco que se estrelló cerca de su posición y, ¿adivine quien la pilotaba?, un piloto clon miembro de la resistencia.

—Por supuesto que tiene las coordenadas, ¿no es así?

—Claro, mayor, y me temo que tendré que acompañarlos, hay alguien a quien debo ver.

—¿Se encargará el resto de la Legión de encontrar a Solo?

—No el resto —aclaró Adatorn—, toda la legión participará y luego nos reuniremos con el grupo del general Van Phiney para purgar la ciudad. Aliste cuanta cañonera y vehículo sea necesario.

—Enseguida —aceptó el mayor retirándose a cumplir la orden.

Dos kilómetros al oeste del destacamento de Adatorn separaban al General de la residencia Gallia, contra los tres que hacían distancia entre él y la nave de desembarco donde la fuerza de resistencia de Djueh permanecía cautiva. Por si fuera poco, surgían

dilemas en torno a los propósitos del Jedi, como por ejemplo, ¿por qué no se concentraba en liberar a Solo quien es más importante que todos esos guerrilleros juntos?, ¿a quién deseaba ver el anciano maestro que se encontrara dentro de aquella célula?

En todo caso, no esperó mucho antes de que sus dos compañías estuviesen listas para partir, disponía de cuatro cañoneras LAAT/I, dos AT-TE y un grupo de cinco TX-130 prestos para marchar sin contratiempos mayores a los que los chatadroides les pudieran presentar en el camino.

Adatorn delegó la responsabilidad de la legión a cierto coronel, quien los condujo hacia la zona residencial donde la casa de los Gallia los aguardaba con su personaje cautivo.

Avanzaron las compañías Zeta y Omicrón tan rápido como los pesados AT-TEs lo permitían, aquellos que no iban a bordo de algún vehículo escoltaban al convoy, atentos a cualquier presencia extraña. Las calles solitarias se tornaron tenebrosas cuando los últimos vestigios de luz solar se extinguieron, dando paso a una oscuridad cómplice de los escombros silenciosos y las ruinosas formas que apenas se dibujaban con la luz que emitían las lámparas de los vehículos y los haces lunares de Gus Talon.

La experiencia de los tan castigados coronenses demostraba que la vigilancia separatista siempre se incrementaba por las noches, tal vez por temor a una revuelta que los tomase por sorpresa, claro que tal era una experiencia que Adatorn y sus hombres no tenían, más en su contra ahora que la República no hubo escatimado en esfuerzos para hacer que su entrada a Corellia fuese menos que escandalosa: resultó inevitable que alguien en la ciudad capital ignorara la llegada de sus salvadores, no obstante el júbilo tendría que esperar el momento en el que no hubiera más androides de batalla custodiando las ruinas que apenas y servían de refugio para los pocos ciudadanos que se sabía continuaban vivos.

Entró el convoy en modo sigiloso cuando la batalla de Coronet dio inicio, el cielo se plagó de cazas androide de todo tipo que aunados a las explosiones intermitentes por toda la ciudad anunciaban con bombo y platillo una pugna anunciada que llegó demasiado tarde, no era la primera vez que las fuerzas de Palpatine intentaban arrebatarle el sistema a la CSI, mas había algo esta vez que podría hacer alguna diferencia, ya fuera una fuerza de reacción más grande o las diezmadas filas enemigas, las hordas de clones que esa noche desfilaban por los restos de Coronet eran fuente de nuevas esperanzas.

Pero aunque la guerra fuera entre él y todo el arsenal separatista, Adatorn se decidió por no detenerse pasara lo que pasara, y cuando alguien le preguntó porque estaba tan interesado en liberar a esa fuerza de reacción, sencillamente se limitó a decir "necesito ver a alguien".

Pasos bloqueados, enfrentamientos con droides de batalla en cada esquina y los grandes y pesados volúmenes de los AT-TEs dificultaban el avance de la caravana. Una y otra vez había que quitarse de encima a los autómatas armados en sus patéticos intentos por repeler al conjunto decididamente avante.

Una hora de trayecto para apenas dos kilómetros terminaron por hartar al general, un tanto frustrado y apurado después de escuchar informes de que el resto de la legión había llegado ya a la casa de los Gallia, bajó del AT-TE en el que había abordado para tener un poco de emoción, pues posiblemente el desactivar por sí mismo algunas chatarras restablecería su paciencia, entre tanto, mientras más se acercaban al improvisado centro de retención, mayor dificultad tenían para llegar a él.

El intercambio de disparos se vio mucho más salvaje que cuando comenzaron el trayecto, ahora, con su meta en rango de visión, las compañías republicanas lidiaban con armamento mucho más pesado, tanques de batalla de toda clase, octuptarras y demás arsenal. Difícil de creer resultaba que no se hubiesen registrado bajas entre los miembros del convoy de Adatorn hasta entonces.

Cada quien, empero, hacía su parte; el viejo Jedi utilizaba nada más que sus manos y vista para desensamblar y aturdir androides, las cañoneras proporcionaban fuego aéreo de gran cobertura mientras en tierra los TX-130 ahorraban a los reforzadores tácticos todo terreno la molestia de tener que gastar energía en disparos innecesarios.

Cosa de treinta minutos después, con un saldo blanco de nueve clones heridos y un TX-130 levemente averiado, el grupo del General se hizo con el control de la vía más rápida hacia el búnker conquistado de la fuerza de reacción corelliana.

El armatoste yacía cercado por vallas que a parte de acústicas eran invisibles, además, un escueto pero bien organizado pelotón de súper droides de batalla y droidekas dejaban en claro que aún había trabajo por hacer, algo que al maestro Adatorn no le hizo ninguna gracia.

—Oh, vamos —murmuró por lo bajo el general—, ¿es que nunca se rinden?

Dicho esto supo inmediatamente que tendría que ser él quien se encargara de hacer esas chatarras a un lado, así que metió ambas manos en su túnica pulcramente blanca para sacar un par de estilizados y bien ornamentados cilindros plateados, de los cuales, el que sostenía con la mano diestra era el doble de largo que el que sostenía con la siniestra. Un sable doble y otro sencillo sumaban tres hojas azules que el maestro blandió maravillosamente tanto para desviar disparos enemigos como para rebanar el metal de las corazas de los androides que se atrevían a acercársele. Bajo la mirada atónita de sus clones, Deneastor se encargó por sí solo de casi 30 unidades enemigas en menos de un minuto, incluyendo a ocho droidekas que intentaron en vano protegerse del Jedi bajo sus escudos.

—Tal vez —dijo un teniente clon— deberíamos conseguir un par de ésos —refriéndose a las armas de Adatorn.

—¡Gracias! —Exclamó el interpelado— Como si fuera tan fácil manejarlos. Bien, no nos retrasemos.

Tanteando los controles de un ordenador cercano, un soldado especialista desactivó con prontitud la red sónica de energía que resguardaba el búnker; dentro de éste no había más que los rehenes, a quienes ya se disponían a rescatar cuando Adatorn detuvo

momentáneamente a los salvadores. "Esto no se hace si no estoy seguro de que quien busco está ahí dentro", justificó el maestro Jedi.

—De acuerdo, pero dese prisa, no podemos quedarnos a esperar más separatistas.

—Gracias, comandante —sentenció el General afinando su garganta para volver a hablar con una voz poderosa, grave y muy sonora—. ¡Habla, hermano, y entra, a la morada púrpura donde la torre negra domina este valle!

—¡A donde sólo pasará el digno de ver al ojo entre guirnaldas de fuego y aunque camine por el valle de la muerte no temeré, pues la luz de Broulgil me guiará! —Respondió una voz similar desde el interior de la nave— ¿Deneastor, realmente has venido por mi alma?

—Cuanta razón tienes, Abradax, ¡muéstrate entonces ante quien lleva tu sangre!

—A tu invocación respondo, hermano mío.

Una figura alta y clara se dibujó entre las sombras del pie de aterrizaje de la nave de desembarco, tan pronto como el Jedi la identificó dio permiso a sus tropas para proceder con el salvamento.

La figura de poderosa voz pertenecía a quien Deneastor deseaba hallar: un hombre de rostro bronceado y agrietado por las arrugas de la vejez, de cabello corto, lacio y castaño, inconfundible por la enorme nariz en su rostro, quien saludó a Deneastor con un fuerte abrazo.

—No tan fuerte, hermano. —Se quejó el general Jedi.

—Lo siento, es que, ha pasado mucho tiempo —confesó Abradax Adatorn con lágrimas en los ojos.

Deneastor desvió la vista unos segundos para tratar de identificar a alguna de las personas heridas que los clones acompañaban hacia las cañoneras, no reconoció a nadie, pero se interesó por una mujer de albina cabellera que sostenía entre sus manos una espada de luz.

—Han sido veintiocho años solamente, dirás —continuó Abradax tras separar su cuerpo del de su pariente fraterno—, pero mucho ha acontecido desde entonces, la familia te extrañó, los padres fallecieron, tus hijos se casaron, te dieron nietos… **el hijo de Evalacra** se volvió Conde.

—Lo sé, yo estuve ahí cuando Dooku fue coronado, perdóname por no visitarte, creí que con los templos cerrados y mi rivalidad con él pues… incluso temí por tu vida.

Las facciones de Abradax se tornaron sorprendidas, le costó trabajo asimilar que Deneastor hubiese estado en su hogar hace ocho años y no lo hubiese visto, claro que sus motivos tenían razón.

—No, la religión en Serenno sigue siendo demasiado fuerte como para ser sometida, claro que Dooku nos calló un rato, pero cuando los Notables se dieron cuenta de sus intenciones para con nosotros, ordenaron restaurar los servicios religiosos, lo cual no fue sino meses después de su ascenso al poder.

—¿Dónde estuviste entonces durante su coronación? —preguntó el maestro.

—Si no te enteraste en su momento ahora es buen tiempo de que lo sepas. Dooku asesinó a un Jedi, Sifo Dyas, así llamaba al cadáver, lo ocultó en su castillo y seleccionó un selecto grupo de sacerdotes para resguardarlo, entre ellos estuve yo y por eso no me viste ni supiste dónde estaba. Lamento decir que nadie me informó sobre tu visita. Dime, ¿Cin Drallig aún es tu aprendiz?

—Negativo, dejó de serlo diez años antes de la última vez que nos vimos, luego entrené a un joven prometedor que agarré por casualidad, lo rescaté de un acólito tenebroso. Pero no me has dicho por qué estás aquí.

Se disponía Abradax a contestar cuando un Cabo le interrumpió para informar que estaban listos para partir hacia la casa de los Gallia, aunque dos cañoneras transportarían heridos al crucero más cercano por lo que tenían que separarse. Deneastor asintió ordenando a las compañías que contactaran general Van Phiney y se reunieran con él para asaltar la residencia en la que Trajan Solo estaba preso, luego subió con su hermano a una cañonera para desplazarse al punto de reunión en la zona residencial.

—Me mandaron los Notables —murmuró Abradax—, están preocupados por las acciones que Dooku está emprendiendo, tienen planeado deponerlo si en dos años no nos separamos de la República, así que lo vigilo en secreto. Me enrolé con esta fuerza de reacción para no hacerme notar demasiado, luego nos capturaron y recordé quién es el Jedi y quién el sacerdote.

—No imaginé que Dooku se entregara tan fácil a la pérdida. Cuando Qui-Gon murió quedó, más que devastado, hecho añicos sería lo correcto. La noche que se fue de la orden discutimos y fuertemente, pero nada pude hacer por él. Se dejó consumir por el lado oscuro. —Se lamentó Deneastor visiblemente apesadumbrado.

—Tal vez te cueste creerlo, pero yo fui testigo de su caída. —Dijo Abradax.

—¿Cómo es eso?, ¿lo viste sumirse en el lado oscuro?

—Lo mejor será que lo veas por ti mismo.

Abradax ordenó al piloto de la cañonera que aterrizara el aparato y luego se alejaran, el clon estuvo reticente al principio pero no tuvo otra más que aceptar la orden cuando Deneastor la corroboró, así descendieron entre las ruinas de un edificio no muy alto que fue demolido por el impacto de un droide buitre, el transporte se esfumó dejando a los dos hermanos solos y bien ocultos dentro un sótano semidestruido.

—Ahora —indicó Abradax—, lo que voy a mostrarte es difícil de conseguir y aún más difícil es activarlo, no sé si fue Dooku quien lo grabó, pero al menos sí lo vi consultándolo, toma.

Abradax sacó de entre sus ropajes un pequeño holocrón con forma de pirámide, de color negro y símbolos massassi esculpidos en su superficie, Deneastor lo tomó entre sus manos y luego lo activó con cierta expectación.

Las caras del objeto se abrieron y extendieron hasta quedar casi alineadas con la base, sobre la cual flotaba una minúscula bolita de luz violeta, desde donde salió proyectado un hombrecillo holográfico idéntico al Conde Dooku.

—¿Quién osa adentrarse en el territorio del reverso tenebroso? —preguntó desafiante el hombrecillo.

—Alguien que pregunta por tu credo, familia e identidad —respondió Deneastor.

—Soy el Conde de Serenno, trono de la Confederación de Sistemas Independientes y llevo el nombre de Darth Tyranus, mi familia es la Fuerza y mi credo el de los Sith.

—Claro que no —intervino Abradax—, tú tienes padres, apellido y moral heráldica propia de quien en realidad eres. Tu nombre no es Tyranus, no puedes engañarme porque yo lo conozco.

—Yo también —terció Deneastor—, **Egred**, y lo conozco porque alguna vez tú y yo fuimos como hermanos, nos criamos en la misma casa y servimos en la Orden Jedi por más de cincuenta años, te conozco mejor que nadie.

—¡Deneastor! —Se entusiasmó momentáneamente el guardián para luego fruncir el ceño—, Deneastor. Conoces mi credo, el de la familia de mi padre, ¿por qué debería repetirlo ante ti?

—Porque si lo haces corresponderé con el mío, no con el de mi padre que hasta la fecha me une a Abradax, sino con ese credo que alguna vez formamos juntos en los pasillos del templo jedi de Dantooine, antes de Coruscant, antes de los maestros Yoda y Baracca, cuando fuimos niños solamente.

—Lo recuerdas entonces, ¿recordarás también la noche en la que me traicionaste?

—No te equivoques, Dooku, te ofrecí mi amistad cuando más la necesitaste y le diste la espalda huyendo de la orden.

—¡Jamás me hubiese permitido servir a los intereses de una organización traicionera!

—¿Y no lo es la CSI más traicionera? Mira de quién te has rodeado: reptiles acéfalos que besan tus pies porque no tienen nada bueno que hacer.

La figura del holocrón no entendió el comentario y por ende no lo respondió, permitiéndole a Deneastor seguir con su discurso.

—Estoy aquí para aprender de ti, quiero saber cómo fuiste atraído al lado oscuro.

—Es una historia larga, pero algo me decía que tendrías que preguntar. Realmente no te quiero contar, no necesitas que te lo cuente.

—¿Por qué no? Si Abradax se tomó el riesgo de capturar tu holocrón al menos deberías relatarle la historia a él.

—Si preguntara lo haría, Deneastor.

—Pues quiero saber —dijo Abradax—, quiero que me muestres tu… renacimiento.

—Claro, lo verás, sólo pon atención y sé paciente, es una historia larga de contar.

El Dooku holográfico desapareció dando lugar a una imagen a todo color que inundaba el sótano a tal grado que parecía haber transportado a Deneastor y su hermano a los pasillos del templo Jedi de Coruscant, bulliciosos y transitados, como siempre. Hacía un día espantoso, lluvioso y oscuro como ningún otro, los andadores del patio ceremonial lucían lúgubres y apenas iluminados por las lámparas apostadas a los lados. Dos maestros caminaban por ahí, indudablemente Adatorn y Dooku, tal como eran hace once años, más

jóvenes y joviales, se les notaba en los rostros de alegría en los que cada uno esbozaba una amplia sonrisa.

—Te lo digo, viejo amigo —decía entre risas el Deneastor del holocrón—, no pasará mucho tiempo antes de que se les ocurra otra locura, mira que inundar el patio de las mil fuentes y no darse cuenta.

—Escúchate —expresó Dooku—, y hace una semana me decías que tomarías a Van Phiney como padawan.

—Lo tomaré cuando se lo quiten a Wanabdia, lo que, a riesgo de hacer falsas predicciones, no tardará.

—Bien, pero a decir verdad creía que con Drallig tenías suficiente.

—Cin se bastaba por sí mismo desde mucho antes que lo dejara de entrenar, es un Jedi del que me siento plenamente orgulloso, aunque no es para mí lo que Qui-Gon es para ti. Reunir tantos lazos podría ser peligroso.

—Viniendo de ti, con tres hijos consanguíneos, debe ser cierto, pero yo que nunca forme una familia veo a mi antiguo padawan como carne de mi carne.

La escena cambió súbitamente y en cuestión de segundos el sótano se configuró en la sala de entrenamiento de la torre sur del templo, donde Dooku se veía meditando frente al ventanal por el que se colaba una resplandeciente luz blanca. Una puerta se abrió varios metros a sus espaldas, entrando por ella el joven Caballero Obi-Wan Kenobi acompañado de su nuevo aprendiz, quien se quedó a esperando a su mentor junto a la puerta.

—Maestro Dooku —interrumpió Kenobi.

—¡Ah!, joven Obi-Wan, veo que al fin han vuelto de Naboo. ¿Dónde está su Maestro? Ah, ¡qué pregunta!, debe estar en la cámara del consejo, iré a saludarlo, sin duda hay mucho que contar.

—No está en la cámara —advirtió Obi-Wan tristemente—. En Naboo… encontramos un Lord Sith, el maestro Jinn peló con él valientemente pero… lo que cuenta es que derrotamos al guerrero oscuro, Qui-Gon no murió en vano.

—¿Qué? —Se alarmó Dooku— ¡No bromees conmigo!, ¿Dónde esta Qui-Gon?

Kenobi no dijo nada más, discretas lágrimas resbalaron de sus ojos confirmándole a Dooku la terrible noticia, el actual Conde salió a prisa del salón de entrenamiento claramente trastornado, aunque no se entregó al llanto, su mundo interior se deshacía a pedazos; el terrible dolor que sentía en esos momentos se reflejaba en la imagen del holocrón, era él caminando en soledad por la nada blanca a su alrededor, al fin después de un tiempo, el holograma cambió de la nada a la cámara del alto consejo, donde los miembros de éste estaban sesionando. Dooku irrumpió violentamente en ella, llamando la atención de los doce maestros.

—¿Cómo pudieron permitirlo? —Dijo entre lágrimas— ¿De qué manera le he fallado a la Orden para que lo aparten de mi lado?

—Inescrutables los designios de la fuerza son, y aunque la muerte de tu antiguo padawan trágica fue, hacer nada por él podemos ahora hacer —señaló el maestro Yoda.

—¿Quién… cómo que murió por un Sith?

—Sabemos que no será fácil para ti asumir tal perdida —intervino Ki-Adi-Mundi—, pero por supuesto no querrás tomar venganza.

—Sólo exijo saber quién lo mato, ¡él era mi familia!, era como un hijo para mí.

—El miedo a perder senda del lado oscuro es, a tu destrucción temer te llevará —dijo la maestra Yaddle.

—Sería una pena —habló Yarael Poof— pensar que tu entrenamiento está incompleto, sabes bien que no es correcto aferrarse a lo que indudablemente se perderá. Medita en paz lo que ha pasado y rompe tus lazos con Qui-Gon antes de que te destruyan.

—¿Cómo puede ser esa su respuesta? ¡Ustedes saben bien lo que pasó! No pueden traicionarme así.

—¡Silencio, Dooku! —espetó Mace Windu— Tus pensamientos nublan tu razonamiento, los detalles de la muerte del maestro Jinn no se discutirán aquí porque los supuestos hechos son puras especulaciones. Ahora, haz el favor de retirarte.

En tal punto todo se volvió borroso y los recuerdos encerrados en el aparatillo volvieron a mudar, esta vez para mostrar a un hombre solitario en medio de su oscura habitación, dentro de la cual todo lo que había estaba destruido o dañado. Frente al hombre apareció nuevamente un Deneastor Adatorn más joven, afligido ciertamente, compartía el dolor de su amigo sumido en el dolor.

—Todos en el ala oeste se están quejando —musitó Adatorn—, dicen que tu espectro de Fuerza es pesado e incómodo, se siente incluso fuera del templo. Vamos estoy de tu lado, por eso vine, no hay nada más importante que ayudar a un amigo en tiempos de necesidad.

—Ya he sido víctima de la lástima de muchos como para ser ahora víctima de tu compasión —clamó el hombre desmoronado.

—Yo no te ofrezco compasión, no estoy aquí para recordarte el problema sino para ayudarte a solucionarlo.

—Ya me han ayudado suficiente. Anteayer leí la memoria de Kenobi, lo vi todo, y ¿por qué murió?, por defender a una República que ni siquiera se ha molestado en resarcir los daños en Naboo, ni en limitar a la Federación de Comercio, ni castigar a los culpables, ni nada. Serenno, volveré a casa durante algún tiempo, hasta que pase mi dolor.

—Claro, iré contigo, sólo dime cuándo partimos.

—No, Deneastor, este es un viaje que debo hacer solo.

El diálogo continuó pero no se pudo escuchar más, de nuevo el holocrón pasaba por una transición que desembocó en el interior de un castillo en la cima de un peñasco, donde un cansado maestro Jedi dormía intranquilo. Dooku se estremecía con violencia sobre su cama como si lo estuviesen torturando, las cosas más frágiles a su alrededor se reventaban y estremecían hasta que finalmente despertó. Su cabeza, empero, seguía vibrando y sus pies, comandados por sí solos y no por su voluntad, lo obligaron a levantarse. En vano intentó convocar a su sable mas éste no se movió nunca de la mesita de noche en la que reposaba; caminó torpemente hasta salir al pasillo contiguo a su

dormitorio, las luces estaban apagadas y la única iluminación procedía del exterior; lucho contra sus piernas aferrándose de cuanto pudo, trató varias veces de usar la fuerza pero extrañamente había algo que se lo impedía; cayó al suelo derrotado por una fuerza más poderosa que lo arrastró hasta la balconada central. Nada esa noche parecía fuera de lo normal, el bosque congelado por la estación fría estaba cubierto por una ligera capa de aguanieve y una niebla brumosa se escabullía caprichosamente por entre las raíces de los árboles, sin embargo, un fuerte ruido, casi ensordecedor que provenía del cielo desvió la atención de Dooku hacia el firmamento acaparado por un gigantesco remolino de nubes negras y tormentosas que giraba en torno a un vórtice gris irregular. A los pocos segundos el ojo de la tormenta comenzó a comportarse de manera extraña, primero se formó un cúmulo esférico de nubes que se transformó inesperadamente en un tornado que bajaba a gran velocidad hacia la parte más profunda del bosque, posteriormente giró un par de veces antes de desvanecerse progresivamente junto con el remolino negro que lo había originado, dando paso a una hermosa bóveda celeste.

Tembloroso y aterrorizado, Dooku se puso en pie y corrió tan rápido como le fue posible de regreso a su dormitorio. Apenas hubo entrado, una mano invisible lo sujetó por la espalda jalándolo de regreso al pasillo, el Jedi apenas tuvo tiempo para reaccionar convocando a sus manos su sable exitosamente. Todo se alejaba de él a gran velocidad, lo que fuera que estuviera tirando de él logró arrojarlo por la balconada desde donde segundos antes presenció el extraño fenómeno ocurrido en los cielos. Se precipitó libremente en cuestión de segundos a las gélidas y nebulosas faldas del peñasco sobre el cual estaba su castillo, del lado opuesto al camino que conducía a su alcázar.

Una vez tierra activó su arma colocándola en posición de ataque, expectante y anticipándose a cualquier sorpresa, decidió internarse en las profundidades del bosque frente a él. Minutos pasaron hasta que las primeras luces del amanecer irradiaron el lugar iluminándolo por completo al poco tiempo; Dooku decidió entonces regresar a su castillo, pero sus párpados se volvieron pesados y sus piernas tan duras como troncos que sin más el Jedi se desplomó sobre el fango. No volvió a despertar sino bien entrada la noche, estaba nevando y un viento helado soplaba ininterrumpidamente, si bien no fue el clima lo que lo despertó, pronto notó un crujir a lo lejos, como si los árboles estuviesen cayendo y más aun, también percibió los gritos de los animales ocultos entre la maleza. Los ruidos incrementaron su intensidad gradualmente; pronto, una desagradable sensación a miedo y sufrimiento invadieron a Dooku, quien retrocedía sin despegarse del suelo y con el sable bien sujeto a su mano derecha ante la terrible escena de los animales corriendo y muriendo en la carrera, de los árboles secándose hasta caer y de la nieve evaporándose en el aire; cuando menos se dio cuenta, un ser temible envuelto en una espesísima túnica negra se postró al frente suyo; carcajeándose estrepitosamente levantó su arrugada mano derecha despidiendo de ella rayos eléctricos con los que atormento sádicamente a un Dooku que ni siquiera hizo el más leve intento por defenderse; el intimidante ser miró complacido a su víctima y luego, con voz fría y maliciosa, dijo:

“Muchos han buscado en el lugar equivocado la llave al mundo que trasciende el plano físico y al no encontrarla se le han negado los misterios más esenciales de la fuerza.”

—¿Quién eres? ¡Oh, demonio detestable que ha venido para matarme! —Preguntó Dooku, moribundo.

—Sé que la pérdida de un ser querido te aflige, porque no le puedes ocultar nada al Señor Tenebroso, la divina potestad, aquél que posee la suprema sabiduría y el primer amor, aquél cuyo precedente es lo eterno porque vive eternamente, aquél que es amo y señor del lado oscuro —aclaró el ente aterrador.

—¡Vete, no tienes nada que yo quiera! —retó Dooku.

—Por otro lado sabes que tal cosa es mentira, ¿si no por qué has venido?

—No estoy aquí por mi propia voluntad.

—Por supuesto que sí, has venido a tu hogar para olvidar, y has venido ante mí porque quieres tomar la salida fácil.

—¡No! —Espetó Dooku— ¡No sabes por lo que estoy pasando, demonio de mis pesadillas!

—Yo todo puedo ver, todo puedo sentir y todo puedo escuchar.

—Si has venido a terminar con mi vida hazlo de una vez, no hay nada que me anime a seguir con ella.

—Entonces está hecho ya. —murmuró el ser encapuchado— Sin embargo, puedo ofrecerte una solución, tu vida ha terminado en el momento en que dejaste de luchar, hace mucho tiempo; ahora yo te ofrezco iniciar de nuevo como un ser completo y poderoso, dueño de todo dentro y fuera de sí mismo. —Dooku lo miró asustado aunque irremediablemente interesado, argumentando que no entendía por qué alguien habría de someterse a tan siniestra existencia en un renacimiento condenado— Como gustes, aunque si te dejo morir hoy toda esperanza de vengar la muerte de tu, ¿cómo lo llamaste?, hijo, se perderá y la República, en especial sus mascotas del consejo Jedi, saldrán impunes por su traición.

—Mi deber es proteger a la República.

—Pero no tolerar que te atropelle. Como siempre el alto consejo ha plantado su semilla de servidumbre en tu mente, nublando tu capacidad de razonar. No deberías subestimar tu deber, como lo llamas, pero sí reconsiderar si lo que haces está bien. Sirves a una orden monacal preocupada por no desaparecer más que en otra cosa, al igual que la república a la que protegen, y tienes la ventaja de que han caído en desgracia.

—Decidir eso no me concierne ni a mí ni a nadie más.

—Mira dentro de ti, sabes que es cierto. Mientras te refugias en ese lúgubre castillo, un hombre llamado Palpatine gobierna la República, un simple mortal insensible a la fuerza que se granjeó su puesto a costa del fallecimiento de tu antiguo aprendiz.

—¿Quién eres y por qué me torturas así? —le interrogó Dooku.

—Soy nada menos que el conocedor de los misterios de la inmortalidad. Fui nombrado por mis antecesores como Darth Sidious, el omnipresente.

—¡Usted es el maestro Sith! ¡Usted es responsable de la muerte de Qui-Gon Jinn!

—Qué listo, pero no he matado a nadie, aún así tengo la habilidad de devolverle la vida, a cambio por supuesto de tu lealtad.

—Jamás una vida significó más que todas las del universo.

—Ése es el consejo hablando —reprendió Sidious—. Era de esperarse que te hicieran creer todas esas patrañas de destrucción y caos que según ellos infringimos sobre la galaxia.

—No son patrañas, los anales de la historia demuestran que todo eso es verdad.

—La historia según quién, ¿la decrépita orden a la que sirves o la decadente república que proteges? El surgimiento de los Sith fue a causa de la envidia natural de tu gente hacia quienes son más aptos y mejores, siempre poniendo límites y restricciones, frenando el crecimiento de sus pupilos, evitándoles vivir y consagrándolos a seguir ciegamente normas y parafernalias subordinantes; fueron ellos quienes causaron el gran cisma y fueron ellos quienes labraron su propio destino. Ven a la fuerza como una carga que hay que regular y mantener al servicio de un gobierno inescrupuloso y traicionero, un Sith, por otro lado, mira a la fuerza como una bendición que hay que usar para complacer la sed de justicia en el universo, mantener un orden natural y no menos importante, para crecer y alcanzar la perfección usándola en nosotros mismos, sin límites, sin restricciones, sin subordinaciones. Temo que he confesado, vamos, estoy desarmado, ¡abáteme y consuma tu venganza! —imploró Sidious, mas Dooku no se movió. Qué desgracia, le costaba trabajo entender porque no aprovechaba la oportunidad de acabar con un mal que de no perecer sumiría a la fuerza en un caos de destrucción y sufrimiento, por otro lado, las últimas palabras del Sith estaban tan cargadas de razón que el Jedi se interrogó sobre si realmente combatía del lado correcto.

—No, no puedo, no tengo el coraje —se lamentó Dooku—, estoy confundido.

—El bien y el mal —seguía Sidious— son sólo un punto de vista, no tienen por qué dictar tus acciones. Únete a mí, únete al lado de los fuertes y te ayudaré a despejar tu mente para que sepas cómo recuperar y obtener lo que más quieres; eres un Jedi poderoso, tus habilidades no deben ser obstaculizadas y menos por quienes no se igualarán nunca a ti, o puedes regresar con tu amada orden a seguir siendo un vasallo mudo y oprimido de la corrupta seudo democracia. Cuando hayas hecho tu elección nos volveremos a ver en el momento en el que estés listo para seguir por el camino del lado oscuro y hacer juntos justicia.

El fenómeno del tornado se repitió precipitándose sobre el Lord Sith quien se desvaneció en el vórtice, dejando a Dooku tirado en el suelo del bosque seco y muerto. De nuevo los escenarios se modificaron, el holocrón indicaba que Dooku regresó al templo de la orden en Coruscant después del encuentro con el señor oscuro, nuevamente caminaba por los pasillos con aire decidido, llegó al vestíbulo airoso y pasó de largo bajo las miradas de su amigo Deneastor y otros jedi más, se abrió paso hasta la cámara del alto consejo, cuyos miembros al parecer lo estaban esperando.

—De su regreso una semana ha pasado, maestro Dooku, ¿qué ha decidido desde entonces? —Dijo el maestro Yoda.

—Con todo respeto, miembros del consejo, después de analizar las acciones que se han emprendido desde el bloqueo de la Federación de Comercio a Naboo y otras injusticias que a lo largo de estos veinticinco mil años ha cometido la República Galáctica y el Senado en el que sustenta, he llegado a la conclusión de que la Orden Jedi sirve a un gobierno que la ha empleado como herramienta para satisfacer los corruptos caprichos de quienes usan el poder público para su propio beneficio, faltando a los principios de democracia y unidad que dieron origen a esta nación intergaláctica; por lo tanto, reitero que al haber jurado un compromiso ante un órgano de justicia y equidad, que desgraciadamente ya no existe más, considero cumplida mi promesa y les anuncio mi decisión personal e intransigente de abandonar para siempre el instrumento de infamia republicana depositado en la Orden de los Jedi. Continuaré la misión que en ella se me encomendó y por la que juré y cumplí satisfactoriamente por mi cuenta.

”Aún sabiendo que el Senado es corrupto, el alto consejo falible y que el entrenamiento que ofrecen está muy lejos de ser perfecto, decidí continuar con la Orden incluso después de Galidraan, ¿por qué? Porque creí que todavía podía hacer algo bueno como Jedi, que podía general algún cambio positivo, claro que con ciertos errores, y hacer algo mejor que mantener el status quo. En pocas palabras, he sido un completo idiota.

—¿Es ésa su última palabra, maestro Dooku? —Preguntó el Mace Windu.

—Lo es, ahora, con su permiso, es hora de retirarme.

—Dooku —intervino el maestro Mundi—, esta elección que has hecho, nosotros la respetamos, pero creo hablar por todos en este consejo cuando digo que lamentamos que lo hayas hecho. Puedo sentir que estás confundido y que tus acciones responden más a llenar un vacío interior que a sustentar los argumentos que nos presentaste. No creo realmente que estés seguro sobre este proceder, claro que si es tu última palabra, nos encargaremos de eliminar tu registro del banco de datos del templo lo antes posible.

—A una última noche derecho tiene dentro del templo, como nuestro huésped usted considérese —agregó Yoda.

—Se los agradezco.

El ex Jedi hizo una reverencia y se retiró en paz, bajó por los ascensores para luego desplazarse a los dormitorios del ala oeste con el único fin de tomar sus pertenencias y dejar el templo, pero cuando llegó al vestíbulo que daba a los aposentos encontró a un Deneastor Adatorn inquieto y temeroso que caminaba hacia él desesperadamente.

—¡No lo hiciste! —Gritó Deneastor mientras caminaba— ¡Te conozco y sé que no lo hiciste!

—Pasó lo que tenía que suceder, Deneastor, necesito hacer esta búsqueda de inmediato —se justificó Dooku.

—Piénsalo bien, puedes hacer más aquí que allá afuera.

—Correré el riesgo de encontrar mi propio camino alejado de este nido de corrupción.

—No puede ser, ¿es eso en lo que basas tu deserción?

—No estoy desertando y si tanto te incomoda mi decisión bien podrías unirte a mí.

—Al contrario tuyo, yo sí me comprometí con la orden cada vez que cuestionaron mi lealtad, realmente jamás creí que pudieras ser tan débil.

—Los cambios no son para los débiles, sino todo lo contrario.

—¡Yo te di mi apoyo siempre que lo necesitaste! ¡No olvides que gracias a mí dejaste de ser padawan!

—Todo eso ya pasó. No puedo evitar sentirme decepcionado, Deneastor, pero lo dejaré así por ahora. La próxima vez que nos veamos, te daré la oportunidad de que reconsideres, si no, sabré que no me dejas más alternativas.

—¿Me amenazas? Pues si así es, sólo me queda destruirte, viejo amigo.

Dooku continuó con su camino, y esa misma noche abandonó el templo. La imagen mostraba que se había dirigido a uno de los hoteles de la zona turística, hospedándose hasta que su transporte saliera el día siguiente.

El anochecer llegó y Dooku, mientras tanto, preparaba el equipaje para el viaje pendiente. Ninguna duda o sentimiento de culpa surcaba su mente, sino una sensación de libertad que ansiaba desde hace mucho. Miraba por la ventana y a lo lejos las cinco torres del templo, iluminadas, sin arrepentirse de sus actos.

No había terminado aún cuando un extraño deseo lo impulsó a ir hacia la entrada de su habitación, por segunda vez en su vida, sus piernas se movían gobernadas por sí mismas. Abrió la puerta y miró al pasillo de lado a lado, sorprendiéndose al ver que estaba desierto. Extrañado, recuperó el control sobre sus piernas y tras cerrar la puerta se volvió sobre sus pasos hasta la maleta que estaba preparando minutos antes.

—Esperaba que tomara más tiempo —dijo una voz fría y malévola dentro del cuarto—, pero bien pude sentir el momento en el que se entregó a la senda oscura.

Dooku se arrodilló frente a Lord Sidious, a quien muy humildemente confesó:

—Estoy a sus órdenes milord. Haré lo que le plazca, pero antes muéstreme los caminos ocultos de la fuerza.

—Paciencia, mi futuro aprendiz, antes debe mostrarme que es digno.

—¿Digno?, pero, ¿cómo?, milord.

—Quiero que valla a Fondor y encuentre al maestro Sifo Dyas, bórrele la mente y tráigalo ante mí, esperaré por él en Bogden.

—Así se hará, mi señor —aceptó el Jedi escindido.

El holocrón cambiaría de nuevo la imagen que mostraba, en el proceso, un crujir extraño se escuchó en el sótano, pero no parecía ser nada grave. El extraño ruido se dejó escuchar de nuevo y dos segundos después el techo del lugar se vino abajo. En una reacción rápida, Deneastor consiguió que Abradax se salvara por poco de quedar aplastado por los escombros; desgraciadamente, el holocrón no sufrió la misma suerte.

—¡No! ¡El aparato, hay que sacarlo! —Exclamó Abradax, decidido a salvar el dispositivo.

—Déjalo hermano —le detuvo Deneastor—, nada más podemos hacer por él, además, ya he visto suficiente. Ahora vámonos, antes de que el techo se nos caiga encima.

Ambos abandonaron el ruinoso edificio con la misma sensación de desgracia, tal vez mayor en Abradax, quien confesó haber puesto en riesgo su vida para conseguir el holocrón, no obstante Deneastor estaba en lo cierto, nada más se podía hacer, ni por el holocrón, ni por el Conde Dooku.

Tras ellos la techumbre del sótano se colapsó irremediablemente, inmediatamente después, el comunicador holográfico de Deneastor empezó a sonar.

—Maestro Adatorn —dijo la cabeza holográfica de Robert Van Phiney—, la casa Gallia está asediada y todo el corredor desde la zona de aterrizaje hasta el sector residencial despejado. Le informo que el asalto a la casa ya ha comenzado, no se tarde si aún quiere participar, cambio y fuera.

—Ahí estaré —confirmó Deneastor.

—Bien hermano, creo que hasta aquí llegamos, tú tienes una batalla que librar y yo debo seguir los pasos de Egred, los Notables no querrán que los deje esperando mi informe —se despidió Abradax.

—¿Te volveré a ver, Abradax?

—Ve a Serenno tan pronto como esto termine, te esperaré en el templo de siempre.

—Gracias, hasta entonces será.

Abradax caminó lentamente desapareciendo en la oscuridad, a los pocos minutos una cañonera llegó por Deneastor, quien se alejó nostálgico hacia el punto de reunión, queriendo creer que lo que había visto esa noche podría ser de ayuda para ganar la guerra, o al menos para entender mejor el extraño proceder de su antiguo amigo.

VI
Los códigos de Corellia.

La Vía Mathale, antaño tan glamorosa y llena de vida, estaba ahora atestada de droides desactivados, vehículos averiados y cadáveres de gente y soldados clon; las imponentes fachadas de sus mansiones, joyas arquitectónicas de un sistema estelar entero, o bien estaban completamente destruidas o severamente dañadas.

Establecida una bien defendida cabeza de puente en las cercanías del búnker en que se había convertido la mansión Gallia, la República contenía la respiración en espera de que los refuerzos aéreos derribaran el ancho muro que los separaba del cuartel enemigo. Bien adaptados y en suma resistentes, los súper droides de batalla confederados no daban tregua alguna a sus contrarios, quienes, aun estando en superioridad numérica, no conseguían romper sus defensas.

Entero un escuadrón de reforzadores tácticos todo terreno, al mando del capitán Zeta 152, acometía con ímpetu las fortificaciones; Van Phiney, mientras tanto, contemplaba desde su puesto de mando como se llevaba a cabo una batalla sin progreso.

Con el flanco derecho de las tropas separatistas desbandado al fin, los pelotones de ataque rápido de la legión 138 aprovecharon la oportunidad para cercar a las chatarras, en una estrategia ingeniosa, terminaron rodeando a los mecanos cortándoles cualquier ruta de escape posible.

Reto mayor suponía ante las puertas de la casa el pequeño contingente de droides araña, su pesado blindaje los hacía imbatibles para los soldados pesados y un cable difícil de morder para los abrumados AT-TE, no así para una LAAT.

Con equipo y refuerzos arribaron por fin las tan esperadas cañoneras, un ala completa hizo su aparición sobre el campo de batalla barriendo con cuanto enemigo pudiera, los enormes andadores mecánicos simplemente no fueron reto alguno. Ahora el largo de las fuerzas de asalto republicanas sobrepasaba a las de la CSI en una escala de seis a uno.

El general Jedi intervino cuando notó que la batalla en el frente estaba ganada, la hoja azul de su sable acababa con toda resistencia al tiempo que guiaba a sus hombres al interior de la fortaleza a penetrar. Van Phiney ordenó entonces el repliegue de sus vehículos ligeros a los límites del perímetro de ataque para proteger las entradas al frente de cualquier contraataque.

—¡Comandante!, envíe francotiradores a que despejen los controles de esas puertas —ordenó Van Phiney refiriéndose los masivos portones metálicos que daban acceso a la casa Gallia—, también coloquen cargas explosivas de permacreto para volarlas si no se abren.

—Señor…

—De permacreto he dicho, Comandante.

Y así se hizo, dos clones se encargaron de volar las cabezas de cuatro droides que custodiaban tras los muros de la barrera defensiva los controles de las puertas principales, aunque no fue necesario hacerlas explotar puesto que se abrieron sin problemas. La gente

de Van Phiney entró al bastión, primero a una explanada frente a la mansión resguardada por torretas antipersonales por suerte inactivas y luego al interior de la casa.

Tan pronto entraron al vestíbulo se toparon con que no habían sus enemigos descuidado el interior de su base, droides de la clase luchador y B3 abrieron fuego de inmediato y si no llega a ser por las habilidades de Van Phiney quizá no habrían salido con vida de la habitación.

Subieron por las escaleras hasta el tercer piso quitándose de encima a cuanto autómata se les interpusiera en su camino.

—Aseguren la planta y si encuentran prisioneros libérenlos y escóltenlos hasta los transportes —ordenó el general—; grupo B, acompáñenme.

Torcieron a la derecha en un pasillo angosto y oscuro, al fondo del cual había una puerta de cristal bien cerrada y protegida por alguna contraseña. Robert solucionó el problema usando la fuerza, con la que hizo que la pequeña terminal introdujera por sí sola la contraseña.

Al otro lado, dentro de una habitación oscura y amplia, un fétido hedor inundaba el ambiente. Buscando la procedencia de tal olor, Robert encendió las luces del lugar temiendo que hubiesen llegado tarde. Todas las ventanas estaban tapiadas con planchas metálicas y los muebles, destruidos completamente, estaban apiñados en un voluminoso montón al fondo de la habitación, al pie del cual había un droide B1 desactivado y tirado en el piso.

Detrás del montón de escombros, y agazapado en posición fetal de manera catatónica, estaba la persona a quien debían encontrar. Semidesnudo y demacrado, excesivamente delgado y deformado por los golpes que alguien sin permiso le propinó, así estaba Trajan Solo cuando lo encontraron.

—Mi nombre es Robert Van Phiney, general del ejército de la República Galáctica, vengo por usted, ahora está a salvo —susurró al ensangrentado oído de Solo.

—El droide —murmuró el cautivo—, lo vi caer, tenía que matarme si alguien venía, pero hace unas horas se apagó y se cayó, ¿también los demás se desactivaron?

—Me temo que no, y ahora, si queremos que no nos capturen a nosotros también debemos irnos ya —animó Van Phiney.

—Necesito un médico, general, mis dos piernas están rotas… ¡Ay!

—Lo llevaremos con uno en seguida, sosténgase de mi espalda.

Solo accedió, se movió con dificultad debido a los dolores físicos que padecía, pero pudo aferrarse al fin a la espalda de Robert. Escoltado por los clones regresaron sanos y salvos hasta el vestíbulo, donde una cañonera ya los esperaba.

—General —se le acercó un capitán—, tenemos el perímetro asegurado, estamos listos para marcharnos.

—Muy bien, dé la orden de retirada. ¿Alguna señal del maestro Adatorn?

—No que yo sepa, investigaré y le informaré después, señor.

—Gracias, capitán, pero déjelo, yo lo contactaré. Piloto, llévenos al *Aclamador* y dígale al maestro Adatorn que se reúna en él con nosotros.

—Sí señor, enseguida —asintió el piloto.

La nave despegó rauda hacia el crucero a pocos kilómetros de distancia, mientras tanto, un soldado trataba de examinar y estabilizar al señor Solo, quien pese a estar sedado gritaba y se movía demasiado a causa del dolor.

—¿Cómo pueden ser los separatistas tan crueles? —se sorprendió un cabo alarmado por la condición de Solo.

Tras haberlo pensado unos instantes, el Jedi se aproximó al convaleciente, apartando de él al soldado que lo estaba tratando.

—Relájate —dijo al poner su mano sobre la amoratada cabeza del pobre hombre—, estás bajo mi control —Solo pareció calmarse, como si de pronto el dolor se hubiese desvanecido—. Quiero saber qué te hicieron en esa casa.

—Me… hicieron preguntas, querían los códigos —respondió.

—¿Qué más?

—Un droide especialmente horrible, con voz rasposa, muy alto y de cuatro brazos, me golpeó, casi me rompió la espalda, luego me estrelló la cabeza contra el muro… pero no se los dije, aunque mató al señor Gallia frente mi. Usó espadas de luz para rebanarlo en cientos de pedacitos.

—¿Qué no les dijo?

—Querían saber como entrar a la fortaleza, a los hangares subterráneos donde descansa nuestra flota de guerra sin tripulación.

—¿Caroget?

—Sí, así se llama un pueblo.

Trajan se desmayó sin decir más justo en el momento en el que la cañonera ingresaba en uno de los hangares del *Aclamador*, el vicealmirante Brezan ya los estaba esperando y se mostró ansioso cuando vio llegar a la comitiva que escoltaba al vicepresidente Solo.

—Llévenlo a la estación médica de la cubierta C —ordenó el vicealmirante—. General Van Phiney, los esperábamos, el maestro Adatorn llegó hace unos minutos y está planeando el asalto a Caroget con el capitán Tarkin.

—¿No debería usted estar con ellos, vicealmirante?

—Estoy, maestro, pero el canciller Palpatine insiste en que sea Tarkin y no yo quien comande la misión. Debo respetar las órdenes de nuestro líder, además, quería estar presente cuando Solo llegara, su liberación nos ha costado mucho, hace unas horas recibí confirmación de que hemos perdido por completo a la escuadra Alpha.

—¿Qué dice? —Se exaltó Robert— ¿Completa? O sea que los cuatro…

—El Conde Dooku en persona; por suerte destruyeron las defensas aéreas, pero necesitamos otro comando que se encargue de evadir la seguridad en Caroget.

—La escuadra Delta está en Kuat, quizá ellos podrían…

—No, general, anteayer fueron movidos a Coruscant, se entrenan con la 501.

—Entonces me encargaré yo.

—Así parece.

General y vicealmirante caminaron juntos hasta la sala de estrategias, cerca del puente de la nave. Los seis capitanes y el maestro Adatorn discutían estridente y acaloradamente cuando Brezan y Van Phiney llegaron, al parecer la rivalidad entre Tarkin y Zaarin eran la causa de tales discusiones, como suele suceder siempre que se le pide a uno de ellos que comande una operación.

—¡Silencio! —Apaciguó Brezan, enviando a los combatientes a sus respectivos asientos— No somos el enemigo para estar pelando entre nosotros.

—Ya que está aquí, vicealmirante, debo interpretar que Solo ya fue liberado —infirió Tarkin.

—En efecto —terció Robert—, no fue sencillo pero está a salvo. Huelga decir que lo encontramos en muy mal estado, las torturas a las que fue sometido casi lo matan, personalmente creo que es un milagro que aún respire.

—Su estado es irrelevante, Van Phiney, ¿dónde están esos códigos? —interrumpió el capitán Zaarin.

—Como dije, es un milagro que viva, deberíamos celebrarlo.

—Después, ¿dónde están los códigos?

—En su cabeza, se desmayó antes de mencionarlos.

—Pero vive aún —quiso saber el maestro Adatorn.

—Por fortuna, sólo hay que esperar a que despierte —aclaró Van Phiney.

—Caballeros —continuó Brezan—, he sabido que discutían, espero que sus razones sean justas.

—Como sea, señor, no nos queda más que aceptar el plan original, sólo sepa que yo pienso que usted es más apto para dirigir el asalto —dijo el capitán Lemelisk—. Me niego a seguir desperdiciando saliva con ése, terco y favorecido —dirigiéndose a Tarkin, quien furioso intentó arremeter contra su interlocutor.

—Agradezco su preferencia, Ethril, pero no tengo autoridad para contravenir una orden directa de la cancillería suprema.

—Entonces —dijo el capitán Odessa—, si no hay nada más que discutir, caballeros, yo me retiro.

Abandonaron todos la sala menos el vicealmirante y los dos Jedi, quienes permanecieron viendo con desdén los caprichosos conflictos internos de los capitanes.

—Siendo que los Jedi comandan esta guerra, debería ser el consejo quien hiciera las asignaciones de campaña —apeló Deneastor Adatorn.

—Realmente no tengo interés en comandar aquella misión, maestro —aclaró el vicealmirante—, no me molesta que alguien más lo haga porque así no arriesgo mi pellejo.

—No molesta el que lo expongan a la muerte, vicealmirante, sino que el canciller supremo abuse de esta manera de la encomienda que nos ha dado —aclaró Adatorn.

—Yo más bien creía que era nuestra responsabilidad —corrigió Robert.

El amanecer llego al poco rato, las primeras luces matutinas mostraban ya los costes de las primeras batallas y por fin, después de varios días, la ciudad amanecía con

presencia confederada casi nula. Mensajes llegaron de Coruscant advirtiendo a los comandantes de la misión una posible represalia, por lo que la seguridad entre los republicanos se incrementó y expandió hacia los canales de comunicación a lo largo de toda la ruta corelliana.

Por si fuera poco, la tensión entre los capitanes se incrementó junto con la caprichosa rivalidad entre Tarkin y Zaarin, quienes, a juzgar por sus ánimos, eran capaces de atacarse mutuamente utilizando para ello sus naves de línea si era necesario. Una siniestra pretensión anticipaba sus acciones para el día en que tuviera que decidirse el destino de Caroget.

Mientras el momento llegaba se corría con suerte que la inconciencia de Trajan Solo mantuviera la situación en balance, ya que sólo con su ayuda sería posible liberar a la flota que, si todo salía según lo planeado, debería solucionar la disputa por Corellia.

Los combates y escaramuzas, cada vez más cruentos, se registraron el resto de la noche; naves de desembarco enemigas llegaban desde todos los flancos abrumando a las tropas clónicas y las fuerzas aéreas hacían verdaderos milagros para no perder la ventaja, sin duda ganar aquella batalla sería cuestión de suerte más que otra cosa.

Aún sabiendo que tomaría su tiempo —horas, días, meses, incluso años— tomar tan solo la capital, los altos mandos en Coruscant demandaban con cada vez más impaciencia informes sobre el avance de la campaña, principalmente el Senado, que sin duda usaría la situación como pretexto para el cumplimiento de sus caprichos políticos. No obstante había un problema mucho mayor: el hecho de que no fuera posible avanzar a Caroget hasta que no se capturara Coronet primero.

Horas más tarde las primeras luces del amanecer tiñeron de rojo el campo de batalla. Una fatiga general embargaba no solo a los cuerpos republicanos, sino también a las sobrecalentadas máquinas de guerra de la Confederación; Solo seguía inconciente; los Jedi no cesaban en su lucha sin cuartel y los mensajes del Senado exigiendo conocer el progreso actual de la expedición no paraban de llegar a los receptores de los cruceros de combate, de hecho, uno muy particular llegó hasta el puente del *Aclamador* apenas amaneció.

—Teniente —dijo un sargento clon que operaba la estación de comunicaciones en la trinchera izquierda—, otro paquete de mensajería del Senado y… uno de la cancillería solicitando hablar con el capitán Tarkin.

—¿El primer ministro?

—No señor, el canciller.

—El capitán está en sus aposentos, transfiera el mensaje hasta allá —ordenó el teniente.

—Sí señor; ah, recibo otro mensaje, del Ministerio de Guerra.

—¿Sucede algo?

—No, sólo desean saber si necesitamos algo.

—Páselo al vicealmirante, está en la sala de estrategias.

Algunas cubiertas más abajo, encerrado y maldiciendo en su camarote, Willhuf Tarkin no podía dejar de pensar en la rabia que le tenía a Demetrius Zaarin, aunque pareció serenarse cuando la holografía del canciller supremo Palpatine se proyectó frente a él.

—Deberías estar feliz —comenzó Palpatine.

—Todo está bajo control —continuó Tarkin.

—No me parece, Willhuf. De entre todos los oficiales con los que esta armada cuenta, tú eres por mucho el mejor. A nadie debería causarle envidia que estés a cargo de una tarea tan importante, aunque, para ser sincero, es natural que la sientan.

—¿Por qué ha mandado a Zaarin conmigo?

—Demetrius es casi tan prometedor como tú, lo he estado vigilando muy de cerca desde que entró a nuestras a filas, tiene un talento nato para la planeación. Tener a un aliado así entre nosotros tiene un gran peso. Pero despreocúpate, difícilmente igualará tu grandeza. Ahora, he sabido que al fin se han hecho con los códigos que tanto buscábamos.

—Así es, excelencia, los tenemos, y estaremos listos para usarlos cuando el momento llegué, incluso si a Brezan no le parece.

—Escucha, el Senado se ha vuelto más exigente desde los sucesos de Kamino, ya no confían en que sus intereses puedan defenderse. Me están dejando solo y con el peso de la guerra a cuestas, para acabar pronto. Necesito tu ayuda, el éxito en esta operación convencería a nuestros detractores de que no estamos derrochando recursos, como argumentan, y harán que los políticos separatistas desconfíen de sus líderes. Si ganas la batalla que se desatará en Caroget, te premiaré con el rango de general de brigada, pero lo más importante es que cuides tu espalda.

—Tendré cuidado y le daré la victoria que me pide.

—En ello confío Willhuf. Cuando esto acabe, cuando Corellia caiga, es preciso que regreses a la rotonda de los representantes, donde no has perdido influencia. Tu voz nos ayudará a esparcir confianza entre los que la han perdido.

—Pero, ¿qué puedo hacer yo?

—Mucho, ciertamente. Este punto ya lo he discutido con Brezan y algunos Senadores, plantar en la cara de los separatistas su derrota en Corellia acelerará algunos procesos beneficos. Tenemos a Sistemas de Ingeniería de Kuat a punto de separarse de la Tecno Unión, tu victoria podría permitirnos anexionarlos formalmente a nuestra causa.

—Lo ha pensado todo, su excelencia, brillante, hace mucho que hemos estado esperando esto. No quisiera equivocarme, sólo que pienso que con toda la reputación de Kuat, nuestros aliados notarían la debilidad de la CSI y aquellos que furtivamente la sostienen terminarían por cortar sus apoyos y tal vez, dárnoslos a nosotros.

—En efecto, y lo creerán más cuando un auténtico patriota se los diga, más aún, cuando un Jedi lo haga.

—¿A qué se refiere?

—Antes de que el consejo Jedi designara a sus generales, se hizo un pacto, no deberían regresar hasta no conseguir la victoria y luego deberán pronunciar en la rotonda un discurso, para lo que Van Phiney es excelente, acorde a lo que te he comentado.

—Una táctica infalible, dado que el pueblo les tiene una alta estima.

—Exacto, ahora tengo que dejarte, incluso yo tengo que dormir.

—Que duerma bien, canciller.

El holograma se desvaneció dando unos segundos para que Tarkin reflexionara, pero fue interrumpido cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó el capitán.

—Me envía el comandante Prestage, señor; Solo despertó, tal vez quiera bajar a verlo.

—Ahora voy, gracias.

Algunas cubiertas más abajo, en la enfermería, todo estaba vuelto de cabeza: soldados de sanidad que no se daban abasto con los heridos quienes no dejaban de quejarse, droides que se desactivaban o trababan a causa de la presión del trabajo, todo un pandemónium.

Pasados unos minutos, buena parte de la tripulación y un gran número de oficiales estaban reunidos en el interior de un cubículo pequeño, en el cual, postrado en una camilla y conectado a decenas de instrumentos que milagrosamente los mantenían con vida, yacía Trajan Solo, perfectamente conciente y a punto de confesar los códigos tan esperados por todos. El vicealmirante, los capitanes, generales, comandantes y demás oficiales escucharon atentos:

—Gracias —jadeó el convaleciente—, por salvarme la vida, aunque me da igual si sigo viviendo o muero, mi alma está condenada, esta guerra está condenada.

—¡Los códigos de apertura! —Exigió el capitán Zaarin sin poder ocultar su impaciencia y despertando la indignación de los presentes.

—¿Para qué quiere esos códigos? —Continuó Solo—, no detendrá la masacre que han despertado. Con lo fácil que es tomar la estación centralia y salir huyendo, me pregunto por qué no lo hicimos cuando pudimos. Ah, que los dioses me perdonen, de todas formas mi alma está más que condenada.

—¡LOS CÓDIGOS, DESGRACIADO! —Ordenó Zaarin, furioso.

—¿Quiere alguien sacar de aquí al capitán? —Sugirió el general Van Phiney, quien se encargó personalmente dado que Zaarin se había alterado tanto que comenzó a apuntarle con su pistola a la cabeza de quien se le acercase.

—Necesitamos abrir los hangares de Caroget para usar la flota que escondieron y usarla contra los separatistas. Es la última esperanza que tienen contra ellos —dijo el vicealmirante.

—¡Perdón! —Se soltó en lágrimas el señor Solo—, yo no los apoyé, le dije a Bel Iblis que la independencia era mala, yo no quería que Corellia se separara, así que les voy a ayudar. Las secuencias de datos que desean son códigos encriptados que sólo tres personas conocen y son el diktat, el presidente de la Compañía de Ingeniería Corelliana y el vicepresidente, aquí presente, y se modifican cada año o cada vez que hay alguna

emergencia, son tan importantes que ni siquiera nuestros altos mandos militares los conocen.

—Momento —interrumpió el capitán Odessa—, ¿qué quiere decir con que ni siquiera sus altos mandos los conocen?, ¿qué tan importantes son estos códigos?

—¿No creían que sólo existiría una sola clase de códigos para abrir y cerrar esas fortalezas, o sí?, en cada estación hay cuando menos veinte clases de códigos diferentes para operar los hangares y esos sí los conocen los militares que las operan.

—¿Entonces qué diferencia hay con los que usted conoce?

—Que existe un protocolo. Cuando un control de alarma ubicado en el despacho del diktat se activa, una señal es mandada a las doce fortalezas del sistema sellándolas permanentemente con todo lo que haya dentro de ellas; tripulación, naves, suministros, gente, todo, y no se abrirán hasta que alguno de los tres importantes introduzcan sus respectivos códigos simultáneamente desde las fortalezas centrales en Froma Gallat.

—¿Y sí sólo queremos abrir Caroget?

—Vean lo que mil años de desarme provocan —aseveró entre risas sarcásticas—, el no haber mandado para acá a ningún agregado militar salvo a sus queridos Jedi los hizo ignorar nuestros procedimientos bélicos. Por supuesto que no pueden abrir los hangares de Caroget, ni los de ningún otro punto hasta que no habrán Froma Gallat e introduzcan los tres códigos. Les tengo malas noticias, tienen mis códigos, pero Shyla Merricope está secuestrada en Drall y a Barandonan Gallia lo rebanaron finamente. A parte necesitan las tres huellas dactilares de nuestros pulgares y pasarnos por el escáner de retina.

Tan malas noticias desmoronaron los ánimos de todos los presentes quienes, evidentemente molestos, procedieron a retirarse, desistiendo en el momento en el que Solo continuó hablando.

—A menos que recuperen los discos cifrados que contienen una copia de respaldo de emergencia de nuestros códigos. En tal caso podrán prescindir de las huellas y retinas, pero tendrán que ir a dos lugares peligrosos.

—Más peligroso que esto no debe ser mucho —declaró valiente el vicealmirante Brezan.

—La copia de Merricope está en la caja de seguridad en su despacho, así que tendrían que entrar a los cuarteles de la CSI en la casa Corona y no será fácil, luego el disco de Gallia está en los talleres sumergidos de la isla Vreni, destruidos por los droides luego de la invasión.

Tarkin estalló en furia y salió maldiciendo por lo bajo, el resto de los capitanes lo imitaron y muchos oficiales salieron del cubículo sin más, incluso el vicealmirante salió, no sin antes informarle a Solo que el los tendría acompañar a recuperar ambos códigos.

¿No habría sido mejor dejar al vicepresidente Trajan Solo en aquella casa?

Movimientos rebeldes se registraron al día siguiente en la mayoría de las ciudades importantes del planeta: Doaba Guerfel fue reconquistado por los corellianos, al igual que Tyrena, Bela Vistal, Zela Alfaro y Cerabit. Los escondites de los patriotas Drall se tiñeron de sangre cuando las tropas separatistas fueron expulsadas; los extranjeros se

amotinaron con éxito en Kor Vella y Nor Harcyan, mas desgraciadamente los separatistas tenían aún suficiente parque en Coronet como para no soltar el sistema a menos que fuera, literalmente, de sus manos frías y muertas.

El descontento entre los oficiales de la República aumentó en las últimas horas, si bien las tropas no se concentraban en ello sino únicamente en la lucha, oficio al que los Jedi también se atenían.

Las palabras de Solo llegaron a los oídos del Senado en Coruscant causando conmoción general, las representaciones separatistas paseaban por el edificio pavoneándose por el afortunado tiro de suerte que les había tocado mientras los leales a la República pedían a gritos la cabeza del Conde Dooku. La situación, sin embargo, y para el pesar de la Tecno Unión, aceleró la separación de Sistemas de Ingeniería Kuat sin más repercusiones que el incremento en la fe republicana de ganar la guerra.

De regreso en Coronet ya se planeaban los asaltos a las instalaciones de Vreni y la casa Corona, órdenes conjuntas de la cancillería y el consejo Jedi pusieron al vicealmirante Brezan al frente de las operaciones con los respectivos apoyos de los Jedi y una nueva flota de cruceros de batalla que llegaría a la órbita del planeta en unas horas. El grueso de las tropas en tierra aumentaría en un doscientos por ciento en poco tiempo, catalizando la liberación antes de lo esperado.

Por otro lado, en los pasillos de la enfermería del *Vengador Massassi*, una mujer desorientada abría los ojos luego de un largo sueño.

—Tranquila, no te esfuerces, aún estás delicada —dijo una voz familiar.

—¿Beran? —Musitó Djueh, adolorida, recibiendo una respuesta afirmativa.

—Los médicos dicen que sólo fue el susto, casi te ahogas pero no te pasó nada.

—¿Dónde están los otros?

—Muchos están aquí con heridas, no muy graves, sólo algunos huesos rotos y contusiones por la caída y la captura, pero estarán bien. Perdimos a Emil, no murió, pero ahora trabaja con los clones.

—¿Cuántos quedamos?

—No lo sé, una docena, menos tal vez. Más naves están por llegar, nos llevarán a Alderaan como refugiados.

—No, no puedo irme. Me tengo que quedar, ir a...

—¿A dónde? Si es por vengar a tu familia, créeme, ya no hay nada que puedas hacer.

Djueh suspiró nostálgicamente, reaccionando dolorosamente ante las palabras de Beran.

—Me quiero quedar a defender mi ciudad. Se lo debo a mis ciudadanos.

—Djueh, has hecho todo lo que podías, ahora déjalo en las manos de la República, ponte a salvo, lejos de la guerra.

—¡Enfermero! —Llamó Djueh perturbada y al borde del llanto, hasta que un sargento de enfermería acudió con ella— Saque a este hombre de mi vista, me está molestando.

—Disculpe —dijo el clon a Beran—, pero no debe perturbar a los enfermos.

—Descuide, soldado, ya terminé aquí.

Beran salió del cubículo seguido por el enfermero, quien fue detenido al instante por la alcaldesa.

—Espere, por favor, soldado. Quíteme estas sondas del cuerpo, debo irme.

—Lo siento, señora, pero no puedo autorizar su salida hasta que el capitán de sanidad lo autorice.

—¡Pues llámelo! Tengo que salir de este lugar, si tienen armas les tendré que pedir una y… ¿dónde están mis cosas?

—Al pie de su camilla en una caseta.

—¿Sucede algo, sargento? —Terció un hombre de rostro redondo que vestía de uniforme gris y bata blanca.

—El paciente desea retirarse, señor, estaba por consultarlo sobre la autorización.

—Bien, la maestra no tiene de que preocuparse. Déle los ungüentos para sus moretones y unos analgésicos en caso de que presente dolor. Me permito sugerirle medicamentos contra el resfriado si presenta síntomas de fiebre, por lo demás no hay motivo para retenerla aquí. Aunque si gusta esperar a los otros Jedi…

—Gracias —interrumpió Djueh—, sólo denme algunas armas y no los volveré a molestar.

—No podemos hacer tal cosa, desgraciadamente, pero estoy seguro de que tendrá suficiente con su sable.

—Oh, esa cosa no es mía, era de un Jedi a quien asesinaron hace como una semana, ni siquiera la he usado.

—¿Acaso no es usted un Jedi?

Djueh negó con la cabeza, agregando que sólo era la alcaldesa de Coronet. Minutos más tarde, estaba a lista para irse, su ropa, seca, la cubría de nuevo aunque sin la armadura que portaba anteriormente, pero afortunadamente aún conservaba aquél sable que casi pierde cuando lo envió con la ayuda de un droide como apoyo a un grupo de soldados republicanos en uno de los cañones antiaéreos en los márgenes de la capital.

Salió al pasillo notando cierta agitación, la mayoría de los cuartos a ambos lados estaban ocupados por soldados maltrechos y gente a la que no conocía, la mayoría en graves estados. Se le había indicado el camino de salida hasta las puertas de desembarco y, siendo ella tan inteligente como era, no le costó trabajo encontrarlo, mas al ver a todos los malheridos del pabellón entre los que se contaban mujeres, ancianos y niños, deseos cada vez más intensos por quedarse dentro de esa nave y enlistarse en el ejército inundaron su ser. Al salir de la enfermería buscó un mapa que la orientara, buscando el camino más directo hasta los aposentos del capitán, y al no encontrarlo pidió ayuda a un oficial que caminaba por ahí, expresándole sus deseos de enlistarse. “El capitán no está ahora aquí, se encuentra con el vicealmirante en la nave insignia, pero puede hablar con el mayor Dopanni, que se encuentra dos cubiertas más arriba”, le dijo el oficial.

Cientos de kilómetros más arriba, orbitando en el espacio tras haber concluido las reparaciones pertinentes, el *Destructor Estelar*, de momento bajo la responsabilidad del comandante Foch, vigilaba el espacio para advertir a las fuerzas de tierra sobre cualquier

clase de incursión enemiga. El tranquilo puente de mando, más pequeño y discreto que el del *Aclamador*, apenas estaba ocupado por la dotación mínima indispensable en los controles y radares, además del comandante al mando, quien también ayudaba en las consolas.

—¡Comandante! —Exclamó un clon en la trinchera contraria— Los radares indican una nave no identificada acercándose al planeta en un radio de seis unidades astronómicas.

—¿Emite alguna señal?

—Afirmativo señor, a muy baja frecuencia… oh, espere, se ha ido. Pero la nave no se ha detenido, es más, aumentó su velocidad.

—Maldición, abran un canal y recen porque los separatistas no la hayan encontrado, ¿de qué calado es? —dijo el comandante saliendo de la trinchera en la que se encontraba y posesionándose en el corredor central del puente.

—Es un crucero pequeño, cien metros de eslora por cuarenta de manga, de pasajeros, señor.

—Gracias, ¿está listo mi canal? —El cabo al mando de las comunicaciones asintió, dando pie para que el comandante iniciara su mensaje— Nave no identificada en curso cero-dos-dieciocho, éste es el comandante Ferdinand Foch al mando de la nave de asalto de la República Galáctica SDY9009. Han entrado a una zona restringida, por su seguridad se les solicita que abandonen el sistema inmediatamente —no hubo respuesta inmediata ni señas de que la nave hubiese recibido el mensaje, por lo que el comandante reiteró— Nave no identificada en curso cero-dos-dieciocho, desistan su curso actual de inmediato o nos veremos obligados a expulsarlos de éste radio por la fuerza —de nuevo no hubo respuesta.

—Señor, está entrando en radio de sitio, viene directo a nosotros, deberíamos verla ahora —vaticinó el clon de los radares, y efectivamente, por las ventanas del puente se podía ya divisar a la minúscula nave volando a toda velocidad.

—Preparen las baterías y alístense para maniobra de intercepción —ordenó a su tripulación—. Aquí NAR SDY9009, está es nuestra última advertencia, si no dejan este espacio ahora serán destruidos, ¡evacuen de inmediato!

El *Destructor Estelar* estaba en movimiento y en camino a interceptar aquella nave desconocida que maniobraba cual barco fantasma, una vez estuvo lo suficientemente cerca, el *Destructor* desencadenó disparos de advertencia destinados a errar el blanco, sólo para animar a la desconocida tripulación invasora a desviarse de su camino, pero la navecilla hizo caso omiso y prosiguió en su camino, pasando por debajo de la nave de asalto republicana, que dio la vuelta en redondo, ahora para destruir al invasor.

El crucero sin identificar disminuyó su marcha a medida que se acercaba a la atmósfera, mientras que, por otro lado, el crucero de ataque la aumentaba. Foch envió una nueva advertencia que de nuevo fue ignorada, por lo que se vio obligado a ordenar el fin de la persecución y la expedita destrucción de la embarcación no identificada.

Los láseres asestaron con todo contra su objetivo, pulverizando por completo el casco que ingresaba al planeta en pedazos.

—Quiero otro canal con el *Aclamador* —solicitó el comandante.

—Aquí NAR *Aclamador* —contestó el vicealmirante Brezan.

—Señor —comenzó Foch—, le informo que hemos destruido una nave sin identificación que intentaba llegar a la atmósfera planetaria. Procedimos según el protocolo sin respuesta de la nave, así que procedimos a su destrucción. No quiero asumir que exista una relación con los separatistas, pero conviene estar preparados.

—Gracias comandante, corto.

Foch supuso haber acabado con aquel problema, aunque nunca supo que entre los restos calcinados de su víctima había una cápsula de escape ocupada, que por su tamaño se confundía con los escombros e ingresó con éxito a la atmósfera para terminar estrellándose cerca de una masiva esfera de control separatista, la misma que se había separado del *RM-1821*. De la cápsula salió una figura ágil y encapuchada, que se dio prisa en llegar hasta uno de los accesos de la esfera, mismo en el que un hombre anciano y alto la estaba esperando.

—Bienvenida a Corellia, Asajj —dijo el hombre.

VII
La voluntad del capitán.

Inconfundible por su robustez y peculiar forma, el caza del general Grievous se aproximaba al bloqueo supuestamente amigo de naves del clan bancario sobre Mygeeto, no obstante ninguna de esas naves era su destino. Tras atravesar la atmósfera y los vientos gélidos del mundo glaciar, dirigió su atención a un complejo industrial situado en el medio de una planicie rodeada por nada más que hielo e instalaciones mineras; aterrizó su nave en un hangar y tan apresurado como molesto reunió a cuatro de sus guardaespaldas, que ya lo esperaban en el hangar, y se encaminó hacia los astilleros.

La persona a la que Grievous buscaba no debía estar muy lejos, dado que por eso llegó a Mygeeto en primer lugar. Finalmente, cerca los talleres de armamento, lo encontró.

—¡Insecto! ¡Maldito desgraciado! —Vociferaba el general droide al tiempo que activaba sus cuatro sables de luz en contra de San Hill y el grupo de banqueros con el que estaba reunido, pero segundos antes de que su ataque fuera ejecutado, sus propios guardaespaldas lo detuvieron.

—También me alegro de verlo, general. Ah, como ya se pudo dar cuenta, los droides que producimos para su protección son más fieles a nosotros de lo que nunca podrán serle a usted —dijo Hill—. Me visita en mal momento, Grievous, estoy en medio de una reunión muy importante.

—De gracias porque sus creaciones lo salvaron, en lo que a mí respecta, su hora de pagar ha llegado.

—Caballeros, temo que nuestra sesión tendrá que posponerse, eh, les agradecería que me esperaran en el hotel hasta que acabe con este, pendiente —se excusó Hill con sus invitados—. No tiene por qué ocultarme su ira, Qymaen, sé perfectamente que usted y Gunray le lloriquearon a Darth Sidious luego del detalle de Nueva Plympto. La verdad no tuve la culpa, la ruta que usaron está en desuso por la existencia del corredor corelliano y no porque sea peligrosa y la responsabilidad del cargamento era de Gunray y no mía. Además, ¿Por qué tuvo que esperar a fracasar en Corellia para venir a reclamar?

—No hubo ningún fallo…

—¡Huyó entonces de los Jedi! Como puede ver, estoy más enterado de lo que pasa allá que usted.

En este punto, si Grievous se hubiese liberado de los fuertes brazos de sus magnaguardias, habría despedazado a Hill.

—No era muy difícil, ¿cierto? —Continuó Hill— Salir de Deko Neimoidea para dejar refuerzos tácticos en Corellia y conquistar Devaron con el resto. No me indigna la incapacidad que ha demostrado general, sino su falta de inteligencia al infravalorar lo que transportaban.

—¡Defendí mi nave tanto como pude!

—Y pese a sus esfuerzos, la perdió. Me sé la historia, sí. Permítame que le recuerde que la razón por la que se permitió usar el *Mano Invisible*, en vez de un carguero común y corriente de la Federación de Comercio, es su notable rapidez en comparación con aquellos pesados buldózeres. No solo debió llegar más rápido, sino que entero, lo que es más, lo escoltaban mis mejores fragatas. En cuanto a que me diga que de pronto apareció una nave de asalto enemiga de la nada tampoco puedo creérselo, el resto del consejo separatista se lo creyó, pero yo tengo mis dudas, ya que algo tan grande no puede pasar desapercibido por los radares y más extraño aún es que una sola nave saque del hiperespacio a un convoy entero. El informe y la posterior confirmación de Lord Sidious destacan que no se tiene conocimiento del paradero de la nave, de diseño extraño, que los atacó, ni mucho menos del emisor de cristal del súper láser de Sidious. Esa arma nos permitirá ganar la guerra, la construimos con máximo esfuerzo y ahora en manos de la República será nuestra perdición.

—No se atreva a darme sus sermones políticos, la responsabilidad sobre esa arma era suya, no mía.

—¡Jamás, Grievous! Primeramente, ¿a quién se le confió el dispositivo para transportarlo a Devaron y luego a Kessel?, a usted, ¿y quién debía ocultar el traslado a la República?, Gunray; así que desde mi punto de vista el fallo fue suyo. Pero Lord Sidious es benevolente, sabe perdonar. Le ha asignado prioridad a sus servicios en Saleucami, por lo que su intervención en Corellia no será más necesaria, ha despachado ya a alguien más capaz para ocuparse en aquel sistema. No olvide que yo lo contraté, Qymaen, sería una desgracia anunciar que su contrato conmigo ha quedado cancelado.

—Le doy libertad de hacerlo, así tendré el privilegio de asesinarlo sin ser llamado traidor.

—Lo sé, es por eso que mientras no haya Conde Dooku abogando por usted, general, no es más que un simple empleado del Clan Bancario y por consiguiente mi subordinado. Reparamos su nave por cierto, puede verla en los talleres al otro lado del hangar principal; ahora, con su permiso, tengo bienes que comprar.

El cuarto día de campaña en Coronet amaneció con lluvia, había estado lloviendo desde la medianoche sin cesar inundando buena parte de los restos de la capital.

Afortunadamente, el día anterior habían hecho su arribo al planeta ocho naves de asalto republicanas más, mismas que se distribuyeron entre las patrullas orbitales y las oleadas de asalto de apoyo a varias ciudades importantes a lo largo y ancho del planeta.

El occidente de la ciudad estaba en suma húmedo aunque no anegado, el batallón de Van Phiney había pasado ahí ya más de doce horas esperando el momento idóneo para encargarse de los droides que se habían atrincherado en el interior de un auditorio. Se tomaron un descanso durante la noche, los más de cien hombres al mando del Jedi descansaron en el interior de un silo derribado oculto por un AT-TE averiado, de tal manera que estaban más que preparados para asestar un golpe contundente al reducido contingente en el interior del edificio.

Después de todo la lluvia no era un problema, sino en este caso un aliado: el techo del auditorio hacía mucho que se había venido abajo dejando un agujero enorme que no retenía al agua pluvial en lo más mínimo, más aun, aquellas idiotizadas máquinas se encerraron a piedra y lodo cerrando puertas, atascándolas; bloqueando coladores y todo punto probable de acceso, en otras palabras, convirtieron aquel recinto en un auténtica fortaleza cuya perdición sería precisamente su hermetismo y la inundación a la que conllevaría. Ahora, si bien es cierto que los droides son inmunes a los efectos del agua, no están hechos para nadar en ella ni mucho menos para flotar, y tampoco son aislantes de la electricidad en un medio conductor.

Van Phiney sólo estaba esperando a que el agua subiera lo suficiente. Un par de clones, embutidos en sus blancas y mojadas armaduras entraron al silo buscando al general Jedi, claro que con buenas noticias.

—General, los sensores indican que el nivel del agua ya llegó a los veintiocho metros —informó uno de los soldados.

—¿Cómo está la presión en las puertas?

—Resistirán hasta los treinta y dos metros, el sargento Batch tiene listo su mortero.

—¿Sólo uno? ¡Necesito tres cargas para tostar bien y bonito a esas chatarras! Prepárenme otros dos, enseguida voy —acto seguido, Robert alistó a sus tropas para reaccionar en caso de que el plan fallara y los subió a sus transportes para terminar el trabajo. Se reunió con los artilleros que apostados en sus morteros esperaban su señal y tan bien como la precipitación pluvial se lo permitía, divisaba su blanco—. ¡Disparen! —Ordenó.

Tres cargas cilíndricas de pulsos eléctricos se elevaron por los aires y luego cayeron por el boquete del techo del auditorio, luego, las tropas de la República contuvieron la respiración unos segundos mientras las cargas se activaban. Rayos y centellas eléctricas iluminaron el interior del edificio y algunos de los puntos exteriores más cercanos a él, en la posición del batallón de Van Phiney, sólo se oían los alaridos, tan impropios, de los droides bajo el agua y una serie de explosiones líquidas. Cuando los sonidos cesaron por completo, una escuadra de AT-RT abrió fuego contra las puertas selladas del edificio, reventándolas eventualmente. El agua salió con fuerza y a gran presión arrastrando consigo autómatas inactivos y visiblemente chamuscados, además de butacas, mostradores, muebles y demás artefactos. Al ver tal escena, el batallón en pleno estalló en aplausos y felicitaciones mutuas.

—Ya casi terminamos aquí, aseguren la zona y ubíquense según lo planeado —dispuso el caballero Jedi.

—General, el paso al norte está bloqueado, pero encontramos otro hacia el este que lleva al mismo lugar, claro que es un poco más largo —informó un soldado.

—¿Por dónde?

—Justo hacia allá, en medio de aquellos callejones.

Robert caminó hacia el atajo para inspeccionarlo, ya que, por lo que se veía desde su posición, podría ser que los tres AT-PT de su grupo no cupieran por las estrechas

callejuelas, que, si bien no era la única forma de salir de la plaza, los demás caminos no lo conducían a donde deseaba.

Seguido por dos soldados que lo escoltaban, se internó entre un par de altos edificios separados por apenas cinco metros uno del otro. Con beneplácito notó que los transportes pasarían por poco, pero de todas formas prefería adentrarse más en el callejón para descartar que más adelante se presentara un problema. El agua que caía del cielo se filtraba débilmente y caía al suelo esporádicamente, no como en la plaza, donde llovía a cantaros. Avanzó otros cien metros hasta un punto donde la calle se ensanchaba a cerca de los veinte metros, apenas abrazada por un par de ruinosas estructuras.

—Silencio —previno Robert—, siento que somos observados

Casi sin moverse, el Jedi miró de reojo sus alrededores esperando hallar algún droide, y a decir verdad no tuvo que esperar mucho, pues casi al instante activó su sable para reflectar un disparo azul de arma bláster emitido desde la oscuridad de una pila de escombros. Usando la fuerza desarmó al atacante y acto seguido lo atrajo hacia sí levantándolo en el aire.

—¿Quién eres? —preguntó con sorpresa el general apenas se dio cuenta de que su atacante no medía más de un metro y veinte centímetros, aunque usaba una armadura clon que le quedaba notablemente grande y restringía mucho sus movimientos. Robert le apartó el casco el casco de la cabeza descubriendo el rostro de un niño zabrak, de tez café y expresión de pánico— ¡Tú! Venías con el maestro Radilla.

El niño asintió entre lágrimas rogando que lo bajaran, a lo que Robert accedió.

—Que suerte que apareces, venimos a salvarte, soy el caballero Robert Van Phiney y también busco a tu maestro, ¿puedes decirme dónde está?

—No está —chilló—, un hombre raro lo mató.

—Pero, ¿cómo?, ¿qué pasó? —el padawan negó con la cabeza sin ánimos de contar, nuevamente rompiendo en lágrimas, por lo que Van Phiney usó sus habilidades para obligarlo a hablar.

—Estábamos cerca de un gran palacio, el maestro me dijo que me ocultará mientras él y sus tropas entraban al palacio, pero entonces salieron muchos droides y mataron a la mayoría, luego recuerdo que el cielo se oscureció y se formó un tornado del que salió un señor de negro, que atacó a mi maestro hasta que lo mató.

Los ojos de Robert se desorbitaron por la sorpresa, dado que la descripción del muchacho coincidía con una siniestra visión en su pasado.

—Soldados, regresen con el batallón y muéstrenles el camino hacia acá, los espero aquí —ordenó el general tomando al pequeño pupilo por el brazo y conduciéndolo hacia los escombros de donde había salido—. Quieres contarme más sobre el torbellino —sugestionó al niño.

—Quiero contarle más sobre el torbellino, maestro: era negro y cubría toda la ciudad, no se le veía fin, comenzó en el cielo como una especie de ciclón negro y lleno de rayos, luego, desde el centro, un tornado del mismo color bajó a la tierra y después desapareció, pero en la parte más baja había alguien parado, como si hubiese llegado con el tornado.

—Dime, ¿qué sentiste en ese momento?

—Miedo, dolor, como si el tornado se tragara toda la felicidad; luego, los clones se empezaron a caer y el demonio del tornado saco rayos de sus manos, pero como no podía derrotar a mi maestro, sacó un sable rojo, y luego me morí, y luego desperté para luego no saber donde estaba, y luego me puse el uniforme de uno de los clones…

—De acuerdo, de acuerdo, basta de tanto 'luego', ya entendí. Escucha con atención, lo que has visto lo deben saber los Jedi, así que irás al enclave de Alderaan y desde ahí te pondrás en contacto con el alto consejo y les dirás lo mismo que me has dicho, ¿está bien?

—Ajá.

—Éste es el general Robert Van Phiney llamando en todas las frecuencias, solicito urgentemente cañonera de asalto para maniobra de rescate, tenemos un sobreviviente —dijo para su comunicador—. No tardarán en venir por ti y entonces estarás a salvo.

La fracción del batallón que no se quedó atrincherada en el auditorio alcanzó la posición de su general en cuestión de minutos, Van Phiney les dio la orden de seguir moviéndose mientras él esperaba la cañonera que debía recoger al pequeño zabrak.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Más de una semana, maestro Van Phiney, nos enviaron cuando los separatistas entraron al sistema e intentaron tomarlo.

—No me habían dicho nada sobre el inicio de las hostilidades, yo suponía que todo se había gestado desde la llegada del Conde Dooku hace seis días.

—Cuando mi maestro murió; sólo que yo nunca vi aquí al tal Conde.

—Es normal, estuviste inconsciente.

—Pero unas horas solamente, cuando desperté la batalla apenas había empezado.

—¿Qué, qué dices?

—Lo primero que vi al despertar fue al maestro Radilla con un gran hoyo en el pecho, luego escuché sonidos y me oculté para ver lo que pasaba, y desde unos escombros vi al demonio dirigiendo a los androides; hablaba con una voz fría y temible y lo poco que vi de su rostro fueron sus arrugas blancas en sus mejillas colgantes.

—¿Dijo su nombre?

—No, nunca

—¡Maldición!, tal vez nuestro mayor enemigo no es tan reservado como creíamos, pero sigue siendo anónimo, ¿qué mas me puedes decir?

—La batalla terminó cuando el torbellino regresó y se tragó al demonio que salió de él, desde entonces me he estado escondiendo.

Robert frunció el ceño en señal de interés en el mismo instante cuando la cañonera llegó por el padawan. —Desde aquí continúas por tu cuenta, chico —le dijo al niño—; ¡piloto!, informe a quien corresponda que el joven tiene que ir a Coruscant, no a Alderaan.

—Entendido, general.

El transporte se elevó por los aires sin atraer la mirada del caballero, concentrado en divisar a los lejos su batallón.

La sala de estrategias del *Aclamador* fue esa lluviosa tarde escenario, por segunda vez, de las acaloradas disputas entre los capitanes, mas esta vez no por ver a quien le correspondería el asalto a Caroget, sino por ver quien respaldaría la recuperación de los códigos necesarios para la apertura de los hangares subterráneos.

—Iré con gusto —dijo Tarkin— a la casa Corona, solicitaré al contralmirante Postarki que me facilite una de sus legiones y yo llevaré a la 138 por defecto.

—¿Corona, desgraciado?, así que resulta que te quieres echar encima el paquete más grande para hacernos parecer como tontos —espetó Zaarin.

—Pues supongo caballeros que alguno de ustedes ya tendrá planeado algo mejor para aquel palacio, siendo así le concederé el honor de asaltarlo a quien lo desee, sólo que en tal caso tendré que ocuparme de las instalaciones subacuáticas.

—Claro —argumentó Odessa—, danos por nuestro lado, como si nos fuéramos a dejar.

—Por favor caballeros, calma, control; yo opino que mientras se discute este detalle bien podríamos llegar a una solución pacífica —sugirió Martz, paseándose su código cilíndrico por entre los dedos.

—La solución pacífica puede ser una opción —respondió Tarkin—, no obstante, si no elegimos hoy a quien sea que vaya a comandar aquellas misiones, es posible que el vicealmirante se decante por algún otro oficial, por no decir que elija a alguno de la otra flota.

—El problema no es que elijamos a un comandante, Willhuf, el problema es quitarte esos delirios de grandeza, que por las tetas de un hutt, si fuera por ti pelearías esta guerra tú solo —opinó Lemelisk.

—¡Más respeto, Ethril! —Exigió el aludido.

—¿Respeto? —se sobresaltó el capitán Kagi— ¡Desgraciado! Te la pasas burlándote de nosotros tanto como puedes, ¿y te atreves a exigir respeto de nosotros? —refiriéndose a Lemelisk.

—¡Podré tener su mismo rango, pero aún soy más capaz en la batalla que todos ustedes juntos!

—No por mucho —irrumpió el general Adatorn—. Según tengo entendido, la labor de un capitán es la de dirigir a sus cuerpos de caza desde el puente durante una batalla espacial y no más. Ahora si debo solucionar esta disputa yo mismo entonces tendré que despojarlos de sus cargos y apelar a sus rangos, ninguno de los cuales, quiero establecer, está sobre mi jurisdicción. Pero ya que tienen tantos deseos de participar, crearemos una competencia: cada uno tiene tres días para recuperar los códigos de la instalación submarina de la isla Vreni, sin ayuda de los clones, el que los ponga en mi escritorio primero asaltará la casa Corona.

—Es lo justo —aceptaron los capitanes.

—Ahora váyanse, tengo una reunión importante aquí —ordenó Adatorn.

Los oficiales abandonaron la sala entre miradas de desconfianza, dejando a Adatorn en solitario. Cada uno expresando sus métodos para recuperar esos códigos: Zaarin enviaría a un droide táctico, Martz drenaría la instalación, mientras que Lemelisk y Odessa alardeaban sobre ir por su cuenta a por ellos, Tarkin, por su cuenta, dijo nada sobre lo que tenía planeado; sin embargo, su estrategia llegó a plantearse cuando ideó cómo obtener el tan preciado botín sin despegarse de los requerimientos de Adatorn y sin poner en riesgo su propia vida, de repente recordó que en los bloques inferiores había un grupo de voluntarios corellianos cooperando con la República, sus "nuevas herramientas".

Acto seguido, Willhuf se dirigió directamente hacia las cubiertas de equipo y armamento, lugar en el que estaba la mayor parte de los voluntarios, principalmente los de experiencia militar, y lo mejor de todo, deseosos de ayudar incluso en misiones suicidas.

Con sigilo y disimulo se acercó a un joven muchacho que limpiaba algunas armas y lo llamó para que lo siguiera hasta un lugar poco vigilado.

—¿Puedo hablar un segundo contigo, hijo? —preguntó Tarkin cordialmente.

—Claro, señor, dígame.

—¿Podrías decirme tu nombre y ocupación?

—Corran Fordox, agente especial del CorSec.

—Hijo, te voy a ser sincero, la República te necesita en una misión riesgosa de la que tal vez no vuelvas vivo, y creo que por tu afiliación con el CorSec estás más que preparado para ello. Nosotros hemos venido aquí con el propósito de darles libertad usando una flota que su gobierno ha escondido en un lugar llamado Caroget, pero no podremos abrir los hangares hasta no tener los códigos de seguridad correspondientes, y uno de ellos está en las instalaciones de la isla Vreni, bajo el agua. ¿Podrías asistirnos con ello?

—Claro, yo trabajé ahí hasta hace unos días, conozco bien ese laberinto, además, haré lo que sea con tal de vengar a mi familia.

—Ésta es una misión secreta, nadie más debe saber que te lo he pedido, pero si conoces a alguien más que pueda ayudarnos, llévalo al puente en dos horas, junto con toda la información que me puedas dar sobre el asunto, partimos mañana a primera hora.

—Entiendo, ¿Cuántos necesita?

—Diez, mínimo.

—Ahí estaremos.

Tarkin se alejó por donde vino, confiando casi ciegamente en que aquel muchacho se encargaría de reunir al resto de la gente que necesitaba, y afortunadamente sus esperanzas fueron cumplidas.

—Señorita Rendill —llamó Corran a una mujer que pasaba cerca de él.

—Sí

—Eh, no sé cómo decirle esto, pero, el capitán Tarkin, de la República, nos ha solicitado en el puente de mando en dos horas, nos necesita para una misión importante, ¿cree que pueda participar?

—Claro, pero, ¿hay algo más que deba saber?

—Nada por ahora, lo demás nos lo dirá el capitán.

Djueh no se interesó ni por saber de lo que se trataría su misión, ni mucho menos si saldría viva o no de ella, en todo caso, ¿qué podría quitarle la muerte que la guerra no le hubiese arrebatado ya?

Dos horas después las once personas que respondieron al llamado de Tarkin se reunieron en el puente para escuchar lo que tuviera que decirles. Se aseguró de reservar el lugar sólo para su reunión, lo que se notaba con la ausencia del personal entero, salvo el capitán.

—Damas y caballeros —comenzó Tarkin—, hace más de una semana su sistema de origen fue invadido por una despreciable fuerza no menos que asesina, los separatistas les han quitado buena parte de lo que alguna vez tuvieron, disfrutaron y amaron, e independientemente de los sentimientos que existan al respecto, a alguien le corresponde hacer pagar a esos malditos por los crímenes que han cometido, y tal misión se le ha conferido a la República. Desgraciadamente, la República no tiene recursos, por el momento, para cubrir todas las posibilidades de éxito en esta guerra, es por ello que recurrimos a ustedes, experimentados en estos menesteres, para que nos apoyen. No les voy a mentir, lo que les voy a pedir es un acto suicida y temerario, si no creen que podrán con la carga, no me son útiles aquí —cuatro personas entendieron el mensaje de inmediato, abandonando la sala impotentes—. Cuando el ataque comenzó, su gobierno puso en cuarentena una reserva de su flota espacial de guerra, oculta en una serie de hangares subterráneos que se sellan automáticamente en caso de emergencia, y nosotros creemos que liberando a la flota podremos expulsar de una vez por todas a las chatarras que tanto sufrimiento les han traído. Tal vez no regresen vivos, pero les agradezco su valentía. Necesito sus nombres, para galardonarlos si triunfan o para recordarlos si no lo logran.

—Por su puesto, Emil Teras, coronel retirado de las Fuerzas Armadas Corellianas —dijo uno.

—Bera Gordon, ingeniera espacial.

—Corran Fordox, agente de operaciones especiales del CorSec.

—Djueh Rendill, alcaldesa electa de Coronet.

—Han Berrus, teniente coronel de las Fuerzas Armadas Corellianas.

—Garm Bel Iblis, jefe del departamento del exterior.

—Wedge Haravon, ingeniero en balística y sistemas de la Compañía de Ingeniería Corelliana.

—Espléndido —dijo Tarkin tras apuntar los nombres—, siendo así procederemos con los objetivos

La mirada de Djueh se apagó en aquel instante y su atención se dispersó, las palabras vacías del capitán y los demás, en plena planeación de la operación, se le colaban por el cerebro sin dejar el más mínimo rastro de significado, esperando que en el último momento apareciera Beran e interrumpiera la sesión para adherirse al grupo, no obstante tal cosa nunca sucedió

"…aunque es más fácil entrar por ahí, el problema es que ya que la República no cuenta con equipo subacuático tendremos que ingeniárnoslas con algo", escuchó decir Djueh al joven Fordox cuando despertó de su quimérico sueño.

—Yo puedo ayudar —intervino Harvaron—, antes de la catástrofe se iban a enviar tres equipos de buceo nuevos para el material de mantenimiento en las instalaciones de Vreni que quedaron varados en los almacenes logísticos de las instalaciones donde trabajaba, había más, claro, pero fue todo lo que pude rescatar y de hecho los tengo guardados en las bodegas de abajo, podemos usar esos.

—¿Pero quién bajará por los códigos? —quiso saber Emil.

—Yo puedo, soy muy ágil en el agua y nado muy bien —confesó Djueh.

—Yo la acompañaré, dado que conozco la instalación creo que sería indicado que yo fuera también.

—Si me permiten bajaré con ustedes, amigo Fordox, puedo cubrirles las espaldas mientras hacen lo que tengan que hacer —se ofreció Wedge.

—Que así sea, Djueh Rendill, Corran Fordox y Wedge Haravon serán los encargados de la recuperación de los comandos de apertura, los demás les daremos cobertura desde el aire. Nos veremos mañana a primera hora en el hangar D, hasta entonces.

VIII
La presa de la cazadora.

La cabeza rodó por el piso hasta que ella la detuvo con el pie. Realmente se sentía orgullosa y motivada esa noche, en mayor parte porque estaba ante su ilustre maestro, quien aplaudió satisfecho.

—Extraordinario, mi joven aprendiz, extraordinario. Debo aceptar que estuve algo escéptico en cuanto a tu capacidad para dominar esta técnica, pero veo con agrado que me he equivocado —dijo el siniestro maestro.

—Nada de eso, milord, me siento honrada de que tan alta figura se haya fijado en un ser tan bajo como yo.

—Tu humildad es apropiada, joven Asajj, Lord Sidious se sentirá muy complacido contigo, pero temo que deberás prescindir de ella cuando ejecutes tu próxima tarea.

—A sus órdenes, mi señor Tyranus.

—Esta guerra ya se ha prolongado más de lo establecido, nuestros enemigos se multiplican, pronto si no actuamos rápido podríamos incluso perder la contienda.

—¿Cómo puede ser eso posible?

—Debes saber que hay muchos traidores a nuestra causa, Asajj, no sólo debemos cuidarnos de nuestros jurados enemigos, el consejo separatista también ha sido alcanzado por la misma corrupción que queremos erradicar.

—Sentirán la justicia por el filo de mis espadas.

—Bien dicho, pero no te entregues al problema sin saber de qué se trata. Aquellos traidores recibirán su castigo, pero para ti hay otros planes, Lord Sidious ha dispuesto ganar esta guerra a toda costa tanto como ganar esta batalla a cualquier precio y para ello, eres necesaria. Has demostrado ser digna de mi confianza, y ahora te confío la eliminación de la armada republicana que ha invadido Corellia.

—Como lo ordene, milord.

Asajj no esperó a recibir más instrucciones, estaba tan acostumbrada a ejecutar órdenes sin más ayuda que su ingenio que cualquier otra cosa que Dooku tuviera que decirle era innecesaria. Su meta había sido fijada: acabar con un ejército entero, ella sola.

Fría e inexpresiva se retiró al puente de mando, momentáneamente abandonado, a meditar. Su pensamiento estaba despejado y su cabeza serena, tratando de percibir cualquier manifestación de la Fuerza que le fuera posible, no tenía atención para nada más.

Un estremecimiento se dejó sentir a lo lejos, aunque no le preocupó pese a que su sien derecha comenzó a vibrar con violencia, era normal después de todo, lo venía sintiendo desde hacía ya mucho tiempo, desde antes de iniciar su entrenamiento con Darth Tyranus, quien le decía que aquella era la esencia omnisciente del lado oscuro. La siguiente que percibió, un poco menos poderosa, la identificó al instante, era la esencia de su maestro tenebroso. Una más alcanzó a percibir, llena de ira, pasión, voluntad, nobleza y abnegación; no supo a quién pertenecía, era la manifestación de un Jedi gris. La última

presencia era caótica y monumental, tan arraigada al lado luminoso como vibrante y enérgica.

Empleó aquellos minutos de retraimiento para analizar esas dos últimas manifestaciones, buscando puntos débiles y algún indicio de pánico o duda, esperando ansiosa el momento en el que tuviera que demostrar su propio calibre, tal como su maestro esperaba.

Cuando las alarmas comenzaron a sonar y los altavoces convocaron a las unidades droides a la batalla desde los hangares de la esfera de control, Asajj supo que por fin había llegado el acontecimiento que tanto había estado esperando, una guerra se habría de librar, pero ningún esfuerzo sería efectivo de no contar con su presencia. Lo sabía, lo creía, en ello confiaba.

Los primeros en alertar de la presencia de dos cruceros de ataque clase Aclamador en las cercanías de lo que quedaba del *RM-1821* fueron los radares del puente, mismo que se llenó apenas comenzó la alerta; droides y demás tripulación se arremolinaba en torno a los controles reaccionando tan frenéticamente como la ocasión se los exigía.

La comandanta abandonó el lugar tan rápido que nadie se percató de su salida, recorrió pasillos interminables hasta la franja ecuatorial de la esfera donde se concentraban los hangares, rauda tomó un interceptor Mankvim 814 y emprendió el vuelo en contra de las naves enemigas.

Cazas ARC-170 se precipitaban con violencia hacia su posición. Ligeramente cubierta por apenas dos droides buitre, la acólita Sith esquivó los disparos derribando en el proceso a todo aquél que se interpusiera en su camino, llegando incluso a no distinguir bandos.

El fuego cruzado y el apoyo de las baterías de los cruceros, más firme, fuerte y contundente, diezmaron sin reservas a la débil defensa aérea separatista, incluso el Mankvim de Asajj fue herido por los disparos republicanos.

Habiendo perdido el timón direccional al ser arrancado de raíz todo el impulsor, luchaba por estabilizar el interceptor con todo lo que podía, logrando un suave aterrizaje cerca del punto donde uno de los Aclamadores ya se había posado y ahora descendía sus tropas.

Bajó de la cabina de la nave y corrió a esconderse tras un grupo de rocas enormes y voluminosas, mirando de reojo a su presa a través de la distancia, observaba como las unidades se formaban apresuradamente para hacer frente a la infantería separatista que se desplegaba frente a ellos.

La batalla comenzó entonces levantando una cortina de polvo espesa y opaca, momento idóneo para hacer la entrada triunfal. Gritos de dolor y confusión provenientes de los contingentes de la República indicaron a los droides de batalla el momento de cesar el fuego y dejar la operación en manos de Asajj. La nube se despejó al poco tiempo develando la ejecución de la masacre. Los clones resultaron más ágiles de lo previsto, se movían con presteza y con unos reflejos casi tan veloces como los de su asesina, quien

blandía sus sables con gracia e ira dividiendo cuerpos, destazándolos, decapitándolos y cercenándolos.

Fuego aéreo de los ARC-170 revivió el intercambio de disparos con las fuerzas de tierra complicando más la mesiánica tarea de la nueva aprendiz del Conde Dooku. Una y otra vez los cazas disparaban sobre las líneas confederadas barriendo la mayoría de sus blancos. Inconvenientemente, entre más precisos se volvían los pilotos que gobernaban tales cazas, más bajo tenían que volar, volviéndose a su vez blancos fáciles para los droides lanzamisiles.

Tal oportunidad fue aprovechada por la joven Ventress, quien saltó sobre uno de los cazas en cuanto éste se hubo aproximado a ella. Los clones que lo pilotaban reaccionaron instantáneamente, virando violentamente para derribar a su atacante, pero ella, aferrándose al ala de estribor, evitó caer incorporándose sobre la cabina. Afianzó sus pies al chasis y activó sus sables de hoja carmesí en contra de los motores, que salieron despedidos de la estructura principal con todo y alas. Aprovechando la proximidad de otro ARC se desplazó hacia él destruyéndolo en pleno vuelo con la ayuda de sus sables.

Regresó al piso con el fin de tomar impulso y acometer contra un tercero, pero los disparos dirigidos hacia ella provenientes de otro caza a mayor altura la disuadieron de su intento. Desvió con éxito dichos disparos, provenientes de un interceptor ligero de la República, pintado de rojo y negro, un Eta-2 Actis, concentrado más en el ataque a las exiguas defensas aéreas que en el de las tropas de tierra.

El Eta-2 se había fijado llegar hasta el hangar principal de la esfera de control, algo que por lo visto lograría. Escoltado por un grupo de cañoneras LAAT, se abrió paso con inusual facilidad hasta su objetivo, extrañamente desprotegido.

Saltando y aferrándose de todo lo que podía, Asajj escalaba apresurada por el casco de la esfera, con el fin de llegar más rápido al hangar, despreocupándose por la batalla en la que tomaba parte. No pasó desapercibida, sin embargo, las baterías del más cercano Aclamador, todavía en el aire, descargaron su munición contra ella en vano, dado que Asajj se mostraba mucho más veloz que los sentidos de los propios artilleros.

Su llegada al hangar fue tardía, pues alcanzó el borde del mismo una vez que las cañoneras y el caza, sin piloto, abandonaran el hangar. Ciertamente no le costó trabajo ubicar la posición de sus enemigos, ya que a juzgar por el ruido de los disparos y el de un sable de luz cortando el cuerpo metálico de los androides de batalla, sabía que el grupo que buscaba se dirigía por el pasillo interior hacia el puente de mando. Tuvo contacto visual con ellos, segundos antes de que una puerta blindada los separara.

El protocolo de seguridad de la nave se activó sellando todo el nivel y aislando cada sección del mismo, impidiendo que tanto los clones como su cazadora pudieran desplazarse. Pacientemente Ventress se sentó sobre el piso helado, para meditar y averiguar mediante la fuerza el número de enemigos que tendría que abatir.

Del otro lado de la puerta, los clones y su comandante Jedi también buscaban la manera de seguir su camino hacia el puente, donde, suponían, se encontraba el Conde Dooku.

—¿Qué tan mal estamos, sargento? —Preguntó el general Van Phiney.

—La computadora también está bloqueada, señor, temo que el sistema de seguridad de la nave es ineludible.

—¿Alguna alternativa, soldado?

—Por suerte sí, general, si ingresamos a la red de conductos de ventilación podremos desplazarnos a todos los rincones de la nave, el problema es que en un solo conducto no nos será posible.

—No importa. Bien señores, ya escucharon, nos moveremos por los conductos de aire, ¡muévanse!

Van Phiney desensambló la rejilla del techo que servía como filtro del extractor de aire, permitiéndoles a él y su compañía continuar su marcha.

Escalaron con la ayuda de cables por entre los ductos de dos niveles hasta llegar a los ascensores que daban a la torre de mando, una vez ahí lo siguiente debería ser más sencillo, pues sólo tendrían que ascender hasta las puertas mismas del puente, desactivar la baliza de rastreo y salir de ahí a tiempo para la destrucción de la esfera.

—Debí suponer que no se rendirían tan fácil —les sorprendió el Conde Dooku al aparecer frente a los ascensores—, pero a decir verdad me sorprende más su tenacidad. Robert Van Phiney, ansiaba tanto conocerte, quiero decir, conocer al némesis del gran Anakin Skywalker.

—Acepto que me siento alagado, maestro Dooku, de que Skywalker me considere un némesis personal, aunque lo mejor sería decir que sólo soy un competidor.

—Tu lengua es excepcional, joven caballero, ya me habían advertido de ello, pero ahora veamos que tan bueno eres como Jedi —retó el Lord Sith.

—Tengo entendido que usted también es un maravilloso orador, ¿el maestro Yoda jamás le enseñó a dosificarse en su discurso?

—Cuando eres tan poderoso en el lado oscuro, como yo, el contenido de tus palabras queda subordinado a su existencia, ahora te demostraré.

—¡Pobre tonto! —Se burló Robert— Cree que no conozco el lado oscuro.

Los clones que venían detrás de él también se soltaron a carcajadas, mismas que fueron acalladas ante las acciones de Van Phiney, ya que antes de que Dooku pudiera reaccionar, su general ya lo atormentaba con rayos anaranjados que emanaban de sus dos manos. El rostro de Van Phiney se oscureció siniestramente y el iris de sus ojos se tornó rojo y amarillo mientras contemplaba con odio a su víctima retorcerse en el piso y proferir gritos ahogados.

—¡Sabes mucho ciertamente, Dooku! —continuó el intimidante e irreconocible Van Phiney— ¡Mucho sobre dolor! ¡Sabes mucho sobre ira! ¡Sabes mucho sobre odio! ¡Sobre el lado oscuro, nada sabes! ¡Ja, ja, ja, ja, ja! Tu vida se consume, inútil, ¡agradéceme si no te separo de la Fuerza! Ah, que lo sienta tu maestro, que lo sienta el Señor de los Sith, ¿de quién aprendiste? ¿De un charlatán, un Jedi escindido y caprichoso? Yo, ¡yo aprendí del mismo Lord Nihilus, de Darth Bane, de Ludo Kresh, Naga Sadow! Tú en cambio, ¿quién eres? ¡Respóndeme! —Robert volvió a la normalidad justo a tiempo para escuchar la

respuesta del maltrecho Sith, pero no escuchó nada salir de su boca— Ahora vive y trata de detenerme. ¿Qué esperan soldados?, hay trabajo que hacer.

Niveles más abajo, Asajj notó cierta incomodidad durante la ligera explosión de Van Phiney, ubicándolo rápidamente en el interior de la estructura de la nave. A kilómetros de ahí, en Coronet, Deneastor Adatorn cayó en desmayo frente a los capitanes de su flota.

A cientos de pársecs de distancia, en Coruscant, el maestro Yoda también detecto la poderosa perturbación emanada de Corellia. Dentro del edificio República 500, en la capital galáctica, Darth Sidious se consternaba al percibir tan poderosa presencia. —No es posible, ¡No es posible! —repetía. Tal consternación lo llevó a consultar con los oráculos de sus holocrones la procedencia de tan misteriosa manifestación, la cuál sólo podría venir de una persona, la creación de Darth Plagueis.

Mas dentro de los metálicos pasillos de la *RM-1821*, la caza de Asajj continuaba, al igual que su presa, ella se valió de los ductos de ventilación para alcanzar a su furtivo objetivo. Siguió sobre los pasos del Jedi y sus hombres hasta los ascensores donde el cuerpo débil del Conde Dooku seguía derrumbado sobre el piso. Al verlo, Asajj corrió a su lado y se arrodilló para intentar confortarlo.

—T… ten cui… cuidado —tartamudeó Dooku—, no estamos an… ante un enemigo cualquiera, este es po… poderoso, conoce el reverso tenebroso, no lo subestimes.

—Pagará por la agresión que le ha perpetrado, milord.

—Gracias Asajj, confío en que le darás su castigo, que no haya misericordia.

Van Phiney corrió con suerte al usar el único ascensor disponible en aquella plataforma, por lo que la aprendiza Sith no tenía modo de alcanzarlo por esa vía. Nuevamente, al guiarse por la presencia del Jedi, empleó los ductos de ventilación para subir tanto como le fuera posible.

En los pasillos cercanos al puente, el destacamento invasor republicano ya era esperado por un contingente de droides bien armados y prestos a matar a lo que fuera que saliera del único elevador que faltaba. Los controles del aparato mostraron, luego de un rato, el arribo del carro a la plataforma; las puertas se abrieron y los mecanos comenzaron a disparar a una pantalla de humo que salía del interior del ascensor.

—Cesen al fuego —ordenó un androide— Investiguen, eliminen lo que quede de ellos.

—Afirmativo.

Diez androides de batalla se acercaron al elevador apuntando hacia todos lados con sus armas. Con cautela entraron en él una vez que la pantalla de humo se hubo despejado, mostrando que sorpresivamente no había nadie dentro. Las tropas mecánicas se pusieron en alerta, aun más cuando una multitud de sonidos de golpeteo metálico se percibió sobre sus cabezas.

—Sargento, envié un pelotón de droidekas a cubrir todos los accesos a este nivel, despacharé a mi sección a que investigue niveles inferiores —dispuso otro androide.

—Afirmativo.

Otro ruido, más estridente y audible alertó de nuevo a los droides, provenía del ascensor, cuyo carro había explotado en un segundo lanzando a sus diez ocupantes fuera de él en pedazos junto con escombros y una nueva pantalla de humo negro, en medio de la cual, como fantasmas asesinos, los clones del general Jedi hicieron su aparición tomando por sorpresa a todo el destacamento separatista apostado frente al elevador.

Confundidos y desorientados, los mecanos cayeron con facilidad ante el implacable ataque de decenas de clones emanados de la nada. Las alarmas volvieron a sonar y los droidekas desplazados concurrieron en el sitio comenzando a atacar furiosos a los soldados de blanca armadura. La destreza de Robert en la forma de combate Soresu le salvó la vida a la mayoría, redirigiendo la intensa ráfaga de disparos a quienes los emitieron, destruyéndolos en el acto y sin darles tiempo de activar sus escudos protectores.

—Quiero que veinte se queden aquí cuidando de los heridos y cubriendo nuestras espaldas, otros quince encárguense de sellar este nivel, los demás a mí —dijo el general Van Phiney.

El tan codiciado puente no se encontraba ya muy lejos de su posición, pero las oleadas de droides, e incluso un par de magna guardias, lograron que el camino se hiciera más largo, por suerte la defensa contra ellos fue tan exitosa que se los abatió sin una sola baja del lado republicano. Se experimentó una exaltación generalizada una vez que estuvieron, después de una larga espera, enfrente de las tan soñadas puertas de la sala de mando del tan famoso carguero insignia de la Federación de Comercio, el *RM-1821*.

—Caballeros, ¿quisieran, por favor, hacerme los honores? —sugirió Rob.

La puerta estaba bien sellada, su pesada estructura haría difícil volarla e incluso atravesarla con un sable de luz, pero por suerte nada que un poco de permacreto no pudiera solucionar.

—Carga lista señor, no la detonaré hasta que estemos a cubierto.

—Perfecto, gracias, teniente, ¡todos encuentren un lugar seguro y prepárense para la explosión!

El grupo se ocultó entre los muros lo más lejos que pudo de la puerta, la cual seguía tan sellada como cuando habían llegado, en todo caso, cuando el general dio la orden, la doble y altamente blindada puerta no fue rival para unos cuantos gramos de efectivo permacreto.

Más droidekas se instalaron frente a ellos desde el interior del puente, plenamente respaldados por decenas de súper droides de batalla detrás de ellos, se cercioraron de activar sus escudos antes de abrir fuego contra Van Phiney. Sin inmutarse demasiado, la única granada de impulso electromagnético en el cinturón de uno de los clones resolvió definitivamente la discursiva que les suponían aquellos androides.

Presurosos, Van Phiney y sus hombres entraron sin mayor dificultad a la sala de control, ocupada únicamente por droides pilotos desarmados y operadores neimoideanos que se rindieron instantáneamente.

—En nombre del Senado de la República Galáctica, quedan bajo arresto por órdenes directas de la cancillería suprema, bajo los cargos de crímenes contra la población civil, sedición y violencia armada. Se les traslada a Coruscant para ser juzgados por tribunales especiales y castigados en la medida en la que sean encontrados culpables —informó el general mientras sus tropas entraban a los sistemas computarizados y cumplían con los objetivos del asalto—. Sáquenlos de mi vista, soldados, desactiven a los droides antes de que alerten sobre nuestra posición. ¡Esperen!, cambié de opinión, hoy no quiero prisioneros, no puedo tomarlos después de todo, hoy no hay sobrevivientes.

Los clones captaron sin más el mensaje, procediendo a asesinar a los separatistas capturados en el acto.

Cada quién se ocupaba de lo suyo: los soldados saboteaban la red interna de la nave asegurándose de desconectar la baliza de emergencia y Robert daba instrucciones para destruir la esfera desde fuera, con ello se aseguraban de que no le fuera posible a los confederados pedir refuerzos, además de que le daría al Senado una momentánea ilusión de victoria.

Un tormentoso sonido proveniente de los pasillos, consistente en gritos y disparos, alertó al caballero y compañía, ¿habrían sido acaso descubiertos?

—Operación concluida con éxito, señor, permiso para proceder maniobras de salida —le hizo saber a Robert uno de sus soldados.

—Concedido, usen la puerta detrás de ustedes y llamen una cañonera para que los saque de aquí, caminen por el pasillo y en la primer esquina doblen hacia la izquierda, descubrirán que no hay salida, así que vuelen la pared.

—Entendido.

El clon informó con señas al resto de los soldados la instrucción dada, dirigiéndose hacia donde se les había indicado. Entretanto, Robert, sin empuñar su sable, se colocó en posición de ataque, aguardando, sólo aguardando.

Frente a él venía Asajj Ventress corriendo a toda velocidad y con ambos sables activados, llena de furia y con semblante bravío, amenazando a Van Phiney en lengua Sith; en ese momento la reacción instintiva de Robert fue simplemente empujarla con la Fuerza y repelerla de tal forma. Asajj retrocedió rodando por los aires pero aún así no se dio por vencida, se reincorporó y lanzó hacia el Jedi el arma que blandía en la mano izquierda. Robert lo esquivó para después atraer hacia sí, usando una fuerte mano invisible, a su atacante, quien se entregó inerme al maleficio cayendo de bruces sobre el piso; ya se preparaba Rob para electrocutarle y dar mortal fin al enfrentamiento, cuando la dichosa aprendiza lo derribó por los pies llamando a sus sables para cercenar el cuerpo del general antes de que llegara al piso, pero el Jedi fue más rápido. Robert tornó su cuerpo para quedar bocabajo e impulsarse con sus manos sin tocar el suelo, saltando en el acto sobre su perpleja enemiga, de modo que, al estar firme y en pie al otro lado del puente, activó la hoja azul de su espada luminosa. Sintiéndose retada, la joven Ventress reaccionó con furia, con ambos sables por delante arremetió contra su contrincante, quien desvió ambas armas con la propia, haciendo, de paso, que Ventress perdiera el equilibrio

y cayera al piso nuevamente, mas con una simple voltereta logró evitar terminar en él una vez más. Se batieron en duelo tan pronto como ambos lograron quedar de pie, frente a frente.

—¡Por el amor de Toph!, que agresiva —se burló Van Phiney en lengua Sith.

—¡Sucumbe, débil forma de vida, doblégate ante el poder de tus amos, los Sith! —respondió Asajj, tras ser apartada por una estocada peligrosa de Van Phiney.

El duelo continuó, dos filos contra uno, Jar'Kai contra Soresu, el lado oscuro contra algo que no podría llamarse del todo lado claro. Emoción contra paz, ignorancia contra conocimiento, pasión contra serenidad, caos contra armonía, muerte contra Fuerza. Proseguía la batalla con singular virtuosismo, traducido en agresividad.

—No me gusta esperar a que pase algo, quédense aquí, voy a darle apoyo al general —dijo un clon acudiendo a suministrar ayuda.

—¿Qué hace aquí, soldado? —Preguntó Robert al notar la presencia del teniente aliado— ¡Regrese a dónde estaba y cumpla con sus ordenes!

—Pero, señor…

—¡Cumpla he dicho!

El clon retrocedió prudentemente, infortunadamente, no pudo evitar ser visto por Asajj, quien continuaba en duelo contra Rob.

Anticipándose a cualquier reacción de su oponente, Van Phiney se apartó de ella lo suficiente como para alcanzar a cerrar y bloquear la puerta detrás de la cual estaba lo que quedaba de su compañía; Ventress, cansada al fin, puso a prueba la nueva técnica que su maestro le había enseñado: se acercó a un grupo de cadáveres cercano a ella y poniéndoles la mano dentro de la boca les devolvió la vida, Robert sencillamente no pudo evitar asombrarse, e incluso reconocer que tan siniestra técnica le inspiraba un poco de temor.

—Ataquen, mis preciosos —ordenó Asajj a sus esclavos resucitados, los que, obedientes, se abalanzaron contra el Jedi con descomunal fuerza sin poder evitar que éste los rebanara regresándolos a su estado cadavérico; por su parte, Asajj aprovechó la distracción para intentar abrir las puertas recién cerradas.

—¡No! —Gritó Robert lanzando un ordenador en contra de la cabeza de la Sith, esperando aplastársela mientras él contactaba con las naves de asalto republicanas— En cuanto hayan evacuado a mis tropas procedan con la inmediata destrucción de la esfera, yo estaré bien —dispuso.

—Necesitarás más que un simple objeto para vencerme, Jedi.

—No me preocupa tu asquerosa lengua, maldita, con la Fuerza de mi lado el universo es mío —y volvieron al combate.

Como si esos segundos hubiesen sido horas, Asajj logró concentrar más energía dentro de sí atacando mucho más agresiva y contundentemente a un digno oponente que no daba signos de cansancio. En medio de la batalla un sonido explosivo le dio a Robert la pauta para suponer que el bombardeo estaba próximo a iniciar.

Estocada arriba bien esquivada por Ventress, quien respondió con un jung ma detenido por el shun derecho de Van Phiney, modificado en jung con sai al movimiento siguiente; Asajj, evidentemente cansada, intentó un shun win frustrado por otra simple estocada de su oponente, y ambos coincidieron en jung, los tres sables se entrelazaron por debajo de su cintura.

—Peleas con pasión, ciertamente, Jedi.

—También tú y eres digna oponente, pero no canalizas tus emociones —se destrabaron para volver a la pugna de sables por arriba—. Es vital canalizar tu pasión, y aunque me cueste trabajo reconocerlo, creo que lo hago mejor que tú.

—Escoria, blasfemo.

—¡Por la pasión fuerte me he vuelto!

—¡Silencio!

—¡Por la fuerza poderoso!

—¿Cómo te atreves?, desgraciado impuro.

—¡Por el poder victorioso!

—No te atrevas, si valoras tu vida.

—¡Por la victoria liberado! ¡Por la Fuerza liberado!

Ventress estalló en cólera contra Robert, y se tornó más agresiva y poderosa que nunca, el Jedi no reaccionó, se quedó ahí, parado, envuelto por una cegadora luz blanca.

Y muy lejos, en Coruscant…

—Rendilli puede ofrecerles el contrato más barato imaginable, que nosotros podemos incluso triplicar, pero si me permite, excelencia, creo que la República debe ver más allá de los simples costes y alcances del contrato, creemos en Kuat que las prestaciones y beneficios físicos son más importantes, por eso nuestro contrato puede ser nada modesto, pero los alcances que su flota poseerá si lo firma serán… la galaxia es el límite, literalmente —se esmeró en explicar el señor Tonk.

—Si accediera a firmar su contrato, ¿en cuanto tiempo me abastecerían de las primeras unidades?

—Tres, cuatro meses y sólo los primeros cincuenta.

—Sistemas de Flota Sienar me ha puesto sobre el escritorio un tentador contrato de veinte cruceros de interdicción cada mes a partir del próximo año, si me baso en su premisa de “mejor las prestaciones y luego los costes” entonces el valor de esos cruceros supera al de los suyos.

—Canciller —terció la ingeniera responsable del proyecto—, mi nombre es Lira Blissex, yo diseñé el Venator. Eh, con todo respeto, la razón por la que otras empresas o industrias no le han ofrecido un mejor contrato a excepción de Sienar, en cuyo caso tampoco creo que sea un buen contrato pese a que la calidad con la que trabajan es muy elevada, es porque nadie más tiene los recursos suficientes para satisfacer los requerimientos que usted plantea, en otras palabras somos los únicos que pueden con el calado de esta línea de producción; ahora, considere al Venator como un regalo de Sistemas de Ingeniería Kuat hacia la República, como símbolo de buena voluntad y no

como un contrato, claro que el contrato es necesario para respaldar la producción, en todo caso no hay motivo para que no quede satisfecho.

—Señorita Blissex, no es la primera vez que Kuat me ofrece un regalo, incluso a expensas de la Tecno Unión me, o mejor dicho nos, regalaron los Eta-2 y los pesados Juggernaut que se desbaratan con mucha facilidad, ya me di cuenta de que son inútiles ante fuego aéreo y que sus transmisiones se bloquean frecuentemente.

—Excelencia —continuó el señor Tonk—, comprenda que debido a nuestra precaria posición no podemos firmar por nada de menor costo, incluso vía Rothana el precio no bajará. Por favor, son dieciséis cañones con cadencia de dos tiros por segundo, velocidad rompe bloqueos y la mayor capacidad de carga de la galaxia sólo después de las Lucrehulk separatistas, es una nave de tipo destructor, un auténtico destructor estelar, y será sólo para la República.

—Durante estos once años, mi estimado Tonk, los kaminoanos han sido quienes toman las decisiones comerciales con ustedes a través de Rothana, ellos conocen mejor la situación en la que se encuentra el ejército que yo mismo o mi propio ministro de defensa, incluso mejor que el consejo Jedi, lo que, a decir verdad, ya es decir mucho. Si firmo este contrato lo firmaré con Kuat, no con Rothana, y eso es definitivo.

—Con Sistemas de Ingeniería Kuat, entiendo.

—Además, me temo que no será un contrato de producción temporal, firmaremos por cincuenta años.

—Excelencia —se alarmo Lira— eso es mucho tiempo, incluso para un modelo exitosos es…

—No serán cincuenta años de producir Venators, ingeniera, yo estoy tan conciente como ustedes de la importancia de la evolución, es por eso que durante ese tiempo producirán para la República otros modelos, más modernos y eficientes de destructores estelares, no importa con qué Canciller traten, no serán muchos se los aseguro, me aseguraré de que el contrato siga vigente por el tiempo señalado. El Senado ya lo aprobó, ¿por qué limitarnos entonces?

—Es un gran halago, pero entonces, ¿no le preocupan las tasas y costos que fijemos durante ese tiempo? —Interrogó Tonk.

—Por supuesto —contestó Palpatine—, es dinero de los contribuyentes y más vale que vaya a una buena causa, y en ello se basa mi petición, si vamos a firmar un contrato por tanto tiempo asegurémonos de que el negocio sea provechoso para ambas partes. Digamos que en tanto sus cuotas no dejen de ser razonables no tienen que preocuparse de que la República los nacionalice.

—¿Nacionalizarnos? Tal cosa sería innecesaria, puesto que los contratos que se han firmado con la República por parte de Kuat y Rothana son exclusivos, no tenemos otro comprador.

—La Compañía de Ingeniería Corelliana se separó de la Tecno Unión hace dos años saboteando toda la producción que había destinado a los separatistas; Sienar lo hizo hace menos de un año y sigo dudando de su lealtad; pero ustedes me inspiran más confianza,

tal vez por la valentía que demostraron al fabricar indistintamente para mis ejércitos y para la Confederación, pero admito cierto temor respecto a sus inclinaciones y fidelidad. Mi propuesta de nacionalización no es una amenaza, ni debe tomarse como tal, además, en los términos en los que nos hemos estado conduciendo podría decirse que Kuat trabaja sólo para mi gobierno, y eso, creo, les otorga tranquilidad.

—Por supuesto —aceptó Tonk—, estamos más tranquilos ahora.

—Bien, entonces, debo pedirles que me disculpen y regresen en dos días con el contrato, no necesitan hacer cita, firmaremos y solucionaremos lo que deba arreglarse.

—Gracias, canciller, agradecemos su atención.

Ambos visitantes se despidieron de Palpatine y abandonaron su despacho, que una vez más quedó completamente vacío, excepto por el canciller, claro.

—Excelencia, los Jedi están aquí —dijo el holograma de un rodiano aparecido sobre el escritorio.

—Hágalos pasar.

—Enseguida —acató el rodiano haciendo una reverencia antes de desaparecer.

Tres Jedis entraron al despacho modestamente, y a juzgar por las expresiones en sus rostros debían traer buenas noticias.

—Maestro Yoda, maestro Kenobi, joven Skywalker, bienvenidos, bienvenidos, ¿qué cosa tan importante es la que me dirán hoy?, estoy ansioso de saber cuál es nuestro progreso. Oh, por favor, tomen asiento.

—Gracias, canciller —expresó Anakin.

—Positivas noticias estas son, sin duda, cercana nuestra victoria es —comenzó el maestro Yoda.

—La última nave de control androide en Corellia ha sido neutralizada, las fuerzas separatistas están a un tercio de su capacidad, según el maestro Adatorn, abrir los hangares subterráneos ya no será necesario —intervino Kenobi.

—Son buenas noticias efectivamente, tan pronto como Corellia sea liberado extenderemos la campaña al resto del sistema, sólo espero que los maestros Adatorn y Van Phiney estén a la altura de la situación —se alegró Palpatine.

—Mi maestro y yo podríamos terminar antes el trabajo, Van Phiney no está apto para la misión —gruñó Anakin.

—Padawan, ya hemos discutido esto, debes mostrarte más humilde —le reprendió Obi-Wan.

—Lo siento, maestro.

—Sin embargo, el único asunto que tratar ése no es, a nuestro remanso el regreso del padawan del maestro Radilla consigo trajo una siniestra noticia. Nuestros enemigos actúan cada vez con menos prudencia, cercanos estamos de encontrar y capturar al Lord de los Sith —continuó Yoda.

—¿Darth Sidious? —Se sorprendió el canciller.

—El mismo —agregó Kenobi—, hace unos días fue visto en Corellia y por los reportes que tenemos creemos que podría ocultarse en alguno de los mundos del núcleo, e incluso pudo no haber salido de Corellia.

—Una investigación profunda en cada sistema al que tenemos acceso libre ordenada será, poner fin a los Sith, tenemos que.

—Es trágico, maestro Yoda, que toda esta guerra sea obra de un hombre tan vil e inescrupuloso. Como canciller de la República pondré a su alcance todos los recursos que necesiten para capturarlo. Estoy seguro que las cortes y el Senado no tendrán misericordia si les interesa mi amada democracia. ¿Alguna noticia del Conde Dooku?

—Ninguna, salvo que sigue oculto en Corellia. El consejo se ocupa de buscarlo como una prioridad —concluyó el maestro Kenobi.

—Tengo fe, maestros, de que Dooku y Sidious caerán.

La conversación continuó en torno al mismo tema y otros más hasta que la luz natural de Coruscant Prime fue sustituida por las citadinas al caer la noche.

IX
El espíritu gris.

La cañonera al mando del capitán Tarkin descendió sobre las plácidas aguas cerca de la isla Vreni, no había ninguna señal de separatista alguno en cientos de metros a la redonda y todo auguraba un éxito seguro, más para el capitán que para su improvisada media sección de ciudadanos corellianos.

—El área esta libre, prepárense para bajar —anunció Tarkin.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Corran a Djueh al ver que se mantenía aislada del grupo.

—Un poco, es que nunca había antes había buceado.

—No es tan difícil si te concentras en las instrucciones que les di antes de salir, ¿las recuerdas?.

—Mantener constante comunicación, respirar continuamente, ascender despacio y más lento que las burbujas, anunciar oportunamente si experimento nitro narcosis, sí, creo que es todo.

—Me parece haberles dicho otras cuantas cosas, pero con eso sobrevivirás allá abajo, ¿te ayudo con la escafandra?

—Por favor, gracias.

Una vez que los tres buceadores estuvieron listos y correctamente equipados y se hubo corroborado la ausencia total de androides en las cercanías, el piloto descendió el transporte a unos cuantos centímetros de la superficie del agua, no muy lejos de la costa escarpada.

—¡Buzos al agua! —Ordenó Emil a los tres submarinistas que se sumergieron al instante.

—No se preocupen —confortó Wedge Haravon a sus compañeros bajo el agua mientras se acercaban a las instalaciones sumergidas—, siempre probamos los equipos antes de enviarlos a donde sea, lo malo es que últimamente hemos tenido reportes de que a los trajes isotérmicos se les filtra el agua en ocasiones, así que si se sienten húmedos, avisen.

—Gracias —respondieron Djueh y Corran.

—Por cierto, señorita Rendill, le sugiero que se tranquilice, los nervios la harán consumir su aire más rápido.

Aún no habían bajado mucho cuando un sonido extraño asustó a Djueh, venía de su propia escafandra, por lo que pensó que algo estaba mal en su equipo y que pronto dejaría de respirar, acto seguido sacó y encendió el sable de luz que siempre portaba consigo, pero al no saber que hacer con él lo soltó y con todas sus fuerzas intentó ascender para respirar aire puro, logró subir, de la manera inadecuada y riesgosa, tres de los trece metros que la separaban de la superficie, cuando el joven Corran la sujetó de la pierna y la regresó hacia el fondo.

—Tranquila, no pasa nada y no vuelvas a hacer eso —intentó calmarla hablando por su intercomunicador integrado, Djueh lo abrazó y le expresó su nerviosismo y la razón de su temor—. Aquél sonido era el del comunicador, nada más, y ten, no lo pierdas —dijo devolviéndole el sable—, algún día te salvará la vida. Ahora sigamos.

Poco los separaba de las maltrechas y arruinadas instalaciones sumergidas, que se dejaron ver como antiguas y fantasmales estructuras en medio de las claras aguas azules. Tenía tres y niveles bien encajados en una pendiente que descendía decenas de metros, entre los muros del risco había también ventanas, la mayoría de ellas destruidas o estrelladas por lo que claramente eran disparos y, en medio de un par de rocas salientes, las escotillas de presurización que daban acceso a las instalaciones. Sólo había seis de ellas, separadas por 10 metros una de la otra en horizontal. Los buceadores se acercaron a una en particular que estaba abierta e inundada, aunque obstruida por una puerta mal volada que solamente había sido sacada de sus goznes pero no removida de su lugar. Corran y Wedge hicieron todo lo que pudieron para quitarla, mas al notar que era demasiado pesada sugirieron que Djueh simplemente la cortara, por lo que activó de nuevo su sable, lo hundió en la puerta y finalmente lo deslizó, creando un hueco tan grande como para que les fuera posible pasar a través de él.

El interior de las instalaciones estaba oscuro y lucía completamente vacío, había objetos tirados por todos lados, así que resultaba difícil moverse ahí dentro, y aun más ubicarse entre tantos restos.

—La oficina de Gallia no está muy lejos, está en el nivel de arriba, sólo hay que encontrar una forma de llegar ahí.

Se dividieron los tres para explorar el lugar: Wedge salió de la estructura para investigar en las ventanas, Corran se internó en la estructura queriendo encontrar unas escaleras y Djueh exploró los pasillos que llevaban hacia abajo. Para su suerte, Corran logró encontrar al fin las escalinatas que llevaban hasta la planta ejecutiva, la cual parecía haberse sellado durante el ataque y yacía aparentemente inviolada. Buscó un panel alrededor de la escotilla y tras teclear sobre él la puerta hermética se abrió. Tal como lo sospechaba el lugar no estaba inundado, la planta entera se encontraba intacta detrás de una cámara de descompresión de emergencia, prevista para tales casos. La puerta se cerró automáticamente en cuanto Corran ingresó a la cámara, de cuyas paredes comenzaron a brotar burbujas, sustituyendo al volumen de agua en el interior.

—Djueh, Wedge, encontré las oficinas de Gallia, iré por los códigos y saldremos enseguida, prepárense para abandonar el lugar.

—Entendido —respondieron.

Las secas estancias administrativas lucían recién abandonadas, el mismo ambiente sugería perversamente que el lugar no había sido desocupado sino segundos antes de la llegada de Corran, quien con tranquilidad y por comodidad se quitó la escafandra y la dejó sobre el mostrador del vestíbulo. Siguiendo las indicaciones de los muros fue como llegó a parar a la oficina del Presidente Corporativo, misma en la cuál se suponía que se encontraban escondidos los códigos que Tarkin tanto deseaba. El joven Fordox registró la

oficina en segundos, no logrando hallar el holodisco que necesitaba, pero creando un desorden descomunal; sólo le quedaba buscar en un último lugar: el escritorio de Gallia. Se acercó ansioso y temeroso, apartando la lujosa silla de los cajones del ostentoso mueble de madera fijisi. Deslizó hacia sí una de las gavetas, aparentemente vacía, tocando su interior para cerciorarse de que no hubiese nada ahí dentro, y en efecto no lo había, nada a excepción de un doble fondo… un doble fondo que escondía algo importante, un sobre. El recuperador tomó el sobre y se despojó de los guantes de neopreno para abrir el paquete, mismo que, tal como lo sospechaba, contenía el tan ansiado disco.

Una enorme pantalla de burbujas se levantó por el exterior de la ventana mientras contemplaba el disco, llevándose consigo hacia la superficie el cuerpo inmóvil de alguno de sus compañeros, seguido por fuertes explosiones en la estructura y rayos de luz verde que seguramente venían de las armas de la cañonera. Corran, sin quedarse a analizar la situación, salió de la oficina tan rápido como pudo, llegando al crujiente pasillo del vestíbulo y abalanzándose sobre el mostrador con siete kilos de equipo de respiración a cuestas. La puerta de la improvisada escotilla de presión se reventó antes de que el recuperador lograra alcanzar su escafandra. El agua que entraba con una presión terriblemente grande lo apartó del mostrador lanzándolo de bruces contra la ventana detrás del vestíbulo, y así, casi sin aire en sus pulmones aplastados, nadó con fuerza hacia el errante casco, cuyo visor frontal había quedado estrellado. Al borde de la inconciencia sujetó su única esperanza de vida, metiendo la cabeza en ella y conectándola rápida a la manguera que alimentaba el regulador de demanda, la escafandra desalojó por sí sola el agua a medida que el buzo hacía entrar aire en ella, y no fue hasta que pudo respirar adecuadamente que escuchó por fin la alterada voz de Djueh.

—¡Corran, Corran, ven rápido, me tienen rodeada¡ !Ayúdame, me están disparando y no podré contenerlos por mucho!

—Resiste, ¿dónde está Wedge?

—Lo perdimos, los droides…

—¿Droides, aquí?

—¡Ven, por favor, rápido!

Mientras Corran nadaba hacia las esclusas por donde habían entrado, un nivel más abajo Djueh reflectaba con su sable los disparos de los androides camaleón que la asediaban camuflados entre los escombros, la ex alcaldesa de Coronet se movía cual sirena y vociferando por ayuda hasta que algo la sujetó por la válvula principal de su equipo de aire autónomo jalándola hacia la oscuridad.

—Tranquila, soy yo —le advirtió Corran antes de que Djueh lo rebanara con su arma—. Vamos a aquél almacén, tal vez las cajas metálicas puedan protegernos.

Fordox secundó a su asustada compañera, quien de inmediato se agazapó en el rincón más oscuro que pudo encontrar mientras él, protegiéndose tanto como podía de los disparos furtivos, intentaba derribar una pila de pesadas cajas, que gracias a algún error de cálculo cayeron sobre el buzo. Djueh soltó un grito ahogado y aunque el derrumbe

había salvado su vida también había cobrado la de Corran, cuya escafandra, previamente dañada, había terminado de romperse cuando uno de los enormes baúles cayó sobre su cabeza. Un líquido rojo y diluido brotaba del cadáver y se filtraba tras la barrera de arcas derrumbadas. La única sobreviviente de aquél follón se acercó a la fuente del líquido para tomar el holodisco, sorprendentemente intacto, que los restos de Corran sostenían con la mano izquierda.

—Capitán Tarkin, ¿está ahí?

—Estoy aquí arriba, señorita Rendill. Siento decir que no puedo hacer mucho por usted, pero tengo a los droides bien ubicados y les estamos disparando, le daremos fuego de contención para que pueda salir nadando.

—No, no puedo, estoy atrapada con Corran… ha muerto.

—Lamento escuchar eso, pero no debe atarse a un cadáver, le avisaremos cuando pueda salir.

—¡No! Es que realmente estoy atrapada, Corran derribó una pila de cajas que son muy pesadas como para moverlas sola, necesito ayuda.

—Mal, esto puede ser un problema, no se asuste, ya me las ingeniaré para sacarla de ahí, ¿tiene los códigos?

—Sí.

—Entonces me doy prisa.

—Perdón, debo saber qué habría hecho de haberle dicho que no.

—Seguir buscando, en otro momento.

—¡Ay, no, ah!

—¿Se siente bien?

—Un poco mareada, es todo.

Minutos después Djueh logró tranquilizarse, se sentó de nuevo en el rincón al que originalmente había llegado, mirando el holodisco en su mano, y el cuerpo aplastado de su recuperador. Súbitamente, el fuego en el exterior cesó.

—Todo tranquilo, señorita Rendill, puede salir.

—Ya lo… sé… mi… digo, ya… sé, ya voy.

—Resista, continúe hablándome, enviare un droide táctico con una carga explosiva mínima para sacarla de donde está, la tengo bien ubicada en mi radar.

—Ir, quiero, mi cabeza de mí, duele, no respirar.

—¡Maldita sea, Djueh, no la perderé con esos códigos! ¡Aguante!

—No quiero. Aire, menos de la mitad, tengo que salir de aquí. El traje es caliente, me lo quiero quitar.

Dicho esto la pared de cajas comenzó a vibrar, y por un momento Djueh creyó que estaba salvada, una luz entró por el boquete hecho a la barrera y una sombra que parecía flotar como una hoja al viento entró y se puso frente a ella. En su escafandra resonaban unas voces ininteligibles y ella se durmió, tosió dos veces y con la cabeza pulsándole terriblemente cerró los ojos.

Y todo se fue… el dolor, la jaqueca, el mar, el almacén, las cajas, el traje, la escafandra, los códigos… sólo estaba ella, desnuda, en medio de la nada, en medio de la blancura de la nada. Se dejó caer bocabajo, acostándose violentamente sobre un piso que no existía.

“¿Se acabó? ¿No pude hacer más y perecí al fin?”, pensó

—Pequeña, no —respondió una voz grave detrás de ella.

—¿Qué hago aquí? Los vi morir, ¿por qué no están conmigo?

—Estás aquí porque debes escuchar, debes vivir y debes dejar que te ayude a subir.

—Déjame morir ahora, si dices que vivo no lograré llegar a la superficie en tan mal estado. Corran dijo que cuando subes las burbujas de nitrógeno explotan en el cerebro y causan embolia.

—Pero no a ti, hermosa, porque subirás conmigo, yo te protegeré. Ven —escuchó mientras un par de cálidos brazos abrazaban su desnudo cuerpo y la ponían de nuevo en píe, sin que ella quisiera mirar a quién pertenecían—. Toma los códigos, sujétalos con tus dos manos, dolerá al principio, pero confía en mí, no será por mucho.

—Tienes razón, ya sobreviví antes, lo haré de nuevo —se convenció Djueh tomando el disco reluciente que tenía flotando frente a ella, volteando su cuello para ver al ente en el que confiaba su supuesta vida. Vio a un Jedi vestido de gris, con rostro cansado e incipiente melena negra, que le sonrió y la besó en la frente.

—Siempre hay un equilibrio en la Fuerza —le susurró el Jedi al oído—, si tu murieras hoy el equilibrio se rompería —concluyó abrazándola de frente y estrujando con mucha más fuerza el cuerpo desnudo de la valiente mujer.

Y todo regresó: el intenso dolor, el agua, la dificultad para respirar, el intenso mareo y los códigos en su mano temblorosa, al igual que el resto de sus extremidades, Djueh veía como las instalaciones sumergidas de la Compañía de Ingeniería Corelliana se alejaban de ella, ahora infestadas por mortales rayas y otros peces. Cada vez le costaba más trabajo respirar, tomó con la mano que le quedaba libre el manómetro de su equipo de aire para notar que ya había gastado casi toda su reserva de emergencia. Tal vez por el poco aire o las burbujas reventando en su cerebro pensó alucinar que de pronto flotaba sobre el mar en una inmensa burbuja de agua, elevándose hacia los cielos para luego caer con violencia hacia un cilindro estrecho donde su cuerpo se despojó, aún dentro del agua, del vacío equipo autónomo de respiración y de la escafandra que hasta ese momento la acercaba más a la muerte de lo que la protegía. El agua la abandonó dentro del cilindro, activando un cronómetro en su cerebro: el primer segundo fue para que un pedazo del mar quedara al otro lado de una pesada escotilla que se cerró instantáneamente, los dos siguientes fueron para que sintiera el mayor dolor de su vida y el cuarto y último fue para que llenara sus pulmones de aire fresco, antes de quedar en estado de inconciencia.

X
Un camino corto.

—Si hubiéramos actuado a tiempo…

“No, lucha, el espíritu lo dijo, no morirás.”

—Tu interés por esta chica es demasiado grande, me pregunto si tus sentimientos están claros.

—No podrían estarlo más, maestro, mi deber es salvarla.

“No lo hará, no lo creo, pero el espíritu gris sí, él podrá salvarme.”

—Quisiera haber pensado mejor las cosas, no debí abandonarte, en ese momento quise ayudarte, quise bajar por ti, habría dejado que las rayas me comieran sólo por sacarte a salvo.

“Pero estoy aquí y sé que no me dejarás nunca más, por otro lado, no estoy segura sobre si te quiero cerca de mí, Emil.”

—Sus lecturas indican que ya mejoró la embolia cerebral, si puedo salvarla con mi propia sangre lo haré, debe haber algún modo.

—Intentas crear vida, Robert, eso es algo que está fuera de nuestro alcance.

“No, no es imposible, aquí hay vida, ¡estoy viva!”

—Perdón, maestro, pero le prometí que viviría.

“Sí, él fue… quiero despertar, debo despertar, debo verlo, debo ver a… mi salvador.”

—Sobrevivirá.

—Como le decía, general, tenemos ya los códigos y sólo esperamos la autorización del consejo para proceder con la captura de la Casa Corona.

—¿Qué hay del problema separatista?

—La victoria no fue fácil, general Kenobi, pero el planeta está limpio, a excepción de la pequeña guarnición en Casa Corona.

—¿Y el Conde Dooku?

—El maestro Van Phiney suponía que estaba muerto, pero hemos registrado los restos de la *RM-1821* y no encontramos señal alguna de él ni de su supuesta aprendiza.

—Entonces no están muertos, vicealmirante. Mantengan los ojos abiertos, en especial si se registran entradas o salidas de naves espaciales al planeta.

—Eso es poco probable, tenemos todos los puertos bajo nuestro control y las sondas espaciales nos informan de cualquier actividad en espacio corelliano cada diez minutos, si algo intenta salir o entrar lo sabremos.

—Bien, en este momento el consejo Jedi les autoriza ejecutar el asalto a la Casa Corona, sólo manténgannos informados.

—Por supuesto, maestro Jedi —Concluyó el vicealmirante Brezan, con lo que el holograma del maestro Kenobi se desvaneció.

—¿No se apresuró al decirle que el planeta ya estaba completamente asegurado?

—Tal vez, comandante, pero le prometo que si con eso nos sacan de aquí lo antes posible habré hecho lo correcto. Confío en que el alto general Kenobi le informara al

canciller de nuestro avance, cuando menos se lo espere estaremos de regreso en Coruscant. Además, yo nunca le dije que el planeta había sido asegurado.

—Cierto, muy hábil.

—Ahora, sin embargo, es momento de planear nuestro ataque, ¿quiere por favor reunir a mi estado mayor?

—Enseguida, señor.

Brezan contempló por unos segundos el exterior del puente, y luego se retiró hacia la sala de estrategias en el pasillo contiguo, noto con sorpresa que los capitanes Tarkin y Hertz, éste ultimo de la flota Postarki, lo estaban esperando.

—Caballeros —saludó el vicealmirante, siendo correspondido por los interpelados.

—Supongo que ya se habrá tomado alguna decisión sobre quién comandará el asalto a la Casa Corona —dijo Tarkin.

—El general Adatorn me ha señalado que desearía ponerlo a usted al frente de la operación, pero cree que un oficial de mayor rango sería el indicado. Busca a un coronel, específicamente, pero si no lo encuentra entonces irá usted.

—¿Qué? No puede ser, ¡me dio su palabra de que si le entregaba los códigos del enclave sumergido me dejaría liderar el asalto! ¿Qué clase de Jedi dos caras se cree él?

—Desgraciadamente para usted, capitán, uno al que le confío mi vida —le espetó el general Van Phiney en cuanto el estado mayor de Brezan llegó al salón táctico.

—Gracias por venir, señores, han acudido muy rápido a mi llamado.

—No es tiempo de formalidades, vicealmirante —terció el general Adatorn—. Como saben, ahora que los códigos necesarios para abrir los hangares subterráneos están en nuestro poder es tiempo de ver si el sacrificio valió la pena; el capitán Zaarin, junto con Trajan Solo y la novena compañía de la legión 084, se dirige justo en estos momentos hacia Froma Gallat para encargarse de completar la operación de apertura.

—Disculpe, general —interrumpió el capitán Lemelisk— ¿está diciendo que ya no nos hacen falta los códigos de la Casa Corona?

—Exactamente, cuando atacamos la esfera de control androide del carguero *RM-1821*, el general Van Phiney encontró, por una feliz casualidad, los códigos en portación del mismísimo Conde Dooku, de tal manera que terminamos con nuestra ambiciosa recolección y ahora procedemos con la apertura de todos los hangares.

—Entonces, ¿qué objeto tiene ya asaltar la Casa Corona?

—Cuando desactivamos la esfera de control acabamos también con dos terceras partes de lo que quedaba de la armada separatista, pero los últimos reductos de la fuerza que invadió Corellia (actualmente menos de seiscientas unidades) se han atrincherado dentro del palacio, y creemos que Nute Gunray está con ellos —afirmó Van Phiney.

—Nuestro objetivo es capturarlo, vivo o muerto, liberar el palacio y asegurarnos de haber erradicado al grueso entero del remanente separatistas, con lo que continuaremos nuestro camino hacia Selonia y Drall. Lo primero será cercar la fortaleza, operación que estará a cargo del capitán Tarkin, para luego emprender un asalto de guerra relámpago con las legiones 201 y 414, bajo el mando mío y del general Van Phiney,

respectivamente. El vicealmirante Brezan y el contralmirante Postarki ayudarán también comandando las legiones 198 y 268. Los superamos en proporción de trece contra uno, la victoria será aplastante. ¿Alguna duda?

Un mar de manos levantadas apareció de pronto en la sala, tal vez más que las que Adatorn esperaba. Por fortuna el viejo general es también conocido por su paciencia.

El alba despuntó teñida de un brillante color rojo, lo que, según la creencia mandaloriana, auguraba la proximidad del calor de la batalla y la gloria de la victoria. Darasuum Kote. La tripulación entera de las dos flotas republicanas, preparadas para lo que sea que fuera a desatarse, entonaban a todo pulmón el *Vode An*. Para granjearse más protección del exterior, algunas naves fueron destacadas a la órbita corelliana, mientras que las que se quedaban en tierra firme participarían en la parte del asalto que requería su presencia, bombardeando algunas posiciones alrededor del palacio, o simplemente para desplegar tropas. Por tierra y aire comenzó la inmensa movilización, todos hacia el centro de Coronet.

Los separatistas habían estado esperando, sabían que el momento de una batalla campal por el último de sus puestos de mando en el planeta tendría que decidirse tarde o temprano. Se atrincheraron, efectivamente, a piedra y lodo dentro de los límites del palacio, levantaron un muro metálico alrededor del sitio y habían situado algo más que minas en un radio de dos kilómetros. Todo su asecho, no obstante, sería en vano, Corellia caería aquél día, de una vez por todas.

La bodega principal del *Destructor Estelar*, la nave hogar de las legiones de Van Phiney y Adatorn, se colmó de soldados esperando el momento de la verdad, ya no veían llegar el momento en el que se abriesen las enormes puertas para conducirlos hacia la muerte o la gloria eterna, con fúsil en mano y el corazón en la boca, conocían su propósito y veneraban su destino… la muerte, el honor de caer como héroes, la mejor de las recompensas.

—¡Soldados de la República! —comenzó Van Phiney tras aparecer frente a ellos con Adatorn a su lado— ¡Hijos de Mandalore! Hoy, escribimos la historia, la Fuerza nos ha dado esta oportunidad única de labrar nuestro nombre en los anales de la victoria, de vencer o morir en la lucha contra la oscuridad que nubla nuestra senda gloriosa al triunfo indiscutible. ¡Hoy haremos que la escoria separatista pruebe y sienta en carne propia toda la furia de la República! ¡No dejaremos ni uno solo en pie, ni uno solo! ¡Por la República! ¡Por la gloria! ¡POR LA VICTORIA!

La respuesta al breve discurso de Van Phiney fue, tal como lo esperaba, un enorme y uniforme grito de batalla, proferido desde lo más hondo de los corazones unidos de dos legiones enteras de soldados clon, más de cuatro mil hombres, unidos, todos hermanos, hermanos en armas.

—Todas las unidades, prepárense para trabar combate en T menos cinco minutos y contando, todas las unidades asuman posiciones de combate —dijo una voz femenina en los altavoces.

—Ya oyeron señores, ¡vallan a sus puestos de combate y mueran con honor! ¡Tenemos muchos culos que patear! —ordenó uno de los comandantes clon a las agrupaciones ahora en desbandada.

—Debes estar excitado, no todos los días se ven combates como éste —mencionó el maestro Adatorn.

—No sólo es por la batalla maestro, Djueh despertó, su cerebro está como nuevo según el doctor Wells, mi teoría funciono.

—¿Te provoca alegría que esté bien?

—Mucho, maestro, está tan bien que ya la dieron de alta, tan pronto salió de la enfermería se enlistó como voluntaria temporal.

—En todo este tiempo he tratado de negar lo que veo en ti, Robert, una enorme presencia ardiendo en tu interior, tal vez el consejo no la ha visto, pero yo sé que existe. Estás lleno de pasión, de sed de poder, de lazos muy fuertes y peligrosos, ira, frustración, te has vuelto arrogante y codicioso y todo, todo eso, me atemoriza, temo incluso darte la espalda, temo tener que verte algún día como mi enemigo, otro héroe caído en el lado oscuro. ¿Te has enamorado, verdad? De ella. Ni siquiera la conoces bien, sólo la has visto unas cuantas veces, ¿cómo pudo orillarte a desear algo tan peligroso?

—¡Peligroso! No maestro, no hay nada incorrecto en el amor, es peligroso porque así lo han querido miles de años de filosofía pacifista, neutral y temerosa; es peligroso porque así lo quiere su paranoia. No olvide que antes de usted comulgué con las doctrinas de los Sith, sentí en mi propia carne la tentación y las consecuencias del Bogan, aprendí a no caer en los errores que los antiguos lores cometieron, aprendí a someter el lado oscuro a mi voluntad porque estoy conciente de que no hay en él más de lo que hay en la luz, si hubiera querido unirme a él ya lo habría hecho hace mucho tiempo. Usted no tiene autoridad moral para sermonearme al respecto, ya no soy su padawan, y le recuerdo que usted es padre de familia.

—Al menos trata que Toph no lo sepa —concluyó Adatorn, retirándose parsimoniosamente y dejando a su antiguo padawan reflexionar ante los clones que desfilaban frente a él.

—Alerta a toda la tripulación, preparados para entablar combate en T menos dos minutos y contando —repitió la voz femenina.

Robert recorrió a toda velocidad los pasillos de la nave hasta llegar a las bahías de lanzamiento de las cañoneras LAAT, donde abordó una de las que no habían quedado repletas aún.

—Trabando combate en cinco, cuatro, tres, dos, uno, autorizado lanzamiento de cañoneras de asalto y despliegue de cazas; infantería motorizada y grupos de asalto, preparados para desembarcar en T más un minuto treinta segundos —confirmó la voz de la computadora de abordo.

La cañonera de Robert se desprendió entonces del engranaje que la sujetaba para terminar a menos de cien metros sobre el suelo, volando hacia una fortaleza improvisada con bandera confederada. Por un momento el universo pareció desaparecer para el joven

general, no pudo evitar asombrarse por lo que Adatorn le había dicho, no se explicaba como era posible que supiera lo de él y Toph, de cualquier forma, había que proseguir.

El regreso a la realidad fue duro, tan pronto volvió en sí, Robert se percató de que algo andaba mal, los separatistas habían resistido la penetración de Tarkin valiéndose de las minas instaladas alrededor de la fortaleza y habían apostado cañones medios antiaéreos a lo largo de su muro para, al menos, hacer que la entrada de las cañoneras fuera más difícil. Algunas decenas de cazas Mankvim y droides buitre habían salido a confrontar a los cazas republicanos, si bien ningún otro separatista había, hasta entonces, puesto un pie fuera del perímetro amurallado del palacio. Involucrados en una auténtica pelea de perros, la fuerza aérea republicana veía difícil atravesar las duras defensas de los escasos cazas confederados respaldados por el fuego antiaéreo. En el suelo, sin embargo, la artillería motorizada de la legión 201 se desplazaba hacia las puertas fortificadas sin gran resistencia salvo la de algunos AAT cuyo blindaje no lograba soportar la potencia de fuego de los AT-TEs del maestro Adatorn. Desde dos flancos diferentes la guerra relámpago de los Jedi daba positivas señales de éxito.

El piloto de la cañonera de Robert, luchando por esquivar el fuego antiaéreo que eficazmente había conseguido ya causar varias bajas entre las fuerzas en vuelo republicanas, al darse cuenta de que no podría seguir corriendo el riesgo de acercarse al muro sin salir herido, optó por aterrizar a unos cuatrocientos metros de su objetivo esperando que con el grueso de vehículos aliados en tierra fuera suficiente para cubrir su retirada. El Jedi, junto con los clones que lo acompañaban, bajó del transporte de asalto activando su sable y emprendiendo en rauda carrera las hostilidades contra los droides; se abrió paso los primeros doscientos metros del trayecto hasta el último bastión separatista sin mucho problema, hasta que tuvo que detenerse en las cercanías de lo que se presumía era la barrera minas colocadas contra las tropas de liberación. Terminó refugiándose, al lado de algunos clones, en el fondo de una profunda trinchera cavada por la detonación de algunas minas.

—¡Robert, Robert! —Escuchó a través de su comunicador— ¿Me recibes?

—Como siempre, maestro, como siempre,

—La cosa aquí se pone aburrida, Rob, ¡los droides no oponen resistencia! Es como si clamaran por su destino.

—Mortal —dijo para sí.

—¿Qué?

—Nada, maestro, ¿pasó algo con la avanzada de Tarkin?

—¿Y yo qué sé? Parece que los cañones lo bombardearon, no sé, me da igual. Sólo quería decirte que mis ingenieros desactivaron los sistemas de detonación de las minas, ahora puedes cruzar, nos vemos en la puerta.

—¿Cómo sabe dónde estoy? ¿Qué hay de los cañones antiaéreos?

—Es lógico, si hubieras llegado ya a la puerta la habrías echo estallar.

—Su… si, bueno, yo… ¡bogan!

—Otra cosa, ¿a caso ves que los cañones disparan? ¿Por qué será?

—Me imagino muchas cosas, maestro. Justo ahora me pongo en marcha, corto.

Van Phiney asomó la cabeza por encima del borde de la trinchera. No encontró nada que le representara peligro, de hecho, ya ni siquiera había droides alrededor, por lo que reactivó su sable y se disponía a marchar rombo a las puertas, cuando uno de sus soldados lo retuvo.

—No te vayas —dijo el soldado con una voz vagamente familiar—, quiero hablarte —el clon se retiró el casco, descubriendo la cabeza de una mujer joven de pelo blanco que miraba a su general con ojos llorosos.

—¡Tú! ¿No deberías haberte ido ya? —Dijo Robert

—¡Lo siento, pero al ser elegida sabía que era mi deber dar la vida por mi pueblo si era necesario! —Espetó Djueh.

—No, no puedes quedarte. No estás a salvo aquí —explicó Van Phiney tomando a la alcaldesa por los hombros y botando su sable no muy lejos de él—. Tu pueblo te necesita, ¡viva!

—¿Por eso me salvaste, caballero Jedi?

—Yo… te salvé porque debía, porque no puedo dejar que más inocentes mueran.

—Y yo debo pelear esta guerra por mi gente, ¿no lo entiendes? Debo estar aquí.

—Escucha, no hay más androides alrededor, puedes irte, no te necesito entre los voluntarios.

—Más de cien hombres y mujeres cercanos a mí han muerto peleando contra la CSI en este tiempo, y miles más han pagado por las atrocidades que esas máquinas han cometido en mi mundo. No podría estar tranquila sabiendo que fallecieron en vano.

Hubo unos segundos de silencio que los otros soldados ocuparon para escapar de la trinchera, mientras tanto, Robert y Djueh se miraban con recelo, buscando que con el simple efecto de sus respectivas miradas uno terminara cediendo ante el otro.

—Sube en mi espalda y ponte el casco —le ordenó a Djueh, llamando su noble arma mediante la Fuerza. La interpelada asintió sujetándose fuertemente a las anchas espaldas de su salvador. Ambos cruzaron a gran velocidad los últimos metros hasta la puerta blindada; Djueh bajó de su cómodo vehículo sin apartarse de su lado, entretanto, Adatorn miraba a la pareja con una mueca que rallaba en el asco y la desconfianza—. Quédate aquí —señaló Rob.

—Fuego triple combinado de los reforzadores tácticos —informó Adatorn lo más frío e indiferente que pudo. Robert se limitó a lanzarle una mirada de frustración.

Y las puertas cayeron, cediendo ante la furia de los cañonazos. La explanada detrás del muro yacía plácida, destruida y caótica, pero al final, plácida y serena, tal como había deseado estar durante las últimas semanas. Costaba trabajo asimilar la situación, hace unos días habría sido impensable que la fortaleza de Corona fuera compenetrada así de fácil, costaba creer incluso que la toma de Coronet fuera tan veloz. “Nos tomará años hacernos con esta ciudad”, se atrevió a decir un día el Vicealmirante Brezan.

Con todo, el enorme contingente de clones tomó la plaza sin complicaciones; Tarkin, sin dejar de pavonearse por el éxito de una operación que era imposible atribuirle,

confirmó a Coruscant el triunfo de la manera más soberbia posible. ¿Era todo? ¿Se había terminado ya? Eso parecía, puesto que el reconocimiento en el interior del palacio hacía creer que estaba completamente vacío.

Van Phiney, después de convencer a Djueh de que tendrían que hablar en otro momento, entró con Adatorn al edificio a confirmar que realmente estuviera desierto y así poder ratificar (o descartar) sus sospechas sobre la presencia de un Nute Gunray atrincherado en el palacio. Después de todo, habían tomado la casa sólo con el propósito de capturarlo.

—¡Un momento! —Gruñó Robert— No me gusta como pinta todo esto.

—¿Perdón? —Dijo Adatorn.

—Hay algo aquí que no me cuadra, ¡no me gusta! ¿No cree que esto vaya muy rápido?

—¿Rápido? ¿Cómo que rápido?

—Llegamos hace nueve días —señaló pausadamente—; descargamos; invadimos (antes de descargar); encontramos, pues, cosas; rescatamos a Solo, quien nos plantó un gran susto con lo de los códigos; luego apareció Djueh y la flota del contralmirante Postarki; destruimos la esfera de *RM-1821* y lo peor es que ni siquiera sé que estoy balbuceando ahora. ¡Debió costarnos mucho trabajo tomar este palacio y no fue así, joder! ¿Qué pasa?

—Pasa que estás nervioso. Yo también presiento algo anormal aquí, pero hasta que no se manifieste no hay nada que hacer, salvo esperar.

Robert se llevó una mano al rostro y se detuvo frente a una lujosa escalinata por la que su antiguo maestro ya había comenzado a ascender. La calma era casi absoluta, el palacio mismo parecía haber sido entregado con la venia de los propios separatistas. Cierto era que nada parecía fuera de lo normal, Adatorn esperaba nada menos que esa misma calma. Un motivo más para temer.

—No confío en las circunstancias, Robert; no creo que sea del todo cierto eso de que limpiamos el planeta de los separatistas.

—¿Y no me da con eso la razón, maestro?

—No lo creo, Rob. Aunque quisiera tener la completa certeza de que la erradicación separatista en este planeta ha sido total, acepto que hasta que eso no pase debemos estar tan abiertos a la expectativa de haber ganado como a la de haber perdido.

—Pues a mí me sigue pareciendo que mis temores son razonables, no así su exceso de confianza en una victoria poco probable. Creo, maestro, que lo mejor es que nos separemos, así doblaremos nuestras posibilidades.

Adatorn asintió silenciosamente. Los dos se separaron, tomando sendos caminos diferentes.

La mayor parte de la estructura externa del palacio había quedado intacta, no obstante, era raro ver muros completos o incluso caminar sobre pisos estables y sin agujeros. Todo el edificio era un testimonio en pie de la lucha que en su interior se hubo librado hace días entre las fuerzas locales y las tropas invasores. El hedor de los

cadáveres en descomposición amontonados en los pasillos y las cañerías de drenaje que, tras haber vertido todo su contenido en los niveles inferiores, yacían colgantes de los techos, hacían incómoda la exploración en el recinto, pero no detuvo a los Jedi, y ciertamente no era mayor que la determinación de Adatorn por encontrar a Gunray a como diera lugar.

Robert seguramente se había dirigido a los niveles inferiores, tal vez el lugar más idóneo para encontrar a un criminal fugitivo, pero su antiguo mentor prefirió adentrarse más en el palacio, en camino hacia la oficina del diktat, pese a que nada lo esperaba ahí.

La plácida mañana de aquél día había permanecido clara y despejada, muy a pesar de la traicionera temporada de lluvias de la estación, la luz de Corell entraba a raudales por los huecos en los muros y techos; no había muchas nubes en el cielo. Realmente no se veían más que unas cuantas.

Al cabo de unos minutos, Robert confirmó que en los sótanos y bodegas del palacio no había más que algunos pertrechos y cientos de androides desactivados regados por doquier, de momento sólo podía decirse que era verdad que el lugar estuviese desierto. En ese momento, por otro lado, las cosas cambiaron: el cielo azul y despejado se nubló repentinamente y por espacio de un par minutos, no porque hubieran nubes, de hecho no las había, más bien parecía como si alguien hubiese intentado crear un anochecer artificial. Eventualmente, la oscuridad se fue, acompañada por una ligera y apenas notable conmoción en la Fuerza.

—Dooku —pensó Adatorn, con lo que emprendió carrera hacia los hangares del ala norte, siguiendo el rastro de la pequeña pero aún latente perturbación. Sith’ari.

A medida que avanzaba, la fuente de la perturbación, estática en los hangares, emitía cada vez con más fuerza su señal. Adatorn no reparó en detenerse para preguntar qué estaba pasado, y nadie se había molestado aún en explicarle los acontecimientos presentes, él sólo corría, se habría paso entre escombros, cadáveres y restos de androides hasta los hangares, así hasta toparse con la entrada a las plataformas. Y se detuvo en seco, sin más. Caminó calmado, con las manos cruzadas bajo su abdomen, sumamente atento a su alrededor.

—Milord, se lo suplico, ¡no tenía idea! Yo también creí que sería así, pero, la República…

—Se adelantaron a nuestras maniobras, Conde, pero nunca tuvieron la ventaja, retener este planeta ya no es necesario.

—Permítanme matarlos por decir eso, caballeros. Creo que aún no comprenden la delicadeza de la situación y no queremos molestar al Señor Tenebroso, pero hoy no será el día, tenemos otros planes por delante. ¡Virrey! Suba a la nave, de este bocón he de encargarme yo.

—No olvide nuestro pacto, Dooku, a veces parece creer que somos sus simples peones, pero usted tiene el mismo peso que nosotros dentro del concilio.

—Está por verse, virrey.

Las voces se hacían cada vez más nítidas a medida que Adatorn se acercaba a una de las plataformas más arrinconadas, sin embargo, no se sorprendió al distinguir de quienes procedían, menos aún cuando se colocó bajo el umbral de la entrada y vio con sus propios ojos aquello que tanto temía constatar.

—No fue mi falla, mi señor, verá, los droides nunca nos habían respondido así, además, considere que el ataque fue una emboscaaj… aj… no por… ah.

—No hubo patrullas de reconocimiento, ni ninguna señal que nos pudiera delatar, alguien tuvo que darles las coordenadas de la nave, pero ambos sabemos, maestre Hork, que no fue así —dijo Dooku tras liberar al neimoideano, quien respiraba a bocanadas con suma dificultad—. Hubo otra forma, maestre, y la responsabilidad de impedir que tal existiera fue únicamente suya, por lo tanto, usted es el culpable de la destrucción de mi nave insignia.

Rayos azules salieron despedidos de las manos del Conde, quien gozaba ver como su víctima se retorcía en el piso, profiriendo gritos de dolor desgarradores, hasta que con la vida se le agotaron las fuerzas para hacerlo.

—Amigo mío —irrumpió Adatorn—, has perdido tu toque, o mejor dicho, tu tacto.

—Notar que seguías aquí, Deneastor, no me sorprendió, me sorprende más que te hayas resuelto venir.

—Pues yo tampoco me sorprendí, Dooku, de encontrarme con que sigues vivo.

—Bien. ¿Y qué te trae por aquí, Jedi?

—Un mal presentimiento, temo yo. No sabía que ahora mataras por diversión.

—El sacrificio es vital en la vida de un Sith.

—Faltaría definir eso que llamas sacrificio, después de tantos años. En cuanto a que te proclames Sith… vaya, escúchame, hace mucho que esa palabra no salía de mis propios labios.

—Indudablemente, ya no eres aquel hombre sabio que un día conocí, viejo tonto.

—La luz se apagó en ti, Dooku, aquí —indicó Adatorn tocándose la cabeza.

—Pues qué lástima, ¿no lo crees? Encontrarnos en la misma y penosa situación —concluyó el Sith, desenvainando la hoja de su sable.

—Entonces la roca se ha partido ya.

Adatorn desenvainó el sable doble de hojas azules, sosteniéndolo como si fuera un báculo frente a su adversario.

—Ya no representas nada, mucho menos frente a un Sith —declaró Dooku, comenzando el duelo con una singular estocada.

El Makashi del habilidoso Conde se midió entonces con el estilizado Ataru de su antiguo amigo, ambos peleando con una velocidad y soltura impropias de sus octogenarias edades.

Buscando la mayor precisión posible, Dooku intentó en variadas ocasiones penetrar la ineludible línea de defensa de Adatorn, varias veces convergieron las hojas por encima de la cabeza de los contrincantes y en numerosas ocasionas quedaron en pugna con ambos filos hacia abajo y por la parte inferior de la cintura. Adatorn adelantaba en velocidad así

como Dooku representaba magistralmente la devoción a una técnica imbatible. Adatorn efectuó varios giros de su sable doble por sobre su cabeza intentando empalar al Lord del Sith con agresivos bloqueos verticales consecutivos.

Después de no mucho tiempo de haber trabado combate, los dos maestros terminaron evidentemente fatigados, con lo que se estableció una insospechada tregua.

—Esperaba verte en el asalto de la *RM-1821*, aunque finalmente creo que, francamente, era mucho esperar. No tienes el valor necesario para matarme, nunca lo tuviste y nunca lo tendrás.

—Una vez me dijiste, amigo mío, que siempre podemos cambiar nuestro modo de pensar.

—Es cierto, lo hice, Deneastor, y tal vez no sea un experto escrutador mental como para saber con exactitud qué es lo que estas pensando, pero tengo por seguro que intentarás a toda costa convertirme a tus patéticas doctrinas antes que vencerme. Pero sabías que así tendría que terminar, y yo, esperaba esto con ansias.

Adatorn desactivó su sable doble y se lo llevó al cinturón, empuñó entonces el mango del sable simple, y lo encendió. —Te daré, entonces, una última oportunidad —dijo—, y esta vez, no la rechazarás.

—Te traicionan los sentimientos.

Tyranus reanudó el duelo, obligando a Deneastor a retroceder para luego saltar sobre Dooku y tratar de atacarlo por la espalda. Irremediablemente falló en su maniobra aunque casi logra incrustar su sable en el pecho del atento Sith. El movimiento de las armas se vuelve raudo y poderoso, la fuerza con la que se atacan mutuamente es tan grande que en numerosas ocasiones les hace perder el equilibrio, al punto en que Dooku consigue derribar al maestro Jedi, quien se levanta al instante y dirige la hoja de su sable hacia la cabeza de su antagónico contrincante; las armas quedan en pugna.

—Hace unos días encontré a Abradax, Deneastor. Qué lastima que no pueda darte sus saludos, olvidó dedicártelos antes de morir.

—¡Desgraciado!

La furia de Adatorn se liberó, tomó a Dooku del pecho y lo levantó por los aires con su poderosa mano; el Conde, aturdido, tardó algunos segundos en reaccionar, dándose cuenta del peligro que corría debido a los contundentes ataques de su adversario, mismos que intentó evadir rodando por el suelo, mas una vez que se halló libre de peligro, se reincorporó usando maniobras defensivas para escapar de los abrumadores movimientos de Deneastor, pero tras percatarse de que no tenía posibilidades en contra de su antiguo camarada, retrocedió hacia su nave geonosiana; era el momento de escapar.

Pese a que el Jedi no ofrecía ninguna desventaja, el Sith encontró el momento idóneo para liberarse de él, consiguió empujarlo con la ayuda de la Fuerza, ganando tiempo para ponerse a salvo en el interior de su velero solar y abandonar el lugar antes de que su derrota se consumara.

—¡Vámonos de aquí! —ordenó el Conde al piloto del velero, cuya puerta se cerró a sus espaldas. Dooku se tomó un breve respiro.

A fuera, sin embargo, en el hangar, Deneastor usó todas sus fuerzas para embestir en contra de la nave, arremetiendo con su sable a la escotilla trasera de acceso, lo único que lo separaba de su cobardísimo oponente. Dooku, por su parte, tras ver la hoja azul de un sable enemigo, saltó de sorpresa ante el susto, urgiendo desesperadamente al piloto para que despegara de una buena vez, de esta forma, el tren de aterrizaje se separó del piso y Adatorn, incapaz de elevarse con el velero, lo dejó ir, legando a su estructura una enorme herida que, difícilmente, le permitiría salir al espacio exterior. Extraña forma de asegurarse de que Dooku no escaparía.

—¡Maestro! —Gritó Robert a través del comunicador de Deneastor— Si no es mucha molestia agradecería ayuda por aquí, ¡El maestro Sith se ha presentado, venga rápido!

—¿Dónde estás?

—Segundo sótano debajo del vestíbulo, ¡Venga ya!

Adatorn no titubeó, y emprendió la carrera hacia los niveles inferiores, ciertamente frustrado por lo que acababa de pasar, no obstante, el maestro de Tyranus sin duda sería una recompensa más grande.

XI
Una desviación larga.

—¡Un momento! —gruñó Robert— No me gusta como pinta todo esto.

—¿Perdón? —Dijo Adatorn.

—Hay algo aquí que no me cuadra, ¡no me gusta! ¿No cree que esto vaya muy rápido?

—¿Rápido? ¿Cómo que rápido?

—Llegamos hace nueve días —señaló pausadamente—; descargamos; invadimos (antes de descargar); encontramos, pues, cosas; rescatamos a Solo, quien nos plantó un gran susto con lo de los códigos; luego apareció Djueh y la flota del contralmirante Postarki; destruimos la esfera del *RM-1821* y lo peor es que ni siquiera sé que estoy balbuceando ahora. ¡Debió costarnos mucho trabajo tomar este palacio y no fue así, joder! ¿Qué pasa?

—Pasa que estás nervioso. Yo también presiento algo anormal aquí, pero hasta que no se manifieste no hay nada que hacer, salvo esperar.

Robert se llevó una mano al rostro y se detuvo frente a una lujosa escalinata por la que su antiguo maestro ya había comenzado a ascender. La calma era casi absoluta, el palacio mismo parecía haber sido entregado con la venia de los propios separatistas. Cierto era que nada parecía fuera de lo normal, Adatorn esperaba nada menos que esa misma calma. Un motivo más para temer.

—No confío en las circunstancias, Robert; no creo que sea del todo cierto eso de que limpiamos el planeta de los separatistas.

—¿Y no me da con eso la razón, maestro?

—No lo creo, Rob. Aunque quisiera tener la completa certeza de que la erradicación separatista en este planeta ha sido total, acepto que hasta que eso no pase debemos estar tan abiertos a la expectativa de haber ganado como a la de haber perdido.

—Pues a mí me sigue pareciendo que mis temores son razonables, no así su exceso de confianza en una victoria poco probable. Creo, maestro, que lo mejor es que nos separemos, así doblaremos nuestras posibilidades.

Adatorn asintió silenciosamente. Los dos se separaron, tomando sendos caminos diferentes. La mayor parte de la estructura externa del palacio había quedado intacta, no obstante, era raro ver muros completos o incluso caminar sobre pisos estables y sin agujeros. Todo el edificio era un testimonio en pie de la lucha que en su interior se hubo librado hace días entre las fuerzas locales y las tropas invasores. El hedor de los cadáveres en descomposición amontonados en los pasillos y las cañerías de drenaje que, tras haber vertido todo su contenido en los niveles inferiores, yacían colgantes de los techos, hacían incómoda la exploración en el recinto, pero no detuvo a los Jedi, Robert bajó con paso firme hasta las escaleras que conducían al vestíbulo y de ahí prosiguió a las dependencias del palacio. Guiándose por puro instinto, el caballero gris consiguió llegar

hasta un ascensor que se había salvado de los estragos causados por el pandemónium del primer asalto, y, dado que aún funcionaba, lo condujo hasta los sótanos.

Parecía muy obvio, aquellos oscuros pasillos a varios metros bajo la estructura principal resultaban un extraordinario sitio para esconderse, aquellos sótanos eran un auténtico e inexpugnable búnker, resultaba difícil creer que a los habitantes del palacio no se les había ocurrido refugiarse ahí.

El escenario estaba oscuro, casi no había luces encendidas y las pocas puertas que habían estado cerradas tenían innegables signos de haber sido violadas por la fuerza, aunque no había señal alguna de que se hubiese desatado una masacre por ahí, lo único evidente era el silencio sepulcral, y una incómoda sensación de vacío. Desde el pabellón de ascensores hasta donde alcanzaba la vista, se extendía un amplísimo y muy largo pasillo flanqueado por algunas puertas y una infinidad de bodegas vacías. El corredor, por el cual Robert había transitado con cierto nerviosismo, desembocaba en una especie de rotonda abovedada llena de archiveros viejos, cajas de combustible y computadoras en reparación apiladas bajo una mesa inundada de herramientas. La rotonda estaba bien iluminada, era la única parte de los sótanos que parecía no haber sido pisada por los separatistas. Aún detrás de las inestables pilas de archiveros y cajas amontonadas contra el muro circular, se distinguían cuando menos otros dos accesos al recinto, cada uno con su respectivo pasillo apenas iluminado por parpadeantes luces a punto de extinguirse.

Un frío espeluznante recorrió entonces la rotonda, al tiempo que todas las luces, tanto de la bodega circular como las de los pasillos, se apagaron, una tremenda energía proveniente del lado oscuro hizo de los sótanos su presa. Y Rob sonrió.

—Muchos Jedi murieron congelados en los bosques de Ruusan antes de la mítica batalla —dijo una voz fría a espaldas de Robert.

—Algo he sabido —respondió el caballero.

—¿No te atreves a mirarme?

—Sí, me atrevería, pero prefiero que sea usted quién se acerque.

—Sabes que eso no me corresponde.

—Posiblemente, aunque eso no es lo que me preocupa. Lo digno de mi concernencia es, ¿por qué el maestro de todos los Sith ha venido a verme?

—Porque la Fuerza lo quiere así.

—¿Será que me quiere entre sus acólitos?

—Así por el dedo del Bogan se escribió.

—Y el Ashla no hablará, interesante. Creo que no me quiere como aprendiz, y ciertamente no seré acólito suyo, milord, así que, si realmente es un Señor Oscuro, me matará, antes que tener que tolerar mi existencia —dedujo Robert, volviéndose hacia Lord Sidious.

—Sólo un Sith puede conocer tan bien su destino.

El Señor Tenebroso desenvainó desde sus ropas la hoja carmesí de su sable luminoso, desvaneciendo el frío que envolvía la rotonda. Por su parte, Van Phiney, no queriendo ser descortés, correspondió con el suyo, a fin de comenzar el duelo.

—¿Aún quiere que me le una?

—No, joven Jedi, no se trata de eso, yo ya lo decidí, ahora te toca a ti.

Y el combate comenzó, Robert dio el primer paso, ejecutó un ataque vertical hacia la cabeza de Sidious, quien tras bloquearlo dirigió su arma hacia el pecho del Jedi. Robert lo notó de inmediato y bajó su arma de tal modo que interceptó el movimiento redirigiéndolo hacia el propio pecho de su oponente, no obstante, el Lord Sith emitió un salto para librarse de su propia hoja y atacar a Van Phiney por detrás, con nulo éxito, pues éste se volvió y respondió con un jung ma, después ambos se atacaron simultáneamente por el lado derecho de Sidious, quien exclamó sin interrumpir el duelo:
—Espero no haberme equivocado contigo, esperaba más aplomo.

Robert no se inmutó y en respuesta ejecutó un jung contra las piernas desprotegidas del adversario, obligándolo, una vez más, a ejecutar un sai.

La iluminación se restableció en la rotonda, incomodando la vista de Van Phiney acostumbrada a la penumbra, mientras que el maestro oscuro apenas si notó el cambio.

Las hojas azul y roja se movían en círculos con intachable pulcritud y excepcional velocidad, la fluidez de los ataques y bloqueos entre los dos duelistas habría asombrado incluso al Conde Dooku, quien, sin que nadie lo supiera, mantenía su propio combate niveles más arriba.

Van Phiney demostraba no haber disminuido sus energías desde el previo encuentro con Asajj Ventress, sin embargo, su Soresu se había transformado en un estilizado Niman lo suficientemente agresivo como para contrarrestar el poderoso Juyo de Sidious.

—Qué valiente, muchacho, tener la insolencia de enfrentarse a un Lord Oscuro de los Sith, aún a sabiendas de que no conseguirás nunca la victoria, sencillamente porque el Sith es superior al Jedi.

—Maestro Sidious, yo también estudié las técnicas del Dun Möch, así que no se moleste en recalcármelas.

El duelo continuaba tan feroz como había empezado.

—Es curioso, joven Jedi, detecto una fuerza tremenda del lado oscuro dentro de ti. Ah, si tan solo nos hubiéramos conocido antes…

Robert no pudo contener su risa ante la gracia que el comentario le había provocado, pero estaba más concentrado en el desarrollo del combate.

—Si nos hubiéramos conocido antes —dijo Robert— habrían pasado muchas cosas, habríamos hecho grandes cosas, tal vez hasta me daría cuenta de que he desperdiciado años de formación como miembro de la Orden Jedi, pero, francamente, no creo que la devoción hacia la Orden Sith haga alguna diferencia. A mis ojos, ambas órdenes son tan incapaces de entender el verdadero significado de la Fuerza como los Sith de entender el significado del lado oscuro.

Aunque es casi imposible romper la fortaleza interna de Darth Sidious, algo dentro de él se conmovió dramáticamente con las palabras de Van Phiney; muy en el fondo, el Dun Möch del que tanto se había servido anteriormente ahora lo traicionaba, pues el hecho de que un Jedi, un ser inferior, blasfemara de tal manera en contra del Bogan y de la Orden

Sith, no solo hizo hervir en cólera al Lord Oscuro, también provocó que experimentara algo que no había sentido en mucho tiempo: duda.

Todo se paralizó en torno a un gélido letargo, la escena quedó nublada por una inexpugnable y blanca nada, cuyo silencio se interrumpió por una voz inefable de dos mensajes, el uno para el Jedi (*“Deja que nuestro poder te envuelva, deja que tu voluntad se fortalezca, porque siento que lo necesitas, y más que nada, lo codicias. Deja fluir la oscuridad, no te resistas a mirar al frente, ya estas listo”*) y el segundo para el Lord Sith (*“Plagueis sabe, él siempre sabe, como tú jamás ignoras, ¡oh Glorioso Señor del Universo y Amo de la Fuerza! Sabías que lo encontrarías, sabías que hallarías el producto de los experimentos de tu antiguo maestro, pero él lo dudó porque no lo pudo ver, no vivió para observar de qué manera el lado oscuro podía controlar el génesis en el Universo; pero tú, tú lo has visto y por ello reconoces que éste que tienes enfrente no es el Elegido, sino un seguidor más del Potentium, y por eso debes destruirlo”*).

La nada se disipó y ambos personajes se mostraron inmersos en su imponente duelo, que Sidious pareció haber pausado cuando encontró su arma en pugna con la de Van Phiney, mismo que, aprovechando la oportunidad, empleó la fuerza para dar un empujón que mandó al Señor Tenebroso hasta el lado más lejano de la rotonda.

-

—¡Maestro! —gritó Robert a través de su comunicador intentando localizar a Deneastor Adatorn— Si no es mucha molestia agradecería ayuda por aquí, ¡El maestro Sith se ha presentado, venga rápido!

—¿Dónde estás? —preguntó Adatorn.

—Segundo sótano debajo del vestíbulo, ¡Venga ya!

Sidious se reincorporó de un salto, embistiendo ferozmente contra Robert y tomándolo por sorpresa. La batalla continuaba pero con una nueva modificación: Van Phiney cambió nuevamente de estilo de combate, declinando el Niman por el Si-Ri-Huk[7]; habría de crear un verdadero caos en lo que su colega se le unía en combate.

Sidious, innegablemente, detectó la tremenda oscuridad que se arremolinaba en torno al Jedi, le confería poder y una tremenda fuerza física tan invencible como la suya, con lo

---

[7] Estilo de esgrima no canónico desarrollado específicamente para esta obra. Supone un antiguo arte practicado por los primeros Sith e influido por el estilo hasta ahora indefinido de Darth Nihilus, salvo que también se sirve de un intensivo uso de la Fuerza. La práctica de esta forma exige una conexión pura y fuerte con el lado oscuro debido a que el combatiente tendrá que valerse de todo el poder de éste para compensar la terrible demanda física que el estilo exige. Se usan ambas manos de forma independiente, la mano más hábil sostendrá el sable y lo empleará de manera rápida y agresiva, separando la hoja lo más posible del cuerpo y buscando que el filo longitudinal de la misma sea siempre paralela al cuerpo del oponente; la mano izquierda servirá para usar, tan rápido como al esgrimista le sea posible, la mayor cantidad de poderes del lado oscuro y siempre moviendo el brazo de forma paralela al que sostiene el sable. El objetivo principal de este estilo es asegurar un ataque fulminante y una defensa impenetrable, de tal manera que el oponente sea eliminado o por un corte del sable o por acción de las técnicas oscuras, tales como estrangulación, pánico, rayos o cualquier otra.

cual no tuvo más opción que modificar también la forma de su esgrima, de tal modo que ambos quedarían batiéndose, más por el deseo mutuo de infringir mortal derrota sobre el otro, que para demostrar su tremenda habilidad sobre el Si-Ri-Huk.

Cientos de ataques figurados en enormes centellas incandescentes transitaron a toda velocidad por la rotonda impactando violentamente contra la habitación y dañando seriamente su estructura. Tal como en un espectáculo de fuegos artificiales, los encuentros y choques entre sus habilidosas pugnas emitían por doquier las más hermosas, aunque en la práctica mortales, luces, siendo así hasta que la rotonda quedó envuelta en llamas.

Adatorn se había demorado más de lo debido, cosa que a Robert, profusamente divertido con la batalla, no le importaba más; no obstante, Lord Sidious, cansado de un combate sin progresos aunque imposible de aminorar, al tiempo que contenía las embestidas de Robert, empleó su mano libre para arrancar las losas del suelo de la rotonda y desmoronar sobre su oponente todo lo que estuviese encima de ellos. De ese modo fue como todo el techo y varios de los niveles superiores del palacio se precipitaron con tal furia sobre ambos combatientes que los dos quedaron íntegramente sepultados y la Casa Corona más destruida de lo que hubo quedado por acción de la guerra. Adatorn llegó justo a tiempo para ver como caía todo aquello y como la luz de la mañana se colaba por el orificio resultante. Nadie sobreviviría a tal catástrofe. Pero con ellos era diferente.

Sidious arrojó por el agujero todos los escombros que él mismo había generado, buscando insistentemente al cadáver del Jedi gris, aplastado y deforme sobre el suelo ensangrentado, mas nada vio. El Sith, observado por la mirada atónita de Deneastor Adatorn, dedujo que había lanzado el cadáver junto con los escombros, y ya que estos tendrían que caer de nueva cuenta, las posibilidades del Jedi quedaron eliminadas por completo. Darth Sidious echó una mirada a su alrededor, notando a Deneastor oculto tras unos archiveros aplastados, luego, esbozando una cínica sonrisa, se desvaneció en el aire.

El viejo Adatorn se quedó paralizado por un momento, digiriendo cuidadosamente todo lo que acababa de ver, no podía pensar, ni moverse, casi ni respirar. Quedó ido unos minutos, hasta que notó algo sumamente extraño: la tierra del suelo se movía lentamente y se abultaba como si una montaña fuera a nacer de pronto, y entonces, confortándose a sí mismo, contempló como salía una cabeza que se abría paso por la tierra entre estornudos y bocanadas de aire. A la cabeza le siguieron los hombros, el torso y las piernas, Robert había literalmente brotado del suelo.

—En lo sucesivo agradeceré que se dé prisa, o me temo que dejaremos de trabajar juntos, lo cual sería una pena, nunca antes me había dado razones para quejarme, maestro Adatorn —dijo Rob tras sacudirse el polvo de la ropa.

—Tonterías, ¡hay que informar al alto consejo!

—¿Para qué, exactamente?

—¡Se teletransporta, Robert, por eso!

—¿Y, a caso no es una habilidad propia del reverso tenebroso?

—¡No! Jamás se ha registrado algo así, físicamente es imposible transportarse de un lugar a otro sólo porque sí o sin la ayuda de un hiperimpulsor que cree el fenómeno propicio para ingresar al hiperespacio.

—Vaya. Por cierto, estoy bien, no me lastime, pero gracias por preocuparse.

—¡Generales! ¿Están bien? —interrumpió un soldado que se asomaba desde el enorme agujero en el techo.

—Estamos bien, todo bien aquí y ahora, ¿qué tal ustedes? —respondió Adatorn al tiempo que otros soldados se disponían para sacar a los Jedi de la fosa en la que se encontraban.

Rob y Deneastor consiguieron subir hacia la planta semidestruida del vestíbulo del palacio con la ayuda de sendos cables que los soldados tuvieron a bien extenderles desde su posición.

—¿Cayeron los escombros? —preguntó Deneastor mientras un sargento le extendía la mano para ayudarlo a subir.

—No, general —contestó un capitán.

—Entonces vámonos de aquí —gruñó Van Phiney.

—Capitán, el Conde Dooku y el virrey de la Federación de Comercio sí se encontraban dentro del palacio, tendrá que recalibrar sus instrumentos, desgraciadamente, no pude evitar que huyeran de mí, pero me aseguré de que no puedan abandonar la atmósfera, así que ordene una búsqueda de su velero solar por todo Corellia —dijo Adatorn.

—Maestro, registrar todo un planeta no es fácil, además, si queremos irnos no podemos desperdiciar más tiempo.

—¿Desperdiciar dices, Robert? ¡Debemos asegurarnos de eliminarlo ahora mismo o se las arreglará para salir del planeta y conseguir refuerzos para reconquistarlo!

—Me encargaré de rastrearlo personalmente si eso quiere, pero en veinticinco horas le prometo que mis clones estarán marchando sobre Drall —cedió Robert, alejándose del grupo hacia la plaza exterior del palacio.

Resultó tan extraño como antes, el clima había cambiado súbitamente, el frío y nublado tiempo quedó en la misma mañana soleada que había presenciado el asalto a la palaciega fortaleza. La plaza frente a la Casa Corona se encontraba tupida de soldados descansando tras la rápida incursión, algunos más se encargaban de los heridos y otros recogían toda la munición que pudieran salvar antes de marcharse. Al fondo, junto a las puertas voladas por el mismo AT-TE que yacía inactivo a un costado del muro defensivo, un grupo de oficiales formaba un corro en torno a una mesa improvisada con escombros y cajas de munición, hacia el cual Robert se puso en marcha.

—Creo que no terminamos nuestra charla, ¿tienes unos minutos, Jedi? —interrumpió Djueh.

—Pocos, ciertamente.

—Disculpa que no tenga mejores palabras para introducir mi discurso, no soy muy creativa en ese aspecto; tú me salvaste la vida.

—Es cierto, lo hice, pero no tienes que agradecerlo.

—Pues sí, sí tengo que, aunque el meollo del asunto no es que lo hayas hecho, sino por qué y cómo.

—Es muy simple, te lo dije antes, no puedo permitir que más inocentes mueran.

—Lo sé, vaya, eres un hombre extraño, me confundes, quiero decir, cuando estaba… yo, ¿morí cuando tú, llegaste?

—No, pero a decir verdad, de no haberme presentado en tu subconsciente de esa forma habrías muerto.

—Por la falta de aire.

—Una vez más, no, habrías muerto del susto.

—¿Susto?

—Estabas, no sé, como dopada cuando te saqué, te habrías alterado con facilidad sin mi, introducción —dijo Robert entre risas—, podría haber sido mortal, verte tu sola ascendiendo de una literal tumba sumergida a gran velocidad para salir a la superficie envuelta en una esfera de agua con un muy agudo y punzante dolor en la cabeza.

—Si no estaba muriendo, ¿por qué estaba desnuda?

—Ah, buena pregunta, la verdad siempre sucede.

—¿Siempre salvas a mujeres a punto de ahogarse?

—No, bueno, no es la primera vez que hago este tipo de presentaciones, aunque a veces es más caótico y los sujetos están más que desnudos, o simplemente son bolas de luz flotando frente a mí, lo cual no se me hace normal, es muy extraño.

—¿Cómo sabías que estaba ahí?

—Me enteré de la descabellada operación y del grupo que la ejecutaría, así que fui a ver de qué iba todo eso y me encontré con una cañonera disparándole al agua, eso despertó mi curiosidad y me puse a rastrear sobrevivientes, y ahí te encontré; traté de sacarte de inmediato, pero un tal Emil Teras me lo prohibió porque te mataría por descompresión o algo así; luego llame a un equipo médico con una cámara hiperbárica de los que usan los soldados SCUBA; hablé contigo y te saqué. No fue simple pero aquí estás.

—Y cuando estuve en la enfermería…

—De eso no puedo hablar, ahora, con tu permiso…

—Djueh

—Sí, Djueh; si me disculpas, tengo que cerciorarme de un par de cosas con mis oficiales.

—¡Espera! Te debo la vida, si hay algo que necesites, cuenta conmigo, siempre.

—Ahora que lo dices, sí hay algo que necesito, esta ciudad no se levantará sola, pero con la ayuda del pueblo que la vio caer recuperará su esplendor en poco tiempo. Es una

tarea difícil, pero estás más que capacitada para cumplirla. Si puedes hacer eso por mí, te lo agradeceré mucho. Ahora, como te iba diciendo, me tengo que ir, suerte.

—Gracias, general Van Phiney.

—Rob, Djueh, llámame Rob.

Djueh se sonrojó apenada mientras el Jedi se alejaba para pedir el parte de la campaña a sus oficiales. ¿Era cierto? ¿No era una ilusión la toma de Corellia? Tal vez, pero como sabios antiguos solían decir: “lo difícil no es ir a la delantera, sino jamás perder la ventaja.”

Reunidos en corro en torno a lo que llamaban “mesa”, los capitanes de la flota y algunos otros oficiales que habían participado en el asalto se hallaban, como de costumbre, discutiendo y disputándose mutuamente el crédito de la operación.

—Para cualquier efecto y antes de que sus cabezas ideen alguna otra locura irracional —interrumpió Van Phiney—, el parte que irá a la oficina de Palpatine deberá referirse a mí y al maestro Adatorn como los estrategas detrás de todo esto. Quiero un facsímile de ese informe junto con mi bitácora de campaña en mis aposentos antes de las 2200, tiempo estándar. Y quiten esas caras, peleen contra los droides, no entre ustedes.

—Como quiera, mi amo —murmuró sarcásticamente el mayor Napik de manera que su general no logrará escucharlo.

—¿Alguna noticia del coronel Octavio o del capitán Zaarin? —Prosiguió Van Phiney.

—Hicieron contacto en Froma Gallat, nada de qué preocuparse, pero temen que haya más resistencia en los otros hangares. Zaarin sugiere que los dejemos encargarse y que nosotros prosigamos —puntualizó el contralmirante Postarki.

—Yo lo apoyo, hay que seguir —mencionó el capitán Odessa.

—Bien —dijo Robert con agrado—, ahora, ¿alguno de ustedes vio a un velero geonosiano pasear por aquí?

—Mis clones lo detectaron, general, he mandado una patrulla para que se encargue de derribarlo mientras aún sigue en vuelo —respondió el coronel Lodowen.

—Mejor aún, ¿su progreso? —cuestionó el general Jedi

—Desconocido, no hemos recibido noticia alguna.

—Tanto peor, coronel, siga a la escucha. ¡Señores! Preparen sus tripulaciones, nos vamos a Drall.

—Vean qué ansioso estoy —dijo sarcástico Wilhuff Tarkin.

XII
Todos los caminos llevan a Coronet.

El alba despuntó como nunca antes; dos días después de la victoria en Casa Corona, el par flotas que habrían de partir hacia Drall para continuar con la campaña se dispersaron a lo largo del planeta con el pretexto de asegurarse de un considerable puñado de cosas (encontrar a Dooku, eliminar cualquier rastro de la armada separatista en Corellia, de la cual aún quedaba activa una pequeña parte a lo largo del globo; abrir todos los hangares subterráneos, lo cuál resultó sencillo con la ayuda de Trajan Solo y, por sugerencia del capitán Tarkin, difundir hasta en el último pueblo del planeta que la República Galáctica de los Jedi y Palpatine les había liberado de los separatistas); al tiempo que un sin número de corellianos y coroneses llegaban o regresaban a la capital para dar señales de vida, ver lo que había quedado de su patrimonio o llorar por lo perdido; la ciudad lentamente recobraba su usual palpitar con la ayuda del general Van Phiney, quien atendía personalmente un centro de asistencia para las víctimas de la guerra, apoyado fervientemente por Djueh, quien no se le había separado desde el asalto al palacio de gobierno, cuya reconstrucción avanzaba lentamente.

En Coruscant la moral se disparó a niveles insospechados: una ola de apoyo multitudinaria se elevó con loores hacia el canciller supremo en el Senado, cuyos representantes, enervados por los últimos sucesos, recibieron en medio de vítores y ostentosas celebraciones a las buenas nuevas procedentes de Corellia. Por otro lado, el consejo separatista, envuelto en controversias políticas para con sus aliados, se había cansado de dar explicaciones favorecedoras y falaces de lo sucedido en el sistema, sin querer aceptar que sufrían de escasez de tropas y recursos debido al reciente desmembramiento de muchos de sus provedores, encabezados Tecno Unión. En un desesperado grito de auxilio y consternación, muy influido por la desaparición del Conde Dooku, el general Grievous acudió a Ando en busca de tropas y pertrechos, pretendiendo que la sed de venganza de los aqualish en contra del “carnicero” Van Phiney bastaría para encender los ánimos y convencerlos de unirse al contraataque, aún imposible. Parecía que la República llevaba todas las de ganar en el asunto corelliano.

Entre tanto, la enorme plaza ante el palacio Corona, así como muchos otros puntos de la capital corelliana, bullía con los contingentes de ciudadanos que acudían a los campamentos republicanos en busca de ayuda y orientación.

En el extremo más al sur del campamento, junto a los restos del muro de contención separatista, se levantaba un cúmulo irregular y hacinado de carpas en torno a un patiecillo artificial. El conjunto funcionaba como albergue y enfermería para cientos de ciudadanos que, sin posibilidad de un mejor servicio en los hospitales o clínicas de la ciudad o sus alrededores, recibían atención médica y humanitaria tras asegurarse de sobrevivir al holocausto inflingido por el paso de los separatistas a través de la capital.

Djueh, que durante las últimas horas hizo poco más que atender con Robert los términos de la reconstrucción y la reparación de los daños producidos en el planeta, se

tomó unos minutos para recorrer y asistir en la enfermería. No había descansado en casi 24 horas, pero poco le importaba eso: desde hace casi media hora era la única asistente de un cirujano clon que luchaba por salvar la vida de un civil herido hace días, cuyo brazo gangrenado le estaba provocando una parálisis cardiopulmonar incontenible, no obstante, pese a los titánicos esfuerzos de ambos, el paciente fue derrotado por la gangrena.

—¡Malditos sean! —se lamentó el médico— Hora de la muerte, 1136, tiempo local —continuó tallándose la cara—. Ha hecho un excelente trabajo, señorita, me sorprende que no se dedique a la medicina profesionalmente, su presencia en un quirófano sería afortunada para cualquiera.

—Se siente raro, teniente —confesó Djueh—, yo misma estuve a punto de perder mi vida una vez… esto me deja sin palabras.

—Siempre es así de duro, se lo aseguro. En Kamino, constantemente nos decían que la mejor manera de valorar la vida era viendo la muerte a los ojos; yo llevo cinco años mirándola fijamente, y cada día que pasa aprendo a amarla más.

—Amar a la vida.

—No señorita, amar a la muerte, la deseo, pero eso no quiere decir que quiera dejar de vivir; si algún día caigo rendido en los brazos del viaje sin retorno, más vale que sea con fúsil en mano, y codo a codo con mis hermanos, cubierto de gloria y honor, lo único que desea un auténtico guerrero —concluyó el clon, dejando a Djueh pensativa y reflexiva—. Iré por alguien para que saque el cuerpo de aquí. Le sugiero que se vaya, se ve cansada.

El médico salió del remedo de quirófano y Djueh detrás de él. Fuera había un dispensario con medicinas y algunos otros pertrechos útiles en la enfermería, estaba solo y silencioso, por lo que la alcaldesa buscó un rincón tranquilo en donde sentarse y aclarar su mente.

—¿Dormiste bien? —entró Robert al poco rato.

—No, lo siento, no he dormido desde hace mucho.

—Debes descansar, no me gusta que te martirices así.

—¡Hago lo que puedo! *Todos* hacemos lo que podemos.

—Aún así deberías descansar. Nadie te culpa de nada aquí, lo que has hecho es admirable, pero puedes hacer más si descansas bien.

—Ya. Bueno, habrá tiempo para descansar en la noche, la luz diurna me molesta, no me deja dormir.

—De acuerdo, gracias.

—Estabas buscándome —dijo Djueh tras un silencio corto.

—Yo —titubeó Robert—, sí, sí, te buscaba.

—¿Necesitas algo?

—Sí, de hecho, me gustaría que me dieras algo de información, algo de historia.

—Bueno, no sé si sea la más indicada, no soy historiadora, sé poco sobre eso; ¡Corell! Ni si quiera sé algo de política, no estoy hecha para eso, yo soy relacionista pública, no política.

—Lo eres ahora, el puesto que ostentas en esta ciudad te confiere ese título. Por lo que he visto hasta ahora puedo asegurarte que si en Coruscant los políticos de la República fueran más como tú, estaríamos en la gloria.

—Nada sabes sobre mi gestión, no tienes fundamentos para hablarme así.

—Quizá no, aunque tampoco soy quien de nuevo se martiriza.

—¡Ya basta! ¿Qué quieres de mí?

—Primero, sería bueno que dejes de evadirme, ¿me puedo sentar?

—Sí —respondió ella, liberando algo de espacio en la caja sobre la cual estaba sentada.

—Lo que quiero saber es muy simple, ¿qué pasó aquí? ¿Cómo inició todo esto? ¿Cómo estaban las cosas antes de que llegara?

—Es… complicado, largo, mucho fue lo que aconteció.

—¿Puedes decirme?

—Te diré. Vaya me asombra que siendo general no sepas cómo transcurre esta guerra.

—Me dieron algunos puntos básicos en una reunión de pauta antes de salir, sucede que fui comisionado para esto a última hora, entonces…

—Entiendo. De acuerdo, no sé mucho de lo que pasó en el resto del sistema, así que tendrás que conformarte con saber lo que aconteció, al menos, en Coronet.

—No hay problema, con eso será suficiente.

—Bien. Cuando Corellia se separó de la República y declaró su independencia, la mayoría pensamos que, de desatarse un conflicto mayor, una guerra en este caso, estaríamos muy lejos de poder ser afectados; “es problema de ellos ahora, no de nosotros, nada tenemos que ver ya con sus disputas, estamos muy por fuera y por encima de esos conflictos”, dijeron, pero el gobierno siempre hizo lo posible por mantenerse indiferente ante esa declaración; Corellia, desde aquí hasta los planetas gemelos, se conduce por negocios, no por diplomacia; la oficina del diktat, después de todo, es un escenario bien puesto para ocultar la verdad de que la Compañía de Ingeniería Corelliana es la que realmente gobierna todo esto. En fin, hace unos meses, la CIE encontró un “buen negocio” con la Tecno Unión: muy calladamente se estableció con Astilleros Kuat un ominoso contrato para construir un enorme aparato en las plantas de Caroget, se trataba de un dispositivo para enfocar una especie de superláser.

—¿Superláser? ¿Alguna vez viste o supiste como era el aparato?

—No lo vi, no he tenido tiempo para pasear lejos de Coronet en las plantas industriales de la CEI, pero alguien me comentó que es tan grande que casi no cabe en los masivos talleres de las instalaciones de Caroget, y mira que son enormes, son las más grandes del planeta.

—¿Y luego?

—Se supone que cuando se terminara la estructura, pagada y comisionada por geonosianos, los separatistas vendrían por ella y la transferirían, no recuerdo si a Skako o a Kessel, pero sucedió que una vez terminada pidieron que se le instalara un emisor de

cierta clase para un cristal. El problema, y lo que acabó sulfurando a los altos mandos de la CEI, es que los separatistas exigían la instalación del emisor gratis, y créeme, por lo que me enteré el procedimiento era muy costoso.

—Se negaron, por supuesto.

—Así es, hace apenas un mes.

—¡Un mes! Esto se pone interesante. De acuerdo, ahora dime, ¿por qué se firmó el convenio con Kuat si el proyecto fue comisionado por geonosianos?

—No sé de ningún geonosiano que, al menos, se haya parado por aquí desde que todo empezó, el contrato lo firmaron Barandonan Gallia y Moses Tonk, ambos humanos y los respectivos presidentes de las compañías firmantes.

—No entiendo, ¿dónde embonan los geonosianos?

—No lo hacen, al menos no directamente, lo que pasa es que Kuat, a nombre de los separatistas, hizo el primero (y único, equivalente al 43% con intereses) de tres pagos a la CEI en créditos convertibles del archiducado geonosiano, y no tienes idea de cuán devaluada está esa moneda.

”Tampoco sé por qué magias decidió Gallia firmar con el enorme riesgo económico que el proyecto, financiado con exorbitantes cantidades de dinero devaluado, venía arrastrando, no obstante, le prestó mucha importancia, o eso parecía.

—¿Parecía?

—Quién sabe, la opinión pública se enteró del asunto muy tarde, Gallia y Merricope se aseguraron de guardar muy bien el secreto.

—¿Cómo sabes eso?

—Cobro dos nóminas, una como alcaldesa y otra como portavoz de la CEI, casi manejo yo sola la oficina de prensa de la compañía.

—Oh. ¿Y qué pasó después?

—Lo que tenía que pasar, pero a eso más tarde, primero importa lo siguiente: Gallia tenía muchas ocupaciones como para encargarse por sí mismo, aunque lo deseaba y mucho, de este proyecto, por lo que designó a su hombre de confianza para el trabajo, Trajan Solo.

”Y no es por hablar de más, pero Solo se obsesionó tanto con el trabajo que se autonombró ingeniero en jefe a los pocos días. Obviamente que Gallia jamás lo habría consentido, aunque estaba tan encantado con el trabajo de Solo que poco le importó si se autonombraba rey del mundo.

“Aquí regresamos al final de los trabajos y lo de la instalación gratuita que era imposible, tanto Gallia como Merricope montaron en cólera y, como el segundo pago pactado nunca llegó, pensaron que no pasaría nada si tomaban el asunto en sus manos, a lo que voy es que se negaron, uno, a continuar con los trabajos de ensamblaje requeridos fuera del contrato, y dos a mantener el dispositivo de enfoque en las instalaciones de Caroget.

“Dos días después, Gallia comunicó al consejo separatista las decisiones tomadas, y aunque fue respaldado por el mismísimo Moses Tonk, los separatistas se aseguraron de que el proyecto continuara por la fuerza, nos invadieron.

—Pues me alegro de saberlo, porque en estos doce días me he estado preguntando qué demonios hacían los droides aquí; ahora, hace dos semanas, más o menos, alguien pidió ayuda al Consejo Jedi, ¿puedes decirme quién fue?

—¿Dos? Perdóname, pero esto lleva más tiempo. El ataque se inició hace diecinueve días, cuando conquistaron Drall y ese alguien fue a pedir ayuda.

—¡Imposible! Nosotros llegamos tres días después del inicio de las hostilidades.

—Negativo, Robert, *tú* llegaste siete días después de que nuestro martirio comenzara.

—Yo…

—Garm Bel Iblis, él era nuestra única opción, no se podía mandar a otro, tenía que ser él, porque nos separó de la República y porque era la mano derecha de Merricope, nada más, por eso lo enviaron a él.

”Al día siguiente llegó la flota de invasión droide; Merricope despachó, estúpidamente, a las fuerzas del CorSec en vez de al ejército. Se enfrentaron en el espacio de Corellia y los nuestros fueron diezmados casi completamente, de igual forma lo fueron cuando los confederados descendieron. Ignoro qué pasó en Caroget, pero en Coronet tuvimos que ordenar al ejército que defendiera la ciudad.

Ellos eran demasiados, no pudimos contenernos, así que huimos y nos escondimos lo mejor que pudimos.

”Sin embargo, corrimos con la suerte de que esa misma noche llegaron las naves de la República; creímos al principio que los droides se marcharían al verlas, pero pasó todo lo contrario y los siguientes cuatro días se convirtieron, para nosotros y para la República, en una pesadilla. Eventualmente supe que a Merricope y a Gallia los secuestraron, incluso a mí me raptaron, aunque gracias a Corell fui liberada por el ejército clon. Entonces ellos me llevaron con el Jedi que comandaba la misión, (esto hace como dos semanas, ya no me acuerdo), y él me encomendó que reuniera una fuerza civil que les ayudara a combatir a los separatistas porque presentía que sus legiones no lograrían soportar por mucho tiempo, y así fue, poco después una fuerza maligna y extraña los derrotó, sólo quedó mi grupo de resistencia, doscientas diez personas al principio, de las cuales, hasta hace doce días, cuando tú llegaste, sólo quedaban treinta dos.

—¿Qué pasó con ellos?

—Muchos murieron cuando tratábamos de ahorrarle trabajo a tu flota rescatando a Trajan Solo, lo que, según sé, hiciste muy bien —dijo sarcástica—. Los demás fueron capturados, algunos murieron ahí, y los que sobrevivimos nos separamos eventualmente.

“Ah, era un grupo curioso, había de todo: militares, soldados clon, médicos, políticos, policías, una mujer embarazada, maestros, jóvenes, un sacerdote de Serenno, empresarios, comerciantes…

—¡Espera, espera, espera! ¿Dijiste “sacerdote de Serenno”?

—Eso creo.

—¡Bendu! Los Notables, ¿sabes su nombre?

—Claro que lo recuerdo, era Abradax Adatorn, fue el último en unírsenos y siempre nos estaba cuidando las espaldas, era casi como un Jedi o algo parecido, dijo que su gobierno le había encomendado una misión especial aunque no dijo cuál exactamente, nunca se nos unió en batalla porque tenía que cuidar unos holocrones, y no podía exponerse a que se dañaran en una pelea. Creo que es hermano del otro general, de tu compañero. No sé que fue de él, se marchó cuando su hermano nos liberó.

—Algo he sabido. Por cierto, ¿dónde conseguiste ese sable? —preguntó Robert señalando el cilindro plateado que colgaba de su cintura.

—Es curioso —contesto Djueh entre risas—, me calló en la cabeza dos días antes de que llegaras y cada vez que lo dejo ir vuelve a mí. Abradax me lo pidió cuando llegaste y lo envió muy lejos dentro de un androide; el cual no volvió, pero sí el sable, desde entonces no lo suelto, me ha sacado de muchos peligros y me hace sentir más segura. Lo quieres, ¿verdad?

—No, está mejor contigo, sólo úsalo bien, es un instrumento engañoso para quien no sabe como usarlo, aunque con la práctica te acostumbras. Sabes, hay quien dice, o decía, da igual, que los sables tienen algo así como una conciencia propia, heredada de quien los construye; es un antiguo mito en el que ciertamente no creo, tan sólo encuentro interesante el dicho que reza que si abates a un Jedi en combate y le quitas su sable heredarás su sabiduría y cualidades. ¡Ah!, cómo quisiera que fuera cierto, en fin.

—Y si es tan peligroso, ¿por qué me dejas conservarlo?

—Porque debes tenerlo, no creo que sea simple coincidencia el hecho de que haya llegado a ti en dos ocasiones.

—¿Me enseñarías a usarlo?

—Lo siento, no puedo ahora, aunque cualquier maestro de esgrima deportiva podría enseñarte lo básico, pero no será suficiente, por las desventajas de no sentir el peso de la hoja.

—Entiendo. ¿Crees que un objeto como éste pueda albergar la esencia de alguien?

—Es muy difícil lograr que un objeto adquiera tal propiedad, pero, hasta donde tengo entendido, sí, es posible; no es como eso de que los objetos pueden tener conciencia propia, esto es más complejo, involucra partes de la Fuerza altamente corruptoras y peligrosas, crear un amuleto así es como condenarse a uno mismo. Crees que ese sable alberga alguna esencia, ¿verdad?

—El día que mi familia fue asesinada por los separatistas... esto llegó a mí —dijo Djueh sollozando y observando su sable—. Te juro que en ese momento lo único que deseaba era… matarme, para estar con ellos, y entonces fue cuando me golpeé la cabeza con él… creí que era algún tipo de señal, como si ellos no me hubieran abandonado, como si siguieran aquí, también fue la piedra donde grabaría mi proclama de venganza. ¡Me duele, Robert! No sabes cómo duele.

—Ven —dijo el Jedi, abrazando a Djueh para consolarla—. Sin duda tu familia, como un todo dentro de la Fuerza, sigue viendo por ti, y debes honrarla haciendo todo lo que

puedas para demostrar que estás decidida a demostrar que no se han ido en vano, debes evitar que masacres como la de tus padres y hermanos se repitan y se multipliquen y debes ayudar a otros a sobreponerse a sus pérdidas, así funciona esto, deja que tu odio y sed de venganza se vuelvan un arma en contra de lo que desea destruirte, no contra ti, tan solo libérate del dolor que esta pena te impone.

—¡Cuánto quisiera hacerlo, pero no puedo hacer un ejército de mi misma!

—Ni debes, como tampoco debes llorar las pérdidas.

—Tal vez tengas razón, lo menos que quiero ahora es sentirme sola.

—Y no estás sola, me tienes a tu lado para acompañarte en los momentos de mayor soledad, mientras viva no dejaré que tu vida esté en riesgo.

Djueh cesó de llorar y abrazo a Robert con más fuerza, luego, apartándose un poco desató la banda azul con la que sujetaba su cabello, y, con sentimental parsimonia, se lo entregó a Rob:

—Esta banda es el único recuerdo que me queda de mi familia... y quiero que tú la tengas, quiero dártela como mi más ferviente agradecimiento por salvarme la vida, y porque quiero que cada vez que me pregunten qué hice con ella recuerde que se la entregué al salvador de mi vida y de mi pueblo, será ésta la forma en que te recuerde siempre —dijo ella con melancolía.

Van Phiney titubeó un poco, y tras segundos de pensárselo mejor, aceptó.

—Yo tampoco te olvidaré, jamás lo haré, con este gesto, juro protegerte con mi vida si es necesario, no sólo durante esta guerra, sino por el tiempo que nos quede.

—¿Me prometes que nos volveremos a ver?

—Lo haremos, en mejores tiempos, con la guerra muy lejos de nosotros, tú y yo — Juró Robert, estrechando entre sus brazos el frágil cuerpo de su interlocutora.

—Espera —continuó ella tras unos minutos—, quiero ir contigo, quiero acompañarte, quiero de verdad irme contigo.

—Lo agradezco, pero, ¿a dónde? No hay muchos lugares a dónde ir siendo un Jedi, mi único hogar está en Coruscant y no te puedo llevar ahí, son las reglas.

—¿Qué importan las reglas? Huyamos, vámonos, como tú dices, a donde nos quede lejos esta guerra; te necesito, de verdad te necesito.

—¡Djueh! Escucha, te amo, yo también siento algo por ti, pero esto no puede ser más; mi vida es para cada ser en la galaxia, le pertenece sólo a la Fuerza, mi misión aquí es proteger al que me necesite; no voy a negar cuánto he llegado a quererte desde que te conocí, sin embargo, no puedo involucrarte en lo que hago, no sólo son las reglas, es por el bien de la Orden a la que sirvo y de la galaxia misma, no debo ser tan egoísta, entiéndeme y perdóname, por favor.

—¡Pero es que…!

—No digas más. Djueh, así como yo debo elegir entre mis sentimientos y mi labor, así debes tú comparar en la balanza si eres más importante que el bien mayor, el cuál en este caso es no sólo ayudar a reconstruir las vidas que se han perdido, sino reencontrarte a ti misma, definir y defender por lo que luchas y hacerlo como la mejor. Te necesito aquí,

tu gente te necesita aquí, más que nunca y junto a ellos; ¿puedo confiar en que elegirás lo correcto?

—Lo haré —dijo ella vacilantemente.

—Es momento de que me vaya, entiende por qué lo hago y por qué debe ser así, tengo que despedirme ahora, aunque no habrá día en que no sepa de ti ni en que tú ignores de mí, te lo prometo.

—Gracias —concluyó ella mientras el Jedi se alejaba— ¡Robert! Cuídate

—Gracias, también tú, y descansa, que buena falta te hace.

Van Phiney abandonó la enfermería complacido por las respuestas que había obtenido, aunque algo abrumado por lo que sentía respecto a Djueh, sin embargo, sabía muy bien que no era el momento para dudar.

Se dirigió entonces al *Aclamador*, había algunos pendientes que tenía que completar con el maestro Adatorn y el vicealmirante Brezan antes de pasar a los preparativos del asalto al resto del sistema, un evento largamente esperado. Al abordar la nave subió inmediatamente al puente de mando, suponiendo que ante la inminencia del despegue encontraría ahí a sus dos objetivos.

—Los capitanes dispersados informaron que están por regresar, partiremos a Drall en unas horas —dijo Deneastor al sentir la presencia de su antiguo aprendiz, quien se acercaba por la pasarela superior mientras Adatorn miraba por una de las ventanas en ese nivel.

—Entonces Corellia está limpio, y dígame, ¿quién se quedará? —correspondió Robert algo apesadumbrado.

—Lemelisk en órbita y Roktaivon en superficie —dijo el viejo general, antecediendo un frío y largo silencio—. Nos separaremos —continuó—, tú irás a Drall y Tralus, yo me encargaré de Selonia y Talus, no necesitamos estar los dos en el mismo planeta, también nos dividiremos las flotas; me han informado que la del contralmirante Morcan llegará en seis horas con cuatro naves y cinco legiones a su disposición, ya te enviaré una relación de cuáles tendrás bajo tu mando, pero puedes quedarte con la de Brezan.

—¿El *Aclamador*? Bien, perfecto.

—Sí, y sobre el asalto a Drall, ¿alguna idea?

—No, pero algo se me ocurrirá.

—Siempre se te ocurre algo, así funciona. Dooku vive, fue rescatado ayer por un comando separatista, el último resquicio de los confederados que había en el planeta, según parece.

—¿Cree que planee alguna represalia?

—Es posible, después de todo, necesita este sistema para crear un vínculo entre Nueva Plympto y Neimodia, sólo así cortará los accesos al núcleo por el corredor corelliano y la columna de comercio de Corellia.

—¿Y qué pasa con Devaron?

—Devaron era un pretexto, una mentira del Conde Dooku para despistarnos y confundir al consejo separatista; realmente nunca tuvieron la intención de conquistar ese

planeta, al parecer no creen que sea importante, no tanto, claro, como lo que transportaban desde Nueva Plympto.

—De acuerdo, dos cosas, ¿lo que transportaban de casualidad no era un emisor de cristal para una estructura de superláser? y, ¿Por qué Dooku querría confundir a los separatistas?

—Sí a lo primero y no lo sé a lo segundo, un bonito misterio, le verdad.

—Ya. Hay algo más que quiero saber.

—Habla.

—¿Cuánto tiempo hace que Corellia fue tomada?

—Mucho ya, cuatro semanas cuando menos.

—¿Y por qué llevo pensando que fue menos?

—Nunca preguntaste, ni estuviste presente cuando el Alto Consejo me comisionó para dirigir esta locura, por eso no supiste.

—¡Bogan! Otra cosa más, ¿cómo cuadra Devaron con todo esto si para llegar a Neimodia no es necesario pasar por ahí?

—Es extraño, pero por lo que leí en los informes de inteligencia, planeaban utilizar un mal atajo para pasar desapercibidos; verás, desde que la guerra empezó y más aún después de lo que paso en Kamino y con el asunto de los códigos que el capitán Raziel encontró en el *Mano Invisible*, la República patrulla constantemente las rutas que pasan por el sector corelliano, o cuando menos los segmentos más cercanos al núcleo, así que los separatistas se verían muy estúpidos pasando por ahí.

—Usaron una ruta alternativa

—En efecto: se trata de un antiguo circuito en desuso, obsoleto por las principales y más recientes rutas hiperespaciales, y aunque algunas son de hecho más pequeñas, también son más rápidas y directas. En fin, el casi desconocido circuito khommita fue trazado hace mucho para conectar sistemas como Nueva Plympto, Khomm, Byss, Teyr, Talfaglio o Rendilli, pero es muy grande y su paso por el núcleo profundo lo hace terriblemente lento, tardabas seis meses para ir de Nueva Plympto a Rendilli, pasando por Byss, claro, cuando hoy puedes seguir esa misma ruta en menos de uno; además, ya nadie la cuida o la mantiene, actualmente parece ser que pocos la conocen.

—Entonces el maestro Windu se equivocó cuando dijo que el destino del convoy era Devaron.

—No, no se equivocó, recuerda que ahí se supone que debería ir la nave, incluso Grievous lo pensaba, dudo si tenía conocimiento de la importancia de la carga que llevaba, o incluso para qué servía, aunque eso no habría importado en lo más mínimo, las tropas de la república en Devaron, o las locales si quieres, se habrían hecho con el cargamento de todas formas, así que fue mejor que lo tomáramos antes.

-

—Bien, ¿y qué fue del emisor, a dónde lo llevaron?

—El maestro Windu dijo que había sido transferido a Coruscant, y puesto bajo la custodia de Raith Sienar.

—Y en cuanto al aparato de enfoque, ¿qué pasará con él?

—Si hablas del dispositivo que aún no encontramos, temo que tendremos que esperar más, pero es vital que lo recuperemos, antes de que regresen por él.

—Esto me abre otra duda, ¿por qué Dooku llevaría cosa tan importante a un lugar bajo control de la República?

—Por qué fingiría hacerlo encajaría mejor, pero una vez más, lo ignoro. Esperemos que el tiempo nos aclare, mientras tanto, que todo siga su curso.

-

—Tiene razón. ¿Ha visto al vicealmirante Brezan?

—Creo que está en el *Zhell*, aunque lo más seguro es que Tarkin lo tenga en el estomago.

Robert soltó una risita, posteriormente se retiró y se puso en camino a las cubiertas inferiores.

—General —intervino un clon de las trincheras de instrumentos—, los capitanes Zaarin, Odessa, Leith, Ma Tzon y Hai se reportan de regreso a la base, señor.

—Excelente —respondió Adatorn—, ¿alguna novedad?

—Nada salvo el parte, general, el capitán Zaarin nos está enviando una copia.

—Hágame un duplicado ahora mismo del documento, lo quiero en mis manos de inmediato.

—Enseguida, señor.

El clon se movía de un lado a otro de la trinchera hablando con algunos compañeros antes de obtener un facsímile impreso del parte de campaña que Demetrius Zaarin había enviado, mientras tanto, Adatorn bajaba a la plataforma del puente un tanto emocionado, aunque por su velocidad al caminar quedaba claro que trataba de disimularlo. Cuando el clon tuvo lista la hoja con la información requerida, Adatorn la tomó con desconfianza para, con cierta vacilación, ponerse a leerlo. El contenido del parte, según pudo advertir, fue el siguiente:

GRAN ARMADA DE LA REPÚBLICA GALÁCTICA
COMANDO DE LA DUODÉCIMA FLOTA
LÍNEA PROVISIONAL DE RECONOCIMIENTO PETH
PRIMER MANDO DE LÍNEA. NAR “INTERDICTOR”
SECTOR CORELLIANO
SISTEMA CORELLIA
PLANETA CORELLIA

SATUNDA 14:6:28[8]
CAMPAÑA 1614-22
OPERACIÓN: “TORMENTA PURIFICADORA”
COMANDANTE A CARGO: CONTRALMIRANTE LICTOS POSTARKI
OFICIAL A CARGO: CAPITÁN DEMETRIUS ZAARIN
REDACCIÓN: CAPITÁN DEMETRIUS ZAARIN
VALLE DE CAROGET – “TORMENTA PURIFICADORA” – HORA 27

El día diecinueve de la campaña 1614-22 en Corellia comenzó a las 0630 horas, tiempo corelliano. El toque de diana se dio puntual dentro del *Interdictor*, emplazado en las coordenadas 31º 14’ S y 56º 38’ 29” E, a las afueras del pueblo identificado como Caroget, dentro del valle del mismo nombre.

A las 0718, el Mayor RA 0028/9782, del personal clon, me informó del progreso de nuestra estrategia, planeada a la hora 23 de la operación y de la cual envié la correspondiente descripción en el informe inmediatamente anterior al presente, estando los preparativos iniciales totalmente concluidos y certificándonos luz verdes para comenzar la operación. Antes del inicio de ésta, sin embargo, me permití ponerme al frente de la compañía Gamma del octavo batallón de la legión 201, sólo para asegurarme de que todo marchara según lo previsto.

A las 0742 hubo una reunión de pauta entre los oficiales, dirigida por mí, para afinar pormenores antes de salir, posteriormente me dirigí a mi compañía para brindarles algunas palabras de aliento antes del inicio del reconocimiento a los hangares subterráneos de Caroget.

Partimos sin novedad a las 0800, fueron desplegadas dos compañías del octavo pelotón (Gamma y Rho), tal como se había previsto, en ocho cañoneras de asalto de baja altitud para infantería, cuatro por compañía, así mismo dispusimos de 200 rifles de asalto, 4000 cartuchos de munición para dicha arma; 182 pistolas DC-19; 25 fusiles de francotirador, 700 cartuchos para el mismo; 2 lanzacohetes, 14 cohetes; 800 detonadores térmicos; 652 granadas de concusión; 200 equipos de seguridad para escalar y 52 mochilas cohete, todo para 192 hombres (96 de cada compañía).

Alcanzamos nuestro objetivo a las 0816, sobrevolamos un par de veces las gigantescas puertas de los hangares, mismas que semejaban una enorme plancha

[8] El Calendario Galáctico Estándar es la base de la medición de tiempo en toda la República, y es independiente de los calendarios locales. Basado en el periodo de traslación de Coruscant alrededor de su estrella, consistente en 368 días de 24 horas, el calendario está dividido en 10 meses de 7 semanas cada uno y 5 días por semana (Atunda, Katunda, Satunda, Datunda y Natunda), más tres semanas feriadas y tres días festivos. La notación del calendario tiene el esquema *Año*:*Mes*:*Día*. El nombre de los meses es variable según los diferentes sectores y sistemas. El inicio de la era que se cuenta para el tiempo de las guerras clones comenzó en el 35 ABY con la Gran ReSincronización, esto para sustituir el antiguo calendario que iniciaba después de la séptima batalla de Ruusan (1,000 ABY), de ahí que nuestra historia se sitúa en el sexto mes del decimocuarto año después de la Gran ReSincronización. La Nueva República Galáctica y la Alianza Rebelde instituirían tiempo después un calendario que tomaba como base la Batalla de Yavin, siendo el día de ésta fechado como 00:1:1 DBY. *Fuente: Wookiepedia, The Star Wars Wiki.*

octogonal colocada arbitrariamente en un terreno llano y amplio, aunque saturado de escombros, restos de humanos y droides, así como una gran cantidad de equipo y munición, tanto corelliano como republicano, en estado inoperante.

Me aseguré de que Trajan Solo viajara conmigo en la misma cañonera para observarlo mientras introducía los códigos necesarios en la terminal exterior de seguridad que nos daría acceso al hangar. Aterrizamos a las 0818, bajando yo de la lanzadera junto con él, nos dirigimos a lo que a simple vista parecía una roca a un costado de las puertas, no obstante, se trataba de una terminal camuflada que, tras revelarse frente a nosotros, sirvió para que Solo introdujera las tarjetas de acceso, colocara su huella dactilar en un escáner y tecleara una secuencia de caracteres alfanuméricos (mm5o25m8pikl752a5), con lo cual se despejo nuestra entrada.

Asombrado me percaté de la inmensidad del lugar, la apotema del octágono sin duda debió haber rondado los setecientos metros mientras que la profundidad de la instalación debe de ser no menor a los mil quinientos metros. Una nave de asalto clase Aclamador entraría a lo largo por ahí sin problemas.

El recinto se dividía en cinco niveles, cada uno de aproximadamente doscientos metros de alto y con un espesor de piso cercano a los cincuenta metros. La primera vista que tuvimos de estos niveles fue durante la apertura de la escotilla superior, misma que dejó ingresar un ancho haz de luz que fácilmente iluminó el kilómetro y medio de profundidad con la que cuenta el hangar. Finalmente y como apoyo adicional, se encendieron en el interior un sinnúmero de luces que permitieron apreciar mejor el hangar, del cual provino casi al instante un clamor de alegría fantasmal y escalofriante. Nos encontramos con que los hangares estaban habitados por ochocientas treinta y seis personas (ochocientos veinte elementos del ejército corelliano y dieciséis civiles, cuyos nombres son indicados más abajo) que quedaron atrapadas cuando el cierre de emergencia se activó. También se pudo apreciar los escombros de cientos de cazas y algunas naves estrelladas contra las plataformas, así como la estructura en ruinas de un crucero clase Providencia de la Federación de Comercio, incrustado en lo que pudiera ser el piso más inferior del hangar.

Deneastor no continuó leyendo el resto del informe, la frase “ochocientos veinte elementos del ejército corelliano y dieciséis civiles, cuyos nombres son indicados más abajo”, distrajo su atención y lo orilló a remitir su lectura hasta el final del documento, donde con consternación llegó a la sección donde se indicaban los nombres de los civiles rescatados.

Relación de civiles encontrados en las instalaciones de Caroget:

1. Abraham, Jens.
2. Activea, Karleena.
3. Adatorn, Abradax

Deneastor se quedó petrificado al leer el tercer nombre, invadido por una alegría sin igual porque su hermano vivía, tal vez debió haber previsto que Dooku le habría mentido, sin embargo se sentía de lo mejor al confirmar que Abradax no había sido asesinado, y

con eso en mente, permitió que la fuerza de sus rodillas lo abandonara, con lo que calló hincado sin soltar la hoja de las manos, cuya lista final, tras haber asimilado el nombre de Abradax Adatorn en ella, continuó leyendo: Araxus, Beran; Hanstonar, Cliff; Hermi Hal…

Horas después, los portadores de estos nombres descendieron en grupo del *Interdictor* y del *Vandar Tokare*, la última oleada de sobrevivientes.

Y Beran le sonrió al esforzado desprecio de Djueh.

Mano Invisible, Sistema Neimoidea.

Los pesados pasos del General Grievous resonaban por los estériles pasillos de su nave insignia, tenía apuro por llegar a los ascensores que conectan con la plataforma superior de observación; nadie se interponía en su camino, la nave, una vez más, parecía desierta.

Hipaba, Grievous hipaba constantemente mientras maldecía por lo bajo, también estaba impaciente, en cuanto llegó a los ascensores destruyó con su poderosa mano biónica uno de los paneles de control de los mismos, luego accionó el contiguo y, como el carro no llegaba, empezó a golpear la puerta hasta que se abrió, dentro había un par de súper droides de batalla que el general rebanó violentamente con sus cuatro sables de luz, y aunque no parecía más tranquilo, aguardó en silencio hasta que el ascensor se detuvo. Las puertas se abrieron justo en la plataforma de observación, y dado que las puertas del mirador estaban abiertas Grievous entró sin más para reunirse con las tres siluetas que había dentro, dos reales, de carne y hueso, y la última holográfica. El trío se encontraba sentado en la mesa del centro, discutiendo parsimoniosamente y en un silencio tal que resultaba estremecedor.

—Milord —dijo Grievous con una reverencia al unirse al trío.

—General —contestó fríamente la silueta holográfica—. Comentaba con el Conde Dooku y el Virrey Gunray los detalles de mi descontento por lo recién acaecido en Corellia; debo agregar que las últimas horas he pecado de paciente tan sólo pensando en qué merecen que haga con ustedes, sin embargo, aunque su falta ha sido tan grande como imperdonable, no puedo darme el lujo de prescindir de ustedes. Considérense afortunados de ser tan importantes para miles de millones de seres, si fuera sólo por mí ordenaría al Conde Dooku que los despedazara de inmediato. En especial a usted, general, pero soy piadoso, no tiene idea de cuanto.

—Me halagan sus palabras milord, no esperaba menos.

—Me doy cuenta, general. Yo, por mi parte, esperaba más de usted.

—Podríamos seguir cortando cabezas, de no ser por su premura, Grievous —terció el virrey Gunray.

—No convierta su pobre discurso en un galimatías, virrey, sabe cuán culpable es usted también, por no seguir mis indicaciones —reprimió Dooku.

—Dicho —intervino Sidious—, y antes de que el nombre de San Hill sea mencionado aquí, no tengo por qué dar explicación alguna de la forma en la que pagó su ignorancia.

Aunque me interesa más conocer, después de tanto tiempo, cómo es que el emisor cayó en manos republicanas en primer lugar. General.

—Un crucero de interdicción de cierta clase nos sacó del hiperespacio cerca de Nueva Plympto, luego apareció una flotilla de la República que nos abordó…

—Conozco la versión oficial, general, quiero detalles, quiero que me diga qué forma tenía la nave interdictora —interrumpió el maestro Sith.

—Forma de cuña, con seis esferas colocadas por borda, no más grande que este carguero.

—Es muy grande para ser un crucero de interdicción. Forma de cuña, liga el diseño a Walex Blissex. Ahora, con nuestro emisor en manos de los talleres de Raith Sienar y los otros componentes necesarios para el bastidor principal en Skako, me queda preguntar, dónde está el dispositivo de enfoque.

—Sigue en Corellia, mi señor, oculto en las ensambladoras que usted sugirió, debajo de Coronet —intervino Gunray.

—Sin duda tardarán en encontrarlo, nadie conoce la ubicación exacta de esos antiguos depósitos —concluyó Dooku.

—Excelente. Virrey, general, retírense —ordenó Sidious, siendo acatada su disposición ipso facto, una vez quedaron solos, Dooku continuó la charla.

—¿Confía realmente en que nadie descubrirá las instalaciones? —prosiguió el Conde.

—Lo doy por sentado, sin embargo, como le dije antes, esta guerra se construye a través de balances, y aunque los Jedi no presten demasiada atención a la construcción de nuestra superarma, al menos por ahora, debemos proporcionarles de último momento la ubicación del dispositivo, de lo cual me encargaré yo, haré que algún despistado geonosiano hable más de lo debido.

—¿Qué pasará después con el aparato?

—Me encargaré de que sea enviado a Kessel junto con las partes que Sienar posee en calidad de material confiscado, pero no reanudaremos la construcción de la superarma por el momento.

—Esplendido, no obstante, ¿cómo reaccionara la CSI ante la caída de Corellia?

—Pida refuerzos, Conde, no solamente droides, convenza a la galaxia de que la recuperación de Corellia es de vital importancia, la prensa y la República se encargarán del resto.

—¿Llegarán esos refuerzos realmente, tal como se había planeado?

—Por supuesto, aunque ha habido un cambio en mis designios, no podemos permitir que el consejo separatista adquiera más poder, no por ahora, hay que inyectar motivación al Senado.

”Otra cosa, la flota corelliana de la República se dividirá, una mitad tomará Drall y la otra Selonia. Defienda Drall hasta el último droide, haré que Grievous y Ventress se le unan.

—Así será, milord.

—Bien —concluyó Sidious esbozando una macabra sonrisa, tras lo cual su imagen desapareció.

-

El último día en la superficie de Corellia fue lluvioso, sólo dejaba de notarse en la atmósfera superior, por encima de las ennegrecidas y esponjadas nubes de temporal. Más de quinientas naves eran las que abandonaban el planeta esa tarde; todas encaminadas a repartirse entre los dos generales para la liberación de los restantes planetas del sistema corelliano, al final catorce de la República y casi cinco centenas de fragatas, corbetas, naves de línea y demás arsenal de las fuerzas espaciales locales.

A medida que el grupo se elevaba y el azul del cielo se oscurecía progresivamente, la tensión entre los oficiales de ambas partes e incluso entre muchos de los soldados, aumentaba; el contralmirante Morcan, por su parte, junto con sus cuatro naves, no llegaba al sistema todavía y se calculaba que no lo haría hasta dentro de un par de horas más, con lo que cada movimiento debía ser cuidadosamente premeditado a fin de no subestimar a los reducidos grupos separatistas.

Se esperaba, desgraciadamente, que la CSI trajera exorbitantes cantidades refuerzos en un ataque de represalia para rehacerse con el control del sistema, en otras palabras, se esperaba una batalla simultánea en los cinco planetas de desastrosas proporciones. Por otro lado, el grueso de las fuerzas reunido por Adatorn y Van Phiney iba más allá de lo común, más de doscientos cincuenta mil hombres y mujeres reunidos en el equivalente de cuarenta y dos legiones completas, miles de voluntarios corellianos y clones reunidos bajo el mismo estandarte; tal cantidad de tropas no podía corresponder a un mero capricho, el número de soldados puestos a disposición de un solo general casi nunca superaba la cuarta parte, sino que obedecía al honor que Van Phiney le hacía a su casi religiosa admiración por los mandaloreanos y su amor por la guerra.

Dentro de la sala de control del *Aclamador*, la nave insignia de Van Phiney, el joven general contemplaba admirado la magnitud y la escala de la empresa que, mucho tiempo atrás, fuera sólo una parte, como muchas otras cosas, de sus ilusiones infructuosas.

XIII
Drall

¡Corre! Habían dejado de oírse los disparos, sólo se escuchaba el pesado andar de los droides avanzando hacia los restos estoicos del *Furia de Coruscant*. ¡Corre!

Van Phiney se puso en marcha, se reincorporó silenciosamente asiendo su rifle a sus cansadas manos con la fuerza que le quedaba tras la explosión, y sin poder apartar los síntomas de mareo causados por el estrepitoso estruendo de la bomba, visualizó el accidentado camino hasta la nave y se puso a andar por él. Los oídos le zumbaban y la vista era borrosa, sus piernas no aguantaban su peso y el pecho le ardía. No hay caos, hay serenidad. No obstante, seguía andando por ese tortuoso camino, con la vista fija en el improvisado bastión separatista; sus ojos se aclaraban y su mente, cada vez más resuelta, le conducía hasta él con sublime perseverancia.

Tan pronto se hubo visto lo suficientemente cerca como para tocar el casco de la nave, y luego de asegurarse de que ningún enemigo le seguía ni con la vista ni con los pasos, el Jedi tomó entre sus maltrechos dedos la argente empuñadura, para hacer con la hoja azul que esta emitía un agujero de buen tamaño por el cual se escabulló furtivamente.

El interior del enorme carguero se había oscurecido por la total falta de luz que alguna vez le habrían proporcionado las lámparas de los pasillos, cuyas dolientes estructuras habían sido despojadas de todo orden y pulcritud tan característicos de las naves republicanas. En medio de esa oscuridad y de todo ese ruinoso escenario, Robert siguió caminando.

El silencio envolvió sus intenciones, la fatiga encubría sus maliciosos pasos, mover lo pies era su única motivación y la senda trazada al puente de mando que él habría de seguir.

—Intruso detectado en el sector siete —escuchó decir a lo lejos—, procediendo con protocolos de eliminación.

—Esta es un área restringida —respondió la femenina voz de la computadora de abordo—, todos los sistemas defensivos en línea.

Repetidos y breves disparos que provenían de no muy lejos de la posición de Robert se dejaron percibir por sus oídos, y él, decidiendo que lo mejor sería evitar cualquier tipo de lucha, modificó su ruta hacia donde los droides no esperaran encontrarlo.

Por fuerza tuvo que pasar entre las silenciosas mamparas del bloque carcelario, ya que sólo por ahí habría de encontrar un ascensor, si es que quedaba alguno que funcionase, capaz de llevarlo hasta la cubierta de mando. Atravesó las celdas sin problemas, sin ser detectado por más que un simple droide de mantenimiento que chirriaba descompuesto por el puesto de guardia. Y envuelto entre sombras, con la mente desorientada y el corazón en taquicardia, ingresó al único carro que servía de los tres ascensores que quedaban activos en cubierta. Una vez seguro de que el elevador servía y

lo llevaría directamente hasta su destino, activó los controles y comenzó a subir; el carro se estremeció un poco, pero finalmente se puso en movimiento.

Poco después hubo otra explosión: parte del techo del elevador hacía sido atravesado por un disparo que pasó rozando por muy poco el cuerpo de Van Phiney, quién, sorprendido, elevó la mirada en busca de lo que fuera que hubiera disparado. No bien hubo enfocado a su atacante cuando un superdroide de batalla le saltó encima, cayendo apenas a unos centímetros de él dentro del maltrecho cubículo ascendente, la bestial máquina de guerra agitó sus poderosos brazos en contra del pecho del Caballero Jedi, estrellando violentamente el cuerpo de éste contra la delgada pared del elevador, acto seguido, estando Robert noqueado por el impacto, el droide se apartó y apuntó contra su cabeza el mortal bláster; una fuerza invisible apartó entonces al droide de su posición haciéndolo errar el disparo en el último momento hacia el panel de control, en cuya herida se vio súbitamente reflejado un resplandor azul. Rob se erguía victorioso sobre el cuerpo metálico de su atacante dividido por la mitad, mas no era el momento de quedarse quieto, el elevador se detuvo.

Las puertas abiertas dieron paso a la escena terrible de la destrucción y muerte en el corredor principal de la cubierta de control. Entre cadáveres apilados y escombros llameantes sólo el fuerte pasará, y tras sus pasos sólo el Jedi avanzará.

Con un pesado andar Robert llegó al puente, y dirigiéndose en calma por la pasarela central se situó ante las ventanas sin cristal de la parte frontal, sólo para detenerse a contemplar, observar el exterior vacío de la ciudad de Meccha. No notó que detrás de él algo había caído sino hasta que fue demasiado tarde, su lenta reacción sólo le permitió visualizar el inexpresivo rostro de su victimario, y tras apenas poder murmurar “Grievous”, la cabeza cercenada del joven Jedi cayó y rodó por el suelo.

Cuatro días antes…

El método mandaloreano.

El espacio, sereno y en calma, vasto y salpicado de estrellas hasta donde alcanza la vista, un escenario de perfección, de belleza inmensurable. Es curioso pensar que Drall, en toda su magnificencia es, como cualquier otro planeta, apenas un punto insignificante en la vastedad del universo. Por eones no han sido más, ni el espacio ni Drall, que lo que dicta su naturaleza, hoy sin embargo, son algo diferente.

Numerosos enjambres de cazas de ambos bandos surcan ferozmente la órbita del planeta; en una osada estrategia, los escuadrones de Van Phiney, tenazmente perseguidos por los droides, se acercan constantemente a las baterías de los cargueros separatistas para librarse por fuego amigo de sus perseguidores, mientras que, en la retaguardia, las naves de la línea de ataque del general Jedi aguardan por sus ordenes.

El plan de Van Phiney ha funcionado exitosamente hasta ahora, los refuerzos confederados han empezado a disminuir aniquilados por el fuego de sus propias armas, en tanto las aguerridas fuerzas del general Jedi atraviesan las mal guarnecidas líneas enemigas. La furia de las baterías de las naves de casco azul ha sido desatada, mientras

tanto, aquellas dispuestas en las naves de la República permanecen en silencio, apartadas del escenario donde la escaramuza entre cazas y naves capitales se desarrolla tan estilizadamente.

—Las naves están en posición, vicealmirante, la cuenta atrás está corriendo según los planes —dijo el capitán Tarkin, quien se encontraba junto a Brezan en el puente del *Aclamador*.

—Excelente, capitán, ya solo falta la orden del general.

—Hasta ahora ha tenido suerte, ¿no lo cree?

—No sé que hagan en Eriadu, pero en las Fuerzas Judiciales no se nos enseña a contar con la suerte.

—Van Phiney no es miembro de las Fuerzas Judiciales.

—Entonces déjele correr con suerte, Wilhuff.

Una brecha estrecha quedó formada entre las fragatas y las naves capitales de la Confederación, en la cual los cazas de ambos bandos se batían en duelos casi personales.

Van Phiney había decidido concentrar los ataques de sus escuadrones en esta área a fin de dirigir los disparos de las fragatas hacia las naves de línea, debilitando sus escudos en el acto. Tal como el general Jedi esperaba, su plan daba resultados: el intercambio de disparos entre las propias naves separatistas no se hizo esperar. El general Grievous, que desde el puente del *Mano Invisible* había advertido la estrategia, se posicionó en medio de los cruceros Lucrehulk para dirigir el avance del ataque contra las naves de la República apostadas delante de su abrumada posición.

—¡Ordenen a esas naves que cesen los disparos inmediatamente! —dispuso el general droide. Súbitamente la lluvia de fuego proveniente de las fragatas del Clan Bancario cesó, quedando éstas inmóviles ante las pantallas de las naves de Grievous—¡Que den media vuelta y ataquen a esos cruceros! —continuó el perverso general—Háganlos pedazos.

Tal como plugo al general se hizo, y las fragatas se pusieron en marcha hasta donde el *Aclamador* lideraba la pequeña fuerza de ataque republicana; al poco tiempo, en tanto los separatistas aceleraban, la brecha tan favorable para los escuadrones liderados por el Jedi gris había sido desintegrada.

—¡Todos los cazas dispérsense, rompan filas, rompan filas! —dijo Van Phiney consternado.

—Estamos en su marca, señor, ¿seguro que quiere que regresemos? —preguntó uno de sus pilotos.

—¡Regresen de inmediato y concentren su fuego en los impulsores de aquellas naves! No podemos permitir que alcancen la posición de nuestra flota.

—Entendido general, el escuadrón verde está en movimiento.

El *Mano Invisible* y su comitiva de cruceros de batalla se desplazaban lentamente al tiempo que descargaban con furia sus baterías contra los cazas que tenían en frente.

En los respectivos puentes de la flota de Brezan ya se respiraba el ambiente de agitación ante el movimiento de la otra flotilla.

—Pues parece que la suerte se le acabó —murmuró Tarkin.

—Algún día recordará mis palabras, capitán, el poder de una armada no es nada comparada con el poder de la Fuerza, no subestime al general —le aclaró el vicealmirante.

—¡Vicealmirante! —dijo un clon de las trincheras— tengo a cuatro capitanes esperando en los canales de comunicación.

—Póngalos, teniente.

Cuatro figuras holográficas se materializaron en la pasarela del puente, de izquierda a derecha: el capitán Tao Ma Tzon, del *Glorioso Amanecer*; el capitán Lemelisk, del *Destructor Estelar*; el capitán Leith, del *Vandar Tokare* y el capitán Hertz, del *Gloria del Solleau*.

—Vicealmirante Brezan —comenzó Leith—, estamos ante una situación aquí, solicito permiso para mover mi nave.

—Denegado, capitán, no aún, no sin las órdenes del general Ven Phiney —sentenció Brezan con firmeza.

—No podrá depender siempre de las órdenes de ese… Jedi, antes que nada debe someterse a la voluntad del canciller —dijo Tarkin.

—¡No le permito que me hable así aquí, Wilhuff! Yo estoy a cargo de la seguridad y las operaciones de estas naves y antes que del canciller recibo instrucciones del general al mando. Usted no puede imponerme la ley de un político que se toma las atribuciones de un emperador, no cuando la presente cadena de mando no lo requiere.

Tarkin y Brezan se miraron desafiantes a los ojos, tan tensos como dos acérrimos enemigos frente al resto de los capitanes, hasta que Hertz rompió el silencio:

—Caballeros…, vicealmirante, por favor, sus instrucciones.

—Preparen los hangares de sus naves para recibir a los cazas, suban las pantallas deflectoras.

—Al momento —aceptaron los capitanes, desapareciendo sus imágenes.

—Valientes palabras —pronunció secamente el capitán Tarkin.

—Si no gozara del favor de Palpatine ya lo habría relevado de sus funciones, Wilhuff —advirtió Brezan, apartándose de su interlocutor.

Fuera, en el espacio, la estrecha línea que dividía a los láseres separatistas de los que atacaban con peculiar insistencia los motores de sus fragatas adelgazaba a la vez que éstos se abrían paso hasta sus cruceros; la marcha rápida y sutil de los V-19 Torrente y los ARC-170 en clara huída de las naves de línea enemigas ya había cobrado sus dos primeras víctimas: sendas fragatas del Clan Bancario que explotaron al verse despojadas de sus impulsores y que se llevaron consigo a otras dos más durante la explosión. Grievous, a quien ver esto no le había hecho ninguna gracia, ordenó a las fragatas restantes interceptar en feroz persecución a los cazas de Van Phiney, que incluso bajo el fuego de casi media flota confederada llegaron, en mayor parte, hasta los hangares de los cinco cargueros de la República.

No había terminado el general Jedi de descender de su Eta-2 Actis prototipo, cuando el *Aclamador* se estremeció al recibir en sus escudos la primer ráfaga de disparos. Brezan, que poco había podido hacer hasta el momento con su flota, ordenó a todas las naves dispersarse en formación de abanico para no recibir daños mayores; mientras esto ocurría, el general Van Phiney se abría paso con dificultad hasta la cubierta de mando de su nave insignia. Grievous sonrió al ver a sus enemigos en movimiento.

Tras algunos angustiosos minutos, en los que ninguna nave republicana había contestado a los ataques, Robert, que jadeaba un poco por las prisas, llegó al centro neurálgico del *Aclamador*, donde Brezan y Tarkin volvían a discutir ante la tensión del momento.

—¿Qué está pasando aquí? —vociferó Van Phiney— ¿Por qué no hemos abierto fuego contra ellos?

—No estamos en posición —le contestó Tarkin, asqueado.

—¡Que todas las baterías disparen, ya!

—Estaba por ordenar la retirada, general —señaló Brezan.

—No, no nos retiraremos, ¡sigan disparando! No entregaré esta posición sin dar pelea —espetó el caballero Jedi.

—Con todo respeto, general, son dieciséis naves contra cinco…

—¡Doce, vicealmirante, doce!

—Siguen siendo demasiadas.

—¡Entonces aguardaremos al método mandaloreano!

—General…

—No discuta más vicealmirante y prepáreme esta flota para atravesar las defensas enemigas.

—Trabajo en ello, señor.

Tarkin contemplaba con desprecio aquella escena desde la lejanía, como si él solo pudiera ser el héroe de la presente contienda, aunque para ello tuviera que librarse primero de Brezan y Van Phiney.

Los disparos surcaban el exterior, Grievous posicionaba sus naves para asestar decisivo golpe final a las naves casi inermes de la República mientras veía complacido como eran machacados sus escudos.

—¡Escudos al treinta y seis por ciento! —advertía uno de los oficiales en el puente del *Aclamador*.

—Deben resistir, debemos darles más tiempo —susurraba el caballero Jedi apretando los dientes.

—Malas noticias, general, el *Vandar Tokare* reporta que sus escudos están a punto de caer, lo mismo para el *Destructor Estelar* y el *Glorioso Amanecer*, no obstante el *Gloria del Solleau* aún tiene potencia suficiente para enfrentar a una de las naves separatistas, esperan instrucciones señor —dijo el teniente de la trinchera contraria.

—Gracias, dígales que se formen frente a nosotros en posición uno-tres-uno.

El teniente asintió acatando la orden a la brevedad; Tarkin, que de pronto se mostraba interesado por ver los resultados de la estrategia de Van Phiney, se acercó a las ventanillas frontales para contemplar el escenario de la batalla.

Nuevamente, el despiadado general separatista no tardó mucho en notar que sus presas se movían, mas esta vez para hacerles frente, con lo que apresuradamente ordenó que su flota envolviera la formación republicana de manera circular.

Así pues, la tensión en la plataforma de mando del *Aclamador* y del resto de la línea de ataque bajo su insignia aumentó, lo cual, aunado a la desesperación de los capitanes, que habían dejado de pensar racionalmente, hizo pensar al Jedi que cualquier oportunidad de salir airoso de esto se estaba desvaneciendo frente a sus ojos. "Debemos aguantar, debemos darles más tiempo." Continuaba murmurando.

—¡General, el *Glorioso Amanecer* reporta la pérdida total de sus escudos, solicitan permiso para efectuar maniobra evasiva! —informó un sargento.

Robert dudó, no supo cómo manejar la situación, por unos instantes su mente se vio bloqueada ante la presión, hasta que las ideas volvieron a fluir entre sus neuronas para sólo poder decir: "¡Que todos rompan la formación, nos retiramos!"

La República vencida estaba en retirada, pero los confederados no les dejarían retirarse sin pelea, menos ahora que una de las naves carecía de escudo, y el *Mano Invisible* se encargó personalmente de atacar al inerme *Glorioso Amanecer*. Los cazas droides también salieron al encuentro de la flota de Van Phiney, barriendo en picada las cubiertas de los cargueros para reducir los más rápido posible sus débiles escudos. Era una lucha sin tregua y Van Phiney se estremecía al reconocerlo, su método mandaloreano había fallado y ahora estaba perdiendo el sistema entero… Robert también se retiraba a sus habitaciones, a esperar el final. Una figura azulada apareció sin más frente a él, era la de un alto oficial de la armada republicana:

—Éste es el contralmirante Ommin Morcan de la séptima flota de la República, estoy al tanto de su situación actual y he venido a reforzarlos. ¡Ah! Por cierto, traigo un pequeño regalo del general Adatorn, esperamos que les guste.

Pese a que el *Glorioso Amanecer* acababa de estallar a sus espaldas, el ánimo del general Robert Van Phiney se elevó de nuevo, giró sobre sí mismo tan rápido que antes de que se diera cuenta ya tenía el rostro contra las ventanas del puente, admirando la bellísima manera en que, una tras otra, venían saliendo naves aliadas del hiperespacio. En un principio sólo fueron dos cruceros clase Aclamador, pero detrás de ellos venía una fuerza aún más grande, de la cual Robert sólo alcanzó a reconocer la parte que había partido junto con él de Corellia, no obstante, advirtió decenas de naves más pertenecientes a una flota que él no había convocado, y también se percató de que dos de ellas sobresalían del grupo por su extraño diseño en forma de cuña y por llevar tres esferas de gran tamaño en ambas bandas como enormes protuberancias.

Los controles en los radares separatistas comenzaron a pitar, Grievous mismo se quedó anonadado al recibir la inesperada fuerza de ataque se le acercaba por la espalda. Sus fragatas fueron las primeras en reaccionar: con los escudos al máximo escoltaron a

dos cruceros Lucrehulk, que tan pronto cesaron de disparar contra el *Destructor Estelar* y el *Vandar Tokare,* dieron a estos la oportunidad de redirigir sus disparos contra el *Mano Invisible* en vez de retirarse. Grievous se tambaleó junto con su nave, desde cuya sala de control veía azorado como sus adversarios disparaban.

—¡General! —dijo el capitán neimoideano de la nave insignia— Múltiples objetivos se nos acercan por la retaguardia y nuestros escudos frontales se están sobrecalentando.

—Ya me he dado cuenta, capitán, reanuden el bombardeo sobre los que tenemos acorralados, luego nos encargaremos de darles la bienvenida a los recién llegados.

—Enseguida, señor, pero qué haremos contra tantas naves.

—¿”Tantas”? ¿Pues cuántas son, capitán?

—Es difícil saberlo, hay demasiadas como para poder contarlas.

El general droide volvió la cabeza hacia el puesto de radares que tenía a su lado, logrando ver por la pantalla la masiva concentración de naves que tenía la flota a la que debía darle la bienvenida. Muy seguramente, si Grievous aún tuviera su dentadura completa, habría estrujado la totalidad de sus dientes en una señal de desaprobación, no obstante, incluso de haber podido, su máscara de duracero no habría permitido a otros percatarse de ello, con lo qué, tras soltar un casi imperceptible gruñido, caminó hasta el frente del puesto central de control y cruzando sus manos tras sus espaldas, se detuvo a ver como dos inocuas naves de la República trataban de machacar los escudos de la suya.

—Envíen otro crucero pesado a detenerlos, nosotros no nos moveremos hasta que hayamos reducido a esta escoria inútil por completo. Envíen una señal de auxilio a la flota separatista más cercana —dispuso el temible general.

—Pero, señor, las órdenes del Conde…

—¡Yo lidiaré con él cuando sea necesario, envíen esa señal de auxilio!

El capitán hizo una señal con la mano al droide del puesto de comunicaciones, que tras tocar durante unos segundos la pantalla que tenía enfrente dijo flemático: —Todas las comunicaciones han sido bloqueadas.

Grievous gruñó encolerizado, regresando intranquilamente a su puesto de vigilancia ante las ventanas del puente.

Entre tanto, un mar de naves corellianas y onderonianas envolvía las naves capitales de la CSI; los cazas se desempeñaban en batalla con soltura, pero su cólera justiciera no se comparaba con el combate campal que sostenían las otras naves, que por su menor tamaño evadían con facilidad los disparos de los cruceros Lucrehulk de la Federación de Comercio.

A los pocos segundos de que el *Mano Invisible* perdiera contacto con una de las dos fragatas del Clan Bancario bajo su insignia, el intimidante destructor separatista cortó de golpe la furia de sus cañones, emprendiendo la retirada hacia la superficie de Drall, comandando en el acto que todas las naves esféricas de control droide descendieran con él. Las cuatro naves que restaban de la línea de batalla de Van Phiney se vieron al fin liberadas del acoso mortal e inclemente del fuego separatista. Súbitamente, la situación tan desfavorable para la República había cambiado con vientos de triunfo, el método

mandaloreano, como Van Phiney llamaba a la estrategia de sorprender al enemigo y fatigar sus fuerzas antes de acabarlos con el asedio insuperable de cientos de naves surgidas de la nada, había resultado, al final, exitosamente.

Era claro que incluso cuando no pudieran hacer nada más en la primera línea de defensa, los separatistas se esmerarían hasta el último droide por no soltar la superficie del planeta; detrás de ellos, cientos de naves redirigían sus disparos hacia el *Mano Invisible* y las seis naves esféricas que lo escoltaban, logrando al poco tiempo desactivar los escudos de una y acabar con otra; una tremenda ola de ataque cubría al poco tiempo los cielos del planeta, el firmamento hervía como las aguas de sus mares, y aún así, Grievous y cuatro naves esfera se las apañaron para escapar al alcance de las baterías enemigas y poder aterrizar a tiempo para desplegar sus tropas. No era difícil deducir donde debían fortificarse: en torno a la ciudad de Meccha, pues al tener ahí valiosos rehenes, sin duda sería donde la República atacaría primero.

Una vez más se había roto la antes pensada impenetrable defensa espacial separatista, pero el general Jedi necesitaba tiempo antes de ordenar el desembarco de sus fuerzas sobre la superficie del planeta, él mismo necesitaba estabilizar sus sentimientos después de casi morir pulverizado entre los restos del *Aclamador*, el orgullo de la flota republicana.

Operación: Vaapad

La sala de estrategias del *Aclamador* estaba inundada de hologramas y apenas unas pocas figuras de carne y hueso. Habían estado discutiendo durante la última hora los últimos detalles sobre la campaña definitiva que debería de asegurar la expulsión de los separatistas del sistema corelliano, el tiempo, no obstante, había sido provechoso, con lo que estaban preparados para comenzar el avance sobre Drall y poder pasar, antes de tres días, a la toma de Tralus.

—Entonces así se hará; señores, acabamos de decidir nuestros destinos, que la Fuerza nos acompañe. Antes de concluir, deseo agradecer al contralmirante Morcan por traer consigo esta formidable flota de la Armada Espacial Onderoniana, créanme que le sacaremos el mayor provecho posible, de igual manera, he de resaltar la vital importancia de la Flota de Defensa Corelliana, la principal columna en este ataque —dijo Van Phiney.

Los hologramas desaparecieron paulatinamente, dejando la sala casi vacía, excepto por Van Phiney, Brezan, Tarkin, el comandante clon senior[9] Blaze y algunos oficiales.

—Una guerra relámpago. Casa Corona fue una cosa, esto es mucho más complicado —sentenció Brezan.

—Demasiado tarde para arrepentirse, vicealmirante, además, para eso contamos con los corellianos.

---

[9] Tomado de Senior Clone Commander, conservo la partícula “senior” a falta de una traducción más apropiada que “mayor”, “viejo” o “superior”, ya que ninguna de estas se ajusta tan no tanta eufonía como la original.

—¿Para usarlos como carne de cañón contra el mayor bastión separatista con el que nos hemos topado hasta ahora?

—Soy un Jedi, vicealmirante, jamás usaría la vida de nadie irresponsablemente. Las pérdidas son parte de la guerra. ¿Alguna otra objeción?

—Todo claro, señor —respondió Blaze, nadie lo secundó.

—Bien —prosiguió Van Phiney—, entonces aliste las fuerzas de asalto, que estén listos para salir en cuarenta y cinco minutos.

Brezan arqueó las cejas en signo de desaprobación mientras Robert salía del salón con el comandante senior Blazer y el capitán Tarkin. En tanto el capitán se separó, el general y el comandante continuaron su camino hacia los hangares para asegurarse de que los preparativos del desembarco marchaban según los planes. Avanzaron en silencio hacia los ascensores, donde una vez dentro, el general Jedi dijo a su comandante:

—Espero que los recientes sucesos no afecten la concentración de sus hombres.

—En absoluto, general, le aseguro que los hombres de la 201 están tan frescos como cuando salieron de Kamino.

—Hum. ¿Cuántos quedan?

—La mayoría señor, tres regimientos completos y dos compañías.

—Sí, sí, buen número.

—El deber obliga a buscar el máximo de eficiencia, señor; además, con todo respeto, no me gustan los reemplazos en mi legión.

—Entonces haga que los esfuerzos de sus hombres valgan la pena, comandante.

—¿Tan seguro está de que su plan no fallará, general?

—Por supuesto, comandante, aunque, como sabe, siempre es posible que algo se salga de nuestro control, sin embargo, asegurarnos de que eso no pase será tarea suya y de sus tres compañeros al frente de mis otras legiones. No necesito recordarle que cuatro legiones bien coordinadas funcionan mejor que una, Blaze. Debemos administrar correctamente nuestras energías, y tal como le comentaba al vicealmirante Brezan, confío en que los corellianos serán un excelente apoyo.

—Así será, general, y mis hombres estarán preparados para cuando los necesite.

—Aprecio eso, Blazer. Bien, me parece que te veré durante el descenso.

—Hasta el descenso, general, y despreocúpese, sus hombres estarán bien… preparados, para cuando llegue el momento.

—Gracias.

Treinta y ocho minutos separaban a más de cien mil soldados bajo las órdenes de Van Phiney del asalto decisivo a los últimos bastiones separatistas. Corrían muchas palabras entre los clones durante las reuniones de pauta; la estrategia de Van Phiney era vista por muchos como una carga invencible que sobrepasaría por mucho a los droides en todo el planeta, y ya que la operación, denominada Vaapad[10] por la rapidez con la que se

---

[10] El Vaapad o Juyo es un animal del sistema Sarapin, su forma es la de una esfera con tentáculos y ojos amarillos. Se dice que es difícil contabilizar sus patas mientras viven, en especial cuando cazan, ya que los

pretendía ejecutar, se llevaría a cabo al mismo tiempo en casi todo Drall, se esperaba que la misión fuera en verdad corta.

La compañía Herf[11], del tercer regimiento de la legión 201, fue una de las primeras que, faltando quince minutos para el gran evento, ya estaba preparada para el asalto; el grueso total de sus hombres, bajo el mando del capitán CA 1516/727, conocido entre la tropa como "Rage" por su reputación de líder fiero y temerario, se encontraba formado ante las cañoneras que habrían de transportarlos hasta la superficie del planeta. A pesar de que la legión había sido despachada a diversos puntos de Drall, el tercer regimiento era bendecido con el honor de formar parte de la primera oleada, comandada por el general Jedi, que asaltaría la ciudad capital de Meccha, donde su misión principal sería ayudar al ejército corelliano a liberar y rescatar a la jefa de estado del sistema.

Las alarmas comenzaron a sonar, la computadora de abordo indicaba que la operación daría inicio en los próximos diez minutos, por lo que la agitación en el hangar C aumentó tanto como el espíritu de los soldados, que estallaron en júbilo al escuchar la melodiosa voz de los altavoces. Se abrieron de par en par las puertas laterales de las cañoneras, permitiendo a los clones ascender a sus respectivas naves.

—¡Clones, atención! —interrumpió el capitán Rage— Unas pocas palabras, por favor, eso es, gracias. Como saben, el día de hoy nuestro hermosísimo y querido ejército se mueve una vez más, el día de hoy, sin embargo, estamos por desempeñar una de las tareas más importantes que hayamos podido llevar a cabo en toda nuestra vida; para los veteranos de Geonosis que pensaron que ya lo habían visto todo, para los que lucharon en Kamino y vivieron el desastre de Bespin, para los que sobrevivieron el ataque de Axion, para todos aquellos que en las más grandes batallas de la 201 creyeron que no podía haber nada peor, los separatistas les traen este nuevo regalito: una auténtica fortaleza inexpugnable llena de droides. Señores voy a ser franco con ustedes, no me siento sorprendido, ¡que esas malditas chatarras separatistas tomen su regalito y se lo metan por su metálico y ancho culo, si les queda algo de eso después de que se los hagamos trizas! El día de hoy la Herf arremeterá con todo o dejo de ser su capitan ¡Es un buen y maldito día para que la República se alce con la victoria! Por la gloria, ¡al ataque!

El corro de soldados rugió con fuerza tras las palabras de su líder, el éxtasis se desbordaba al fin; como siempre, las tropas entraban al combate en el más alto de los grados de excitación.

—¡Atención a todas las unidades! —dijo la computadora de abordo— Preparados para trabar combate en T menos cinco minutos.

Las puertas de las cañoneras fueron cerradas uniformemente en todos los hangares, se encendieron las luces interiores en cada lanzadera y los canales de comunicación quedaron abiertos en todas las frecuencias.

---

mueven a una velocidad tal que es casi imposible verlos. Fue esta criatura la que motivo el nombre de la Forma VII de esgrima Jedi, practicada por Mace Windu.

[11] "H" en aurabesh.

En el transporte del capitán Rage había disminuido la euforia: la mayoría de sus compañeros enmudecieron poco después del abordaje presas del nerviosismo que, después de todo, nunca pudieron ocultar del todo. ¿A caso era el miedo o el temor a la muerte las causas de ese nerviosismo? De ninguna manera, aquél silencio, aquél nerviosismo, eran los síntomas de una concentración profunda, de una delicada expectación de perfeccionismo a la hora del combate.

—Atención a todos los transportes —dijo el jefe del hangar vía altavoz—, todas las fases en rojo, repito, todas las fases en rojo, inicien preparativos preliminares.

—Aquí vamos otra vez —murmuró el teniente Core.

—Recibido, central, unidad besh-dieciséis[12] lista en fase uno —confirmó el piloto.

La cañonera comenzó a vibrar con más fuerza y el sonido de los motores también se incrementaba, se podía escuchar cómo lo mismo pasaba en el resto del hangar.

—Atención pilotos, pasamos a estado amarillo, todas las fases en espera, confirmen estado óptimo de sus unidades. Besh-dieciséis, abra sus puertas para recibir un pasajero más —informó el oficial de la central de control del hangar.

El panel de babor se abrió al momento, la luz cegadora del exterior nublaba la vista de los clones aunque se podía distinguir una figura de mediana estatura que ascendía a la cañonera, tras lo cual, el panel se volvió a cerrar. Rage no prestó atención al nuevo pasajero, aunque pudo formarse una idea sobre su identidad debido al cuchicheo que escuchaba a sus espaldas.

—A todas las unidades en espera, procedan inmediatamente a fase verde, repito, fase verde activa y confirmada, permiso para despegar a todas las unidades, repito, permiso para despegar a todas las unidades.

Grupos pequeños de cañoneras abandonaban la relativa seguridad de los hangares de sus naves nodriza; escoltados por cazas y fragatas corellianas, cada transporte se disponía a penetrar la densa atmósfera de Drall reagrupándose en alas para mayor seguridad; delante de ellos, las praderas de flora escarlata que caracterizan el planeta aguardaban por su llegada, en la retaguardia, algunas nubes de gas y súbitas explosiones en torno a lo que quedaba del bloqueo separatista daba cuenta de una batalla inconclusa que sería mejor dejar atrás por el momento.

En el interior de nuestra lanzadera, Rage se estremecía al sentir el frío del espacio, no era la primera vez que percibía el descenso de temperatura en aquellas condiciones, aunque muchas veces era el único que lo sentía debido a que el efecto del calor en el interior de la cabina era casi siempre ascendente, por no decir que la radiación directa del sol sobre el casco de la LAAT/i también tendía a un incremento de la temperatura que muchas veces no era agradable. Aquella sensación era, no obstante, algo más que organoléptica, su origen era meramente psicológico, dado que siempre venía acompañada de los desconfiados pensamientos del capitán, quien había perdido toda razón para temerle al calor del combate, mas esa misma experiencia le susurraba al oído las más de las veces que no era bueno confiarse para nada. “Es axiomático”, pensaba, “hace mucho

[12] Besh: segunda letra del Aurabesh

debería haber dejado de preocuparme por estas cosas, no sé por qué me las sigo repitiendo." Sus tropas seguían en silencio, aferrados a la baranda superior que cruzaba el techo.

Un leve golpeteo al chasis indicaba el primer contacto con la atmósfera, la voz del piloto lo confirmaría segundos después, un destello rojo y el aumento de la temperatura despejaba toda duda, Drall los estaba recibiendo. Quedaba por ver en qué clase de recepción estarían involucrados. Las comunicaciones entre los pilotos de las cañoneras se abrieron:

—Líder Besh a todas las unidades, repórtense de inmediato.

A la orden del líder de escuadrón se enumeraron todas las cañoneras del Besh, una por una hasta que llegó el turno de la de Rage, y luego vinieron los reportes:

—Aquí Besh catorce reportando movimiento de cazas enemigos a cuarenta kilómetros de nuestra posición —decía un piloto.

—Recibido Besh catorce, extremamos precauciones —le respondía otro.

—Olvídense de los droides por ahora, debemos escoltar a las naves corellianas mientras nuestros cruceros ingresan a la atmósfera —terció el líder de ala.

—Le copio, líder Besh, unidad dieciséis en posición de escolta, marcando posición en cuatro-uno-uno-tres-ocho.

La totalidad del escuadrón disminuyó su velocidad hasta situarse tras las fragatas y demás naves del sistema, los cazas corellianos y los escuadrones de V-19 Torrent se distribuyeron al frente de la formación.

Parecía un vuelo tranquilo, ni un solo radar había pitado la presencia enemiga hasta el momento y las naves continuaban su suave desplazamiento por encima de plácidas cadenas montañosas. En algún punto del trayecto varias unidades se dispersaron hacia diferentes direcciones, sólo un grupo de combate continuaba su curso hacia Meccha bajo la sombra del *Zhell*, que a su paso por la atmósfera desgarraba con rojas llamas el cielo amarillo del amanecer.

Los separatistas parecían no haber caído en la cuenta aún de que los estaban invadiendo.

—Presiento que nos estamos acercando, espero que recuerden sus objetivos —dijo Rage.

—Perfectamente, señor —respondieron sus hombres al unísono, a excepción de uno, que realmente no pertenecía a su compañía. La figura misteriosa bufó por lo bajo.

El movimiento continuó, tan prístino como una hoja de Flimsyplástico[13] con la que el viento juega a capricho, hasta que un estallido abrupto sacudió la cañonera. Provenía de la lejanía, a unas cuantas decenas de kilómetros de distancia: un droide buitre de la Federación de Comercio había logrado acertar un disparo contra la Besh dieciséis, y había más en camino.

—¡Cuatro Catorce, Por Taun We! ¿Puedo pedirte permiso para disparar? —dijo el piloto de la cañonera.

---

[13] Equivalente a nuestras hojas de papel para escribir.

—Un segundo, teniente, necesito los vectores de aproximación —contestó el copiloto

—¡Maldita sea! Cuando tenía cinco años aprendí por las malas a no confiar en estas máquinas, ¿tú tienes nueve y sigues pegado a las consolas? ¡Dispara ya o te eyectaré en la siguiente montaña!

La cabina donde esperaban los soldados resintió en su estructura el momento en el que los cañones escupieron los primeros disparos, acto seguido, las escotillas laterales se desplegaron y las torretas burbuja con sendos artilleros fueron extraídas para cubrir ambos lados de la LAAT/i.

—¡Teniente, no creo que sea buen momento para exponernos así al fuego enemigo! ¡Cierre las puertas! —vocifero Rage, haciendo que su voz compitiese con el estridente rugido del viento.

Poco importa si el teniente Mac hizo caso o no de las indicaciones de Rage, en el *Asaltador*, la corbeta CR90 al servicio de la Armada Espacial Corelliana, bajo la protección del escuadrón Besh, el almirante había decido que el momento de observar había acabado justo en el momento en que pudo ver con sus propios ojos a los grupos de ataque enemigos.

—Parecen más obstinados de lo que creía, y miren qué tenemos aquí, ¡Mankvim-814! No los veía desde el servicio diplomático en Neimoidia. Teniente artillero Araxus, cuando esté listo, por favor —dispuso el almirante Randell con total serenidad. El teniente artillero Araxus le obedeció al instante.

Beran Araxus, que hacía un mes sólo era el líder de una aguerrida sección del Ejército de Corellia, se veía incrédulamente trabajando como artillero para uno de los más respetados almirantes corellianos, y era justo eso lo que no se permitía entender: cómo había llegado a parar al interior de una nave espacial. Mientras pensaba en ello tocó algunos botones en la consola que tenía enfrente y mirando hacia el exterior por la ventanilla del puente manipuló las torretas de la nave tan rápido como los cazas enemigos pasaban zumbando alrededor de la nave.

—Droides buitre —proseguía el almirante—, uno de los más grandes ingenios producidos en las catedrales de Charros IV. Cuatro cañones láser y capacidad para transportar dos torpedos de energía, alcanzando en vuelo atmosférico la asombrosa velocidad de mil doscientos kilómetros por hora.

Éste es Casius Randell, un viejo guerrero de los cielos y el espacio con más de treinta años en las filas de la Flota Espacial Corelliana, gran conocedor de ingeniería y estrategia, comandante en jefe de las guarniciones defensivas del planeta capital del sistema, ha cumplido misiones a lo largo de toda la galaxia, desde el núcleo profundo hasta el espacio salvaje y se ha instruido en el arte del combate de cazas estelares en las mejores academias de la República. Posee un dominio tal en tópicos de naves separatistas, que puede que incluso sepa más que los mismos fabricantes confederados, un conocimiento que quedó desperdiciado durante las tres semanas que estuvo encerrado en Caroget. Ahora, empero, su valía como comandante estaría siendo puesta a prueba, en tanto lograra mantener con vida a sus seiscientos pasajeros.

La lucha aérea continuaba fieramente con los separatistas en clara ventaja, los cazas droides acometían con fuerza cada vez más devastadora a la flota de invasión, y eran las cañoneras y los cazas, republicanos, corellianos y onderonianos, los primeros en resentir los ataques. Rage podía verlo, estaba presenciando el caos de aquél infierno en las alturas, y no podía hacer más que limitarse a seguir observando, buscando abajo el fin de las montañas y el comienzo de la planicie donde los esperaba la principal ciudad de Drall, que de cualquier modo no podía quedar muy lejos.

Tal como muchos sospechaban, las defensas de la CSI se engrosaban a cada momento, una clara señal de que el principal objetivo se acercaba. La Besh dieciséis se había librado por los pelos de muchas situaciones hasta el momento, gracias en gran parte a la proficiente habilidad del teniente Mac para esquivar la mayoría de los disparos que las armas enemigas le escupían, mas en algún punto su suerte tendría que acabarse. ¿Habría sido mucho pedir que no fuera justo ahora?

Las últimas cañoneras del escuadrón Besh se veían en la dificultad de no poder maniobrar adecuadamente, volaban muy cerca unas de otras y, por si fuera poco, casi adheridas al casco de las fragatas de guerra corellianas. Los droides, por otro lado, obtenían un blanco particularmente grande como fallar en sus ataques, con lo que arremetían directamente contra las nubes de cañoneras y fragatas dejando atrás el combate entre cazas.

Cuando los pilotos de las lanzaderas se percataron de que no podrían contener el ataque por mucho tiempo en esa posición decidieron dispersarse, dejando a las fragatas a merced del fuego de los droides voladores, quienes, alertados por esta súbita maniobra, se tomaron realmente en serio la tarea de acabar con los transportes LAAT/i

—¿Qué creen que están haciendo? —preguntó sorprendido el almirante Randell.

Varias cañoneras fueron destruidas casi al instante, la besh dieciséis consiguió eludir algunos disparos por muy poco, sin embargo, uno de ellos encontró el modo de atravesar la cabina de carga llevándose a un buen número de clones consigo.

—¡En el nombre de…! ¡Mac, cierra las puertas, ya, ya, ya! ¡Es una maldita orden! —gritó asustado Rage.

—No puedo, capitán, ¡el sistema está atascado!

Otro disparo hizo volar la torreta burbuja de estribor junto con la escotilla de ese mismo lado, permitiéndole a la de babor deslizarse lo más cerca que pudo hasta la posición de cerrado, sólo dejando una ligera abertura por donde el brazo mecánico que sostenía a la otra torreta burbuja salía del transporte.

—¡Mac, acción evasiva!

—Negativo capitán, las órdenes del batallón…

—¡Esas jodidas fragatas tienen un blindaje tres veces más grueso que estas cosas y además tienen escudos! ¡Al carajo las órdenes del batallón, sácanos de aquí, teniente!

—No puedo capitán, son órdenes de…

La voz del piloto se apagó de improvisto, llamaradas que provenían de su puesto inundaron la cabina. Otros tres impactos más destrozaron el bastidor posterior donde se

encontraban los motores, que, al igual que las cabinas del piloto y artillero, estallaron hacia los clones que quedaban en pie. La cañonera comenzó a caer y fue hasta entonces cuando la figura encapuchada se movió. Un sable de luz azul se encendió de repente y cortó el vehículo por la mitad, el propietario de aquella arma se las arreglaba para mantener aún ambas partes unidas, empujando a los clones hacia la ya no tan ardiente parte frontal para luego liberarla en caída libre.

Así pues, Rage y lo que quedaba de sus hombres yacían suspendidos en el aire, observando aterrados como se alejaban del cielo y de la otra parte de la cañonera a gran velocidad, contemplando como los cazas no se interesaban en asegurarse de que ya estuvieran muertos.

—¡Agárrense! —dijo una voz detrás de Rage segundos antes del impacto contra la tierra.

Rage pudo sentir con claridad la fuerza del impacto, su cabeza vibró dentro del casco como el badajo de una campaña ceremonial coruscaní y tras intentar razonar lo que había pasado la consciencia le abandonó.

Un rato después…

La oscuridad envolvía aún la visión de Rage, que de algún modo seguía inconciente en algún lugar de un campo de batalla, podía percibirlo por el ruido a su alrededor, el sonido de las voces y de los disparos surcando las cercanías. Abrió los ojos con cuidado, la luz diurna le molestaba enormemente y los efectos del violento aterrizaje no habían pasado todavía, por lo que su cabeza seguía dando vueltas igual que cuando se estrelló contra el suelo en esa media cañonera. Tan pronto dejó de pestañear y sus ojos se acostumbraron al resplandor matutino, se dio cuenta de que no había señal de los restos de la cañonera y de qué no traía el casco puesto, miró alrededor en busca de él mientras con su mano derecha palpaba el piso de escombros en busca de un arma. Halló su casco tras de sí y lo examinó perezosamente antes de colocárselo, como si lo tuviera que reconocer antes de usarlo, luego palpó con su mano derecha el montón de escombros que había a su alrededor en busca de un arma. Consiguió tomar entre sus entumecidos dedos un DC-15 que alguien había dejado junto a él y usándolo como apoyo logró ponerse en pié.

—Capitán, ¿se encuentra bien? —le preguntó uno de sus soldados.

—Gracias, clon, sólo… deje que mi cabeza se aclare. ¿Qué ocurre?

—Nos movimos, señor, el general Van Phiney nos rescató tras la caída de la Besh dieciséis y nos trajo hasta aquí en una CR20, lo dejó con nosotros sabiendo que despertaría pronto. Se nos ha ordenado defender esta posición hasta que el batallón envíe la señal de que podemos avanzar.

—¡Vaya, capitán, es bueno verlo de nuevo en pie! —dijo el teniente Core mientras disparaba a unos superdroides de batalla.

—¿Cómo va la situación Core?

—Como de costumbre, señor, desearía ser más optimista en ese aspecto. Tenemos que abrirle paso a la compañía Leth[14] para que puedan hacer un movimiento de tenazas en una glorieta más adelante, mientras ellos se ocupan de esa distracción, nosotros irémos hacia el sur para reforzar un grupo corelliano que asaltará el templo de Kalak-Mhul, ¡hijo de Bantha! ¿De dónde sacan estos malditos nombres? Bueno, no importa, igual lo volaremos en pedazos. La compañía Grek[15] tiene órdenes de reunirse con nosotros en una intersección antes de la glorieta, nos acompañarán hasta el templo.

—¿Han dicho que hay ahí, Core?

—Cuatro veces y no me aprendo su nombre, hay una mujer, la gobernante del sistema, hay que liberarla.

Un estallido sordo provino de no muy lejos, cuatro luces rojas se elevaban al cielo.

—¡La señal! —alertó uno de los soldados de la compañía.

—Pelotón, ¡a la carga! —ordenó Core.

Rage siguió a su compañía por entre la ruinosa calle, viendo correr a Core se dio cuanta de que su objetivo eran unos droides atrincherados tras una ametralladora entre los restos de una tienda de electrónica. Hacia allá se dirigió veloz, con el arma en ristre y apuntando a lo que se moviera, disparando si era necesario, destruyendo lo que tuviera que destruir. Pies en polvorosa y suerte le hicieron librarse de la muerte, cosa de la algunos compañeros no pudieron ufanarse, la metralla escupía iracunda sus saetas de luz y no resultaba fácil eludirlas. Rage dio la señal apropiada y toda su compañía se echó pecho a tierra, parapetándose detrás de unas láminas de metal levantadas del recubrimiento de un sótano; miembros del segundo pelotón a cargo del recién ascendido teniente Cinco Cero Nueve disparaban detrás de unas columnas hacia el frente, hacia los androides que operaban la letal máquina de muerte, por cuyo fuego cayeron desactivados.

—¡Carajo! —dijo un sargento junto al capitán de la Herf— En verdad necesitaba esa escuadra. Parece que sólo quedamos tú y yo —continuó jugueteando con un detonador térmico—, no me falles. ¡Fuego en el hoyo!

El soldado lanzó la granada hacia el nido de metralla, incluso entre los sonidos del combate pudieron oír que caía dentro de algo, y luego la explosión.

—Treinta y Ocho, reconocimiento —indicó Core a un cabo de su pelotón.

—De inmediato teniente, cuiden mis espaldas. Aquí vamos, llámenme el suertudo Treinta y Ocho.

El cabo saltó por encima del parapeto, con el rifle bien pegado al cuerpo, se escondía lo mejor que podía entre las sombras y las piedras derribadas, caminando sigiloso hacia el lado norte de la calle, donde antaño había estado el puesto de la ametralladora. Pateó la cabeza de un droide B2 para asegurarse de que estaba bien desactivado, luego señas con la mano y la compañía reanudó el movimiento.

El rugir de un cañón pesado llegó a sus oídos desde un AT-TE cerca de su posición, el estruendo derrumbó un muro en las cercanías que por suerte no aplastó a nadie.

---

[14] Leth, letra del aurebesh equivalente a nuestra L.

[15] Grek, letra del aurebesh equivalente a nuestra G.

—Bien, esa debe ser la Leth —dijo Core.

—La intersección, Core, ¿dónde está la intersección?

—No tengo idea, capitán… un mapa, necesito un mapa, ah… ¡Gadget!

—Sí, teniente —respondió un sargento con una mochila a cuestas.

—Quiero una sonda aérea, que busque la intersección del punto de reunión.

—Enseguida.

El sargento Gadget bajó su mochila, la abrió y revolvió el montón de artilugios que había adentro, se detuvo cuando su mano encontró el que buscaba, una esfera negra de unos quince centímetros de diámetro con holoreceptores en la superficie, tras asegurarse de que funcionara la lanzó al aire y con un pequeño proyector de hologramas vio a los pocos segundos la imagen aérea de lo que la sonda veía: algunos droides ocultos entre mares de escombros regados por doquier, la plaza que servía como puesto de mando a una guarnición separatista y la compañía Grek tratando de deshacerse de unos cuantos AAT por el norte, el punto de reunión parecía ser el cruce de dos avenidas guarnecidas por un par de droides caracol y algunos droidekas. Gadget decidió que habían visto suficiente e hizo bajar a la negra sonda, regresándola a su mochila junto con el holoproyector.

—¡Ah! Esperaba que fuera fácil —dijo Rage con sarcasmo—. No hay mucho de dónde escoger. Pelotones uno y cuatro, muévanse hacia el suroeste para rodear y atacarlos por las espalda, el segundo pelotón irá por el sureste para reforzar al tercero que se moverá por el sur, mejor dicho, por el frente de esos bastardos, cuídense de los tiradores.

Así se hizo, Rage siguió con el tercer pelotón, compuesto sólo por catorce hombres y siendo por ello el más reducido de la compañía. Una brújula incorporada en el visor táctico de su casco le indicaba el camino, así que no tenía como perderse ni podía ser sorprendido por los droides ocultos cuya posición ya conocía gracias a la sonda del sargento Gadget, sabía cada punto en el que pudiera ser víctima de alguna emboscada. Atravesar la avenida, efectivamente, no era tarea fácil, varias escuadras de asalto y cuando menos tres francotiradores salieron a su encuentro, irónicamente, los francotiradores no resultaron ser un problema, pero las fuerzas de asalto resultaron ser una cosa muy distinta. El pelotón de Rage se vio reducido y flanqueado varias veces, aunque afortunadamente la programación inmutable y matemática de los mecanos siempre fue inferior al agudo ingenio de la mente humana de la cual habían sido dotados los soldados del ejército clon. Los hombres de Rage seguían moviéndose.

—Capitán, ¡capitán! —dijo una suave voz particularmente familiar por el intercomunicador en el antebrazo de Rage— Aquí primer y cuarto pelotón, estamos en posición, no nos han descubierto.

—Excelente, mantengan los ojos abiertos, denme noventa segun… ¡dos minutos! Sí, dos minutos bastarán, luego acábenlos, pero antes contacten al capitán de la Grek, díganle que se apresure.

—Recibido, Core fuera.

—Dos minutos, ¡muévanse!

El pelotón de Rage corrió los últimos metros hasta el parapeto final, desde donde llamarían la atención de la guarnición que resguardaba la cabeza de playa de la intersección.

—Espero que la Grek haya podido contra esos tanques —murmuró el teniente Quince Diez.

—Más nos vale —terminó Rage.

—¡Watcher! ¿Qué ves? —preguntó Quince Diez a un soldado que miraba su objetivo con unos binoculares.

—No mucho, los caracoles siguen ahí, pero, no veo a los droidekas, hay… cuatro droides de batalla y… espere, sí, los veo, los pelotones primero y cuarto detrás de ellos… ¡rayos! Están demasiado descubiertos.

—Core, ¿me recibes? Repito, Core, tus hombres están descubiertos —dijo el capitán por su intercomunicador.

—Si se ocultan debajo de las rocas bastará —afirmó Watcher.

—Core, ocúltate bajo las rocas.

—Ya, ya, no hable tan fuerte, están muy cerca de nosotros —respondió el teniente del cuarto pelotón— ¿Dónde están los hombres de Tres Ochenta?

—No sabemos nada de la segunda escuadra, ahora verifico.

—Eh, capitán —interrumpió Quince Diez—, cuarenta segundos.

—¡Silencio! —alertó Watcher— Los caracoles se mueven.

—Te contactaré después, avísame si ves llegar a la Grek; Rage, corto.

—Uno de ellos viene hacia acá, capitán, el otro va hacia donde debería estar el pelotón del teniente Tres Ochenta, ¿nos movemos? —preguntó Watcher sin despegarse los prismáticos de los ojos.

—Quince Diez, nos ocultamos —confirmó Rage.

El pelotón se movió hacia un escondite más seguro: dentro de un sótano lleno de escombros por el que pasarían desapercibidos. Entre el sigilo pudieron escuchar las orugas del droide tanque acercándose lentamente, a los pocos segundos lo vieron pasar sobre los restos regados por la avenida.

—¿Tenemos algún lanzacohetes?

—No, capitán, sólo algunas granadas, ¿servirán para destruir el droide?

—Eso creo, Quince Diez, pero apeguémonos al plan, ahora que los droides están desprotegidos será más fácil acabar con ellos.

—¿Qué pasara con el otro? —interrogó Quince Diez sobre el segundo droide caracol.

—Que el segundo pelotón se encargue. ¿Cuánto tiempo nos queda?

—¡Tres segundos!

—¡Espera! —detuvo Rage al aguerrido teniente, que ya se había puesto de pie— Primero los disparos, quiero oír a Core y a Sesenta y Cinco atacando.

Ahí se quedaron Rage y sus hombres, esperando silenciosamente, aunque casi al instante escucharon el esperado inicio de las hostilidades. Rage ordenó sin mover los

labios, el tercer pelotón abandonó su refugio. La pelea que tenían enfrente no había salido como esperaban, lo que escucharon no habían sido disparos de los pelotones de Core o de Sesenta y Cinco, sino de lo que parecía ser media compañía de superdroides de combate B2; los dos mejores tenientes de Rage habían sido emboscados.

—¡Fuego de contención, ya, ya, ya, ya! —rugió Rage mientras corría hacia el escenario de la lucha, sus soldados se detuvieron detrás de él y comenzaron a disparar a los droidekas.

Core, y particularmente Core, se veía en una encrucijada, las rocas debajo de las cuales se ocultaba probaron ser inefectivas como parapeto, y por detrás estaban los droidekas, si Rage no se daba prisa con ellos entonces tal vez terminaría como Sesenta y Cinco, pero aborrecía la idea de caer con un agujero humeante donde antes estuviera su ojo derecho.

Muerto Sesenta y Cinco, Core quedaba al mando de dos pelotones, no había mucho que hacer salvo tratar de reducir a los superdroides, tarea difícil con los droidekas disparándoles por la espalda. Los muchachos de Rage no tardaron mucho en distraer la atención de los destructores, que cambiaron de objetivo dejando libre la retaguardia de Core.

—¡Atrás, atrás! —decía Core mientras retrocedía con su equipo de fuego. Sus tropas seguían cayendo; súbitamente, los B2 se dieron cuenta de que era más fácil acabarlos lanzándoles cohetes— ¡Fuego contra los droidekas!

—¡Disparen a los superdroides! —correspondió Rage.

Rayos luminosos surcaban la intersección de un lado a otro, los droidekas ya no eran un problema y los sobrevivientes de los pelotones primero y cuarto se concentraban en los B2. Ni la compañía Grek o el segundo pelotón hacían su triunfal aparición aún, no obstante, los droides tanque clase Persuasor, mejor conocidos como droides caracol, regresaban a su puesto de vigilancia, ahora bajo ataque de parte de la compañía Herf.

—¡Dispérsense, dispérsense! —dijo Rage— ¡Busquen el modo de ocuparse de esos caracoles!

Una cosa era deshacerse de droides B2, otra, muy diferente y más complicada, era quitarse de encima un tanque droide caracol.

El cuarto pelotón se enfrentaba a los B2, el tercero y el primero cargaban como podían contra los tanques.

—Quince Diez, lleva a los muchachos por el lado derecho, sargento Watcher, quiero que contengan a ese tanque con granadas, recuerden no quedarse jamás en el mismo lugar, no quiero blancos fáciles —especificó el capitán por su intercomunicador.

El grupo de Core avanzó con dificultad hacia los superdroides, ansiando desesperadamente a que llegaran los refuerzos. Proseguía el intercambio de disparos, los asaltantes separatistas estaban fuertemente blindados pero no actuaban tácticamente, simplemente caminaban a ciegas hacia el cuarto pelotón, que debido a ello tenía blancos fáciles.

El teniente Quince Diez procedía según las indicaciones de su capitán, moviendo dos escuadras hacia la parte posterior de los caracoles, descargando sus armas sobre los ojos y el módulo de procesamiento de aquellos droides, desgraciadamente, el pesado blindaje hacía difícil la desactivación por esa vía. La quinta escuadra del sargento Watcher también cumplía con las órdenes, resultaba sorprendente ver cómo se deslizaban sus tropas a través de las delgadas brechas que dejaban entre sí los droides caracol, lanzando detonadores térmicos que a menudo iban a parar muy lejos de los objetivos.

—¡Maldita, maldita! —profería Watcher— ¡Clones, cúbranme! —ordenó a su escuadra y se puso en movimiento hacia los cañones de uno de los droides, postrándose ante él y agitando los brazos.

—¡Watcher! ¿Qué haces? Quítate de ahí —le indicó Quince Diez—. Pedazo de bantha, ¡hombres, volemos esa mierda de máquina! —refiriéndose al tanque que Watcher trataba de distraer, mas el obstinado sargento no se movía, y no lo haría hasta tener las armas del droide frente a su cara, mas antes de que eso pasara escuchó rebotar junto a él un detonador térmico.

—¡Carajo! —gritó antes de saltar lo más lejos que pudo. Al levantar la cabeza se asombró viendo que su plan daba resultado, ambos caracoles estaban frente a frente y décimas de segundo después de su rápida reacción abrieron fuego el uno contra el otro, luego los detonadores de Quince Diez terminaron el trabajo provocando una última lluvia de trozos metálicos.

Core dirigió los últimos disparos de la batalla hacia una nube de polvo grisáceo hasta que el depósito de gas Tibanna que alimentaba su munición se agotó. Esperó a que la nube se disipara para ver con sus propios ojos a los superdroides destruidos sobre el piso. Se quitó el casco y se talló los ojos, arrodillándose junto a las carcasas perforadas de las máquinas asesinas; sintió que unos minutos de buen descanso le haría bien.

Al otro lado de la intersección, Quince Diez reprendía al sargento a Watcher por su anterior temeridad. Mientras tanto, Rage trataba de contactar con el segundo pelotón.

—Teniente Tres Ochenta, ¿me escucha? —hablaba a su intercomunicador— Tres ochenta, ¿me recibe?

—Aquí Tres Ochenta, ¿capitán? —respondió al fin el líder ausente.

—¿Cuál es su posición? ¿Por qué no se ha reportado en el punto de reunión?

—Nuestro paso fue bloqueado durante el enfrentamiento, señor, estamos trabajando en ello.

—Entiendo, enviaré una escuadra a que los asista.

—Gracias, ¿ya llegaron los de la Grek?

—Negativo, teniente; reporte novedades.

—Diecisiete droides destruidos y cero bajas, pero necesitamos pertrechos.

—Nosotros también, pero temo que tendremos que esperar. Rage, fuera. Como no llegue la Grez, como no llegue.

XIII.2
Drall

Captura la bandera.

Pocos habían dormido la noche anterior al asalto de Kalak-Mhul; desde el ocaso hasta casi el amanecer, las fuerzas combinadas de la República habían inflingido sobre Meccha un inclemente bombardeo que había terminado hasta con la última estructura en pie de la ciudad. Los primeros informes de la mañana arrojaban cifras desafortunadas sobre el número de civiles que habían perecido durante el ataque, pero mucho mayores eran las cifras de droides de batalla y demás material separatista que había sido destruido o inutilizado; los primeros informes de los comandantes dispersos en el planeta también arrojaban resultados positivos, el alba del segundo día de la operación Vaapad despuntó con la promesa de que la campaña sería realmente corta.

Esa misma noche y a mitad de la operación nocturna, el puente del *Aclamador* recibió una transmisión codificada que había sido enviada directamente desde la oficina del Canciller Supremo. El heraldo del mensaje no era, para sorpresa de todos, el canciller; cuando la imagen azulada del maestro Windu fue proyectada en la pasarela del puente junto con la del maestro Adatorn, una extraña sensación o un mal presentimiento recorrieron la sala de mando de la nave. Ambos Jedi holográficos demandaron la presencia de Van Phiney antes de poder dar su aviso, por lo que hubo que mandar llamar al general desde el campo de batalla.

El mensaje no fue breve a pesar de que el maestro Windu se había hecho entender con pocas palabras; mucho había detrás de la decisión del Senado de impedir que los corellianos rescataran a su diktat, aquél pequeño detalle, que nunca había sido crucial para obtener la victoria en Corellia, ahora era un factor prioritario: los senadores querían capturar a Shyla Merricope para obligarla a realinear su sistema con la República.

El capitán Tarkin, que se limitaba a observar desde una de las trincheras, esperaba que por alguna razón el general Van Phiney se quedara indiferente ante la nueva disposición y simplemente dijera que sí a todo cuanto le decían sus superiores, sin embargo, esta vez el joven caballero reaccionaba de manera diferente. Robert había quedado impresionado por la decisión del consejo y del senado, simplemente le parecía que la situación se había tornado súbitamente en un juego para saciar las ambiciones comerciales de los legisladores galácticos, en vez de una acción del espíritu civil con la que había sido originalmente concebida toda aquella campaña militar. Hubo discusión entre los maestros y el caballero Jedi, pero después de que este último recapacitara y se diera cuenta de que nada podía hacer por modificar los designios políticos, cedió ante la nueva orden y se marchó para ejecutarla.

Los transportes FK-16 de la Compañía de Ingeniería Corelliana habían sido los caballos de trabajo del ejército de los cinco hermanos durante más de cien años, en la actualidad, sin embargo, constituían una reliquia histórica poco útil que los altos mandos se veían en la necesidad de utilizar a falta de mejor infraestructura. Muchos de aquellos

vehículos tenían cerca de cincuenta años de no haber sido utilizados, la mayoría de ellos presentaba daños en los repulsores que los hacían perder estabilidad y hacer temblar toda la estructura del chasis, y ni qué decir sobre el molesto rugido de los viejos motores.

Beran Araxus viajaba en uno de aquellos vejestorios con capacidad para cincuenta personas, acompañaba a su sección desde los cuarteles provisionales del batallón en la ciudad de Meccha con destino al punto de ataque desde donde se asaltaría el templo de Kalak-Mhul.

Hogar de los maliciosos monjes de Alkaid, aquél templo era una auténtica joya arquitectónica construida con propósitos diferentes a los religiosos. Edificado en el estilo ecléctico, el imponente edificio cubierto con estuco rojo, repleto de cúpulas abovedadas que terminaban en vitrales suntuosos y cuya planta principal ocupaba un área de doscientos noventa y siete mil metros cuadrados, era la sede de los cuarteles generales de una organización que había surgido durante los días de la monarquía corelliana. Nacido con el culto de la supremacía drall hace quinientos años, el monasterio alkaid albergaba a los seguidores de una secta prohibida en sus inicios que después de un tiempo relativamente corto, a penas cincuenta años, desplazaría a muchas de las religiones más importantes en Drall para coronarse en el primer lugar de aceptación popular, esto bajo la premisa de que a través del culto se edificaría un imperio corelliano más glorioso que la propia República, cuya capital sería Drall y estaría gobernado por los drall, desatando una guerra santa para purgar a los humanos y selonianos del sistema. Dado que dicha ideología no había cambiado en todo ese tiempo, tanto la República como los corellianos le estarían haciendo un favor al universo si simplemente volaran aquella fortaleza.

En aquél momento se vivía un sentimiento general de excitación que Beran no entendía: la operación que estaban por ejecutar distaba mucho de un simple asalto a una posición fortificada, acercándose más al concepto que en el sentido común era un suicidio colectivo. Sus opiniones personales, con todo y que eran de lo más pesimistas, no lograban mermar el ánimo que el espíritu de cuerpo infundía en sus camaradas.

—¡Hombre! Voy a vomitar —se quejaba un soldado de primera, Steve.

—Por favor, ¡esto no es nada! Deberías ver lo que es estar en un barco pesquero en medio de una tormenta tropical ¡eso sí que es duro! —contestó el cabo Gif.

—Suena a que tienes experiencia, Gif, ¿a caso eres pescador? —preguntó el sargento Owen.

—No señor, por supuesto que no, jamás aguantaría esa vida, claro que no, el ejército es más fácil; pero ocurre que mi padre lleva casi cuarenta años pescando rayas en los mares del sur, y Corell sabe que se venden muy bien, en especial para adornar las mesas de los riquillos.

—¡Corten la charla, soldados! —interrumpió Beran al salir de su ensimismamiento, justo cuando sintió que su vehículo se había detenido— llegamos.

Parecía que nadie salvo Beran se había dado cuenta de que el convoy se había parado. El teniente urgía a sus hombres a bajar del vehículo mientras veía que los pasajeros de los otros se apresuraban a formarse en torno a una explanada a espaldas de los transportes.

Aquél lugar era tal vez la última parada para muchos de los dos mil efectivos corellianos con la misión de tomar el templo de Kalak-Mhul, la mayoría de los cuales, incluida la compañía en la que servía Beran, estaban agrupados en el octavo batallón, antaño uno de los preferidos por los diktats desde la reconfiguración del ejército hace unos doscientos cincuenta años.

El último pase de lista antes de la operación transcurría en silencio, los jóvenes entusiastas permanecían serenos mientras algunos altos oficiales dirigían discursos poco reconfortantes para los pocos que aún no se sentían seguros sobre el éxito de aquella temeridad. No es que las palabras de aquellos comandantes fueran importantes, a grosso modo se limitaban a repetir por enésima vez los objetivos del ataque y el montón de cosas que estaban en riesgo si se producía el fracaso. El teniente Araxus había dejado de prestar atención a esas tediosas indicaciones desde que casi se las sabía de memoria, por lo que lógicamente no se enteró de cuando un coronel estableció las nuevas prioridades: encontrar y rescatar a la diktat Shyla Merricope antes que la República y evitar un contraataque por parte de los ocupantes del templo. Se enteraría de eso más tarde.

Arrebatarle la delantera a la República y los onderonianos[16] sonaba a tarea imposible; mientras que entre los dos sumaban una fuerza de casi el triple de la de los corellianos, con dieciocho mil efectivos tan sólo en dos legiones al mando del poderoso general Van Phiney y el apoyo de la tercera brigada de operaciones especiales del las fuerzas armadas de Onderon, consistente en cuatro mil novecientos soldados de élite; las fuerzas militares nativas del sistema no eran más que unos ocho mil miembros distribuidos en tierra y aire.

Convenientemente, los únicos que conocían a la perfección estas cifras eran los altos mandos corellianos, que por no desanimar el espíritu que los precedería a la hora del asalto, se habían abstenido de hacer públicos. Mucho se especulaba sobre las cifras de los aliados entre las filas del octavo batallón, nadie decía gran cosa, pero ningún soldado desestimaba el que pudiera darse la presencia de un contingente numeroso, en especial por parte del general Van Phiney, quien en poco más de un mes se había granjeado la bien merecida reputación de brutal y megalómano estadista, aunque algunos simplemente se limitaban a referirse a él por el mote de "el Mandaloreano", haciendo alusión a las sofocantes estrategias que los hijos de Mandalore empleaban durante la guerra que encabezaran hace unos cuatro mil años. Para un gran grupo de oficiales, entre los que se encontraba el capitán Tomle, la presencia de una fuerza tan grande compitiendo con ellos por tomar primero una posición estratégica como era el templo de Kalak-Mhul significaba que la supuesta ayuda incondicional de la República no era, como debiera ser, incondicional. Ese mismo grupo de personas ya sospechaba incluso que la República usara la ayuda prestada como herramienta para chantajear al sistema y obligarlo a anexarse de nuevo a ella. Con ello en mente, los altos mandos sabían que debían proceder con tanta cautela como rapidez.

[16] A quienes, en conjunto, nos referiremos en lo futuro como "los aliados".

La esmerada conferencia de aquellos comandantes terminó al fin, y antes de que nadie se diera cuenta, todo el corro reunido en la explanada comenzaba a dispersarse para acudir a sus posiciones de batalla.

Fue entonces que ante el fin de las tediosas palabras el aletargado cerebro del teniente Araxus pudo volver a despertar. Llegaba el tiempo de la verdadera acción y su nueva sección de treinta y dos hombres y mujeres aguardaban por instrucciones.

Sin vacilar mucho y tras afinar algunos puntos en la estrategia que el capitán Tomle había trazado para ellos, Beran procedió a agrupar a su gente en las cercanías del camino que daba acceso a su objetivo.

Parte del octavo batallón tendría que adelantarse para despejar el paso antes de que las compañías sexta y dieciseisava pudieran entrar a reforzarlos, luego tendrían que abrirse paso al interior de la fortaleza a través de la explanada noroeste, custodiada fuertemente por los droides de batalla y, por si ello fuera poco, llena de artillería antiaérea y antipersonal, con cañones navales ligeros y un sinnúmero de ametralladoras esperando por la primera oleada de víctimas.

Las fuerzas terrestres no estaban solas, en el aire un ala entera de cazas bombarderos que operaban a baja altura hacía lo que podía para deshabilitar la artillería, aún sin mucho éxito y sumando un número creciente de bajas, antes de la penetración del octavo batallón.

En tanto los corellianos entraban por la parte noroeste del templo, la República lo hacía por el sureste, a través de un acantilado fuertemente defendido. El gran ejército clon venía respaldado por algo más que bombarderos, el *Furia de Coruscant*, junto con algunas otras naves onderonianas, sobrevolaban la explanada sureste del templo, el cielo mismo se encontraba perfectamente dividido entre la parte que le correspondía a los unos y los otros.

Pero mientras en tierra el octavo batallón avanzaba, los demás se limitaban a esperar. Beran observaba con atención el desarrollo del asalto a través de unos binoculares, su sección estaba lista para continuar con su parte aunque sin ninguna prisa por moverse; el tiempo era esencial, tal como se había dicho antes en una reunión estratégica, la operación debía marchar con la precisión de un reloj.

—¿Falta mucho, señor? —le preguntó el sargento Owen.

—Hay fuerte resistencia en aquél paso, si se detuvieran a lidiar con todos esos droides los harían añicos, parece que la tendremos difícil. Desde aquí no se ve lejos nuestra participación, diría yo —respondió Beran, sin despegarse los binoculares de la cara.

Marlon Owen nunca fue muy parlanchín, ni tampoco el mejor soldado que ningún ejército hubiera visto, era el padre de una pequeña niña que vivía cultivando semillas con su madre en una población rural en el hemisferio norte de Corellia; como sargento nunca había destacado más que sus otros compañeros, tras ocho años de servicio y sólo tres al frente de su escuadra era poco más que un líder sumamente responsable y eficaz al seguir órdenes, pero no muy inteligente e incapaz de pensar por sí mismo.

Tarso Genin, por otro lado era un muchacho muy inteligente, a sus diecinueve años ya era líder de pelotón, además de ser graduado de la carrera de Ingeniería en Sistemas Informáticos por parte de la Universidad de Corellia; era la primera vez que servía al mando del teniente Araxus, habiendo estado emplazado por meses en los astilleros orbitales como jefe técnico de una rama del ejército que mantenía segura la red corporativa de la Compañía de Ingeniería Corelliana; siempre estaba pegado a su pequeña computadora portátil que a la vez le servía como instrumento de comunicación con el cuartel del batallón, y pese a dar la pinta de ser un ñoño ensimismado en su tecnología, en realidad era un genio soberbio y rebelde al que no le gustaba recibir órdenes, sino darlas.

—Habla el batallón, teniente, es hora, nos han dado cuatro minutos para llegar a la explanada —informó Genin.

—Eso no es muy alentador. De todas formas, ya me había aburrido de esperar. Sección, ¡en marcha!

El reloj contaba el tiempo en marcha atrás mientras el grupo se movía entre el estrecho camino que les separaba de la entrada principal al templo. El delgado corredor yacía a través de setenta y nueve metros de largo, flanqueado por dos muros naturales que se cerraban sobre la vía más y más a medida que se acortaba la distancia hacia las puertas violadas.

No solo la sección estaba en movimiento, toda la sexta compañía se aproximaba a su destino corriendo tanto como sus pies y el peso de las armas se lo permitían. De simplemente caminar habrían sido diezmados por el fuego de los búnkeres improvisados que los separatistas emplazaron en los muros de roca, aún así, al sentirse estos amenazados, comenzaron a disparar.

Los hombres comenzaban a caer y los soldados en general comenzaban a tener problemas para continuar unidos, así que cuando no pudieron seguir avanzando comenzó la pelea. Alguien lanzó el primer disparo y los demás le siguieron, los androides estaban adelante y toda una compañía les encaraba. Algunos buscaban cubierto entre las rocas para no ser abatidos, otros se metían en combates mano a mano contra los droides, aunque claro que lo mejor era simplemente perforar sus metálicos cuerpos con la furia de los láseres.

En el pensamiento de los droides era imposible procesar el miedo, por muy avanzados que fueran sus sistemas heurísticos nunca lograrían, incluso si pudieran, sentir con tanta euforia los sentimientos más básicos de un ser vivo, por lo que aquella interesante temeridad se les presentaba más bien como un “error de procesamiento incomputable” por parte de los humanos, y siendo tal hazaña imposible de procesar, no había modo de que los droides se sintieran seguros de hacer nada sin cometer algún otro error igual o más grande que el que sus adversarios estaban cometiendo. Sin duda, para un droide esta ligera consternación informática bien podría representar el equivalente al miedo humano.

Lo cierto a la luz de esa situación era que los mecanos empezaban a perder terreno, tanto en aquél paso como en el asediado atrio del templo; de no ignorar ellos que en ciertas situaciones era sabio tener miedo, sin duda se habrían replegado o buscado la

forma de ponerse a salvo junto con los puestos que defendían, pero en su lugar estaban condenados a verse aplastados por el formidable avance humano.

Con la progresiva ganancia de una ventaja numérica, nadie en la sexta compañía tenía intención de detenerse, y si así lo hicieran era muy posible que los pobres que se quedaran atrás fueran aplastados por sus mismos compañeros.

El combate cuerpo a cuerpo fue por mucho el mejor, en especial a medida que los búnkeres dejaron de ser un problema, luego se cuidaba que el número de bajas se mantuviera al mínimo, con lo que sólo se buscaba que fueran los androides de batalla quienes cometieran los errores, entregarse al pánico habría sido un buen ejemplo del tipo de errores que se esperaban, pero en vez de eso conseguían que las computadoras que controlaban a los separatistas se "congelaran" en el mejor de los casos al no poder procesar una respuesta estratégica conveniente a lo que ocurría. Para muchos no había nada como acercárseles mientras estuvieran estupefactos y luego golpearlos con el arma antes de darles el tiro de gracia.

La mitad del tiempo había transcurrido en breve, quedando todavía un buen tramo por recorrer. Por fortuna ya no había más que temer de los droides, al menos se podía contar con que por mucho que siguieran disparando no les impedirían llegar al templo, así que seguían corriendo, deteniéndose por instantes sólo para aniquilar algunos mecanos.

Corrían con suerte de que los operadores de los cañones en la explanada o estuvieran desactivados o no les prestaran atención, porque a unos veinte metros, ya nada, salvo esos cañones podrían evitar su llegada. No habían acabado, empero, con todos los enemigos en la zona, algunos separatistas aún se interponían en su camino estúpidamente, así que ellos continuaban haciendo lo que les había resultado hasta ahora, seguir avanzando, disparando de vez en cuando.

Unos cuantos metros más, las puertas abiertas y el final del sendero les esperaban con los brazos abiertos; unos droides más y estarían terriblemente cerca de quitarle a la República su ventaja; sólo unos metros más.

Tres minutos y veinte segundos, ya se podía ver cómo transcurría la batalla entre los defensores del atrio y los miembros del octavo batallón, aquello era un caos, estaba claro que sin refuerzos el octavo batallón sería aniquilado.

El corazón de Beran pareció paralizarse al ver eso, mientras forzaba a sus cansadas piernas para caminar más rápido podía sentir sus latidos y contarlos como si fueran las pulsaciones en el segundero de un reloj: uno, dos, tres, cuatro, cinco; cinco movimientos de diástole y sístole que le parecieron eternos, uno más, seis, entonces la explanada se materializó bajo sus pies, la siguiente fase del asalto había comenzado.

El avance del octavo batallón había sido pobre hasta entonces debido a la feroz resistencia separatista, incluso cuando las compañías sexta y la dieciseisava llegaron a prestar refuerzos, se encontraron con que en pocos segundos el fuego de contención enemigo los tenía contra la pared.

Aún con la artillería inactiva existían pocos caminos por donde avanzar, Tomle contemplaba desde la retaguardia esta terrible realidad esperando planear con éxito

alguna estratagema que le permitiera a su compañía cortar en poco tiempo toda la distancia hasta el interior de Kalak-Muhl. Algo interesante y a la vez preocupante eran las trincheras que los separatistas habían cavado frente al vestíbulo, pues era obvio que para triunfar tendrían que pasar por ellas y destruirlas antes de que las ametralladoras que las defendían acabaran con el batallón. Sin saber si el mando del batallón o los otros capitanes aprobarían su estrategia, Tomle hizo sonar su silbato en un tono inconfundible para sus hombres, era el indicativo de que tenían que proceder con una estrategia que, sorpresivamente, el capitán se guardaba para el último recurso, y es menester acotar que su uso en ese punto del combate era simplemente porque el resultado le era indiferente.

Al pitido todas las secciones de la compañía se dividieron de inmediato en escuadras de cinco miembros. Beran tomaba partido con Karelia[17], Steve, Gif[18] y Orwell, ajustándose rápidamente a las funciones y posiciones que se les había asignado durante los entrenamientos previos: entre los cinco tenían que avanzar por la parte central de una formación de empuje en la que otras escuadras se movían cubriendo los flancos para asestar al enemigo repetidos ataques breves pero contundentes, esto con el fin de concentrarlos en un punto medio donde luego serían aplastados por las escuadras que se acercaban por el centro.

—¿Realmente tenemos que esperar hasta que acorralen a los droides? —preguntó Steve.

—Ponte a cubierto primero —espetó Beran.

—¿Hay que esperar o no?

—No, Owen, no; busquen algo detrás de lo que puedan ocultarse y brinden fuego de contención sobre esos nidos de metralla en el centro de las trincheras, antes de que los droides se concentren en el centro, nosotros pasaremos por la trinchera y despejaremos el lugar.

—Eso no estaba en el plan, Beran, ni siquiera lo simulamos —protestó Karelia.

—Se te olvida que los simulacros no son definitivos, ya hemos hecho esto muchas veces antes, ésta sólo será una más, ¡disparen!

Owen procedió de inmediato, se escudó detrás de unos parapetos de concreto que los monjes habían colocado para la protección de los droides y que ahora le servían a los

---

[17] Karelia Tomesi era una combatiente impetuosa, razón por la cual ostentaba el rango de teniente. Por lo general su carácter era el de una mujer dulce aunque intransigente, lo cual rivalizaba con su incomprensible fiereza y eficacia a la hora de la batalla; a pesar de haberse destacado como líder en muchas ocasiones, en el último año la indomable y hermosa dama había estado declinando continuamente que se le pusiera al frente de una sección, prefiriendo servir en las unidades como soldado regular, sin embargo, la invasión separatista la había requerido al frente de un pelotón que casi quedó exterminado durante las primeras horas del asalto a Meccha.

[18] Nadie en la sección de Beran había visto antes a Terrinald Steve y Alek Gif separados, desde su graduación de la academia militar permanecían unidos como uña y carne, compartiendo incluso hasta sus novias. La guerra, no obstante, los había cambiado mucho, mientras Gif seguía siendo el bromista infantil de aquél dúo, Steve quedó devastado cuando vio morir a su esposa e hijos a manos de los droides durante la toma de Coronet, lo que le había impulsado a él y su amigo a obsesionarse con el triunfo en la guerra y a volverse unos soldados más dedicados, siempre atentos y cuidadosos de hasta el más mínimo detalle en el terreno de acción.

corellianos. El resto de la escuadra lo fue secundando poco a poco y unos segundos después ya estaba en acción el plan de Beran.

De vez en vez Steve echaba una mirada de reojo hacia las escuadras en la retaguardia y en los flancos, la razón era que tenía prisa por ver a las chatarras asesinas reunidas todas en el punto clave antes de moverse de su cómoda posición siquiera un centímetro, sin lograr notar nada que lo pusiera más tranquilo.

Los ojos de Beran, por otro lado, estaban ocupados en sus objetivos, la ya eficiente puntería del teniente habría de volverse legendaria en el futuro, pero por ahora constituía un talento que el mando infravaloraba. Su poderosa vista era tan precisa como la de un francotirador experto, lo que le permitía sacar el mayor provecho al sencillo rifle bláster que la compañía le había proporcionado. Mediante la mira telescópica del arma tenía control total de todo lo que se movía frente a sus ojos, donde ponía la mirada ahí ponía el disparo. A pesar de su proficiente desempeño reventando las cabezas de los androides que tenían la mala suerte de interponerse con su rango de visión, Beran estudiaba con detenimiento a los ocupantes de la parte central de la trinchera, sin duda el ser que solía ocupar frecuentemente su atención —un alienígena de mediana estatura, piel amarillenta, repulsivos ojos grandes y anaranjados, con una inexpresiva comisura rígida que hacía las veces de boca en un rostro sin nariz, propio sólo de un neimoideano— era el comandante de la guarnición que se empeñaba en resistir el flanqueo del octavo batallón. Le conmovió ligeramente ver que el ser en cuestión hablaba sin dirigirse a ninguno de los cuatro droides que tenía a su alrededor, manifestando claros signos de pánico que sin duda le harían desear estar en cualquier otro lugar. Una presa asustada siempre facilita la caza, todos lo saben, y la oportunidad se le presentaba en bandeja de plata. Mas el lugar en el que estaba no era propicio para enviar la saeta luminosa que freiría los sesos del comandante neimoidiano, necesitaba moverse hasta un punto más despejado, por lo que comenzó a hacer señas con las manos que su escuadra interpretó como órdenes; Karelia se puso entonces en movimiento colocándose detrás de Beran, relevándolo en la tarea de derribar mecanos mientras él se daba su tiempo para ajustar su mira y buscar la cabeza de su presa, y no pasó mucho antes de que encuadrara su objetivo. El cerebro acumuló la fuerza de su mano derecha en el índice que controlaba el gatillo del rifle de forma gradual, con lo que ciertamente habría matado al escurridizo neimioidiano si el estruendoso pitido del silbato del capitán no le hubiese distraído. El alienígeno se ocultó entre las trincheras, toda la ceremonia que requería, y tenía bien merecida la infalible puntería de Beran, quedó desperdiciada.

Las nuevas órdenes urgían a las tropas abalanzarse sobre las trincheras, el súbito cambio de opinión en cuanto a la estrategia del capitán Tomle resultaba más desconcertante para sus propios subordinados que para sus enemigos de metal y tuercas. La acción tomó a los separatistas por sorpresa, pero no los impresionó tanto como para exceder sus expectativas y congelar su programación de combate.

Las demás compañías del batallón no asumieron la misma estrategia, sin embargo, cabía la posibilidad de que dicha volubilidad en las órdenes no fuera responsabilidad

directa del capitán Tomle, después de todo, no era conocido por retractarse y menos en situaciones tan especiales como aquella.

La escuadra de Araxus no tuvo más remedio que acatar, y aunque resultara una idiotez ir corriendo hacia la línea de fuego de las ametralladoras, antes de darse cuenta ya estaban todos en camino. Gif, que era el de los pies más ágiles, tomó la delantera buscando despejar el camino de sus compañeros, Beran, por otro lado, se colocaba en la retaguardia para darles cobertura.

De pronto se volvió interesante ver que las nuevas órdenes realmente no contradecían a las primeras, conforme se precipitaban a las trincheras, los soldados de la sexta veían cómo los androides de batalla se quedaban acorralados en un espacio cada vez más reducido en frente de sus propias metrallas, cuyos artilleros, tan pronto se dieron cuenta de que seguir disparando les haría más daño que bien, silenciaron las armas dejando a la horda corelliana invadir sus últimas líneas defensivas.

El ejército humano imprimía rapidez en sus movimientos, allanando los búnkeres que poblaban las trincheras, disparando hasta contra lo que no se movía. Aprovechando la euforia de ese frenesí, Steve se introdujo en el búnker de la trinchera central, justo en el que Beran sabía que se encontraba el comandante; el aguerrido soldado Steve ingresó en la pequeña fortificación enterrada improvisadamente en una franja de tierra de poca profundidad, abriendo fuego sin el menor reparo, enfrentándose con cuando menos una decena de droides B1 y al menos un par de B2. La tremenda excitación que sentía por lo bien que le parecía iban saliendo las cosas, lo tenía sumergido en un transe profundo para el cual no había que cerrar los ojos; entre la luz de los disparos veía claramente como volaban en pedazos los enemigos frente a él, mientras admiraba como trataban de defenderse inútilmente, y mientras seguía tirando del gatillo gritaba, y entre más alto gritaba más regocijado se sentía por ser el autor de esa masacre mecánica, mas los pocos droides que quedaban en pie devolvieron los disparos, y para cuando llegó el momento de defenderse, el rifle de Steve se quedó sin munición.

—¡Oh mierda! —se dijo el desahuciado soldado mientras buscaba entre su equipo un repuesto para el agotado cartucho de gas Tibanna.

—¡Mátenlo, rápido! —dijo una voz débil y rasposa detrás de los droides justo en el momento cuando Beran entró para rescatar a Steve, prefiriendo lanzar el único detonador térmico con el que contaba en lugar de esperar a que el rifle de Steve estuviera cargado— Caray —musitó al final el comandante neimoidiano, antes de que el detonador le estallara en la cara.

Beran y Steve salieron con vida, sanos y salvos para cuando el interior del búnker quedó ocupado por el flamígero poder del detonador térmico, ante lo cual nadie consideró necesario rematar a los ocupantes ni hacer la más mínima averiguación, Gif le lanzaba a su amigo una escueta sonrisa de complicidad antes de reincorporarse a la carrera rumbo a la puerta principal del templo, tras la cual sólo les esperaba el vestíbulo del mismo y el camino hacia los jardines que daban paso a las mazmorras.

Detrás de las atravesadas líneas la sección entera volvía a reunirse esperando a que el resto del batallón alcanzara a la sexta compañía, pero lidiando aún con la no tan feroz resistencia que continuaba impidiéndoles el paso.

Sería desafortunado que habiendo llegado tan lejos perdonaran a los androides confederados y les dejaran apoderarse una vez más del templo, era esta simple idea la que inflamaba los corazones de los combatientes y les daba ánimos para que en un animalesco alarido destrozaran lo que se les pusiera enfrente.

Así lo hacía Beran, operando con la destreza acostumbrada a su siempre efectivo rifle, enfrascándose en la lucha cuerpo a cuerpo contra los B2 si era necesario, en cada paso su memoria se llenaba de gloria, el ejército corelliano y el pueblo que protegían se llenaban de gloria.

El capitán Tomle llegaba justo a tiempo para volar las imponentes puertas de madera del templo, poniendo a sus tropas en formación para la violenta irrupción, ordenando a sus ingenieros que sin dilación colocaran las cargas en las enormes cerraduras. El corazón se desbordaba de los airados pechos en un desplante de furor que coronaría aquél esfuerzo épico.

—¡Cargas listas, capitán! —confirmaba el ingeniero jefe.

—¡Todos atrás, llegó la hora! —ordenó Tomle a voz en cuello— Esto es a lo que veníamos y esto es lo que conseguiremos, ¡todos avantes en este memorable ocasión, si no se mueren por el fuego enemigo y en vez de luchar retroceden, entonces los mato yo! ¡YA!

Cinco segundos después, una enorme nube de polvo y gas caliente se alzaba donde antes había dos paneles altísimos de madera fina, y por detrás de ella quedaba lo que para millones de corellianos era el sueño que había sido reducido a simples ecos de libertad.

—*Ninguno, al final, puede hacer dos partes de sí mismo; aquello era la guerra, y yo no podía ser un guerrero y un pacifista al mismo tiempo; me obsesioné con la situación, me obsesioné con mi poder y aquello resultó un fracaso táctico, la misma idea de que la victoria era el único resultado posible fue lo que me cegó, a mí más que a los otros.*

—*Aquél no fue tu error, fallaste en la cosa equivocada, fallaste en pensar que lo que hacías era lo correcto, una batalla no decide el curso de toda una era, recuerda eso y encuentra la forma de hacer las paces contigo mismo.*

—*No, Katara, he mantenido la vista fija en el punto equivocado por mucho tiempo, esta vez no cometeré el mismo error, salvaré a todos, como debió ser en el principio, sólo temo que mi venganza no haya llegado demasiado tarde.*

—*Creo recordar que la venganza estaba prohibida entre ustedes.*

—¿Quién es Katara?

—No lo sé, no parece alguien que conozca. ¿Cree que esto haya sido un sueño premonitorio?

—Lo dudo mucho, puede que sólo se trate de una falsa asociación.

—Pues yo tengo la ligera sensación de que está ligada a mi futuro.

—Y yo no creo en premoniciones.

—Entiendo. Gracias por el aviso, si encuentro algo lo enviaré directamente a Coruscant.

—No hay de qué, sólo recuerda no subestimarlo, podrá estar chocheando, pero aún es terriblemente poderoso.

El pequeño holograma de Adatorn se dispersó, dejando a Robert sumido por unos momentos en sus propios pensamientos.

La mayor parte de la conversación que había sostenido con el maestro estaba centrada en lo mal que había dormido una noche antes del asalto y sobre el único sueño que tuvo durante las pobres tres horas en las que consiguió descansar. Aunque no lo consideraba importante, aquél sueño le había causado un extraño comportamiento de dispersión a lo largo del día, incluso había mermado en su desempeño al dirigir y planificar el hasta ahora infructuoso asalto al templo de Kalak-Mhul, y no es que ello pintara para un fracaso, sólo sucedía que para el gusto y la costumbre del general Van Phiney aquello ya estaba retrasado. Al respecto de ese retraso, era posible que se debiera más a la incómoda idea de tener que traicionar a sus aliados corellianos en virtud de complacer uno de los extraños caprichos del senado, que por el significado de su extraño sueño; y es que lo primero lo tenía tan molesto que era suficiente para hacer que se olvidara de lo segundo cada vez que contemplaba el desastre que debía solucionar.

Durante las últimas dos horas había llevado el asalto en las condiciones de un sitio, con toda la ventaja numérica que tenía, parecía depender más de los ataques aéreos que de los terrestres, resultando casi milagroso que luego de pensarlo demasiado decidiera por fin enviar a los comandantes Blaze y Ghost para abrirse paso en la cúspide de la meseta ocupada. Otro detalle eran los seis AT-TEs que tenía inmovilizados al pie de la meseta, esperando únicamente por la orden del Jedi para comenzar el asenso hasta la explanada sur.

—General Van Phiney, tengo a mis hombres listos para subir, espero sus órdenes, señor.

—No mueva a sus hombres, sólo por unos momentos, esperen.

—¿General?

—Tenemos que pasar por los antiaéreos, y no lo lograremos si no los destruimos antes, ¿deberíamos destruirlos con las naves y arriesgarnos a perderlas o deberíamos hacerlo arriesgándonos a demoler el templo? —divagaba el general.

—Recuerde que tenemos cuatro fragatas a su disposición, general.

—Por otro lado, están los bombarderos, que debería hacer retroceder si voy a enviar las naves, o podría reforzarlos con cazas para cubrirlos mientras atacan las posiciones fijas. Dígale al coronel Horlock que haga despegar sus cazas. Hágalo.

Al paso de las cosas, Robert seguía dándole vueltas y más vueltas al asunto, tenía la cabeza enmarañada de planes extraños y poco claros que repasaba desconcentrado más allá del cansancio mismo. Una transmisión entró en su comunicador del antebrazo.

—¡Las cosas se están poniendo duras! Necesitamos el apoyo de los blindados, cazas o lo que sea que tenga, ¡de inmediato! —solicitó el comandante Blaze; el tono angustiado y

temeroso de su voz apremiaba a Van Phiney a tomar una decisión rápida, a costa de que su cerebro seguía sumido en el aletargamiento.

Por suerte para ambos, a la primera señal de vida dada por las neuronas del Jedi, Robert terminó por tomar, de una vez por todas, la iniciativa sobre los AT-TEs. Sin decir palabra ni alertar a ninguno los ocupantes de los vehículos, trepó hasta el cañón principal de uno de ellos para sólo extender su dedo índice en dirección a la meseta. Aquello fue de lo más raro, pues con ese simple gesto hizo avanzar a los AT-TEs.

El pesado armazón del blindado en el que estaba trepado comenzó a balancearse serenamente sobre sus patas, y aunque no de forma muy violenta, Robert sentía que tenía que agarrarse firmemente del cañón para no perder el equilibrio y caer. Aún así no le costaba adaptarse a las posiciones que asumía el blindado, como cuando éste se puso en posición vertical para efectuar el ascenso por la inclinada ladera de la meseta.

Desde la parte inferior de cada una de las barbillas pertenecientes a esos monstruos metálicos de seis patas salían despedidos cables de ascensión que mediante un gancho quedaban clavados en las rocas de la cúspide de la meseta. Robert había puesto la mirada fija en la cima, su atención se centró exclusivamente en alcanzar la explanada que le esperaba allí arriba desde hacía ya unas horas.

Los blindados abrieron fuego contra las posiciones de artillería que sobresalían de aquel risco, los primeros impactos acertaron directamente en algunos de los cañones navales que se encontraban en su rango de tiro, mientras que otros simplemente causaban derrumbes de escombros.

El ataque tomó a los androides por sorpresa, aún con el conocimiento de que el enemigo podría atravesar sus líneas al atravesarlas con un asalto pesado, pero tal parecía que la experiencia tenida con los corellianos había llegado muy tarde a esa parte del frente. Ametralladoras y droides de todo tipo acudieron a tratar de contener el empuje de Van Phiney, quien iba trepado en el frente de uno de los AT-TEs desviando con su sable de luz todo lo que los separatistas le lanzaban, aunque quedaba cada vez más demostrado que sus esfuerzos eran en vano, pues la formación escaladora del Jedi estada cada vez más cerca.

Se hicieron estallar unas cargas para provocar un derrumbe de rocas que devolviera a los atacantes al suelo, por desgracia para los mecanos, la Fuerza estaba del lado republicano. Robert alcanzó a interceptar y detener las rocas, dejándolas suspendidas en el aire por unos segundos mientras los reptadores seguían subiendo; el caballero tomaba concentración, enfocaba su fuerza en la palma de sus manos para poder enviar al cielo las rocas que tenía encima. Así lo hizo esperando que las rocas encontraran su camino de regreso a la tierra, justo encima de las posiciones separatistas. Todo salía según lo planeado.

Tras asegurarse de que todas las piedras hubieran caído, van Phiney procedió a hacer que sus blindados posaran las patas en el campo de batalla de la explanada sur. Al momento de hacer que sus propios pies descansaran en superficie firme, el Jedi blandió su sable limpiamente en contra de los adversarios que tenían la osadía de dispararle o

acercársele, despejando el terreno para los refuerzos que venían dentro de los tanques reptadores de seis patas, en tanto que los cañones de estos no cesaban de hacer de la artillería naval separatista sus víctimas.

Por mucho que la llegada de los refuerzos aliviara las presiones de los soldados que ya se encontraban desplegados en el área, no podía decirse todavía que los clones llevaran la ventaja, sino todo lo contrario. Para cuando la caballería de Van Phiney hizo su entrada triunfal, la mayoría de los clones se encontraban dispersos y acorralados en extremos diferentes de la plaza, sin poder moverse ni plantear ataque ninguno en contra de los droides. Y justo para complementar la escena, podían apreciarse los restos de cazas y bombarderos, tanto republicanos como onderonianos, esparcidos por todo el escenario, la mayoría de los cuales todavía humeaban.

Pocos cañones habían sido neutralizados y los que no ya comenzaban a presentarse como los problemáticos que le habían aguado la fiesta al Jedi, ahora tenía que decidir si los hacía retroceder y arriesgarse a perder el poco terreno ganado o si por el contrario no les pedía hacer nada y se arriesgaba a perder sus vidas. Todo un dilema para un Jedi, que en la ortodoxia de los preceptos de la orden habría preferido salvar las vidas, el único problema era que cuando se trataba de guerra Robert pensaba más como mandaloreano, y no es que a los hijos de Mandalore les agrade perder las vidas de sus camaradas en combate, pero saben que no hay mejor ocasión para la muerte que cuando se defiende el honor en los combates, así lo entendía el general y así lo entendían sus tropas, con lo que no habría remordimiento si los AT-TEs quedaran pulverizados. Lo interesante era no perder más tropas ni llegar a depender de los soldados onderonianos, que estarían a la espera en tanto Van Phiney no confirmara que el cerco al templo estaba roto.

Tanto como si esa situación pasara por desesperada, nada extraordinario podía esperarse. Robert estaba entrenado para mirar de frente a la desesperación y burlarse de ella en su cara (si los demás Jedi estuvieran conscientes de que también tienen esta habilidad, muy seguramente terminarían flirteando peligrosamente con el lado oscuro), lo que desgraciadamente no lo exentaba de ciertos sentimientos de aprensión que le afloraban de vez en cuando. En las normas de la guerra, pocas cosas hay tan malas como dejar que la desesperación lo domine a uno, por otro lado, ese tipo de situaciones propicia a que se tomen decisiones cruciales que tienden a cambiar las tornas de la batalla, y Robert sabía que eso era lo que tenía que hacer en ese momento.

A la vez que sus manos blandían el terrible sable tan perjudicial para muchos soldados metálicos, los pies del general lo acercaban progresivamente a uno de los tantos grupos reducidos de clones dispersos en el campo de batalla.

—¿De qué unidad son, clones? —preguntó Van Phiney a un grupo de cinco hombres.

—Legión 200, general, regimiento 609, compañía Cresh —respondió uno de los soldados.

—¿Dónde está su comandante?

—La mitad de él está detrás de usted, la otra mitad la tiene a su derecha.

Robert comprobó que lo que el soldado le decía era cierto, el comandante Ghost yacía dividido en dos a unos pocos metros de distancia, al parecer una granada de baja explosividad le había estallado en el estómago.

—¿Qué pasó con él? —pregunto Robert, extrañado.

—De ningún modo, no sabemos.

—¿Llevan mucho aquí?

—Con todo respeto, señor, puede seguir haciéndonos preguntas tontas o puede tomar un rifle y ayudarnos con este desastre.

—Prefiero las preguntas tontas, gracias —concluyó Robert, blandiendo su sable al apartarse de aquellos soldados hasta el infortunado parapeto que hacían los restos de un V-19 Torrent derribado —. ¡Capitán Fierfek! ¿Me copia? ¡Fierfek!

—Toda la nave le copia, general, lo oímos hasta en el baño.

—Es imposible seguir avanzando por aquí, hay demasiada artillería.

—¿Entiendo con eso que nos está autorizando bombardear el templo?

—¡No, por el Bendu! Sólo quiero que use los cañones de la nave para hacer trizas la artillería en la explanada.

—Recibido. Esto no le va a gustar, pero confío en lo que hace.

Teniendo a dos legiones contra la pared en la explanada y con un buen número de antiaéreos aún activos, podría decirse que no era inteligente posicionar las naves, al menos no todavía, menos aún con esta preocupante contrariedad en la que el riesgo de perderlas era mayor que el de perder a las fuerzas de tierra.

El *Furia de Coruscant* comenzó a maniobrar más cerca del perímetro sureste del templo.

—Pongan a punto los escudos, intensifiquen las baterías delanteras —ordenó el capitán clon Fierfek a sus hombres en la nave.

—Todos los sistemas en línea, señor, adquiriendo vectores de objetivos —le respondió una voz desde las trincheras de control—. Blancos fijados.

—¡Disparen!

Antes de que los droides notaran a la imponente sombra del crucero republicano dibujarse sobre sus dominios, el fuego de los cañones navales del *Furia de Coruscant* ya había tomado como víctimas a dos de las posiciones fijas antiaéreas de los separatistas. El contraataque confederado no pudo ser más contundente; inmediatamente, los demás antiaéreos que quedaban en línea comenzaron a agobiar fuertemente los escudos de la flotante inquisidora que desplegaba su castigo desde los cielos. Los clones en la plaza retrocedían, atrayendo a los droides al bombardeo, mientras que en el puente de mando del crucero, la respuesta androide se hizo sentir en forma de constantes vibraciones.

—¡Contraataque! ¡Intensifiquen las baterías delanteras! —se sorprendió Fierfek, tal vez inútilmente.

—Imposible, ¡perdemos los escudos! Pantallas al sesenta por ciento y bajando.

—Rodeen en círculos, ¡pero sigan disparando!

Cada segundo que pasaba los antiaéreos aumentaban la frecuencia y potencia de sus disparos, las tropas de Van Phiney ahora tenían que moverse evitando el rango de fuego del crucero en el cielo y a los droides que habían quedado desbandados en el centro de un círculo de muerte, pero los malditos antiaéreos simplemente se oponían a dejar de disparar.

—¡Escudos al treinta por ciento, veinte por ciento! —continuaban las voces de alarma en el puente del *Furia de Coruscant*.

—Bien, señores, hicimos lo que pudimos, quiero un canal abierto con el general Van Phiney —dijo Fierfek.

—¡Escudos al diez por cien!

—No hay potencia suficiente para buscar la transmisión, hay problemas con la redistribución de energía.

—¿Qué? ¡Consíganme la energía!

—¡Escudos disipados!

—¡Acción evasiva, ya!

—Demasiado tarde, capitán, hay explosiones en los niveles inferiores.

—¡La cámara del reactor ha sido alcanzada, el reactor está expuesto!

—Perdimos los motores principales y los repulsores de estribor.

—¡No quiero más alarmas, sáquennos de aquí!

La nave en llamas consiguió ser alejada por los separatistas, el aguerrido y estoico crucero se deslizó por última vez en aquellos cielos para posarse a las afueras de la ciudad de Meccha, no sin antes llevarse consigo a casi todos los antiaéreos que le asestaron tan mortales golpes.

Robert se había anticipado al desastre, para cuando el *Furia de Coruscant* abandonó su cabalística posición sobre la plaza, tres fragatas onderonianas acudieron a suplirla en su tarea de bombardeo, una más no logró durar mucho al ser derribada inmediatamente. Había llegado el momento de asaltar lo que quedaba de la defensa separatista, y los restos de las legiones 200 y 201 no demostraron en su momento tener el más mínimo titubeo al proceder. En cuestión de minutos el cerco quedó roto por ambos lados.

Tomle llevaba a su compañía por los pasillos que daban al jardín este de la planta baja del templo. De momento se encontraba maravillado de que el único contacto tenido hasta ahora con los confederados se hubiera dado en el vestíbulo, sin embargo, ver que de pronto tenía el paso libre hacia las mazmorras le sumía en la más fría incertidumbre

El camino que separaba al vestíbulo del jardín resultó corto y directo, el jardín mismo estaba desprotegido, con lo que el haber llevado a toda la compañía era un verdadero exceso.

—Esto está muy silencioso —murmuró el capitán con un dejo de desconfianza— Quiero a dos secciones vigilando el exterior, otras dos bajarán conmigo, Beran, te quiero al frente —ordenó.

El teniente Araxus acató de inmediato, se aproximó con sus tropas hacia las oscuras escalinatas que descendían a las mazmorras, tratando de figurarse qué le podría estar

esperando en aquél lúgubre recinto. Ya no tenía la edad para estar pensando en que un fantasma podría capturarlo y llevárselo al infierno sólo por husmear, las realidades humanas lo habían vuelto más previsor en cuanto a algunos asuntos, sobre todo en el de temer más a la realidad que a lo que nunca había visto o podía ver.

Todo lo ilusorio comienza como una imagen.

Nadie es ya lo suficientemente tonto como para adentrarse en la oscuridad sin estar abierto a las sorpresas, y menos cuando lo único que puede esperarse es justamente la tragedia de la furtiva emboscada. Rifles arriba y mirada periférica, sentidos azuzados y una mente clara, el mejor remedio.

Al fondo de la escalinata se disipaba la oscuridad, la tenue luz de algunas lámparas lastimeras develaban oscuros corredores húmedos, y entre aquellos túneles de tierra y roca se mostraban múltiples puertas metálicas; sólo una de ellas custodiaba el preciado tesoro de la vida.

—Sepárense y hagan un reconocimiento, en cuanto hallen algo, avísenme —indicó Tomle antes de que el grupo se dispersara.

Beran tomó un equipo escueto: lo siguieron Gif, Steve, Owen, el sargento Kilo, el sargento Genin, los soldados Bryce y Mortan, así como el cabo Hornet. El camino que siguieron los internó todavía más en la laberíntica mazmorra, observando por las mirillas de las puertas por si había alguien habitando alguna celda; en la mayoría de los casos lo único que encontraban eran escombros y piezas de droides desmantelados, sin posibilidad de albergar cuerpo alguno.

Resultaba raro que una orden religiosa tuviera en su lugar sagrado una red tan compleja de celdas de detención, como si en algún momento hubieran ostentado alguna autoridad judicial, así pues, el equipo podría haberse pasado toda una eternidad registrando los sótanos celda por celda, por lo menos hasta que la suerte les sonrió y la voz de uno de los soldados exclamaba por fin: —¡La encontré, está aquí, Merricope está aquí!

Shyla Merricope, o cómo quedarse con el botín del otro y no morir en el intento.

La oscura y proverbial celda del fondo era la única ocupada en el pasillo; tal como es lógico, la cerradura que evitaba su apertura era más compleja que las del resto de las celdas, en un intento por compensar la falta de vigilancia en los alrededores, el complejo mecanismo estaba diseñado para no abrirse más que con un código electrónico tecleado en un panel de seis teclas, algo muy complicado para el simple intelecto de Bryce, pero no para el agudo conocimiento en electrónica del sargento Genin, a quien Beran llamó para colarse en el sistema y conseguir sacar al ensangrentado y maltrecho cuerpo de la diktat de su prisión.

—Ya, ya, apartaos todos, obtusas mentes cerradas al conocimiento —dijo Genin, con su esmerado discurso de adicto a la tecnología y las historias de fantasía—. Dejen que un profesional se encargue.

Owen fue el primero en suspirar con desdén ante el poco considerado modo que tenía el sargento para dirigirse a sus camaradas, pero haciendo memoria, no había nadie más apto que él para entenderse con una computadora.

Genin siempre iba armado para todo tipo de trabajo, cargaba en todo momento una computadora portátil del tamaño de la palma de su mano con la que se entretenía en sus ratos libres navegando por la HoloRed, pocas veces la utilizaba para tareas mayores como esa. El delicado aparato tenía cargado en su memoria la programación lógica de un droide astromecánico, al grado de que su interfaz operativa le permitía comunicarse mediante pitidos con su usuario; el mecanismo era completamente confiable y capaz de realizar los mismos cálculos que una matriz de procesamiento avanzada, sólo había que conectarlo al procesador de la consola y esperar un par de minutos para que la puerta se abriera.

—¿No convendría más echar la puerta abajo? Estamos perdiendo tiempo —dijo Kilo, el médico de la compañía.

—¡Yo no me meto con lo que haces, medicucho! —le espetó Genin, a lo que Kilo permaneció flemático.

Beran bufó en tono de reproche, buscando armarse de paciencia para no arremeter contra Genin. "¿Y se supone que el ejército es disciplinado?", se dijo a sí mismo.

—Listo, una obra de arte —anunció Genin, aliviado.

La plancha metálica que mantenía cerrada la celda se desplazó hacia abajo con lentitud, tanta que Kilo no pudo esperar hasta que quedara completamente oculta para entrar a prestar ayuda a la maltrecha mujer cuyo cadavérico cuerpo aún daba un ligero atisbo de vida.

—Vaya suerte haber venido con ustedes —musitó Kilo—, veamos qué puedo hacer, espero no sea poco.

Owen informaba al capitán sobre su hallazgo mientras Kilo auscultaba a la mujer con sumo cuidado, aplicándole medicinas y curaciones que manipularía hasta con los ojos cerrados, revolviendo una y otra vez en su mochila llena exclusivamente de pertrechos médicos, a menudo maldiciendo o tratando de reconfortar a la vegetativa Merricope.

—Tomle dice que no nos movamos, se reunirá en breve con nosotros —informó Owen.

—¿Le informaste de nuestra situación? —preguntó Beran.

—Tal vez exageré un poco, no conviene que se retrase.

—Bien hecho —felicitó Kilo, sin despegar su atención de sus tareas—, convendría también pedir al batallón una mesa de operaciones de inmediato, si no la intervenimos morirá en unas dos horas.

El piso se movió de pronto bajo sus pies, todo el lugar se estremeció con violencia. La escuadra quedó en alerta, parecía que los separatistas los habían descubierto.

Gritos y órdenes frenéticas se oían procedentes de los otros pasillos, la compañía estaba siendo emboscada y los únicos que no estaban bajo ataque eran los hombres de Beran. Kilo fue el primero en entrar en pánico, quejándose de las órdenes de no moverse cuando tenían la salida frente a ellos.

—Prepárense para el contacto —dijo Beran; todos aprestaron sus armas.

El nerviosismo se acrecentaba, Steve y Gif bromeaban para disimularlo, pero no conseguían disminuir la tención con eso.

Los amigos se hicieron presentes en el vestíbulo de las mazmorras, el capitán Tomle había ordenado hacerse fuertes ahí, bloqueando las escaleras que daban hacia el patio.

El general Van Phiney le llevaba la ventaja a los separatistas en gran parte de los niveles inferiores del templo y ahora también en los niveles más altos. La excitación producida por la batalla casi le había hecho olvidar que su misión principal era rescatar a la diktat corelliana antes que sus propios compatriotas. Tal como estaban las cosas ignoraba si ya se le habían adelantado o no. La discursiva ahora era importante: seguir ascendiendo hasta la cúspide del templo, donde se había confirmado que el conde Dooku y el virrey Gunray estaban atrincherados, o acudir personalmente al rescate de Merricope. Sus tropas y comandantes no compartían sus dudas sobre las prioridades en la misión. Estaba claro que no podrían solos contra Dooku, pero el mañoso Conde podría esperar mientras se concentraban en encontrar a la diktat, apresada en algún lugar de la fortaleza.

¿Que el líder separatista podría poner trampas en el camino? Quizá, y fuere lo que fuere, tendrían que lidiar con ello. Mas al considerar esta posibilidad, un nombre acudió a la mente del general: Ventress. No se figuraba qué pudo haber pasado con ella después de su encuentro en aquella nave de la Federación, aunque sospechaba que se necesitaba más que un bombardeo con turbolásers para siquiera convencerla de retirarse a tomar un descanso.

—Mis regimientos pueden encargarse de tomar los niveles superiores y esperar hasta su llegada —dijo el comandante Blaze—, puedo darle un batallón, si quiere.

Robert parecía disperso, realmente podía escuchar las voces fuera de su cabeza, pero sus propios pensamientos le hablaban con más fuerza.

—Mi personal de operaciones especiales está listo para responder a una movilización relámpago sobre todo el templo, aunque eso sería distraerlos de su misión actual, lo que no significa que no puedan volver a ella de inmediato —informó el coronel onderoniano Valaqul.

—Mi compañía se puede encargar de rescatar a Merricope por usted, general —agregó el capitán Rage.

El general suspiró rendido. —Proceda, capitán, mande dos escuadras, una que asegure el paquete y otra que los cubra desde la distancia.

—¡Ja! Tengo a los clones indicados para eso.

—Me alegro capitán. Blaze, encárgate de asegurar los niveles superiores; coronel Valaqul, dígale a su personal que vigile a los corellianos, tienen mi permiso para usar fuerza letal en caso de que obstruyan a las escuadras de Rage.

—Visto y no visto —finalizó el coronel.

—¡Fuego en el hoyo! —gritó Steve.

—¡Contengan, contengan! —ordenó el capitán Tomle.

El detonador térmico explotó a los pies de la agresora, levantando polvo y escombros que volaron por todas partes. El fuego cesó en lo que la nube de polvo se dispersaba.

—No está —se sorprendió Beran al disiparse la nube.

El sonido característico de los sables de luz al encenderse los tomó por sorpresa en la retaguardia. Owen y Gif cubrían esa posición, protegiendo a Merricope y a Kilo; ambos dispararon, Owen con más precisión que Gif, pero no acertaron a nada. Gif fue apartado como si una mano invisible tirara de su espalda; Owen siguió disparando, fastidiando lo suficiente a Ventress como para que decidiera acabar con él; las dos mitades de Owen, divididas desde la coronilla hasta la entrepierna, cayeron humeantes al piso.

No se interponía nada entre Ventress y la convaleciente diktat, la aprendiza oscura se acercó a ella con notable pompa. Kilo no alcanzó a tomar su rifle, aunque tampoco fue necesario. Beran contuvo a Ventress con los disparos repetidos de una ametralladora que había quedado desocupada cuando la misteriosa cazadora decapitó a su operador. La ráfaga de disparos fue lo suficientemente consistente como para comprar tiempo, de tal modo que Kilo y Genin se apartaran hacia las escaleras que daban al patio.

Ventress alcanzó a notar a los soldados apartarse, y poco podía hacer para detenerlos, salvo esperar a que la metralla se sobrecalentara. Lo que quedaba de la compañía secundó a Beran en el ataque, pero Ventress logró evitar todos los disparos al saltar hacia uno de los pasillos adyacentes. En las décimas de segundo que transcurrieron entre su aterrizaje y el reinicio de los disparos, Ventress lanzó ambos sables contra los soldados que llevaban a Merricope. Beran vio su oportunidad para acabar con ella de una buena vez, sabía que sin sus sables la misteriosa cazadora difícilmente lograría esquivar los disparos. Nadie, sin embargo, reparó en la trayectoria de los sables. Salvo el capitán.

La primera hoja carmesí se acercó peligrosamente a Kilo, si no se la detenía partiría al sargento por la mitad e incluso podría matar a Merricope. Tomle se levantó y acudió rápidamente hasta la posición de Kilo, pensaba que con suerte y recordando su entrenamiento podría interceptar los mangos de ambos sables.

Kilo los vio venir, a los sables y a Tomle. En menos de dos segundos el tiempo pareció detenerse.

—¡Rápido! —le ordenó a Genin, que estaba de espaldas a la salida.

Kilo empujó la camilla en un esfuerzo sobrehumano, casi estaba dentro del túnel, cuando Genin perdió la fuerza de sus piernas, en realidad perdió la fuerza de todo su cuerpo. Droides, superdroides de combate lo estaban esperando en el patio. Volteó hacia el capitán en busca de una respuesta, pero Tomle estaba ocupado: logró interceptar el primer sable, tomándolo por el pomo, sin percatarse del otro, que le rebanó la parte superior del cráneo, a través de las cejas. Kilo no tuvo tiempo de reaccionar, el sable seguía su curso a tres metros de él; se tiró sobre el piso, jalando la camilla hacia el interior de las mazmorras. Ambos sables regresaron por donde vinieron y se perdieron en la oscuridad, junto con la atacante. En apenas dos segundos.

Algunos camaradas le dieron persecución a Ventress, Beran era ahora el soldado de más alto rango en las mazmorras.

—¡Atrás, atrás! —ordenó el teniente— Todos a la salida, ya.

Kilo pasó por alto el cadáver de Tomle, y así lo hizo Beran al verlo. —¡Droides! Estamos rodeados —advirtió el médico.

—Hombre —contestó Steve—, aunque no lo creas eso pude haberlo deducido yo solito.

—¡Fuego en el hoyo! —dijo Hornet, lanzando una granada de pulso electromagnético contra los droides en el exterior. Era obvio que las dos secciones de guardia en el patio habían sido diezmadas.

—Starrider, ayúdale a Kilo con la camilla, los demás, avancen; los que vayan en la retaguardia brinden fuego de cobertura.

—Sí, capitán.

“Capitán...” se dijo Beran. Luego pensaría en ello.

Los droides que quedaron al alcance de la granada seguían retorciéndose en el piso, no le sorprendió a nadie que el patio estuviera lleno de muchos más. Dos droidekas entre ellos.

—¡Formen un perímetro, Merricope en el centro!

De alguna forma los diecisiete que quedaban debían arreglárselas para volver con el batallón sin ayuda. Sin Genin, la operación de las comunicaciones recaía en el cabo Nimrod, que trataba desesperadamente de contactar al mayor Winslett en busca de refuerzos usando la computadora de Genin.

Kilo y Merricope estaban justo en el centro del patio, rodeados por los demás en aquella lucha por el terreno. Los droides se defendían salvajemente, pero no podían evitar retroceder; sus órdenes en todo caso debían ser no perder la plaza, y los droides no son conocidos por desobedecer órdenes. Estaban bajo ataque desde todos los extremos del patio, la parte débil del cerco estaba en dirección al interior del palacio; al parecer los droides estaban más preocupados por evitar que escaparan, en vez de impedir un asalto a la fortaleza. No estaba claro si querían a la diktat viva o muerta.

El médico de la compañía no sabía si su paciente estaba al tanto de lo que pasaba, y esperaba que no lo hiciera, así no sentiría el dolor causado por sus heridas graves ni entraría en pánico por estar en medio de tan peculiar situación. Kilo mantenía su propia batalla en contra de los traumatismos, hemorragias, contusiones, fracturas y órganos perforados de la importante mujer que estaba a su cuidado.

Shyla, por otro lado, no era insensible a su situación. No podía hablar, no podía moverse y no sentía dolor, respiraba con dificultad, su vista era borrosa y no lograba distinguir los sonidos que escuchaba. Su situación no era muy diferente de la que había vivido desde sus primeros días de encierro. El mundo dentro y fuera de su convalecencia era poco claro. Alguien gritaba, pero no entendía lo que decía.

—¿Dónde está el batallón, dónde? —vociferaba Kilo repetidamente. Beran podía oírlo: la desesperación en su voz, sus tecnicismos médicos indicando lo mala que era la condición de Merricope. Pero no había nada que pudiera hacer, según Nimrod estaban

solos, tendrían que abrirse paso hasta el hospital al pie de la explanada por sus propios medios, con el tiempo en contra

—¡Cubran los flancos! Entiendo la gravedad del asunto, Kilo, pero lo mejor que puedes hacer ahora es cuidar tu propia espalda.

—¿Estás bromeando? Necesito bacta, un escarpelo, una sonda gástrica… Con una mierda, teniente, ¡dame un quirófano!

Bryce fue herido en el momento, uno de los droides había acertado a su abdómen; el tiro no atravesó su cuerpo, una buena señal, pero necesitaba atención de inmediato. Cuatro más fueron blancos de los blásters separatistas, dos ya no se levantarían.

—Doc, ¿qué esperas? Te necesitan —dijo Beran.

—Ella me necesita más, es nuestra misión mantenerla viva.

—También lo es salir de esto con vida, ¡ayúdalos! Es una orden.

—No entiende, teniente; no la puedo dejar sola, no está estable.

—No te esfuerces intentando revivir un cadáver, ¡sálvalos!

—¿Me está escuchando al menos?

—Dale a Karelia lo que necesite para salvarlos entonces.

—Las órdenes son sacar a Merricope de aquí con vida.

—No me vas a dar una lección sobre el cumplimiento de las órdenes a mí, doc.

—¡De mi depende la vida de un superior! La lealtad hacia los órdenes es…

—¡Tu lealtad es hacia tus camaradas, maldita sea!

El intercambio de fuego se volvió desfavorable para los corellianos, y lo habría sido más de no ser por las versátiles habilidades de Karelia Tomesi. Kilo aplicaba curaciones a Shyla mientras peleaba verbalmente con Beran; Nimrod no pudo hacer más para pedir refuerzos, el batallón cortó la comunicación.

Shyla no se sentía mejor, aunque su vista se aclaró. Lo primero que vio fue la caída de un cadáver frente a ella, un hombre con el cráneo perforado, alguien que no tomó la precaución básica de usar casco.

—Kilo cayó —escuchó decir—. El doc ha muerto.

Quince Diez nunca había sido la clase de soldado que desobedece órdenes, por mucho que estas le incomodaran. No sabía por qué a veces desaprobaba la calidad moral de algunas disposiciones; de haber estado consciente de ello tiempo atrás, habría sido desechado por los kaminoanos mucho antes de ser llamado a filas.

¿Lo habría detectado su pelotón? ¿Sabrían sus hombres que, si pudiera, echaría abajo las codiciosas órdenes del general Van Phiney? ¿Lo sabría el capitán Rage? Imposible saberlo. Por suerte todavía quedaban otras órdenes que cumplir, y estaba agradecido por eso. Ojos que no ven, corazón que no siente, o eso decían.

—La primera escuadra asegurará al paquete, la segunda dará fuego de cobertura desde los niveles inferiores. Me han informado que un grupo de operaciones especiales del ejército onderoniano les estará vigilando las espaldas en caso de que algo vaya mal. No se preocupen por ellos, hagan su trabajo y dejen que ellos hagan el suyo. ¿Preguntas?

Nadie dijo nada.

—¡A trabajar!

Watcher estaba al mando de la primera escuadra, mientras que un recién llegado, el sargento Garu, comandaba la segunda escuadra. Ambos avanzaron con sus unidades por los oscuros pasillos hacia los patios del lado corelliano.

Los altos muros de piedra daban una apariencia tenebrosa. No había ventanas, tampoco muchas lámparas, viejas puertas de madera pulida flanqueaban los pasillos por ambos lados y siniestras pinturas oscuras completaban el aterrador entorno. La pintura rojo sangre de las frías paredes adicionaba más temor al ya latente factor miedo.

El ambiente se tornaba cada vez más silencioso a medida que se internaban en las entrañas del viejo templo. Siguieron hasta una intersección donde toda la calma se desvaneció, el inconfundible sonido de disparos a lo lejos les puso en advertencia, no estaba claro si se trataba de amigos o enemigos.

—Aquí nos separamos —dijo Garu—. Trataremos de rodear por el norte y estar en posición para cuando lleguen al patio.

—De acuerdo, suerte.

La segunda escuadra volvió sobre sus pasos y desapareció en la oscuridad; los hombres de Watcher siguieron hacia el este. Al final del pasillo sin puertas vislumbraron una gran entrada de luz, un enorme vitral que coronaba unas escaleras procedentes de la planta baja. Más ventanas adornaban el pasillo perpendicular, flanqueando un pequeño jardín verde deshabitado que no estaba tan lejos de su objetivo principal.

Watcher envió a tres soldados a investigar los niveles inferiores a fin de proceder, esperó unos segundos hasta que escuchó confirmación de uno de ellos por su intercomunicador; el resto de la escuadra bajó las escaleras hasta la planta inferior, cubriéndose las espaldas y observando cuidadosamente en caso de entablar contacto.

—Todo está tan tranquilo… ¿Estamos en el lugar correcto? —dijo Dubsev.

—Afirmativo —respondió Watcher.

Algo captó de pronto la atención de los amplificadores auditivos de la tropa, era algo parecido a un zumbido que se desplazaba por debajo de ellos, como si se tratara de algún motorcito acercándose a su posición.

Dubsev encendió la lamparilla de su casco, enfocándola a los oscuros alrededores del pasillo para poder ver mejor a la fuente del sonido. Algo se estampó contra sus pies, Laptik bajó la cabeza.

—Silencio —advirtió Watcher—. ¿Qué es eso?

Dubsev rió por lo bajo. —No es nada, sólo un droide ratón perdido. Un pequeño e inofensivo droide ratón azul.

—¿Azul? Azul, ¿eh? —balbuceó el soldado Laptik— ¡Azul!

Laptik se apresuró a apuntarle al droide, pero éste huyó despavorido y Laptik salió corriendo tras él.

—¿A dónde vas? —dijo Watcher.

—Voy tras él —se ofreció Dubsev.

El pequeño droide aceleró hacia un pasillo cercano, a unos metros de que rodeaba al jardín por el lado derecho; era un pasillo corto, que conducía a otro bloqueado por una pila de escombros que se amontonaban sobre ambos muros sin reposar del todo en el piso, dejando huecos no muy pequeños por el que un droide ratón podía pasar, pero un clon no.

Sin embargo, el pequeño droide estaba acorralado contra un rincón, algo lejos del pasillo bloqueado, y tenía a Laptik, con el DC-15 a punto, frente a él. La pequeña máquina chirrió con un peculiar sonido, antes de girar sobre sí misma, buscando desesperadamente una salida.

—Te tengo —susurró Laptik.

El droide calculó sus opciones antes de que Laptik tirara del gatillo, y casi reaccionando por instinto, se escabulló por entre las piernas del soldado, a toda velocidad rumbo a los escombros. Laptik lo siguió, pasando por alto a Dubsev, que venía a su encuentro. El droide pasó entre uno de los huecos de que habían dejado los escombros, perdiéndose a la vista de Laptik.

—Déjalo, tenemos trabajo que hacer, seguro que no es nada —rogó Dubsev.

—De ningún modo. Vamos, ayúdame a mover estas rocas.

Dubsev no se movió, en vez de eso permaneció atónito ante la imagen del obstinado Laptik empujando los escombros. Una vez que lo hubo logrado, fabricándose un pasaje hasta el pasillo oculto, y desapareciendo en el mismo lugar donde el droide lo había hecho. Fue entonces que Dubsev reaccionó.

—¡Fierfek! ¿Laptik? ¡Laptik! —se conmocionó— Rage nos decomisionará por esto.

Dubsev estuvo a punto de salir en busca de Laptik, cuando un disparo que venía hacia él desde la oscuridad lo sorprendió. Acto seguido salió Laptik, emergiendo de la oscuridad con una lluvia de disparos a cuestas.

—¡Cúbreme, cúbreme! —gritaba el soldado perseguido.

Dubsev comenzó a dispararle a los droides de combate que venían tras su compañero, reduciendo la taza de disparo enemiga lo suficiente para que Laptik se pudiera poner a salvo.

No muy lejos de ahí, aunque lo suficiente como para no escuchar el ajetreo de los otros dos, el resto de la escuadra se movía cautelosamente entre los andadores que rodeaban al jardín, adentrándose cada vez más en territorio corelliano, donde el silencio era una condición imperativa.

—¡Alto! —dijo Noventa y Dos— Detecto algo.

—¿Estás seguro, novato? Yo no percibo nada —preguntó Watcher.

Noventa y Dos era uno de los remplazos recién llegados a la compañía, sin muchas referencias en su pasado y sin haber hecho nada que le garantizara el respeto de los veteranos.

—No es algo que detecten los sensores —dijo—, es algo más, bajo mis pies.

—¿Droides?

—Sí.

Watcher no confiaba en Noventa y Dos, pero no había motivo para ignorarlo si de droides se trataba.

—¡Pónganse a cubierto, armas listas! —ordenó.

Los clones se movilizaron de inmediato, parapetándose tras arbustos y muros, listos para cuando la amenaza se hizo presente: Dubsev y Laptik venían a toda velocidad, gritando.

—¿Pero qué…?

El motivo de los gritos salió detrás de los soldados, eran droides, muchos droides, aparentemente liderados por un pequeño droide ratón azul. El intercambio de disparos comenzó, qué desgracia que nadie llevara consigo granadas de pulso electromagnético.

Desde su posición era prácticamente imposible decir cuántos eran, tal vez un pelotón o una compañía entera compuesta por un grupo de diferentes clases de máquinas asesinas convergiendo sobre ellos en aquél jardín.

—Garu, ¿me escuchas? ¿Garu? —contactó Watcher por su intercomunicador.

—Fuerte y claro —resonó la voz del sargento en sus oídos.

—Tenemos una situación aquí, en el jardín contiguo al patio… Hay mucho contacto, repito, hicimos contacto.

—Entiendo, vamos de inmediato, denme unos segundos.

—Gracias.

Los droides B1 eran, como de costumbre, máquinas torpes fáciles de derribar, mientras que los B2, como de costumbre, oponían fuerte resistencia. De hecho, los tenían bien cercados en torno al lado norte del jardín, reduciendo las posibilidades de que la ayuda de la escuadra de Garu fuera provechosa. Aún así, los disparos provenientes del primer piso fueron bien recibidos.

—Vamos a intentar flanquearlos. ¡Dubsev! Llévate a dos más y atáquenlos por detrás, los demás, fuego de cobertura.

Los droides se replegaron ante el fuego concentrado. Dubsev se llevaba consigo a Laptik y Dulan, pasando suavemente por debajo de las narices de los droides, regresaron por un pasillo adyacente hasta las escaleras coronadas por el ostentoso vitral, intentando colocarse detrás de los droides.

Pero al llegar a la retaguardia quedó claro que habían sido descubiertos, los droides que intentaban retroceder intercambiaron fuego con los clones, aunque desviaron su atención del grupo principal. Watcher aprovechó la oportunidad para hacer presión y tener a los droides auténticamente flanqueados.

—Aguanta ahí —dijo Garu por el intercomunicador—, te enviaré a algunos muchachos para que te apoyen allá abajo.

Bien, con los clones de Garu alcanzarían a cortar la retirada de los droides, los diezmarían en segundos.

El agresivo intercambio de disparos parecía cada vez más violento a medida que los clones confinaban a los droides en un espacio cada vez más reducido; la maniobra había resultado, y justo a tiempo para que los corellianos no sospecharan nada, sin embargo, el

éxito parecía demorarse, y no fue hasta después de unos cuantos minutos, que Watcher hizo contacto visual con Dubsev y ordenó a los muchachos de la segunda escuadra que regresaran con su sargento. No cesaron los disparos hasta que todos los droides quedaron destruidos, sin sufrir una sola baja.

Diez minutos después continuaba el ajetreo. Karelia cuidaba de Merricope ahora, la mirada de la diktat seguía fija sobre el cuerpo de Kilo y así había estado desde que lo vio caer. Tanto el número de atacantes como de defensores había decrecido; del lado de Beran sólo quedaban nueve; del de los separatistas, el doble.

El fuego intenso había padecido de dos breves treguas hasta entonces, dos en las que los droides parecían retirarse, pero al final sólo se distraían y vagaban por ahí, algunos se separaban del grupo de ataque y otros simplemente se quedaban parados frente al grupo corelliano.

Ya no más. Los últimos dieciocho no irían a ningún lado.

¿Qué caso tenía seguir quietos ahí? El batallón los había abandonado y Merricope estaba, a todos los efectos, más muerta que viva. Beran sentía que nadie saldría vivo de ahí. Hasta que los droides empezaron a caer como moscas.

Un apoyo extraño que procedía de los niveles superiores en torno al patio había tornado la batalla a su favor, el ánimo se le restituyó a Beran y a muchos otros, tal vez porque era el instinto exigiéndoles ponerse a salvo.

Alguien vino por detrás, Karelia fue la primera en advertirlo, eran clones, gracias a Corell.

—Aseguren el perímetro, que no escape nadie —dijo uno de los clones. A Karelia le parecieron misteriosas esas palabras.

Beran se sintió aliviado al recibir a los clones, todos se sentían aliviados. El aún teniente miró a uno de los clones mientras disparaba contra los droides, el clon le respondió asintiendo con un gesto reconfortante.

El conjunto combinado de clones y corellianos estaba logrando rápidamente lo que los segundos no habrían podido lograr, Beran lo aceptaba e incluso se sentía un poco avergonzado por ello, aunque por lo menos ya podía quitarse de la cabeza la idea de morir en ese patio.

Antes de que el último enemigo cayera, Beran sintió una fuerte y repentina presión en la nuca, luego un dolor fuerte pero breve, poco antes de quedar inconsciente sobre el piso.

—¡Beran! —se sorprendió Karelia. Sus sospechas eran ciertas, algo raro estaba pasando, aunque nunca vio venir una traición de la República.

Los corellianos levantaron sus rifles, la escuadra de Watcher hizo lo mismo. Ocho contra nueve, los números estaban parejos.

—Bajen las armas —dijo el sargento clon.

—Ni siquiera lo pienses —le retó Gif.

Watcher hizo un ademán a sus soldados, los clones dejaron de apuntar. —No queremos armar una matanza inútil, además, los números nos favorecen —Watcher

indicó a los clones que apuntaban desde los ventanales del piso superior—. Nosotros sólo cumplimos órdenes.

—Nosotros también —dijo Karelia. Evidentemente estaba en una situación sin salida, todos estaban en la misma situación.

Watcher continuó —Por órdenes del Senado de la República Galáctica, se nos ha comisionado con la custodia de la diktat corelliana, Shyla Merricope, para su traslado inmediato a Coruscant.

El sargento clon no entendió ni una sola de las palabras que pronunció, esperaba que los corellianos sí lo hicieran.

—¿Por qué? —inquirió Steve.

—Las órdenes políticas no se cuestionan.

—¡Qué curioso! A nosotros nos dieron las mismas órdenes —dijo Gif—. No se la entregaremos.

—Estoy seguro de que querrán ser más razonables —sentenció Watcher, apuntando su rifle.

—Entiendo —dijo Gif.

Fueron las últimas palabras de Gif, un disparo inadvertido atravesó su cráneo al segundo siguiente, Steve disparó a Watcher, Dubsev a Karelia, y todo terminó en pelea, con muchos heridos y unos pocos muertos, dicho sea de paso. Luego bajaron los onderonianos y sacaron de ahí a Merricope y los clones.

XIII.3
Drall

Decepción y engaño.

—¿Había diecisiete personas, capitán? ¿Es pregunta o afirmación? —sentenció Van Phiney.

—Es… inexacto, señor, pero cierto; el número, contando a Merricope, era de dieciocho, señor —La voz le temblaba a Rage, no sabía qué esperar de Van Phiney ahora.

El general Jedi le dio la espalda al capitán y se quedó pensativo unos momentos, mirando celosamente la inmensa puerta de madera detrás de la cual estaba su siguiente objetivo. —No sé qué debo lamentar más, ¿los siete corellianos muertos o las cinco bajas entre mis soldados?

Rage no sabía qué decir, no entendía a lo que se refería Van Phiney, tal vez porque nunca había sabido diferenciar entre un sarcasmo y una pregunta retórica. —¿Desea que revise los informes de nuevo?

Robert negó con la cabeza. Rage suspiró aliviado bajo su casco.

—Tengo un mal presentimiento sobre esto —murmuró el Jedi—. Dile a tus hombres que procedan, ábranme esas puertas.

El capitán clon inclinó la cabeza y se alejó, Robert se llevó la mano derecha a su barbilla sin apartar la vista de la puerta que lo separaba de Dooku. Presentía que algo no estaba en orden.

Los soldados se aprestaban a repeler cualquier ataque que pudiera provenir de la habitación tras aquella puerta; apuntaron sus blásters y tomaron posiciones defensivas al tiempo que cubrían a los ingenieros que estaban por colocar las cargas que harían volar la puerta.

Cuando uno de los clones se disponía a colocar la carga contra la cerradura de la puerta, no logró evitar notar algo que lo hizo titubear. El soldado llamó en ese momento a uno de sus camaradas para entregarle la carga y pedirle que se la llevara, luego solicitó a otros dos que lo cubrieran mientras abría la puerta manualmente. Para sorpresa de todos, la cerradura había sido abierta desde dentro, bastó con empujar la puerta para que ésta se abriera, aunque con algo de dificultad debido a su peso, de par en par.

Van Phiney fue el primero que entró en el enorme salón coronado por una cúpula de vidrio roto, sus únicos ocupantes eran los cadáveres de los sacerdotes del templo, que yacían tendidos en el suelo. No obstante, el hecho de que fuera más que evidente que los sacerdotes habían sido muertos por un sable de luz confirmaba que Dooku había estado ahí.

Definitivamente no era lo que Van Phiney o la 201 esperaban ver.

—Quemen los cuerpos aquí mismo —ordenó el general.

Preludio

Coruscant había recibido dos noticias inmejorables en un día, ambas relacionadas con Corellia. La holored se deleitaba difundiendo la noticia de la derrota de los separatistas en Selonia y de la deserción de algunos de sus comandantes en Talus y Tralus debido a los movimientos insurgentes que se habían levantado contra su ocupación. Por otro lado, la llegada de los líderes corellianos a la capital había alegrado a más de un senador.

El alba del cuarto y último día de la Operación Vaapad en Corellia despuntaba serenamente aún cuando la noche anterior había sido caótica: el imponente templo de Kalak-Mhul había sido incendiado por órdenes de Van Phiney, mientras tanto, la Legión 200 peinaba todo el continente en busca del Conde Dooku.

El no haber podido dormir en dos días había mermado fuertemente la resistencia del joven general, finalmente, no pudo contener su deseo de dormir y cayó en un profundo sueño luego de regresar de una misión de última hora. Se quedó recostado dentro de una tienda de campaña, disponiendo que no se le molestara a menos que ocurriera una emergencia. No tardó mucho en quedarse profundamente dormido, tampoco tardó mucho en comenzar a soñar, su mente repasaba cual holovideos todos los acontecimientos acaecidos los últimos cuatro días.

Fuera de la tienda, el comandante Blaze no podía hacer nada más que envidiar al general por la breve oportunidad para descansar, por lo que a él le tocaba, aún tenía un largo día por delante.

—Es en días como éste cuando más extraño los entrenamientos en Kamino —dijo un mayor que se acercaba al comandante clon—, al menos entonces podíamos dormir.

—Llegamos al clímax, y aún así parece que esta batalla tiene mucho más que ofrecernos.

—¿El general duerme?

Blaze asintió.

—Qué pena —murmuró el mayor—. Uno de mis muchachos en el puesto de comunicaciones recibió una transmisión del general Adatorn, señor, buscaba al general Van Phiney.

—Bueno, el Jedi está dormido.

—Eso supuse, señor, por eso vine personalmente a buscarlo; el general Adatorn llegará en unos minutos, se nos une con la ochenta y cinco.

—Gracias, mayor.

—Señor —se despidió el mayor, tras lo cual regresó a su puesto.

Una hora después aterrizó en el campamento un transporte CR-20, su código de identificación correspondía con el de la nave que traía a Adatorn desde el frente de Selonia. Habría sido conveniente despertar a Van Phiney para que recibiera a su superior adecuadamente, pero Blaze prefirió no interrumpir el sueño del joven general, prefiriendo recibir a Adatorn en su lugar.

Al comandante le pareció curiosa la escena que estaba presenciando, un contingente de soldados entumidos y hacinados trataba con dificultad de bajar de la nave con cupo máximo para cuarenta pasajeros; Blaze supuso que el maestro Adatorn se las había

arreglado para meter ahí a unos ochenta hombres. Finalmente pudo ver a Adatorn descender, era el único de los ocupantes que no daba ningún signo de molestia por haber viajado en un transporte sobrecargado.

El Jedi caminó sin prisa hacia Blaze, que no pudo evitar erguirse pomposamente antes de saludar al general recién llegado.

—¡Bienvenido a Drall, general Adatorn! —dijo Blaze forzadamente.

—No me daría una bienvenida tan cálida si hubiera estado conmigo en Selonia —respondió Adatorn—. ¿Dónde está Robert?

—Temo que indispuesto.

—¿Le ocurrió algo?

—No, señor; está durmiendo en la tienda del fondo.

Adatorn frunció el ceño. —Duerme demasiado —dijo en tono de desaprobación, Blaze sonrió bajo su casco.

—Creí que vendría con la ochenta y cinco, general, ¿a caso el resto sigue en órbita?

El rostro del general se ensombreció. —No existe “el resto”, comandante, aquella es la Legión 85. Setenta y seis hombres de nueve mil, no fue una victoria fácil.

—Es una pena escuchar eso —se acongojó Blaze.

—Los Jedi no estamos hechos para la guerra, yo personalmente no tengo lo que se necesita, pero “él” —dijo cabeceando hacia las tiendas del fondo—, junto con algunos otros pocos, tiene un ingenio para estas cosas que sobrepasa mis capacidades.

—Con todo respeto, general, el maestro Van Phiney tiende a ser un líder inestable, es demasiado rígido con las órdenes y rara vez escucha sugerencias.

—Robert no es un maestro aún. Téngale paciencia, es la primera vez que participa en una guerra; supongo que lo que pasó en Geonosis no cuenta, estuvo inconsciente durante casi toda la contienda, además, es parte de la misma guerra.

El maestro y el comandante llegaron por fin a la tienda en la que Robert dormía profundamente, el joven general se encontraba recostado en posición fetal sobre su lado derecho, usando como cama a un grupo de cajas cubiertas por una colchoneta que sin duda había sido extraída de la enfermería junto con un cojín que tenía doblado por la mitad bajo su cabeza. Ambos visitantes se quedaron parados junto al durmiente, Adatorn con las manos cruzadas bajo su cintura y Blaze con un semblante de incredulidad ante la imagen de Van Phiney.

El Maestro Jedi carraspeó discretamente para hacer que Robert interrumpiera su sueño, el joven Caballero reaccionó como se esperaba, desperezándose tortuosamente tras salir de su profundo sueño.

—¡Maestro! Me siento… qué pena, verá, no he dormido bien —balbuceó Robert, adormilado.

—No te preocupes, entiendo.

—¿Buenas noticias? —preguntó el joven Jedi con un gran bostezo.

—Selonia cayó, pero la victoria fue costosa.

—Lo primero que un guerrero debe saber cuando parte a la guerra es que lo más seguro es que no vuelva. ¿No es cierto, Blaze?

—Sí, señor, lo es —respondió el comandante, con tono marcial.

—¿Alguna señal de Dooku? —prosiguió Adatorn.

—No. He desplegado patrullas por todo el planeta, pero no conseguimos dar con él aún, de hecho, ni siquiera hemos encontrado focos de resistencia. Lo lógico sería pensar que los separatistas se han ido, pero dado que eso no es posible, deben de estar escondidos por ahí.

El semblante de Adatorn denotaba pesadumbre, su rostro se había ensombrecido de repente a la vez que llevaba su mano derecha a la barbilla con preocupación. —Esto se está poniendo nebuloso —murmuró.

—¡Oh! Ya comenzó a preocuparme, ahora habla como el maestro Yoda —concluyó Robert.

Una pequeña nave que podría pasar por un transbordador de la República para el ojo inexperto se dirigía a gran velocidad por sobre un denso bosque al noreste del campamento de Van Phiney. La foresta se encontraba demasiado lejos de la ciudad de Meccha como para llamar la atención de los exploradores del ejército clon, además, las imágenes tomadas desde el espacio no mostraban nada más que una gigantesca extensión de follaje inhabitada. Sin embargo, aquella selva de coníferas estaba salpicada de claros, tan pequeños como un par de metros y tan grandes como varios kilómetros, cuyo diámetro aumentaba a medida que se acercaban al corazón del bosque.

Poco se podía ver desde la cabina de la lanzadera además de un inmenso mar de interminables copas verdes, el paisaje era tan monótono que era difícil no desorientarse, y a su vez, resultaba tan fácil entender por qué la República había decidido no explorar esa zona. Ciertamente era un magnífico escondite, e incluso desde el espacio era casi imposible detectar nada entre todo ese caos, es por eso que los separatistas lo habían elegido para reunir su flota.

Justo en lo más profundo del bosque había un claro lo suficientemente grande como para resguardar sin problemas al *Mano Invisible*, dos naves núcleo clase Lucrehulk, tres cruceros clase Munificent y dos destructores clase Recusant, además de un numeroso contingente de droides de batalla. La base separatista estaba fuertemente guardada, lo suficientemente bien defendida como para repeler casi cualquier ataque que las fuerzas republicanas apostadas en el planeta le pudiera ofrecer, y aún así la pequeña nave, pintada con los colores de la República, se adentró en el perímetro sin problemas, descendiendo suavemente sobre la cubierta del hangar del *Mano Invisible*.

El misterioso transbordador fue recibido por una comitiva peculiar: el general Grievous, escoltado por algunos magnaguardias, súperdroides de combate, droidekas y navegantes neimoideanos, aguardaba con impaciencia a que los tripulantes de la nave se presentaran ante él.

Una rampa humeante se abrió para permitirles a los ocupantes de la lanzadera descender del escueto transporte apenas aterrizó, veinte humanos salieron de él y tomaron

sus posiciones con sus rifles listos frente a la comitiva separatista, a su vez, los súperdroides se formaron en medio círculo en torno a los recién llegados, listos para contener cualquier agresión.

—Justo a tiempo —rió siniestramente el general Grievous.

—Jamás decepciono a un cliente, en especial con un contrato tan lucrativo —dijo el jefe de la banda humana—. Caballeros, vayan por el paquete —ordenó a sus hombres.

—El Conde Dooku se encuentra en la "torre del hechicero", supongo que en estos momentos está en camino hacia acá.

Más de la mitad de los caza recompensas se pusieron en marcha hacia uno de los pasillos anexos al hangar, como si ya supieran hacia dónde debían ir, seguidos por un grupo de magnaguardias.

—Si me disculpa, general, debo asegurarme de que los preparativos para partir estén listos —se excusó el jefe.

El interior de la nave en la que evacuarían al Conde Dooku y a los líderes separatistas era bastante sencillo: una cubierta principal con algunos asientos y otra debajo que servía como almacén y cuarto de ingeniería, la cabina de mando estaba junto a la cubierta principal y de hecho era una extensión de ella

—¿Todo en orden? —preguntó el jefe al llegar a la cabina.

—Parece que el navicomputador no es compatible con la interfaz del hiperimpulsor, justo como lo imaginaba, tendré que hacer los cálculos del salto manualmente. —Respondió el piloto.

—¿Te tomará mucho?

—No si comienzo ahora.

—Jefe, no puedo evitar pensar en que tal vez estamos desaprovechando una gran oportunidad —intervino el copiloto—, es decir, ya tenemos el dinero de Sidious, pero tal vez obtendríamos más si se los entregamos a la República.

—¡No digas estupideces! —le reprendió el jefe— El pago de Sidious nos basta como para comprarnos cuatro sistemas estelares cada uno, y si es tan poderoso como parece no quiero tener problemas con él.

—De acuerdo, de acuerdo, mantendré la boca cerrada.

—Después de esto no volveré a trabajar —rió el piloto.

El pequeño sonido de una caja metálica contra el suelo alertó a los hombres, el jefe volteó la cabeza por sobre sus hombros para ver de dónde procedía aquél ruido y rápidamente advirtió a un pequeño droide que empujaba un carrito de cajas medianas hacia el elevador del compartimiento de carga. Las cajas no tenían la apariencia de contener equipaje, y eran muy grandes como para llevar balizas u otros dispositivos de rastreo, así que, en la experiencia del cazarrecompensas, no sería la primera vez que alguien trata de introducir explosivos inocentemente disfrazados entre su cargamento.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó el jefe al droide, amenazándolo con un bláster que apuntaba directo a la cabeza del pequeño robot, quien de inmediato emitió un chillido

que convocó casi instantáneamente a un par de droidekas. —Bien, bien, ¿por qué no nos calmamos? —sugirió el humano, levantando las manos lentamente.

—Una decisión inteligente —carraspeó el general Grievous, que había abordado la nave luego de los droidekas.

—¿Qué son esas cajas?

—Tal como acaba de decir, capitán, tranquilicémonos. En esas cajas va el equipaje del Conde Dooku, luego traeremos algunas más grandes con el equipaje del virrey Gunray.

—No despegaré si hay explosivos en mi nave.

Grievous reaccionó con indignación —¡Ni siquiera se moleste en pedir escanear esas cajas!, son equipaje y nada más.

—No despegaré si…

—Lo que Lord Sidious nos ha traído no es un equipo de rescate para el Conde, sino una nave en la cual pueda volver a Coruscant sin ser detectado por la República, ¿está claro, capitán?

La mente del jefe se quedó en blanco, estaba ciertamente atemorizado por el imponente semblante del general droide.

—Ah, parece que nuestra distinguida comitiva ha llegado ya, ¿por qué no salimos a saludarlos? —prosiguió Grievous.

El líder de la banda de cazarrecompensas indicó a los pilotos que lo acompañaran con un irritado movimiento de la cabeza, los tripulantes intercambiaron una mirada de desconfianza y luego se unieron a su jefe con los blásteres listos y ceñidos a sus muslos.

Dooku, Asajj Ventress, Nute Gunray, algunos funcionarios separatistas y la guarnición de cazarrecompensas, esperaban frente a la rampa del transbordador; Grievous y los magnaguardias habían desaparecido.

—Permítame saludarle de mano, su excelencia —reverenció el jefe—, es todo un honor.

—El gusto es mío, capitán, está haciendo un gran servicio para un bien mayor.

—Mi tripulación está a sus órdenes.

Dooku sonrió complacido. —¿Podemos partir ya? El tiempo apremia.

—Después de ustedes.

Los pasajeros tomaron sus lugares de inmediato e incluso antes de que terminaran de subir el equipaje ya todo estaba listo para partir. El jefe fue el último en abordar al cabo de un par de minutos, ignoró el asiento que le estaba reservado y prefirió viajar en la cabina, junto con los pilotos. —Vámonos —les ordenó.

El transbordador abandonó el hangar suave y silenciosamente, y tras echar una breve mirada al ejército que se preparaba para la batalla en los terrenos del claro, desapareció en el azul del cielo.

Las puertas de la sala de control de tiro del *Mano Invisible* se abrieron para el general Grievous, los droides y oficiales neimoideanos que ahí se encontraban interrumpieron

inmediatamente sus actividades para saludar a su superior y esperar las primeras órdenes del día.

—¿Cuál es la situación, capitán?

—Recién hemos recibido confirmación de que Durge ha logrado llegar a salvo a Corellia, comenzará la extracción de los prototipos tan pronto ejecutemos la distracción —respondió un oficial neimoideano.

—Excelente, excelente; ha sido una bendición tener a los dos Jedi aquí para encargarme de ellos de una buena vez. ¿Han planeado ya la ruta?

—En efecto, general; después de una ardua planeación hemos contemplado dos posibles alternativas —explicaba el capitán del *Mano Invisible*, apuntando a un mapa holográfico del planeta que se encontraba sobre una amplia mesa circular—, la primera y la vía más corta es usar los bosques como protección y avanzar por la meseta de Mastigophorus hasta las montañas Drachma, la segunda es avanzar por el sur y darle casi media vuelta al planeta, entrar por el Mar Hirviente y seguir el curso del río Mec hasta la capital.

—Bien, capitán, lo ha pensado bien, pero puedo notar que no ha leído los informes de reconocimiento, no ha tomado en cuenta que la región de Mastigophorus está tomada por el ejército de la República.

—Aún así, general, tomar la ruta más larga significaría exponernos a ser detectados por las fuerzas enemigas, y atraer la lucha muy lejos de sus bastiones.

—Estos bosques son densos y difíciles, cruzarlos por tierra nos tomará días. Sin embargo, entiendo su punto, capitán, aunque de momento la República está más ocupada con la reconstrucción que con el patrullaje.

—Por supuesto, señor, no obstante, debo manifestarle mi preocupación por los onderonianos. ¿Puedo sugerir emplear algún señuelo?

—¿De qué sirve un señuelo cuando estamos por marchar hacia las fauces del rancor? ¿De qué sirve cuándo el rancor está viendo incrédulo que nos estamos introduciendo voluntariamente a su hambriento estómago? Por ambos lados existe la posibilidad de que seamos detectados e interceptados, con todo y eso sigo pensando que la rapidez nos dará la ventaja de la sorpresa. Saldremos de estos bosques volando, llegaremos a Meccha volando por sobre el Mar Hirviente y el Mec y arrasaremos a los generales Jedi desde el aire.

—Señor, ¿cómo haremos eso con tantas naves y defensas antiaéreas?

—Hay un pequeño paquete de fuegos artificiales esperando ser detonados al sur de la ciudad, dudo mucho que ningún Jedi sea tan poderoso como para resistir la explosión de un reactor de hipermateria.

Dos días antes

—Rodeen en círculos, ¡pero sigan disparando!

Cada segundo que pasaba los antiaéreos aumentaban la frecuencia y potencia de sus disparos, las tropas de Van Phiney ahora tenían que moverse evitando el rango de fuego del crucero en el cielo y a los droides que habían quedado desbandados en el centro de un

círculo de muerte, pero los malditos antiaéreos simplemente se oponían a dejar de disparar.

—¡Escudos al treinta por ciento, veinte por ciento! —continuaban las voces de alarma en el puente del *Furia de Coruscant.*

—Bien, señores, hicimos lo que pudimos, quiero un canal abierto con el general Van Phiney —dijo Fierfek.

—¡Escudos al diez por cien!

—No hay potencia suficiente para buscar la transmisión, hay problemas con la redistribución de energía.

—¿Qué? ¡Consíganme la energía!

—¡Escudos disipados!

—¡Acción evasiva, ya!

—Demasiado tarde, capitán, hay explosiones en los niveles inferiores.

—¡La cámara del reactor ha sido alcanzada, el reactor está expuesto!

—Perdimos los motores principales y los repulsores de estribor.

—¡No quiero más alarmas, sáquennos de aquí!

—El giroscopio posicional[19] se ha vuelto loco, ¡estamos volando a ciegas!

—Entonces llévennos hacia adelante, ¡a toda máquina!

La nave vibraba tanto que ni siquiera se pudo notar el ligero acelerón de los últimos dos propulsores que quedaban agonizantemente activos; el puente del *Furia de Coruscant* se había transformado en un pandemónium ruidoso de alarmas, gritos y metal vibrante, el caos era tal que nadie sabía si sus esfuerzos para no perder el control de la nave valían aún la pena.

El capitán Fierfek estaba atento a las ventanas, esperando febrilmente que su pecio no se posara sobre la mancha humana de Meccha o sobre algún lugar habitado, menos aún sobre algún paraje rocoso que resultara riesgoso para la integridad del reactor, cuya explosión significaría la destrucción de todo lo existente en un radio de doscientos kilómetros en poco menos de seis segundos.

—¡Se acabó! —exclamó uno de los clones en las trincheras de control— Me voy a las cápsulas de escape.

El pánico se apoderó de la tripulación, que buscaba desesperadamente abandonar al menos el puente antes de que la nave se estrellara. El capitán no hizo caso del frenesí de terror que se llevaba a cabo a sus espaldas, el crucero de asalto ya se inclinaba peligrosamente sobre la proa, sin duda caería sobre una planicie a un par de kilómetros de distancia.

—Qué desperdicio de buenos genes —exclamó Fierfek por lo bajo.

La inercia hizo que, al estrellarse la nave sobre el duro suelo de firme tierra, toda su estructura se compactara en el frente, generando tal tensión que la proa se plegó por debajo la mitad trasera de la nave; todo lo que había en el puente de mando salió

---

[19] No espero que a la brújula la llamen igual que nosotros en una galaxia muy, muy lejana.

brutalmente despedido por las ventanas; el reactor había quedado inestable, prácticamente a punto de colapsar.

No hubo sobrevivientes.

General Grievous, o cómo aprendí a dejar de preocuparme y amar la guerra.

Último día de la batalla por Drall

El capricho del general se había cumplido con relativo éxito, tras un viaje no muy tranquilo de de tres horas la flotilla separatista ya sobrevolaba el Mar Hirviente.

Las ruinas humeantes de la ciudad de Meccha se podían ver desde muy lejos, celosamente escondidas tras una pequeña cadena montañosa que bordeaba la costa del mar y que daba paso a un extenso valle surcado por un río cuyo cause aún estaba teñido de sangre y contaminado por centenares de cadáveres. Hacia allá se dirigían las naves, navegaban por los aires sin ser molestadas directo al bastión enemigo, haciendo creer que su objetivo principal era retomar la ciudad.

En el centro de mando aliado comenzaron a sonar las alarmas, los radares no tardaron mucho en detectar al grupo separatista y calcular las dimensiones de la fuerza invasora, se giraron órdenes inmediatamente para que los cazas despegaran y las naves fueran alistadas para repeler cualquier asalto, las tropas de infantería y los blindados fueron desplegados hacia los confines de la ciudad, los comandantes se reunieron de inmediato para planear su estrategia, todos menos Van Phiney. El joven Jedi contemplaba la venida de Grievous desde la lejanía, debajo de los restos de una nave naufragada en el cumplimiento del deber, desde ahí veía incrédulo como la tenacidad de sus enemigos simplemente no conocía el significado de la palabra “derrota”. Dentro del puente del *Mano Invisible* yacía el general droide, sentado en el lugar del capitán, viendo con beneplácito cómo la República no hacía mucho para defenderse, Grievous sonrió bajo su máscara y luego abandonó la cubierta de mando hacia los hangares.

Acompañando a los cruceros que formaban la columna vertebral de la flotilla separatista había decenas de naves de desembarco C-9979 y cientos de cazas buitre, una franca señal de que los mecanos estaban decididos a rehacerse con el control de la ciudad, aunque para fines estratégicos fuera una movida poco útil. Grievous sabía que estaba al frente de una suerte de ataque suicida, o al menos así era como deberían de percibirlo los Jedi, dado que toda esa faramalla era en realidad sólo una distracción; el general droide se deleitaba con esa idea mientras abordaba su caza.

Tres naves de desembarco guiadas por el caza clase *Belbullab* de Grievous se desprendieron del grupo principal hacia un pequeño promontorio al oeste, el lugar era el sitio de descanso final de un crucero clase *Aclamador*, de cuya inteligencia sólo se sabía que poseía un núcleo de hipermateria lo suficientemente inestable como para explotar rápida y catastróficamente junto al campamento republicano. El verdadero objetivo de todo aquello era hacer volar ese reactor y aniquilar a toda la fuerza aliada de un solo golpe, y aunque sería un golpe duro y decisivo había aún otro importantísimo objetivo

que cumplir en otro lugar… Tres naves no parecían gran cosa comparadas con el resto de la flota en camino a Meccha, pero en términos de combate terrestre suponían una fuerza considerable. Robert veía preocupado cómo se acercaban al pecio de guerra.

—¿Sigue creyendo que es muy pronto para tomar nuestras posiciones? —preguntó un soldado clon.

—Más o menos —titubeó Van Phiney—. Pensándolo bien, muévanse.

El clon asintió con la cabeza y ordenó a sus camaradas movilizarse, pronto todo el batallón, que llevaba casi cuatro horas oculto dentro de los restos del crucero de ataque, comenzó a dispersarse tanto hacia el interior como al exterior de la nave derribada. Robert secundó a sus tropas tras echar un último vistazo a los transportes que se aproximaban, esperaba que sus cálculos no fallaran en el momento de la verdad; en aquél lugar y a esa terrible hora sus tropas lo eran todo para él; era un grupo peculiar, compuesto por soldados de diferentes unidades, la mayoría de infantería y algunos cuantos de artillería móvil. Sus objetivos eran claros y decisivos, si fallaban en evitar que Grievous detonara aquél reactor más les valía no vivir para ver la catástrofe consecuente.

Se contaba con tres plataformas SPHA-T y ocho tanques TX-130, la idea era usarlos para emboscar a las naves antes de que tocaran tierra y así no tener que movilizar a la infantería y crear una batalla que llamara la atención de la flota principal en ruta hacia la ciudad, pero ninguna de las plataformas estaba en posición para atacar y los tanques no serían muy útiles hasta que el enemigo no aterrizara, Robert había desperdiciado demasiado tiempo pensando en cómo repeler a los droides, para finalmente no tener ningún plan en mente.

Los cazas republicanos y corellianos estaban listos para despegar, Adatorn contaba con ellos para evitar que los bombarderos separatistas allanaran el camino a los droides de batalla que ya comenzaban a desplegarse en los perímetros externos de la ciudad, cada segundo que pasaba en el que las naves aliadas de mayor envergadura seguían sin despegar era un segundo de ventaja para la flota separatista, que aún estaba a un par de minutos de su objetivo.

Para los defensores de la capital poco importaba saber que unas tres naves de desembarco se hubieran desviado hacia los restos del *Furia de Coruscant*, tal hecho era irrelevante cuando la mayoría de ellas había conseguido aterrizar y escupir de sus entrañas hordas incesantes de droides que no hacían más que avanzar. En algunos puntos del frente urbano aún había resquicios de paz mientras los soldados aguardaban a que el enemigo hiciera su aparición desde las alturas, sin embargo, cada vez eran más los sitios en donde la desesperada lucha por el control de las calles y rutas hacia los cuarteles se intensificaba En el cielo la disputa también era marcada, al menos entre los cazas que se batían en ágiles y feroces duelos, en tanto que las fragatas y cruceros aliados comenzaban a elevarse. La columna vertebral de la flota separatista, integrada por ocho naves capitales, permanecía impasible en su avance hacia la capital, ignorando a los escuadrones en pugna que revoloteaban salvajemente a su alrededor y sin preocuparse por los cruceros aliados que ya comenzaban a emprender el vuelo. Dentro del puente de

la nave insignia, la tripulación de neimoidianos trabajaba frenéticamente ajustando y calibrando la artillería de la nave.

—Envíen una señal de alerta a las demás naves, que se preparen para el bombardeo —ordenó el capitán del *Mano Invisible*—. ¿Están listas las cargas sísmicas?

—Listas, capitán —contestó uno de los oficiales neimoidianos.

—Excelente, que toda la flota se sincronice, lanzaremos el bombardeo en veinte segundos a partir de la sincronización.

Un reloj rojo con un veinte estático apareció en la pantalla principal del puente junto con un diagrama de la flota en formación; una a una se iban tornando de color rojo a verde las siluetas de las naves a medida que sincronizaban sus cronómetros, finalmente, justo al concluirse el cambio de color comenzó a caminar el reloj, de veinte a cero, parsimoniosamente.

En las salas de torpedos, grandes droides se apresuraban a cargar los tubos con cilindros enormes de munición, a su vez, los ingenieros ajustaban frenéticamente datos engorrosos en un sinfín de terminales informáticas. Una vez que todos los tubos estuvieron cargados y listos para expulsar su munición, todo el trabajo se detuvo, los droides se despegaron de las consolas y se apartaron hacia las mamparas, algunos segundos después, los tubos liberaron sus cargas y el ajetreo comenzaba de nuevo.

Las baterías separatistas hacían blanco incesantemente sobre las tropas aliadas que corrían despavoridas tratando de refugiarse del ataque, al mismo tiempo, una lluvia de bombas sísmicas caía desde ambas bandas del *Mano Invisible*. Los cruceros aliados ya se encontraban en el aire, sin embargo, les tomaría tiempo cargar en contra de los separatistas, adicionalmente, parecían tener la orden del general Adatorn de no abrir fuego, de momento todo lo que harían sería distribuirse en un círculo sobre la ciudad.

La situación en la posición del general Van Phiney se tornaba cada vez más tensa; Grievous había conseguido hacer que sus tropas aterrizaran sin problema y tomaran posición del terreno en cuestión de minutos, aun cuando tanto las plataformas SPHA como los tanques republicanos les habían opuesto resistencia. Sin mucho que poder hacer salvo exponerse a una masacre, Robert ordenó que parte de sus soldados retrocedieran hasta el reactor mientras los demás trataban de comprar algo de tiempo buscando eliminar al mayor número de enemigos posible. No era una buena idea en sí misma, pero si los defensores del reactor debían de encarar a un contingente droide de todas formas, más valía que dicho contingente fuera el más pequeño posible. Robert y sus clones no estaban, empero, decididos a plantar la cara frente a Grievous de manera suicida; superados en número y severamente limitados por el desastroso campo de escombros en el que se veían obligados a maniobrar, tenían mejores probabilidades de sobrevivir a un ataque contra el enemigo si permanecían escondidos que si súbitamente cargaban contra él, incluso bajo el amparo de toda esa chatarra. Pero el general Jedi no sabía qué hacer, se encontraba desorientado entre todo aquél laberinto; no es que no lo conociera, había pasado casi dos días recorriendo cada rincón de la nave derribada, memorizando la

ubicación de hasta el más mínimo remache fuera de su lugar, no obstante, traía a sus tropas moviéndose erráticamente de un lado a otro, como animales enjaulados.

Por supuesto que los droides tampoco se habían quedado quietos, toda la infantería de Grievous se encontraba dispersa alrededor del naufragio en busca del menor signo de vida, por suerte para el bando republicano, la gran cantidad de metal en el área reducía el alcance de los sensores de los superdroides de batalla.

Robert ya no tenía a dónde moverse; los clones permanecían agazapados en la sombra, en un pequeño espacio oscuro que pasaba fácilmente desapercibido, incómodamente ocupado por cien soldados y un Jedi, apenas a unos diez metros de un pelotón androide y en dirección a la fría mirada del general separatista. El hacinamiento era insoportable, muchos tenían que aferrarse hasta de sus propios compañeros para no abandonar la protección del lugar; casi inmóviles y sumamente silenciosos, permanecían sumidos en la más angustiosa incomodidad.

Uno de los clones llevaba algunos segundos temblando de manera preocupante, luchando por no caer de la saliente sobre la que se balanceaba, pero sus piernas estaban muy cansadas para sostenerlo, al igual que los brazos de los compañeros que trataban de evitar su caída. Robert tenía al soldado en cuestión a unos pocos centímetros de distancia, lo veía con preocupación, deseando entre murmullos que no hiciera colapsar a todo el grupo fuera del escondite y menos con todos esos droides rondando la zona. Era como si rezara, casi estaba rezando… Los Jedi no rezan por una razón: no sirve. El clon se resbaló llevándose consigo a ocho soldados más, provocando que los droides los detectaran; los mecanos levantaron sus brazos y apuntaron sus armas, lo mismo hicieron los clones, que con una orden de Van Phiney habían dejado ya al escondite. Comenzó la escaramuza, el primer disparo fue de la República, los androides respondieron y se montó el ajetreo, Robert activó su sable de luz y Grievous centró su atención en el lugar de la batalla. Sólo eran cien soldados, sólo cien.

No, ciento uno, el general Jedi también cuenta.

Quedaban pocas cosas en pie dentro del perímetro de Meccha, el cielo se había ennegrecido por las siluetas de las naves separatistas y las columnas de humo que escapaban del horror bélico; no se veía ventaja evidente para nadie, ahí dónde los droides avanzaban, nuevas oleadas de tropas aliadas surgían para repelerlos, y viceversa.

Los alrededores de los cuarteles habían sido castigados severamente, el búnker que servía como centro de comando para todas las tropas aliadas estaba totalmente aislado de la ruinosa ciudad por un anillo de impenetrables escombros y droides de batalla, la última fortaleza republicana que no había sido diezmada por las cargas sísmicas estaba fuertemente asediada por los separatistas. Al general Adatorn ya no le quedaban recursos para defender la posición, así que había ordenado la evacuación inmediata de la zona vía extracción aérea; sería una dura espera, no sólo por el combate en tierra, sino porque el fuego cruzado de los cazas y las demás naves en el cielo hacían que para las cañoneras el vuelo hasta los cuarteles fuera en extremo peligroso. Pero el escenario también empezaba a complicarse para los separatistas: las naves aliadas, formadas en círculos que se

cerraban sobre los cruceros confederados, habían limitado en sobremanera la capacidad de estos para maniobrar y moverse por sobre la ciudad. El *Mano Invisible* quedó completamente flanqueado, no obstante, seguía lanzando cargas sísmicas al campo de batalla debajo de él, amparado por la escueta protección de una escolta de fragatas clase *Munificent* y naves de desembarco. Por supuesto que la escolta no duraría para siempre.

Lejos de la ciudad, la lucha entre las fuerzas del general Van Phiney y las del general Grievous se tornaba cada vez más desesperada; ampliamente desfavorecidos por los números, los soldados de Van Phiney se veían reducidos y atrincherados en lugares cada vez más estrechos; a los droides no les costaba trabajo arrinconar a sus presas entre los escombros, si algo era lo suficientemente abierto como para permitirle a los clones maniobrar, simplemente causaban un derrumbe o hacían volar las estructuras cercanas. El abundante montón de parapetos y escondites que Robert creía conocer bien estaba siendo transformado en un mausoleo ruinoso y desordenado, tratar de quedarse lo más cerca que fuera posible de aquella tumba ya no era ni siquiera una opción considerable.

Grievous se deleitaba viendo cómo a su adversario sólo le quedaba decidir en qué parte del campo de batalla le gustaría perecer, podía permitirse hacer esa concesión ahora que sabía que la contienda estaba bajo su control, ya ni si quiera se molestaría en terminar con el Jedi por su cuenta, entre más pronto se instalaran los explosivos en el reactor, menos tiempo expondría sus naves capitales al castigo de la flota aliada que defendía Meccha. Desinteresado por el desenlace de los esfuerzos de Van Phiney, se puso en marcha hacia el interior del *Furia de Coruscant*, acompañado por una contingente numeroso de droides.

Robert había llegado a un punto de inflexión. Retirarse o morir, ambas opciones formaban parte de una falsa disyuntiva, el éxito de la operación dependía de que Van Phiney sobreviviera, sólo él estaba en condiciones de detener a Grievous en caso de que éste llegara a enfrentarse con los clones que resguardaban el reactor. “¡Todos, retirada!” Bramó el general Jedi. No había lugar posible por dónde huir, los droides tenían a sus presas bien acorraladas, ¿podría ser que una trampa en contra de los procesadores heurísticos de los droides le ayudara a salvarse? Tal vez, después de todo, la inteligencia de una computadora siempre puede ser burlada… Hora de cometer suicidio. Los clones seguían disparando pese a la orden anterior de su general, no les quedaba otra opción, después de todo; Robert, por su parte, tenía ambos brazos levantados hacia el cielo, no porque se estuviera rindiendo, sino porque tenía sobre su cabeza una montaña colosal de escombros; los clones dejaron de disparar y Robert dejó caer la montaña de escombros encima de él y de sus tropas. Silencio, era buen momento para reflexionar, calcular el estado de la situación. Primero, aparentemente la trampa había funcionado, los droides dejaron de disparar; segundo, las tropas se salvaron, Robert mantenía formada una pequeña cueva con la ayuda de la fuerza, había una abertura que daba hacia una trinchera formada entre las ruinas de la nave, ordenó a sus soldados que salieran por ahí y se reunieran con sus camaradas cerca del reactor; tercero, sin enemigos qué abatir, los droides seguramente se dispersarían hacia los alrededores de la nave, no obstante,

preocupaban más los que fueran a introducirse en ella, abriéndose camino hacia el reactor, era cuestión de tiempo… ¿Disparos? ¡Disparos! La trampa, finalmente, fracasó, la cueva de metal era atravesada por haces de luz rojos, los clones caían o escapaban por la abertura, Robert no pudo sostener más los pesados escombros, el escondite colapsó y él salió corriendo por la trinchera, sólo veía a los tres soldados que corrían delante suyo, si aún quedaban más sobrevivientes, ni lo sabía ni le interesaba.

¿Desde cuándo tenía Robert aquél DC-15? Ni si quiera él mismo lo sabía, sin embargo, sabía que podría llegar a serle útil. Algo cruzaba el cielo a gran velocidad, un bombardero separatista, ¿en qué momento cayó la bomba que levantó aquella cortina de fuego? Lo último que vio antes de quedar inconsciente fue a sí mismo cayendo sobre el duro suelo, no muy lejos de lo que alguna vez fue la parte trasera del crucero de asalto. No estuvo ido por mucho tiempo, o eso creía él.

¡Corre! Habían dejado de oírse los disparos, sólo se escuchaba el pesado andar de los droides avanzando hacia los restos estoicos del *Furia de Coruscant*. ¡Corre!

Van Phiney se puso en marcha, se reincorporó silenciosamente asiendo el rifle a sus cansadas manos, con la poca fuerza que le quedaba tras la explosión y sin poder apartar los síntomas de mareo causados por el estrepitoso estruendo de la bomba, visualizó el accidentado camino hasta la nave y se puso a andar por él. Los oídos le zumbaban y la vista era borrosa, sus piernas no aguantaban el peso de su cuerpo y el pecho le ardía. No hay caos, hay serenidad. No obstante, seguía andando por ese tortuoso camino, con la vista fija en el improvisado bastión separatista; sus ojos se aclaraban y su mente, cada vez más resuelta, le conducía hasta él con sublime perseverancia.

Tan pronto se hubo visto lo suficientemente cerca como para tocar el casco de la nave, y luego de asegurarse de que ningún enemigo le seguía ni con la vista ni con los pasos, el Jedi tomó entre sus maltrechos dedos la argente empuñadura de su sable de luz, para hacer con la hoja azul que éste emitía, un agujero de buen tamaño por el cual se escabulló furtivamente.

El interior del enorme crucero se había oscurecido por la total falta de luz que alguna vez le habían proporcionado las lámparas de los pasillos, cuyas dolientes estructuras habían sido despojadas de todo orden y pulcritud, tan característicos de las naves republicanas. En medio de esa oscuridad y de todo ese ruinoso escenario, Robert siguió caminando.

El silencio envolvió sus intenciones, la fatiga encubría sus maliciosos pasos, mover los pies la senda al puente de mando era su única motivación.

—Intruso detectado en el sector siete —escuchó decir a lo lejos—, procediendo con protocolos de eliminación.

—Esta es un área restringida —respondió la femenina voz de la computadora de abordo—, todos los sistemas defensivos en línea.

Repetidos y breves disparos que provenían de no muy lejos de la posición de Robert se dejaron percibir por sus oídos, y él, decidiendo que lo mejor sería evitar cualquier tipo de lucha, modificó su ruta hacia donde los droides no esperaran encontrarlo.

Por fuerza tuvo que pasar entre las silenciosas mamparas del bloque carcelario, ya que sólo por ahí habría de encontrar un ascensor, si es que quedaba alguno que funcionase, capaz de llevarlo hasta la cubierta de mando. Atravesó las celdas sin problemas, sin ser detectado más que por un simple droide de mantenimiento que chirriaba descompuesto por el puesto de guardia. Envuelto entre sombras, con la mente desorientada y el corazón en taquicardia, ingresó al único carro que aún servía de los tres ascensores que quedaban activos en esa cubierta. Una vez seguro de que el elevador lo llevaría directamente hasta su destino, activó los controles y comenzó a subir; el carro se estremeció un poco, pero finalmente se puso en movimiento.

Poco después hubo otra explosión: parte del techo del elevador hacía sido atravesado por un disparo que pasó rozando por muy poco el cuerpo de Van Phiney, quién, sorprendido, elevó la mirada en busca de lo que fuera que hubiera disparado. No bien hubo enfocado a su atacante cuando un superdroide de batalla le saltó encima, cayendo apenas a unos centímetros de él dentro del maltrecho cubículo ascendente, la bestial máquina de guerra agitó sus poderosos brazos en contra del pecho del Caballero Jedi, estrellando violentamente el cuerpo de éste contra la delgada pared del elevador, acto seguido, estando Robert noqueado por el impacto, el droide se apartó y apuntó contra su cabeza el mortal bláster; una fuerza invisible apartó entonces al droide de su posición haciéndolo errar el disparo en el último momento hacia el panel de control, en cuya herida se vio súbitamente reflejado un resplandor azul. Rob se erguía victorioso sobre el cuerpo metálico dividido por la mitad de su atacante, mas no era el momento de quedarse quieto, el elevador se detuvo.

Las puertas abiertas dieron paso a la escena terrible de la destrucción y muerte en el corredor principal de la cubierta de control. Entre cadáveres apilados y escombros llameantes sólo el fuerte pasará, y tras sus pasos sólo el Jedi avanzará.

Robert llegó al puente arrastrando los pies con sumo cansancio, avanzando por la pasarela central hasta las ventanas sin cristal, desde donde se podía observar el caos que pesaba sobre la ciudad de Meccha, fuertemente asediada por las naves de la Confederación. No notó que algo había caído detrás de él sino hasta que fue demasiado tarde, su lenta reacción sólo le permitió visualizar el inexpresivo rostro de su victimario, y tras apenas poder murmurar “Grievous”, la cabeza cercenada del joven Jedi cayó y rodó por el suelo…

El general separatista sonrió bajo su máscara, reía entre dientes, complacido de sumar una nueva víctima a su historial. La escueta risita de Grievous se transformó en segundos en una carcajada maniática, que pronto se vio interrumpida por un dolor insoportable, paralizante.

El pesado cuerpo del cyborg se derrumbó con estrépito sobre el piso metálico, completamente inmóvil; inmediatamente después, sus ojos quedaron en la figura encapuchada que se le acercaba desde el otro lado del ruinoso puente.

Robert se descubrió la capucha parsimoniosamente, sin dejar de apuntarle a Grievous con su rifle. Difícilmente podría decir que hubiera previsto tan afortunada coincidencia;

pese a que había considerado que el general enviaría una guarnición al puente para evitar que apagaran el reactor desde ahí, jamás imaginó que el comandante separatista fuera a resguardarlo en persona.

Era difícil saber cuál de los dos oponentes estaba más sorprendido, aquél encuentro no estaba previsto en los planes de ninguno de los dos y menos aún en los de Van Phiney. El Jedi tenía frente a él una oportunidad innegable de, cuando menos, acortar la duración de la guerra quitándole al enemigo uno de sus líderes más preciados; un simple tirón del gatillo del arma bastaría para detener y vengar la destrucción de decenas de sistemas leales o neutrales, llevar a Coruscant la cabeza cercenada y el rostro desenmascarado de Grievous le valdría con certeza el rango de Maestro en la Orden Jedi. Pero sería poco honorable vencer así de simple a un adversario tan formidable, sin embargo, algo tenía que hacerse.

El cyborg recuperaba lentamente la sensibilidad y movilidad de su cuerpo, su esqueleto metálico no le respondía, así que tenía que hacer un esfuerzo mayúsculo para hacer que lo que quedaba de sus huesos y músculos orgánicos le respondieran; mientras tanto, el Jedi seguía contemplando atónito cómo la mole de carne, circuitos y servomotores se retorcía en el piso. Angustiosos segundos pasarían sin que ninguno hiciera nada; Robert seguía viendo a Grievous con incredulidad, mientras éste buscaba recuperar fuerzas para incorporarse nuevamente. Hora de levantarse. El esfuerzo final del general droide por ponerse de pie dio resultado, su cuerpo orgánico se movió con violencia, haciendo que su cuerpo prostético se reactivara en segundos, en cuestión de un abrir y cerrar de ojos ya blandía dos sables en sendas manos, moviéndolos furiosamente contra el Jedi. Van Phiney alcanzó a esquivarlos por muy poco, aunque perdiendo el rifle en el proceso, no obstante, apenas logró afianzarse sobre sus pies activó su sable de luz para hacer frente a los arrebatos de ira de su contrincante. Los tres sables se enganchaban uno contra otro, el formidable duelo comenzaba de nuevo. La furia de Grievous era incontenible, Robert estaba ante un verdadero reto tratando de esquivar ataques provenientes de todas direcciones; el Jedi giraba, saltaba, corría, buscaba sin éxito un punto ciego donde esconderse o desde el cual atacar a su contrincante.

El puente estaba oscuro y lleno de escombros, había algunos cuerpos someramente calcinados esparcidos por las pasarelas laterales y charcos de resbaladiza sangre sobre el suelo; en realidad había muchos elementos que, usados correctamente, podrían darle a Robert una ventaja en la contienda, sin embargo, la brutalidad y tenacidad de los ataques del oponente no le dejaban oportunidad alguna para usar la Fuerza.

Los servomotores del cyborg se movían con potencia soberbia y sobrehumana, la desventaja del Jedi era más que evidente. El sable de Van Phiney descendía desde por encima de su cabeza para tratar de dividir en dos al pecho metálico del general, pero Grievous se adelantó con una estocada al estómago de Robert, obliglándole a saltar hacia atrás para evadir el ataque. El joven caballero no sólo retrocedió, sino que se ocultó entre las sombras del pasillo que había detrás de él. Grievous bramó con violencia ante la huída de su presa, y con ambos sables activados se internó en la oscuridad en busca de su

víctima. A no mucho andar encontró una sala de conferencias tenuemente iluminada por la luz de la tarde nublada y la de algunos focos agónicamente parpadeantes; el general sabía que ahí se ocultaba su presa, pero no podía verla. Mientras tanto, Robert se arrastraba colgando del techo, en silencio y procurando no distraer en modo alguno a su atacante, hasta que logró devolverse al piso. Grievous advirtió el ruido de la caída de Van Phiney, pero para cuando logró redirigir su mirada hacia el origen del sonido no pudo ver más que una sombra que se alejaba con rapidez por el pasillo que daba al puente.

Unos segundos más tarde, Robert se encontró de pie sobre la pasarela que dividía a las trincheras desde las cuales se gobernaba la nave, tenía el sable de luz activado y un semblante relajado, muy impropio de la situación en la que se encontraba, y con una distancia entre él y su oponente de poco más de seis metros. No trabó combate contra el general droide directamente, su primer ataque contra este fue usando cuerpos y escombros que se encontraban regados a su alrededor, lanzaba lo que podía esperando distraer a Grievous para poder hundir su sable en él sin que se diera cuenta. Parecía tener éxito, Grievous estaba confundido y agitaba sus sables sin control en forma paranoica, Robert lanzó un último pedazo de escombros y luego cargó contra el general.

Quizá haya sido la distancia, o el tiempo que le tomó a Robert llegar hasta él, lo que le permitió a su contrincante dirigir sus sables contra el del Jedi antes de que éste lo rebanara por la mitad. El factor sorpresa había fallado y nuevamente se desataba un combate entre ambos. Ninguno de los dos parecía cansado, a pesar de que Van Phiney sólo había tenido unos pocos segundos para recuperarse, tenía suficiente energía como para no ser vencido fácilmente.

Una danza de espadas se desarrollaba con natural agilidad; Grievous se había defendido disponiendo sus hojas láser en contra de la Van Phiney para bloquear su ataque, posteriormente, sin dejar de bloquear al contrincante con el sable que sostenía en su mano derecha, usó el que tenía en la izquierda para buscar una estocada en la cintura del Jedi, quien giró sobre sí mismo para encontrar su espalda con la del cyborg, que al darse cuenta de la maniobra dio un paso adelante, giró su torso por entero y repelió el ataque.

El sable azul de Robert se movía erráticamente, develando el uso de varios estilos diferentes, el Jedi había comenzado usando Soresu, esperando encontrar la forma de cansar a su oponente usando una defensa inquebrantable, sin embargo, la respuesta de Grievous no fue ninguna intensificación en sus ataques, por el contrario, ahora blandía sus sables con calma y graciosa agilidad. Robert modificó la estrategia, hizo algo que su contrincante no esperaba, algo que en todos sus años combatiendo Jedi no había visto más que de una sola persona, finalmente las florituras y evoluciones Makashi hacían retroceder al general en medio de un desconcierto y un cúmulo de pensamientos encontrados, era inevitable recordar las prácticas con el Conde Dooku, era inevitable recordar que nunca le había ganado. El poderoso Grievous, general de los ejércitos separatistas, no caería jamás bajo la hoja de un Jedi. Aquella no era la primera vez que sentía miedo durante un combate, mas nunca hubo ocasión en la que el miedo pudiera

más que él, así pues, se armó de valor y fuerza para contestar los embates del Jedi con mucha más furia. En el momento en que el general droide cambió de postura defensiva a ofensiva, Robert fue obligado a modificar el estilo de sus ataques nuevamente, la elegancia del Makashi no serviría de mucho ante una sucesión tan brutal de estocadas y mandobles que, si bien fuertes y osadamente rápidas, no pasaban de ser maniobras desconcentradas y extenuantes para quien pretendía hacer que derrotaran la maestría de un Jedi en el sable. El joven caballero prefirió entonces usar la forma Shii-Cho, la más sencilla de cuántas hay ideadas por los Jedi. Los embates de Grievous eran detenidos por mandobles rectos y firmes, rápidos y contundentes, había perfecto control tanto en la defensa del Jedi como en el ataque del cyborg.

Subitamente, un pitido bajo y constante rompió la concentración de los duelistas, Van Phiney tenía una llamada entrante en su holocomunicador. La defensa del Jedi flaqueó a causa de tal interrupción, Grievous lo notó de inmediato, incrementando la fuerza de sus ataques. Robert encontró refugio en el techo del puente del mando, sabía que poco podía temer desde uno de los pocos lugares que el general separatista no podía alcanzar con sus sables. Tan rápido como el ingenio de su oponente se lo permitió, Van Phiney activo su holoreceptor para visualizar el mensaje, una figura humana en miniatura se materializó de pronto: “La defensa del reactor ha concluido con éxito”, dijo el pequeño clon holográfico. Robert sonrió.

Un disparo de color rojo pasó rosando la cabeza del Jedi, los sables de luz no eran el único tipo de arma que Grievous usaba. Robert bajó a la pasarela central y el duelo continuó, dadas las circunstancias ahora tenía vía libre para acabar con el general. El holocomunicador volvió a sonar, esta vez, no contestaría.

Las hojas incandescentes chocaban arriba y abajo, la pelea no estaba aún definida; el Jedi presionó sus fuerzas al máximo, Grievous comenzó a retroceder hacia la parte frontal del puente, hacia las ventanas rotas que daban a un abismo con fondo metálico, bien parecía que el caballero gris lo tenía acorralado. Una sonrisa malévola se dibujó en el rostro del impetuoso muchacho, ya no quedaba nada entre el cazador y su presa.

Meccha se había convertido en un cementerio de naves espaciales, decenas de esqueletos metálicos yacían esparcidos caóticamente por los confines de la ciudad; hacía tiempo que la batalla en tierra hubo terminado y lo único que quedaba era el combate en las alturas. Quedaban sólo tres naves separatistas, un enjambre de cazas que, en su mayoría, estaba compuesto por aparatos aliados, así como buena cantidad de naves de combate onderonianas y corellianas. Pero los separatistas seguían atacando, ¿qué les motivaba a seguir atacando contra todas las posibilidades?, quizá el simple hecho de que no habían recibido órdenes de retirada. Tácticamente ya no había nada que hacer, salvo esperar a que el reactor del crucero derribado hiciera explosión. A estas alturas resultaba extraño que nadie en las tres naves hubiese recibido la señal para abandonar la atmósfera, aquello sólo podía significar que, luego de casi dos horas, Grievous no había conseguido, quizá, ni siquiera acercarse a su objetivo. ¿Los habrían estado esperando? Aún en ese

caso, el general tomó la precaución de llevar consigo una fuerza de asalto, pero sin él al mando, la responsabilidad de la flotilla recaía en el capitán del *Mano Invisible*.

El neimoidiano en cuestión era un veterano en las cuestiones de la guerra, bien curtido en experiencia como para saber cuando era prudente retirarse de una batalla perdida de antemano. Grievous también lo sabía, pero no entendería razones en caso de que el capitán ordenara la retirada; si el general realmente tenía un genio bélico a veces era una cuestión discutible, la clave de su éxito había sido siempre el uso de la fuerza bruta en vez de la estrategia, prefería mil veces perder todo un ejército de androides fácilmente reemplazables que sacrificar el éxito de una misión, olvidando, o acentuando demasiado, en ocasiones, la diferencia entre un soldado mecánico y uno orgánico. Sin embargo, una nave de batalla no es tan fácil de reemplazar como un androide.

Finalmente se ordenó la retirada, el *Mano Invisible* y su escolta de dos fragatas clase *Munificent*.

La prolongada lucha entre los Grievous y Van Phiney no parecía tener cuartel. El duelo había traído mayor destrucción al ya de por sí ruinoso puente de mando del *Furia de Coruscant*, pero la lucha continuaba. Es posible que debido a la concentración requerida para no caer a manos del otro, ninguno de los dos combatientes prestara atención a la batalla que se libraba en el horizonte, de igual manera, parecían completamente desconectados de los eventos que ocurrían varios niveles más abajo e incluso de sus respectivas misiones, simplemente se ocupaban de perpetuar su mortal danza. Había ahora una importante diferencia, ambos estaban ya visiblemente cansados.

—Vaya —jadeó Van Phiney—, esto es algo que no creí ver jamás en mi vida: un droide cansado.

—¡Yo no soy un droide! —Bramó Grievous.

—¡Claro que lo eres!

El breve receso no les hizo justicia ni para recuperar el aliento, Robert había tocado una fibra sensible en la psique del cyborg que provocó que éste se lanzara nuevamente al combate. El Jedi comenzaba a hartarse de batirse con un oponente tan… ¿difícil? Sí, tal vez difícil era la palabra que le acudía a la mente para describir la tenacidad del general droide.

Otro pitido proveniente del holocomunicador llegó a oídos del Jedi, esta vez lo ignoró y prosiguió con el duelo. Los sables seguían chocando con brutalidad, Robert era quien ahora se balanceaba al borde del abismo que había al pie de los ventanales rotos del puente. El holocomunicador volvió a pitar, la lucha no se detuvo.

El estado en el que había quedado la nave tras la colisión era verdaderamente deplorable y había quedado aún peor después de la escaramuza entre los droides y la guarnición clon encargada de proteger la ruinosa estructura, sin embargo, aún era reconocible gran parte de la forma original de la nave. La torre del puente se levantaba casi intacta sobre el marco superior de la cubierta de la nave, cuya mitad posterior no había sufrido grandes daños a comparación de la frontal, que yacía plegada por debajo e

incrustada en el suelo. La base de la torre era una gran extensión de metal liso y duro sobre el marco que resguardaba al reactor de hipermateria.

Una escuadra de clones se había abierto paso por la torre hasta la cubierta de mando en lo alto de la misma; el ruido que provocaba la lucha entre el Jedi y el general separatista era audible a varios metros de distancia y no se atenuaba demasiado con el ruido de los cinco clones corriendo hacia el escenario de la lucha. Para cuando estos llegaron al puente, los duelistas combatían en el centro de la pasarela que dividía al foso de control en dos trincheras; tras derrapar sobre el piso irregular y resbaloso, el líder de la escuadra ordenó a sus hombres abrir fuego de inmediato, los soldados acataron hincándose y tratando de apuntar al enorme pero escurridizo general Grievous, quien interrumpió sus ataques para desviar los disparos en contra de los agresores, aunque, en vez de distraerse con los clones, decidió acercarse a los ventanales rotos. Robert corrió hasta él para intentar detenerlo antes de que escapara.

—Será en otra ocasión —bramó Grievous, y saltó.

Van Phiney saltó tras él, Grievous había aterrizado dolorosamente en el fondo del abismo, su precipitación tal vez le había valido alguna extremidad rota a juzgar por la dificultad que tenía para levantarse y caminar hasta el borde del casco del *Furia de Coruscant*. El Jedi, por otro lado, cayó con suavidad amortiguándose con ayuda de la Fuerza. Si un cyborg sentía dolor o no, estaba fuera de los cálculos de Van Phiney en el momento en que arremetió contra Grievous con el sable en ristre, si bien le sorprendió ver cómo el separatista se erguía sobre sus dos piernas esperando al Jedi con un par de sables activados.

Los clones miraban desde las alturas cómo los generales reanudaban su duelo mientras el jefe de la escuadra pedía apoyo aéreo. Más abajo, Grievous retrocedía conducido por su oponente hacia el borde del casco, esta vez concentrándose más en establecer una defensa efectiva contra el Jedi en vez de tratar de luchar contra él. La estructura bajo los pies de los combatientes empezó a vibrar al tiempo que un fuerte efecto Doppler enmascaraba el ruido de los motores de las naves capitales separatistas en franca huída hacia el espacio exterior. El torbellino que causó el *Mano Invisible* al pasar tan cerca de ambos distrajo a Robert por unos segundos, tiempo que Grievous aprovechó para salir corriendo hacia su caza, que flotaba apaciblemente sobre la estructura. Van Phiney respiró con alivio mientras veía como una diezmada flota de asalto y un general cobarde, abandonaban por fin al asolado planeta de Drall.